Joaquín Berges

GANAS DE VIVIR

colección andanzas

TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Obras de Joaquín Berges en Tusquets Editores
Dramatis personae
Dedicatoria
Cita
Primer asalto
Segundo asalto
Tercer asalto
Cuarto asalto
Créditos

SINOPSIS

Los Llorente son propietarios de una funeraria en Zaragoza y parecen heredar algunas fijaciones obsesivas que les impiden sentirse normales. El abuelo Cosme, el fundador, siente un temor creciente a ser enterrado vivo. Matías, el padre, no puede reprimir su atracción secreta hacia las fallecidas hermosas que llegan a la funeraria, y Tristán, el nieto, que será a la postre el que mantenga vivo el negocio, una manía por el fetichismo. Cuando Tristán se enamore de Gracia, que le recordaba a una bellísima actriz del Hollywood clásico, caerá en la cuenta de que vive rodeado de personas poco convencionales, pero sin ganas de vivir e incapacitadas para ser felices, y que tal vez él también esté condenado a repetir el mismo destino. Pero pese a las pulsiones descontroladas de unos, bastará un amor inesperado para que las ganas de vivir se abran paso. Una ácida comedia, descacharrante y emotiva, que confirma a Berges como el escritor humorístico más original.

JOAQUÍN BERGES

GANAS DE VIVIR

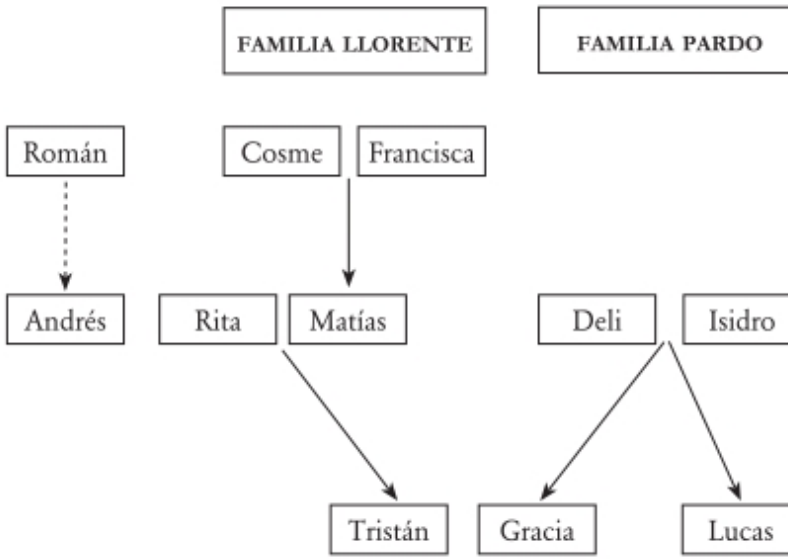
TUSQUETS
EDITORES

Obras de Joaquín Berges en Tusquets Editores

ANDANZAS

El club de los estrellados
Vive como puedas
Un estado del malestar
La línea invisible del horizonte
Nadie es perfecto
Una sola palabra
Los desertores
Peregrinas
Ganas de vivir

DRAMATIS PERSONAE



a Bux
a Marcos
a Miguel

Lo único que quería era hacerme viejo a su lado, ver su rostro al despertar todas las mañanas, ver su rostro un instante antes de dormirme cada noche, y morir antes que ella.

ALMUDENA GRANDES, *El corazón helado*

Primer asalto

1

Se conocieron en la Facultad de Economía. Tristán Llorente se fijó en Gracia Pardo porque se parecía a la actriz Maureen O'Sullivan, a quien yo particularmente siempre había confundido con Maureen O'Hara, sin duda porque ambas compartían su nombre de pila, su profesión y su origen irlandés. La O'Sullivan se hizo famosa por su papel de Jane Porter en las películas de Tarzán. Era una mujer de un atractivo intemporal, si puede llamarse así. Hay personas que solo resultan atractivas si se consideran los patrones estéticos de su tiempo, como si poseyeran una belleza de contexto. Otras, en cambio, resultan atractivas en todo momento y sus retratos parecen actuales, recién hechos, aunque se trate de fotografías en blanco y negro de hace muchos años.

Así me lo explicó el propio Tristán la primera vez que nos vimos.

—Maureen O'Sullivan suele posar ante las cámaras con el rostro amable y plácido, los pómulos y los ojos brillantes, el cabello derramándose en cascada sobre los hombros y una figura escultural de largas piernas, delgadas pero torneadas con sublime simetría. Es la mezcla perfecta de candidez y erotismo.

Según él, Gracia Pardo era igual de perfecta, estéticamente hablando. La primera vez que la vio, caminaba por los pasillos de la facultad con los libros sujetos al pecho, abrazándolos con intención amorosa, como Jane abrazaba a Tarzán cuando se desplazaban por las lianas de la selva. No tuvo más remedio que seguirla hasta el aula de Econometría, donde ella tomó asiento en la cuarta fila, junto a su grupo de amigas.

—No le quité ojo en todo el curso —confesó Tristán—. Yo me sentaba en la fila de atrás para poder admirar las crestas de su cabello y los arabescos que formaban sus hebras más superficiales. También admiraba la esbeltez de su cuello y, cuando se ponía de pie, el embudo curvilíneo de su cintura y la redondez de sus glúteos. Me hice un adicto de su simetría corporal. Dos brazos, dos piernas, dos pechos, dos ojos, una nariz, sí, y también unos labios, pero equiláteros y dispuestos en el eje central de su cuerpo para no romper el patrón geométrico.

Hizo una pausa para recrearse en la imagen.

—Una vez leí que la base química sobre la que se asienta la vida es esencialmente asimétrica —añadió con impecable petulancia—, y está compuesta, como sin duda usted sabe, por moléculas quirales cuya imagen especular no es superponible. Solo lo asimétrico pertenece al universo de la biología y, sin embargo, allí estaba ella, un ser humano perfectamente simétrico y lleno de vida, para refutarlo.

Asentí prometiéndome a mí mismo buscar en internet qué demonios eran esas moléculas, de las que no había oído hablar en toda mi vida.

—Cuando estoy abatido, nervioso o a punto de perder la compostura, observo el cuerpo de Gracia.

Y, si ella no se encontraba a su lado, Tristán miraba una fotografía en el móvil o cerraba los ojos y se la imaginaba tumbada en la cama en ropa interior o en camisón. Y esa visión sensual y atractiva le calmaba al instante. Igual que si hubiera tomado un ansiolítico de efecto inmediato, recuperaba el pulso y el temple y era capaz de salir airoso de cualquier atolladero.

—Cuando la miro, me siento tan lleno de vida como Tarzán de la selva —dijo a modo de conclusión.

Tristán Llorente estudió Economía con la intención de hacerse cargo del negocio familiar, igual que había hecho su padre cuando de joven estudió lo que entonces se conocía como Maestría Industrial. Los Llorente tenían una de las funerarias más grandes de Zaragoza, completamente actualizada y adaptada a los nuevos tiempos, como solían decir ellos.

—Podemos hacer el funeral de toda la vida, con o sin servicio religioso, con sepultura o incineración, o uno más laico, al estilo anglosajón, con fotos del finado, vídeos, música y un catering en el que no faltan las bebidas espirituosas, que, precisamente en esos momentos de zozobra, son más oportunas que nunca.

Cosme Llorente, el abuelo de Tristán, fundó la empresa en los años cuarenta del siglo xx, aprovechando que había heredado un amplio local en la avenida América de Zaragoza, muy cerca del cementerio de Torrero, en la parte más alta de la ciudad. Enseguida pensó en dedicarlo a alguna actividad relacionada con flores, o con lápidas o con ataúdes, pero ya había negocios parecidos a lo largo de la avenida, de modo que se decantó por ofrecer un servicio funerario completo, para lo cual tuvo que adquirir uno de los primeros

automóviles fúnebres que se vieron en la ciudad, un Buick negro imponente con neumáticos de dos colores y portón trasero, que conducía con la misma arrogancia que si llevara un deportivo.

Inscribió la empresa en el registro mercantil con el nombre de Funeraria Llorente, con la duda razonable de si su apellido podía ser o no considerado un adjetivo calificativo. En el local disponía de una bodega para guardar los cadáveres y un par de salitas para los velatorios. Todas las noches, antes de cerrar el local y marcharse a casa, se paseaba por la bodega en silencio, atento al sonido de alguna campanilla. Y eso era así porque el abuelo Cosme nunca introdujo un cadáver en su ataúd sin colocar una campanilla de alpaca a la altura de la mano dominante del muerto.

—Eran otros tiempos —explicaba Matías Llorente, el padre de Tristán—. Ahora la muerte se certifica por medios técnicos, pero en aquellos años todo se hacía de un modo artesanal, hasta comprobar si un semejante había dejado de vivir.

Según parece, el abuelo Cosme siempre hacía la misma pregunta a los familiares.

—¿El finado era diestro o zurdo?

Los familiares respondían después de dudar unos segundos y siempre desde un asombro mal disimulado.

—¿Y eso qué importa? —decían o insinuaban con los hombros.

—Importa, importa —respondía el abuelo Cosme, pensando en qué lado debía colocar la campanilla—. Y mucho.

Gracia Pardo vivía con su madre y su hermano en un piso amplio y luminoso de Duquesa Villahermosa, en el límite meridional del barrio de Las Delicias de Zaragoza, muy cerca de la plaza de Roma. Gracia decidió matricularse en la Facultad de Economía por eliminación, después de haber considerado otras muchas opciones, de la misma forma que tomaría muchas decisiones en su vida, según me confesó una vez. Pese a ser buena estudiante, le faltaba vocación para decantarse por una rama concreta del conocimiento. No obstante, había decidido ir a la universidad, en parte animada por su grupo de amigas, la mitad de las cuales eligieron estudios de Economía o Derecho. Y quizá también para compensar que sus padres no hubieran podido acceder a unos estudios superiores. Y su hermano menos.

La madre de Gracia regentaba un salón de peluquería en el paseo de Calanda, a la altura de la calle Domingo Ram, aunque cada vez estaba más cerca el momento de traspasarlo para jubilarse y dedicarse

a pasear con su perrita *Fiona*, a tomar el vermú en el ambigú del parque de Las Delicias y a cuidar de su hijo Lucas, o al menos así resumía ella sus planes de futuro antes de conocer a los Llorente.

El padre de Gracia había trabajado muchos años como capataz en una explotación agrícola de La Almunia de Doña Godina especializada en la producción de fruta de hueso, principalmente cerezas precoces, melocotones y nectarinas. Falleció mucho antes de que Gracia comenzara sus estudios universitarios, tras sufrir un accidente de tráfico a la altura del desvío de Épila, cuando volvía a casa a última hora de la tarde.

Lucas Pardo, el hermano de Gracia, era solo un niño por aquel entonces. Su padre fue el primer muerto del que tuvo conciencia, aunque lo hizo con un desconcierto inevitable, sin comprender el significado real de la muerte. Él creía que un cuerpo humano debía manifestar algún cambio sustancial al morir, como por ejemplo cambiar de tamaño o de color, quedarse calvo, perder los miembros o hacerse invisible. Tenía que ser así precisamente porque se había desligado del alma, que habría partido rumbo al cielo o al infierno, tal como le habían enseñado en casa. Pero allí estaba el ataúd de su padre, con la tapa cerrada para no provocarle ningún trauma, conteniendo su cuerpo vestido con un traje azul marino y la corbata que su hermana y él le habían regalado por su último cumpleaños.

—¿Cuál es exactamente la diferencia morfológica o anatómica entre un cuerpo muerto y uno vivo? —se preguntaría años después, balanceándose de un lado a otro en la butaca, como solía hacer cuando algo lo inquietaba.

—Conozco el cuerpo de Gracia como si fuera un territorio cartografiado cuidadosamente desde un dron o un satélite de observación con intenciones geográficas. Podría tocarlo con los ojos cerrados y lo identificaría entre miles de cuerpos de mujer, incluso sin manos, tan solo olfateando su delicado aroma a *musk* con toques unas veces ácidos y otros amargos, dependiendo de la climatología, el momento del día y la época del año.

Así hablaba Tristán Llorente del cuerpo de su musa, con una mezcla de lirismo y delirio, sin olvidar un poco de pedantería.

—Si tuviera dotes artísticas, podría dibujar de memoria su silueta y todos los pliegues de su cuerpo, algunos tan delicados como los que separan sus nalgas de la cara posterior de los muslos o los que forman las corvas de sus rodillas, dos líneas que dividen la convexidad de sus

muslos y sus pantorrillas. Conozco cada una de sus pecas, una mancha de nacimiento que tiene bajo el pecho izquierdo, la marca que le dejó una vacuna en el hombro derecho y una cicatriz con forma de segundo ombligo que tiene a la altura de la cadera, causada por la picadura de un cisne airado, quien sabe si el mismo patito feo ya adulto.

Todas estas cuidadosas observaciones las hacía cuando Gracia se tumbaba en la cama para recibir sus masajes, mientras él recorría su cuerpo con las manos como si estuviera en un parque temático con varias atracciones.

—Unas más tranquilas para disfrutarlas poco a poco y otras tan fugaces que resultan vertiginosas.

La visión del cuerpo de Gracia Pardo desnudo o cubierto mínimamente con ropa interior convertía a Tristán Llorente en un poeta de lo evidente. La sangre se acumulaba en sus órganos de fonación para declamar lo que veía en forma de poema en prosa, glosando la concreción de un detalle corporal para terminar en la más abstracta de las comparaciones o la más delirante de las ocurrencias, como cuando decía que sus hombros tendrían que ser declarados bien de interés cultural o sus muslos monumentos arquitectónico-artísticos para garantizar su conservación y cuidado de por vida.

—Yo acompañaba a Gracia a comprar su ropa interior —declaró una vez con orgullo—, desde braguitas y sujetadores a camisones y batas, siempre con el consentimiento de su vanidad halagada.

A Tristán Llorente le gustaba entrar en las tiendas de lencería con ese aire cosmopolita que gastan los caballeros que compran prendas femeninas, posicionándose en las antípodas de cualquier clase de fetichismo, depravación o vocación de travestido. O eso era al menos lo que él creía. Más adelante le propuso a Gracia comprarlo todo por internet, tomándose su tiempo para elegir los tejidos y los colores, sin tener que disimular ni sobreactuar delante de nadie.

La madre de Gracia Pardo se llamaba Adela Redondo, pero todos la conocían como Deli. No siempre quiso ser peluquera, aunque desde niña supo que se inclinaría por una profesión que le permitiera trabajar de cara al público en un lugar que oliera bien. No tenía ninguna necesidad de pasarse el día en un taller oscuro, en una fábrica polvorienta o en una oficina que oliera a papel viejo o a humedad.

Esas certezas procedían de los años que pasó acompañando a su madre a hacer la compra en el mercado de la calle Delicias y los comercios aledaños. A Deli le agradaba el olor a vianda cruda de la

carnicería, el aroma especiado de la charcutería o el dulzor de la panadería. También le atraían los olores fragantes de la droguería, la papelería y el estanco. Y qué decir de la perfumería, donde se mezclaban aromas florales, leñosos y cítricos con otros más industriales. Nada la relajaba tanto como sentir la fricción del peine en la cabeza después de lavarse el cabello, sobre todo si flotaba en el aire el aroma del champú, el suavizante o la laca. Siempre le sedujo el olor de los cosméticos y, según dijo alguna vez, prefería trabajar con las manos antes que con el cerebro, olvidando que las manos también se gobiernan desde el cerebro.

Se matriculó en una academia de peluquería que había en la avenida de Madrid y comenzó a hacer prácticas en un local del paseo de Calanda, que entonces todavía no era una ancha avenida, sino dos calles estrechas con casas pequeñas de una planta y gatos tumbados al sol. Allí terminó de aprender el oficio e hizo una buena y selecta clientela, compuesta no solo por vecinas del barrio, sino por otras procedentes de la calle Santander, la avenida de Valencia o la Romareda.

Deli conoció también a muchos hombres en la peluquería cuando esta se hizo unisex, lo cual es curioso porque *unisex* había sido siempre, y lo que verdaderamente sucedió cuando admitió a niños y caballeros es que la peluquería se hizo *bisex*, pero así de travieso es el lenguaje, a veces inclusivo, a veces no.

El abuelo Cosme desarrolló un protocolo personal, a la vez cortés y resuelto, para tratar a los familiares de los fallecidos que enterraba. Era una suerte de gestos interpretados armoniosamente con cejas, ojos y manos, como quien dirige una orquesta sinfónica sin aspavientos ni estridencias, haciendo parecer que su cometido es prescindible.

—Hay que aprender el gesto de la media sonrisa —le decía a su hijo Matías, cuando este se interesó por el negocio familiar.

Y lo hacía estirando y apretando los labios mientras enarcaba las cejas y parpadeaba un par de veces para subrayar el alcance de su simpatía comprensiva delante de los clientes, como si un enterrador fuera una eminencia en asuntos relacionados con la muerte y el duelo.

—No olvides nunca que nuestros clientes no son los muertos, sino quienes los sobreviven.

Matías tomaba nota de todo con aparente naturalidad, quizá porque había pasado toda su infancia escuchando hablar de muertos, tanto en la funeraria como en casa.

—Hoy he arreglado a un señor con bigote —comentaba, por ejemplo, el abuelo Cosme en la cena—. No sabéis la cantidad de laca que he tenido que usar para dejarle los extremos en punta, como en la fotografía que me han traído sus hijos.

Aparte del boxeo y los toros, que eran sus dos grandes aficiones, Cosme Llorente solo sabía hablar de su oficio, haciéndolo además como si fuera un esteticista o un peluquero él también. Nunca mencionaba anécdotas de la vida de los difuntos ni de los entierros o los velatorios. A él le gustaba hablar de su faceta artística, como alguna vez se atrevió a denominarla.

—Si el muerto tiene buena cara, se alivia un poco el duelo de los familiares —sostenía.

Y tenía razón, según pudo comprobar Matías más tarde al escuchar comentarios entre sus clientes sobre lo feliz y apaciblemente que se había ido quien fuera, casi con una sonrisa, sin dolor y sin sufrir, como un angelito.

2

Las primeras noches que pasó en la calle advirtió que el firmamento nocturno de la ciudad era tan invisible como él. Nunca antes se había parado a pensar en algo así. Se encontraba tumbado sobre los cartones, boca arriba, mirando el abismo del cielo sin ser capaz de distinguir más que alguna estrella aislada o la luna confundida entre las luces de las calles, como una farola más. A su lado dormían otros compañeros. Al fondo de la rampa del garaje se oía la respiración del Tamagochi, a medio camino entre un ronquido y un silbido.

Román Díaz llevaba allí el tiempo suficiente para disponer de una buena plaza, alejada de la calle, que le permitiera dormir a salvo de la lluvia y la humedad. En aquel lugar subterráneo se guardaba el turno por orden de llegada y dando la vez, como en los puestos de un mercado. Él había llegado hacía más de tres años, no lo sabía con exactitud. La medida del tiempo depende de las circunstancias. Y las suyas eran de las que enmascaran la verdadera dimensión de los días y las semanas.

Estuvo más de un año durmiendo al comienzo de la rampa del garaje, casi en la acera, expuesto al frío y la lluvia, siempre pendiente del viento y las nubes. Luego, conforme algún compañero se marchaba a otro lugar y dejaba un hueco libre, fue acercándose al Tamagochi, cerca de los compresores de aire, que era el mejor sitio de todos, a salvo de la humedad, el frío y el viento. Todos dormían sobre cartones o colchonetas, cubiertos con mantas viejas y descoloridas, a veces envueltos en bolsas de basuras sujetas a las manos y los pies, como si fueran residuos orgánicos.

Algunas mañanas Román se despertaba con el temor de haberse resfriado, un lujo que, según me contaron, no podía permitirse de ningún modo, aunque nunca llegó a tener más síntomas que la garganta rasposa y la voz nasal durante un par de días. Siempre se preguntó si eran las bolsas de basura las que le ayudaban a conservar el calor y la salud de su cuerpo o si simplemente era más fuerte de lo que creía.

Gracia Pardo solía llevar el pelo suelto, con su media melena rozando los hombros, pero alguna vez acudía a clase con una coleta o un moño, dejando entonces a la vista todos los ángulos que perfilaban su rostro. Así descubrió Tristán Llorente su parecido con Maureen O'Sullivan. Él creía que el cabello largo era capaz de alterar la fisonomía de un rostro humano, unas veces para bien, otras no tanto, y solo era posible apreciar la verdadera apariencia facial cuando el cabello se cortaba, se retiraba o se amontonaba de alguna manera.

El rostro de Gracia era hermoso en todas las versiones de su peinado, especialmente cuando se ponía una diadema rosa que hacía juego con un atuendo del mismo color. Entonces, no estaba claro por qué, quizá porque la diadema sujetaba el pelo parcialmente y dejaba libre el resto, Gracia ganaba el aura de una modelo, una actriz o un personaje literario.

Así se lo dijo Tristán la primera que vez que entabló conversación con ella, mientras fumaban un cigarrillo en la escalera de incendios de la facultad, después de asistir a una clase de Historia de la Economía.

—Tal como estás —le dijo sin mirarla—, eres igualita a Maureen O'Sullivan.

El comentario la cogió tan desprevenida que Gracia no pudo evitar un gesto automático de rechazo y se separó unos centímetros de él. Tristán tuvo que explicarle que se refería a la actriz que encarnaba a Jane Porter en las películas de Tarzán. Ella espiró el humo del cigarrillo sin decir nada, ni siquiera si había visto alguna vez una película de Tarzán y si conocía o no a la citada actriz. Lo miró durante una décima de segundo con una condescendencia que no resultaba molesta.

—Era evidente que una chica tan bonita habría tenido que aguantar a muchos pelmas tratando de ganar su atención.

Tristán era consciente de que por el momento solo era eso, un pelma más iniciando una maniobra de aproximación.

—Maureen es una diosa de la belleza femenina —le explicó—. Tiene armonía en los pómulos, música en los ojos y cuando sonríe contagia unas irreprimibles ganas de sonreír con ella. Maureen es un antidepresivo natural, una droga, un psicotrópico, un motivo para justificar la existencia.

Dijo todo eso apoyado en la pared, con el rostro elevado a la altura del sol y los ojos cerrados, como quien declama un poema. Gracia tardó un par de minutos en reaccionar. Lanzó el cigarrillo al suelo, lo apagó con el pie y le dedicó a Tristán un amago de sonrisa antes de volver a clase. Él se quedó un rato más apoyado en la pared, recuperando la calma. Luego se agachó, tomó el cigarrillo que había

fumado Gracia y se lo puso entre los labios.

Lucas Pardo nunca llegó a ir a la universidad. Pese a tener un coeficiente intelectual alto y una vasta aunque extravagante cultura, no pasó de los estudios secundarios e incluso estos los terminó con la asistencia de una profesora particular que le tomaba las lecciones y le ayudaba con las redacciones, los comentarios de textos y el inglés.

Lucas fue un bebé aparentemente normal, aunque su madre siempre notó que movía los ojos demasiado deprisa, incapaz de posar la mirada en ninguna parte más allá de un par de segundos. No sonreía. Solo abría la boca en silencio y achinaba los ojos. Al principio todo parecía normal o, en todo caso, fruto de alguna de esas singularidades que luego se convierten en anécdotas para contar en las reuniones familiares, pero con el tiempo se fueron acumulando demasiadas singularidades y el caso fue puesto en manos de los médicos.

El niño se encontraba en su percentil de peso y talla, no así en sus aptitudes intelectuales. Reconocía los números y las letras y los leía en voz alta pero tenía dificultades para escribirlos. Su coordinación manual era deficiente. Sufría bilateralidad, dispraxia y otros desórdenes motores. Su memoria a corto plazo era prodigiosa. Retenía largas series de números y palabras y los recitaba hacia delante o hacia atrás sin ningún esfuerzo, pero tenía problemas para contextualizar lo que leía y sufría un trastorno de déficit de atención que, junto con su incapacidad para las relaciones sociales, lo condujeron a una existencia solitaria delante de la televisión o en su habitación con el ordenador encendido, donde pasaba la mayor parte del día.

Nunca estuvo preparado para acceder al mercado laboral, más allá de echar una mano en la peluquería de su madre, ocupándose de labores auxiliares como el lavado de las toallas, la reposición de los productos cosméticos o la limpieza del suelo y los cristales. También hacía pequeñas reparaciones y todo tipo de recados, desde ir a buscar tabaco para una clienta hasta acompañar a otra a su casa con un paraguas en los días de lluvia.

Durante años el abuelo Cosme hizo la ronda diaria entre los cadáveres

acompañado por su hijo Matías, incluso cuando este no era más que un adolescente sin ninguna vocación funeraria. Lo hacían en completo silencio, caminando despacio, atentos a cualquier ruido. De vez en cuando, una madera crujía o un roedor recorría una de las tuberías del almacén. El abuelo Cosme se detenía entonces con la mano hueca alrededor de una oreja y los ojos cerrados, para que su hijo comprendiera la importancia de lo que estaban haciendo. Por suerte para el joven Matías, nunca escucharon el sonido de una campanilla.

En realidad, el abuelo solo escuchó ese sonido en una ocasión, mucho tiempo atrás, a los pocos meses de comenzar el negocio. Y ni siquiera entonces fue consciente de lo que sucedía. Le pareció que sonaba el timbre de la puerta, un teléfono en alguna vivienda cercana o el tráfico de la avenida. Finalmente se acercó a los ataúdes que iban a enterrarse al día siguiente y descubrió aterrado que el sonido iba aumentando de volumen. Así hasta que llegó a un ataúd de madera de cedro, lo abrió y se encontró con la mirada vidriosa y extraviada de unos ojos que despertaban de un coma profundo, tan cercano a la muerte que había provocado el error de quien había firmado su certificado de defunción.

El abuelo pasó varias noches sin poder dormir o durmiendo con múltiples interrupciones causadas por esa mirada vidriosa que lo perseguía en sueños. Era de vital importancia hacer una ronda diaria por los ataúdes antes de marcharse a casa. Al mínimo ruido, abría el ataúd y colocaba un pequeño espejo bajo la nariz del cadáver buscando el aliento de la vida. Llegó a obsesionarse tanto con ese sonido que no podía escuchar el tañido de unas campanas, el tintineo de unas llaves o el zumbar del timbre de una puerta, un teléfono o una bicicleta sin sufrir un escalofrío de espanto, incapaz de asumir el riesgo de enterrar a un ser vivo que accionara la campanilla cuando fuera demasiado tarde.

A veces, incluso ya acostado a punto de conciliar el primer sueño, sentía la neurótica necesidad de levantarse de la cama, coger el coche y subir al cementerio de Torrero para darse una vuelta por las tumbas de los últimos ataúdes enterrados. Solo después de haber pasado un buen rato en el silencio de la noche podía volver a casa y acostarse con la seguridad de que iba a poder dormirse, al menos durante un par de horas.

Ese temor a la vida enmascarada tras la muerte le obligó a hablar muy en serio con su hijo.

—Cuando llegue mi hora —le dijo—, presta atención al sonido de la campanilla que llevaré en mi mano diestra.

Isidro Pardo vivía en la calle don Pedro de Luna, a la altura del cruce con la calle Bolivia, cerca de la peluquería de Deli Redondo, de la que era cliente fijo. Al principio iba a cortarse el pelo cada dos o tres meses, pero no tardó en necesitar un repaso una vez al mes, o dos, hasta que acabó yendo por allí todas las semanas, dejando claras sus verdaderas intenciones. Mientras ella le cortaba el pelo, Isidro cerraba los ojos sin apenas pronunciar palabra, dejando que Deli llevara el peso de la conversación, a la que él contribuía con monosílabos y murmullos de aprobación, concentrado en disfrutar de la experiencia sensorial, como si un corte de pelo fuera en realidad una sesión de masajes y caricias.

Un domingo del mes de abril él la invitó a la finca agrícola donde trabajaba con la excusa de contemplar los cerezos en flor.

—Será como ir a la exposición temporal de un museo —le dijo—, porque la floración apenas durará unos días.

Deli accedió sin remilgos, dejándose seducir por la armonía geométrica de los árboles, ordenados en filas y columnas, entre una fronda traslúcida de flores blancas que parecían nubes de algodón en un cielo poblado de abejas atareadas.

Así es como Isidro le había descrito un campo de árboles frutales en plena floración, usando un lenguaje bucólico y un poco cursi, como si tuviera miedo de caer en un tecnicismo pretencioso. Deli conoció entonces a otro Isidro, más conversador y atento, que paradójicamente extraía toda su energía de la quietud y la armonía de la naturaleza. Se sabía el nombre de todos los árboles y los insectos que veían, identificaba el canto de los pájaros y era capaz de predecir el tiempo del día siguiente mirando el cielo. Siempre había soñado con vivir en un entorno rural, cerca de un bosque, un lago o unas montañas. No en aquel páramo de orden estepario que era y sigue siendo el valle del Ebro.

A Deli le atraían sus maneras pausadas, su media e indecisa sonrisa, su voz grave y su olor a cuero y betún, pero le sorprendía que fuera tan poco dado a las bromas y las risas, permanentemente inmerso en ese halo de misterio que rodea a las personas que hablan poco y miran con intensidad. Isidro agradecía que Deli no fuera una chica remilgada ni exigente, y que comprendiera sus silencios e incluso sus ausencias, porque él tendía a desaparecer del presente de vez en cuando. No podría haber encontrado una compañera mejor.

Tristán Llorente me confesó una vez que su nombre procedía de un

regalo de aniversario de boda de sus padres. A modo de celebración, Matías Llorente le había regalado a Rita Sanz un par de entradas para asistir a un concierto en el Teatro Real de Madrid, donde se interpretó la partitura de *Tristán e Isolda*. El regalo incluía además dos pasajes de primera clase en Talgo y una noche en un lujoso hotel de la Gran Vía madrileña.

Como a tanta gente insegura, a Rita le seducía la rotundidad formal, enérgica y trascendente de la música de Wagner y, cuando escuchó la obertura de *Tristán e Isolda* en aquel escenario tan solemne, y con aquella acústica perfecta, decidió que esos serían los nombres de sus hijos, en el caso de tener una parejita. Así se lo comunicó a Matías por la noche, en la habitación del hotel, antes de apagar la luz de la mesilla y abrazarlo. Tristán Llorente sería un nombre bastante arduo para sobrevivir al sarcasmo propio de la infancia, pensó Matías, pero no llegó a decir nada en contra, presumiendo que su mujer se olvidaría de aquella ocurrencia.

Años después Rita se quedó embarazada y dejó de trabajar para guardar reposo absoluto, sin poder levantarse de la cama salvo para ir al baño o caminar por el pasillo cogida del brazo de Matías o de la abuela Francisca. El feto estaba formándose en un extremo del útero y eso dificultaba su desarrollo y sus posibilidades de supervivencia. Finalmente Rita tuvo que ser ingresada en la sección de maternidad del Hospital Miguel Servet y el bebé nació sin ninguna dificultad pero prematuramente, razón por la cual pasó tres semanas en una incubadora.

Durante ese tiempo Matías y Rita bajaban a verlo todos los días, al principio a través de una cristalera, luego ante la incubadora, tocándolo con guantes, como si fuera un tesoro expuesto en una vitrina de cristal.

—Qué chiquitín es nuestro Tristán —decía Rita suspirando—. Cuánto va a tener que crecer.

Y Matías asentía por partida doble, pensando que, en efecto, su hijo era un ser humano valioso, diminuto y frágil. Ya vería él cómo le explicaba a su padre que su primer nieto no iba a llevar su nombre, como el abuelo Cosme esperaba.

3

Gracia Pardo no tuvo tiempo ni ganas de ver ninguna película de Tarzán, pero buscó en internet fotos de Maureen O'Sullivan, en las que posaba como Jane Porter junto a Johnny Weissmüller, todas en blanco y negro. Poco después volvió a encontrarse con Tristán en la escalera de incendios de la Facultad de Economía.

—No sé si me parezco tanto como dices a Jane —dijo Gracia, negando con la cabeza—. Ella tiene el pelo rizado.

Tristán dio una larga calada al cigarrillo antes de responder.

—Ella tiene el pelo rizado porque vive en la selva y allí la humedad es altísima —señaló convencido—. Si tú vivieras en un clima húmedo también llevarías el pelo rizado. Por lo demás tenéis la misma nariz, los mismos pómulos altivos, labios carnosos y barbilla graciosamente convexa. Los mismos brazos, la figura estilizada y las piernas bien torneadas.

Ella lo miró con suspicacia, quizá porque ese día llevaba unos vaqueros.

—¿Cómo sabes que tengo las piernas bien torneadas?

Tristán se las señaló con el cigarrillo.

—Las tienes. Salta a la vista. Si viviéramos en el pasado y vistieras faldas largas con vuelo sería una cuestión difícil de averiguar, pero las prendas actuales se ajustan al cuerpo lo suficiente para describir su figura, como en un juego de luces y sombras.

Ella expresó su malestar.

—¿Te fijas en mis piernas? —insistió.

—¿Y quién no?

—¿Crees que todo el mundo me mira las piernas?

—Todo el mundo no —matizó él, a la defensiva—. Solo quienes saben admirar la armonía de las formas sutilmente simétricas.

Ella entonces elevó las cejas como solía, con un ligero y fugaz estiramiento seguido de un fruncido más persistente, sin dejar claro si Tristán la había halagado u ofendido. Apagó el cigarrillo y volvió junto a Eduardo, que la esperaba en clase guardándole el sitio. Tristán se quedó un rato más allí, como solía hacer, satisfecho de haber

logrado su objetivo diario, que era cruzar unas palabras con Gracia Pardo como fuera, coincidiendo a la salida de clase, fumando un cigarrillo, pidiéndole los apuntes de una asignatura o llamando su atención de cualquier manera. La cuestión era que ya entonces, antes de comenzar su relación, necesitaba verla, acceder a sus ojos con intenciones casi mágicas, sintiéndose capaz de influir en su voluntad con el poder hipnótico de la mirada.

Cuando Cosme Llorente se enteró de que su nieto iba a llamarse Tristán, declamó el nombre y el apellido con entonación interrogativa cargada de incredulidad.

—¿Tristán Llorente?

Según me contó él mismo, Matías Llorente se limitó a asentir sin mucho entusiasmo mientras su padre abría los brazos en toda su extensión.

—¿Quieres que los demás niños se rían de él?

Matías esperaba una reacción parecida.

—Te recuerdo que nuestro apellido no tiene nada que ver con el verbo llorar —dijo, señalando a su padre—. Tú mismo me lo contaste una vez.

—No lo recuerdo.

—Lo consultaste con una empresa de heráldica y te dijeron que Llorente, igual que Lorente, procede del nombre latino *Laurentius*, el laureado, que también dio lugar a Lorenzo. Lo hiciste porque te preocupaba tener una funeraria que se llamase «La llorona», «La llorosa» o algo semejante.

El abuelo asintió entonces con firmeza.

—Eso es exactamente lo que me preocupa ahora —dijo—. No quiero que mi nieto sea conocido como «El triste que llora».

—Peor habría sido si le hubiéramos puesto Lorenzo.

—No te hagas el gracioso. ¿Tú sabes lo importante que es el nombre de una persona para forjar su destino?

—Papá, por favor.

—Nuestro nombre nos personifica, nos describe y hasta nos sobrevive, inscrito en la lápida de nuestra tumba. No olvides que el cuerpo se marchita y se descompone en forma de esqueleto hasta llegar a ser un puñado de polvo, pero el nombre permanece inalterable para siempre, por los siglos de los siglos. Tú eres quien eres porque te llamas como te llamas.

Matías se cruzó de brazos.

—¿Quieres decir que si me llamara de otro modo sería otra persona? —dijo.

—Serías la misma criatura pero te habrías convertido en una entidad intelectual y emocional distinta.

Matías miró para otro lado.

—¿Te has tomado la medicación? —dijo.

—¿Nunca te has parado a pensar que dos personas con el mismo nombre se parecen más que dos gemelos con el mismo cuerpo? —prosiguió diciendo su padre.

—No te has tomado la medicación.

—Es un tema poco estudiado. De lo contrario, habría convenciones y encuentros de personas homónimas que se reunirían para compartir sus experiencias.

—De acuerdo —admitió Matías con ganas de zanjar el asunto—. Dime entonces por qué razón me llamo Matías, si es que hay una razón para eso.

—Pregúntale a tu madre —respondió el abuelo—. Ella eligió tu nombre porque en hebreo significa «regalo de Dios».

—¿Soy un regalo de Dios?

—No lo sé. Hoy estás siendo un castigo.

Lucas Pardo fue descubriendo el mundo a su manera, sin acabar de separar nunca lo literal de lo figurado, como si todo lo vivido fuera una experiencia objetiva que solo tuviera una lectura. Unas navidades su madre lo disfrazó de oveja para una función escolar en la que se iba a representar un belén viviente. El pequeño Lucas no pronunció una palabra en toda la tarde. Salió al escenario e interpretó su papel sin poner en duda que se había convertido en una oveja de verdad. En el trayecto a casa se le oyó balar un par de veces y no volvió a recuperar su identidad hasta que Deli le ayudó a quitarse la chaqueta y los pantalones de borreguito, después de retirarle el maquillaje de la cara y la diadema con las orejas ovinas.

Ese día descubrió su gusto por convertirse en otra entidad humana o animal. Llegó a tener muchos disfraces, todos guardados en el armario de su habitación, junto al resto de su ropa. Algunos fines de semana los pasaba disfrazado de Robin Hood, de *cowboy* o de gato doméstico. Otras veces era un héroe de ficción como Spiderman, un dinosaurio, un pirata, un espantapájaros o un zombi, aunque a veces no comprendía bien el papel que debía interpretar y el dinosaurio acababa ladrando, el zombi se quedaba inmóvil como el

espantapájaros o el pirata era un superhéroe que volaba por el pasillo con un parche en un ojo. Por la misma razón asumía la personalidad ficticia de cualquier persona que llevara puesto un disfraz, así que cuando veía a un payaso no creía que fuera un actor maquillado sino una criatura circense que había nacido así, lo mismo que cuando en Navidad veía a Papá Noel en un centro comercial o a su hermana Gracia disfrazada de hada o de bruja para Carnaval.

Le gustaba visitar el bazar chino que había cerca de su casa, quizá porque siempre había disfraces expuestos en sus estanterías. A veces, se paseaba por el interior del bazar solo para tratar de comprender el mundo, convirtiendo los pasillos de aquel almacén interminable en un museo de la civilización.

—Todo lo que sé sobre el mundo lo he aprendido en el bazar chino —solía decir.

Y continuaba recorriendo las distintas secciones en actitud observadora y circunspecta, como si de verdad estuviera haciendo un ejercicio intelectual y tratase de encontrar un sentido a lo que veía.

Román Díaz se acurrucó en su pequeño rectángulo de cartón, como cada noche, y comenzó a repasar sus pertenencias con las manos, palpándolas en la oscuridad de la rampa para confirmar que seguían allí. Era un ritual que le ayudaba a conciliar el sueño. Con sus cosas al alcance de la mano se sentía tan protegido y a la vez tan libre como cuando iba de campamentos con sus compañeros del colegio y se creía un indio comanche durmiendo en su tienda de campaña. Durante aquellas inolvidables acampadas, tumbado junto a los demás indios alrededor del fuego, se acostumbró a repasar sus pertenencias antes de cerrar los ojos. La linterna cerca de la mano por si tenía que levantarse a orinar en mitad de la noche. La navaja, las cerillas, el plano y la brújula en el bolsillo lateral de la mochila. La ropa doblada sobre una piedra seca, la cantimplora de agua lo más lejos posible del fuego. Su medalla de san Andrés Apóstol colgada del cuello. La gorra sobre la cara. Las manos sobre la barriga.

Su lecho en la rampa de la calle Albareda era una recreación actualizada de aquel campamento, con la excepción de que no había indios, fuego ni ganas de aventura. Antes de acostarse, Román se quitaba los pantalones y los enrollaba cuidadosamente hasta formar un cilindro compacto. Nunca le había gustado dormir con los pantalones puestos. Prefería usarlos como almohada y así, al mismo tiempo, aprovechaba para plancharlos con el peso de su cabeza. Por

eso era tan importante doblarlos bien, para que al día siguiente no estuvieran arrugados.

Dentro del lecho introducía también su petate bien cerrado para dormir abrazado a él como si fuera un peluche, una mascota o una amante. De ese modo evitaba posibles hurtos y le daba a su cuerpo el placebo de la compañía humana, por si en mitad de la noche tenía que sujetarse para salir airoso de algún peligro inesperado. Por supuesto, en el interior del petate llevaba una navaja, cerillas y una petaca de acero inoxidable. Y un teléfono móvil de otra década. Y ropa interior de recambio. Un libro viejo, unas gafas para leer, un pequeño transistor en el que oía música y aquella medalla de san Andrés Apóstol, camuflada dentro de una bolsa de plástico, por si alguna vez tenía que empeñarla o venderla al peso. Y aquella fotografía tomada en Disneyland Paris, claro. Todo bien cerrado y sujeto en el regazo.

Ya solo le quedaba colocarse de medio lado, cerrar los ojos y pensar en su hija cuando era una niña de cabellos rizados, pómulos sonrosados y ojos llenos de alegría. No podía dormirse de otro modo.

Cuando Tristán Llorente la conoció, Gracia Pardo salía con un tipo alto y moreno con el que compartía algunas clases, aunque era dos años mayor que ella. La primera vez que Tristán los vio juntos pensó que hacían una pareja inmejorable: ella encantadora, él gallardo y masculino. Eran Tarzán y Jane, Johnny Weissmüller y Maureen O'Sullivan, un tipo de pareja clásica, como la bella y la bestia, algo que, según la opinión de su abuelo, no tenía nada de particular desde el punto de vista de la antropología.

Eduardo Rodríguez era un tipo compacto, como esculpido en mármol, con las piernas siempre en tensión y los glúteos prominentes. Tenía además anchas espaldas, brazos musculados, cuello recio y un hoyuelo de adorno en el centro del mentón. Era un atleta bien entrenado y había participado varias veces en competiciones nacionales con el Scorpio 71, su club deportivo de toda la vida. Por eso mismo se cuidaba mucho, llevaba una alimentación especial, no bebía alcohol y por supuesto no fumaba.

Tristán tampoco había fumado hasta entonces, pero era consciente de que necesitaba encontrar el modo de quedarse a solas con Gracia Pardo, aunque solo fuera durante los cinco minutos que duraba un cigarrillo entre clase y clase.

—Probé a fumar por primera vez en la terraza de casa —me confesó con una sonrisa de pudor completamente justificada—, un fin

de semana en que mis padres se fueron a la costa.

Las primeras caladas le provocaron un más que esperable ataque de tos y un mareo que lo obligó a sentarse. Así estuvo todo el fin de semana, ahumando su garganta y sus pulmones hasta que fue capaz de fumar un cigarrillo entero sin padecer toses ni mareos. No hace falta decir que eligió marcas de tabaco sofisticadas, que le dieran un aire distinguido y cosmopolita, unas veces Dunhill, otras Davidoff o Pall Mall, nunca marcas ordinarias de las que fumaba todo el mundo.

Después, solo tuvo que seguir a Gracia entre clase y clase, cuando ella salía a la escalera de incendios, y ofrecerle un cigarrillo.

—Me llamo Tristán —dijo—, como el joven bretón que se enamoró de la princesa irlandesa Isolda.

Deli Redondo atendía en la peluquería a muchos caballeros con quienes charlaba de las menudencias de la vida a través del espejo, que es como los peluqueros hablan con sus clientes. Eran conversaciones dispares en las que no faltaba el buen humor y algún requiebro encubierto, nada que ver con las que solía tener con Isidro Pardo, tan parco en todo, hasta en el lenguaje. Deli no terminaba de comprender por qué se sentía atraída por un hombre así. Más allá de la inconsistencia de las emociones, la única explicación objetiva que encontraba era su olor característico, que no procedía de un perfume o una loción de afeitado, sino del cuero y el betún de sus botas de campo.

—Las recuerdo muy bien —me dijo una vez—. Eran unas botas de piel de media caña con repujados y suela de caucho. Las usaba para ir a trabajar a la finca agrícola y las cuidaba como si fueran dos mascotas con vida propia.

Ella se relajaba cuando percibía el olor animal del cuero, mezclado con los naftenos y la parafina del betún, como si estuviera en una sesión de aromaterapia. Pronto comenzaron a verse todas las tardes. Isidro iba a buscarla a la peluquería y juntos daban un paseo por García Sánchez y Tomás Bretón, bajando por una acera y subiendo por la otra, sin apenas detenerse ni en los escaparates de las tiendas. La cuestión era caminar haciendo planes, como si no fuera posible hablar del futuro sentados ante una cerveza o un refresco. Los domingos por la mañana acudían al rastro, que entonces se instalaba en la Romareda, junto al estadio donde jugaba el Real Zaragoza, y terminaban tomando el aperitivo en la terraza de Rogelios.

Una tarde que paseaban los dos solos por el paseo de Calanda,

Isidro confesó su intención de continuar viviendo en el barrio de Las Delicias, según él, el más colorido y alegre de la ciudad.

—Ya vives en el barrio —le recordó ella.

Él puso entonces un gesto de incomodidad, casi de dolor, demostrando el esfuerzo que le costaba seguir hablando.

—Quiero que tú también vivas en el barrio —dijo.

Y Deli casi se echa a reír.

—También vivo en el barrio.

—Sí, pero vives con tu madre —respondió Isidro, esta vez más despacio para no trastabillarse—. Y yo quiero que sigas viviendo en el barrio, pero conmigo.

No mucho después compraron el piso de Duquesa Villahermosa, un tercero con ascensor y vistas a la plaza de Roma, en la acera de los pares. Se encontraba en buen estado de conservación, aunque la cocina y el cuarto de baño habrían agradecido una reforma. Ellos se limitaron a darle una mano de pintura y a cambiar la cerradura. No querían vivir demasiado endeudados.

La boda se celebró un día de otoño en los juzgados de la plaza del Pilar. Ninguno de los dos era religioso, así que no se plantearon casarse en una iglesia, por mucho que la ceremonia hubiera resultado más solemne. Los padrinos fueron la madre de Isidro y un hermano de la madre de Deli. Gracia Pardo nació en el mes de julio del año siguiente y Lucas cinco años después, a mediados de abril, en plena primavera, cuando el cierzo suele transitar por las calles de Zaragoza en una sola dirección y un solo sentido.

Cosme Llorente puso un anuncio en el *Heraldo de Aragón* en busca de una secretaria con conocimientos de contabilidad y mecanografía para trabajar en las oficinas de la funeraria. Fue el primer paso de una selección de personal que hoy habría resultado inmoral y escandalosa, porque el abuelo no buscaba solo una secretaria, sino una novia para su hijo Matías.

—Habrá que hacer algo —había exclamado en más de una ocasión, preocupado por la falta de vida social de su hijo—. Este muchacho solo se relaciona con los muertos.

Matías Llorente conservaba un par de amigos del colegio, pero apenas los veía porque siempre estaba en la funeraria, trabajando en su despacho o acompañando a los familiares de los fallecidos en el tanatorio, todos los días de la semana, fines de semana incluidos. Se ocupaba de los trámites burocráticos con los seguros de decesos y con

el Registro Civil, se cuidaba de que los coches fúnebres estuvieran siempre preparados, organizaba los cuadrantes de los trabajadores y se paseaba entre los cadáveres en silencio, atento a cualquier ruido.

Su padre no tardó en comprender que la única posibilidad de que se relacionara con mujeres vivas era contratando a una para la funeraria, donde hasta entonces solo habían trabajado hombres vestidos con trajes negros y corbatas grises con el logotipo de la empresa. Por eso, la selección de personal fue una decisión estratégica, porque el abuelo estaba más atento al carácter y el aspecto físico de las candidatas que a su formación académica o su experiencia laboral. Simplemente buscaba el tipo de mujer que, según su criterio, podría gustarle a su hijo: una chica de su edad, resuelta pero no alocada, guapetona sin excesos, no muy alta, con buen tipo y manos cuidadas.

Entrevistó a diez candidatas, siempre en compañía de Matías, que normalmente permanecía callado, asintiendo y tomando notas en una libreta, hasta que después de varias rondas de entrevistas solo quedaron dos, una de las cuales era Rita.

—La otra chica tiene más experiencia laboral —dijo Matías, consultando las notas de su libreta, cuando su padre le preguntó cuál prefería—, pero creo que me gusta más Rita.

—Lo que tú digas —concedió el abuelo Cosme.

—Es más discreta, más suya. Y creo que puede encajar mejor en el puesto. Este no es un negocio cualquiera.

El abuelo Cosme se quedó mirando a Matías con ojos desnudos para que su hijo comprendiera que solo estaba ofreciéndole una mujer de la que enamorarse. A la semana siguiente Rita Sanz comenzó a trabajar en la Funeraria Llorente.

4

—Tarzán fue creado por el escritor norteamericano Edgar Rice Burroughs hace más de cien años, como una serie *pulp* que llegó a tener veinticinco novelas y más de cincuenta películas.

A Tristán Llorente le gustaba alardear de su buena memoria, ignoro si por razones antropológicas destinadas a subrayar algún detalle de su masculinidad o simplemente por su tendencia a la petulancia. Gracia Pardo continuaba mirándolo como a un bicho raro mientras ambos fumaban en su lugar de encuentro habitual.

—El personaje representa al *Homo sapiens* que vuelve a sus orígenes para reivindicarse como la evolución natural de los primates.

Gracia asintió sin dirigirle la mirada.

—¿Por eso se desplaza saltando entre las lianas y se expresa lanzando alaridos como si fuera un mono?

Tristán se volvió hacia ella con intención de replicarle.

—Eso lo hace para que los demás animales puedan entenderlo —dijo—, pero en cuanto se encuentra con Jane aprende a hablar.

—Creo que no conjugaba muy bien los verbos.

—Nadie conjuga muy bien los verbos cuando aprende un idioma.

—Tampoco controlaba los pronombres personales.

—¿Estás insinuando que Tarzán era disléxico o algo así?

Ella negó con convicción sobreactuada.

—Tranquilo —dijo sin permitirse esbozar ni una sonrisa—. En la versión de Disney, Tarzán habla perfectamente. No solo él, también los monos y el resto de los animales, insectos excluidos, creo.

Luego apagó el cigarrillo y volvió al interior de la facultad, quién sabe si satisfecha por haberle replicado a Tristán.

—Yo solo me proponía hacer una lectura antropológica del mito del hombre desnudo —confesó él, confirmando mis sospechas—, para que Gracia comprendiera el poder de atracción que tenía su parecido con Jane Porter sobre mi naturaleza masculina.

El abuelo Cosme nunca visitó la consulta de un psicólogo. Hubo varias generaciones de españoles que resolvieron sus miedos y frustraciones paseando en silencio, trabajando duro, bebiendo en la barra de un bar o, en algunas ocasiones, hablando con los amigos. En su caso, el miedo que sentía a ser enterrado con un hilo de vida le impedía dormir por las noches, como si el sueño fuera un trance mortuorio sin garantías de salir con vida.

—No quiero morir mientras duermo, a traición —pensaba el anciano en lo más oscuro de la noche—. Quiero ser consciente de que me estoy muriendo.

No le contó estos recelos a su esposa, pero sí a su hijo, cuando este dejó de ser un adolescente ensimismado y distraído. Aparte de eso, todo lo que Cosme Llorente hizo para superar sus miedos fue someterse a una terapia de choque consistente en pasar un rato cada día tumbado dentro de uno de los ataúdes de la funeraria. Al principio solo un minuto o dos, luego cinco o diez, así progresivamente hasta que fue superando la claustrofobia inicial y su cuerpo comenzó a asumir las estrechuras del espacio por la fuerza de la costumbre. Pasado el tiempo, llegó a dormirse dentro del ataúd y algunas veces tuvo dificultades para volver al mundo de los vivos si sus operarios o su hijo rondaban por allí cerca.

Una tarde, Matías comenzó a llamarlo en voz alta y el abuelo Cosme estuvo a punto de contestar desde el interior del ataúd, pero se contuvo a tiempo, consciente de que no podía responder tal como estaba ni mucho menos abrir la tapa y salir tan campante, como un recién resucitado. Eso habría provocado el pánico en la funeraria y puede que en todo el barrio de Torrero.

En otra ocasión, uno de sus operarios llegó a abrir la tapa del ataúd donde dormía el abuelo Cosme, pero solo fue unos centímetros para averiguar si el interior estaba vacío u ocupado. Por suerte para él, no se fijó en el rostro del supuesto cadáver ni en el ritmo de su respiración. Ni en la presión que hacía con los párpados para no abrir los ojos. Creyó ver el cuerpo de un hombre muerto ataviado con su mejor traje, que era más o menos lo que esperaba encontrar.

Como el resto de sus empleados, el abuelo Cosme siempre llevaba traje negro y corbata gris con el logotipo de la empresa.

—Pareces un ministro —le decía a veces su mujer, la abuela Francisca, cuando lo despedía en la puerta de casa.

—Soy el ministro del duelo y la compasión —respondía él.

Y salía al Coso para coger un taxi que lo acercara hasta la avenida de América, pensando en el número de entierros que debía atender y en la siesta que se echaría después de comer en su ataúd favorito, lo

que demostraba que no era ningún ministro. Era la viva imagen del Príncipe de las Tinieblas.

Lucas Pardo comía poco y apenas hacía ejercicio, de modo que su cuerpo se fue estilizando hasta que llegó a parecerse a un fideo, que era como lo llamaban en casa su madre y su hermana, a veces añadiendo un adjetivo innecesario para enfatizar la imagen, como fideo larguirucho, fideo desgarbado o fideo interminable. A él no le molestaba este juego lingüístico. Más bien al contrario, agradecía que su madre y su hermana se ahorrasen la benevolencia y lo trataran con la guasa propia de la camaradería. Además, él era consciente de su delgadez y, aunque jamás le preocupó su estado de salud ni su apariencia física, se esforzaba en comer cada día un poco más para aliviar la preocupación de su madre.

Antes de comer consultaba una enciclopedia de cocina para estimularse. Elegía una receta apetitosa, leía con atención los ingredientes y observaba las fotos que mostraban los pasos que debían seguirse. Las imágenes de la cebolla cortada, el ajo picado o la carne ya dorada le abrían el apetito, gracias a lo cual comía con ganas durante unos minutos hasta que el estómago se colmaba y tenía que cerrar el libro a toda prisa para que no le produjera el efecto contrario.

Nunca puso en práctica ninguna de esas recetas, entre otras razones porque, según él, el contenido de los libros no formaba parte de la realidad. Era algo que le habían enseñado sus padres, preocupados por si Lucas se tomaba al pie de la letra la carga de fantasía que había en los cuentos que leían antes de acostarse.

—Los cuentos solo suceden en la imaginación de los lectores mientras el libro permanece abierto —le decían cerrándolo de golpe —. Una vez que se cierra todo desaparece por arte de magia.

Lucas siempre tuvo dificultades para diferenciar lo imaginado de lo vivido. Al final, todo quedaba almacenado en el mismo compartimento de su memoria, de manera que los personajes de los cuentos se mezclaban en sus recuerdos con las personas que iba conociendo en la vida real. Isidro y Deli no querían arriesgarse a que el pequeño creyera de verdad que existían las hadas, las brujas o los dragones, o que se podía saltar por la ventana para volar como un superhéroe. Nunca se podía fantasear con él, ni siquiera en juegos. Por eso Lucas leía las recetas de cocina con asombro, como si esos platos solo pudieran satisfacer un paladar imaginario y no tuvieran nada que

ver con la realidad.

Por esa misma razón Lucas no tenía creencias religiosas. Dios y su corte de santos y mártires aparecían en la Biblia y en los libros religiosos, de modo que eran personajes de ficción que dejaban de existir en cuanto se cerraban las tapas.

Rita Sanz comenzó a trabajar en el mismo despacho que Matías Llorente, tal como había planeado el abuelo Cosme, con sus mesas formando ángulo de noventa grados, de manera que Matías pudiera ver a su nueva compañera de perfil y fijarse en sus piernas, su espalda, su cabellera morena y su nariz respingona. Ella a veces se sentía observada y volvía la cabeza hacia Matías con una sonrisa medio esbozada, para que supiera que lo había pillado mirándola. Y para dejar claro que no le molestaba. Matías entonces se levantaba azorado y abandonaba el despacho a toda prisa, como si hubiera olvidado algo importante.

Todos los días tomaban café a media mañana, acompañado de unas palmeritas de chocolate que Rita compraba de camino al trabajo en una panadería cercana. Eran quince minutos de conversación en los que no hablaban del negocio. Rita le contaba sus planes de fin de semana, si había ido al cine y había visto una película entretenida, si se disponía a asistir a algún concierto o si habían abierto algún bar nuevo en la ciudad que destacara por algo. Rita salía por las noches con una pandilla de amigas formada por compañeras del colegio, a las que se habían ido uniendo otras chicas, hermanas más pequeñas, primas y vecinas.

—Un día tienes que venirte con nosotras.

En octubre de 1983, en plenas fiestas del Pilar, Matías acompañó a Rita y su pandilla de amigas al concierto que Spandau Ballet dio en el estadio de la Romareda. Las amigas de Rita no dejaron de bailar, aplaudir y pedir bises, aunque la banda británica solo interpretó dos temas fuera del programa previsto. Matías permaneció allí, petrificado entre el gentío, tan perdido como un viajero del tiempo recién llegado al futuro. No sabía nada de música ni de la movida cultural que estaba revolucionando Europa en general y Madrid en particular, con destellos que llegaban hasta las ciudades de provincias. Vivía en otro mundo. En su casa solo se escuchaban discos de Julio Iglesias, Dyango, Rocío Jurado o Mocedades, porque a la abuela Francisca le gustaba la música melódica, como ella decía.

Aquella tarde de octubre, Rita sintió por Matías una ternura en

cierto modo maternal, como si hubiera encontrado un niño paralizado por el pánico de saberse perdido entre la multitud. Estuvo a su lado todo el concierto, hablándole de los Nuevos Románticos y nombrando cada una de las canciones que sonaban. A la semana siguiente se tomaron una cerveza juntos, luego una cerveza con unas aceitunas, de ahí pasaron a unas tablas de queso y embutidos curados, unas raciones de calamares o huevos rotos, así, gradualmente, hasta que Matías la invitó a cenar en un restaurante del centro.

Román Díaz se puso las gafas de sol y cerró los ojos. Siempre se acostaba con ellas puestas, como si fueran uno de esos antifaces que usan quienes duermen por el día. Como cada noche, palpó sus cosas y no tardó en dormirse. El sueño es aliado de cualquier tipo de rutina. Se despertó, eso sí, muchas veces. No recordaba cuándo había dormido de un tirón por última vez. Hacía muchos años, antes de que surgieran los primeros problemas en la empresa, cuando era un hombre en activo, con trabajo y con familia.

La gente que duerme en la calle no lo hace de un tirón toda la noche. Ni siquiera los que se acuestan borrachos o drogados. Cada poco tiempo sucedía algo en la calle Albareda, lo que fuera. Un taxi dejaba una estela sonora en la calzada, un compañero hablaba dormido, una ambulancia aullaba a lo lejos o el camión de la basura trasegaba como un animal mitológico con el esqueleto de metal y las patas hidráulicas. De nada servía ponerse tapones en los oídos porque el cerebro humano, por una cuestión de supervivencia, necesita mantener abierto el canal del oído, tal como hacen muchas especies animales, como los perros y otros cuadrúpedos, que duermen con una oreja levantada en posición de alerta.

La circulación se interrumpió casi por completo pasadas las tres de la mañana y permaneció así por espacio de dos horas, como un encefalograma plano. Román sabía reconocer ese intervalo de tiempo y lo aprovechaba para abrigarse, cambiar de postura y volver a dormirse en silencio y a oscuras. Más tarde volverían los ruidos. El encefalograma cobraría vida y sería imposible dormir ni un minuto más, aunque ninguno de los durmientes de la rampa haría mención de levantarse.

Todavía estaba oscuro cuando los estorninos proclamaron el amanecer con su alboroto de trinos. Román se incorporó, desdobló con cuidado los pantalones y se los puso. Recogió las mantas y los cartones y lo dejó todo apoyado contra la pared de los compresores de

aire. Le dio los buenos días al Tamagochi y ascendió la rampa con dificultades, como si caminara sobre las entrañas de un animal vivo, tratando de no pisar a ninguno de los compañeros que seguían acostados.

Eduardo Rodríguez solía esperar a Gracia Pardo en el parking de la Facultad de Economía, apoyado en la puerta de su coche con los brazos cruzados. Tristán Llorente los observaba desde la distancia, apostado en lo alto de la escalera de incendios, suponiendo lo que estaba a punto de suceder. Eduardo y Gracia darían una vuelta en el coche y probablemente tomarían algo en una terraza. Luego él la dejaría en el portal de su casa para irse a entrenar. Ella entonces encontraría un ramo de flores anónimo, compuesto por rosas blancas, gerberas, nardos o azucenas, nunca claveles, crisantemos ni gladiolos estilizados.

En la funeraria siempre había flores en forma de coronas, centros o ramos, tantos y tan parecidos que, si alguno desaparecía o mermaba, no llamaba la atención de nadie, ni siquiera de quien lo había enviado en memoria de un familiar o un amigo. Cada tarde, Tristán elegía unas cuantas flores de distintos centros y formaba un ramo para enviar a casa de Gracia. Lo hacía contando con la empresa de mensajeros que trabajaba para la funeraria, camuflando el envío para que el departamento de administración no advirtiera nada raro en las cuentas.

La estrategia de Tristán era muy simple. Justo después de haber pasado la tarde con el atlético Eduardo, Gracia recibiría un ramo de flores de un admirador secreto, que por supuesto no era Eduardo, de manera que cada tarde el pobre imbécil quedaría en un plano inferior al del anonimato.

—No se puede caer más bajo.

Alguna vez pensó en colocar una tarjeta entre las flores, quién sabe si firmada por el mismo Tarzán de los monos, pero nunca se atrevió a tanto.

—Preferí continuar en el anonimato de la emoción diaria —me confesó—, dispuesto a seguir eligiendo las flores menos fúnebres para que Gracia saliera de clase con ganas de llegar a casa, ansiosa por comprobar si conservaba las atenciones de su admirador.

Matías Llorente nunca tuvo miedo de los muertos. Como él decía, tan solo eran cuerpos inertes sin ninguna capacidad de reacción.

—¿Quién puede temer algo así? —añadía—. Me dan mucho más miedo los vivos.

De niño solía corretear entre los ataúdes, como si estuviera jugando en el patio del colegio o en el parque, ajeno al silencio y el frío del lugar. Si había alguno abierto, se subía a una silla para observar su contenido con ojos traviesos y manos inquietas, como si todo, el ataúd, la rigidez de la muerte y el silencio, formara parte de un juego. A veces estiraba los labios del cadáver para hacerlo sonreír, lo despeinaba, lo peinaba, le daba la mano o le subía el pantalón para ver de qué color llevaba los calcetines.

Cuando alcanzó la pubertad, sintió una curiosidad más íntima y, alguna vez llegó un poco más lejos, siempre deprisa y alarmado, consciente de que no era lo mismo despeinar el cadáver de una mujer que rebuscar entre su ropa. Un día halló el cadáver de una joven que, según había oído, se había suicidado. Su rostro se encontraba relajado, sus facciones eran hermosas, sus labios carnosos y su cabello tan brillante que parecía vivo, quizá porque el cabello no tiene vida y nunca muere del todo. Hasta ese momento no había tocado el torso de ningún cadáver, pero aquel día acercó la mano al pecho de la joven, la metió entre la ropa y acarició sus pechos sin ninguna intención de excitarse. Simplemente sentía la necesidad de comprobar al tacto su delicada textura de porcelana.

Pese a que se encontraba en una bodega oscura, le sorprendió que la piel invisible pudiera estar tan fría y retiró la mano rápidamente, como si se hubiera quemado. Luego volvió a posarla en la mejilla, pero esta vez palpando su tersura con las yemas de los dedos. Recorrió el perfil de los labios, la curva de la barbilla, la rigidez del cuello y acabó acariciando su cabello largo y oscuro, sin poder aplacar el deseo de besar a aquella desafortunada. No lo hizo porque tenía convicciones morales y sabía distinguir los límites de la vida y de la muerte, pero esa noche, ya acostado, tuvo que levantarse para ir al baño y masturbarse un par de veces antes de volver a la cama. No podía quitarse de la cabeza la armonía facial de aquella muchacha, sin dejar de preguntarse qué le habría sucedido. Por qué se había quitado la vida una mujer tan joven y hermosa. Era, tenía que ser, sin duda, un asunto de amor. Había por ahí un malnacido que no había sabido apreciar los encantos y la sensibilidad de aquel tesoro de la naturaleza.

A la mañana siguiente se despertó temprano con un vacío de angustia en el estómago y se fue al tanatorio antes de que comenzaran

los entierros. Buscó el ataúd de la joven suicida, lo abrió y la besó en los labios.

Deli Redondo salía de trabajar a las siete de la tarde, un poco antes de la hora de cerrar la peluquería. Lo hacía para pasear con *Fiona* por el parque de Las Delicias, siguiendo siempre el mismo itinerario, una vuelta alrededor de su perímetro cuadrangular y un rato de descanso en las escaleras del anfiteatro entre jóvenes del barrio haciendo cabriolas con sus patines y sus tablas. A *Fiona* le asustaba el ruido de las ruedas y los estruendos de las tablas al chocar con el suelo y acababa enroscada en el regazo de Deli, deseando volver a su cesta para dormir tranquila.

Lo que encontraban al regresar a casa era el ramo de flores dirigido a Gracia.

—¿De verdad no sabes quién te lo manda?

Deli no podía creer que su hija no supiera algo así. Era evidente que no creía en los admiradores secretos.

—No estoy segura —respondió Gracia—, pero hay un tipo raro en mi clase.

—¿Cómo de raro?

—Dice que me parezco a Maureen O'Sullivan.

—¿A quién?

—A Jane, la novia de Tarzán.

—Eso no es tan raro.

—Dice que Maureen O'Sullivan es un motivo para justificar la existencia.

Deli torció unos grados la cabeza, sopesando la frase.

—Dice que se llama Tristán, como el joven bretón que se enamoró de la princesa irlandesa Isolda.

—Eso ya es más raro.

—También dice que tengo las piernas bien torneadas.

La mirada de Deli se endureció.

—¿Tiene pinta de pervertido? —dijo.

—No —respondió Gracia, señalando a su hermano—, es alto y delgado, aunque no tanto como el fideo. Me mira las piernas porque sabe admirar la armonía de las formas sutilmente simétricas.

—Tienes que desenmascararlo —dijo Deli, dando por hecho que se trataba del admirador secreto.

—¿Y si no es él? —repuso Gracia.

Su madre le hizo el gesto de la evidencia.

—Si no es él —dijo—, las flores seguirán llegando.

Tristán Llorente era alto y delgado, aunque cada día un poco menos porque a las pocas semanas de conocer a Gracia Pardo se sometió a un exigente tratamiento de musculación con la ayuda de un entrenador personal. Cambió su alimentación, tomó suplementos para aumentar la masa muscular y comenzó un plan de entrenamiento que incluía ejercicios con tensores y pesas, flexiones, abdominales y todo tipo de estiramientos.

—Voy al gimnasio todas las tardes, pero también me entreno en casa a primera hora de la mañana, antes de ducharme, haciendo flexiones en el suelo de mi habitación o saliendo a la terraza con los tensores.

Los resultados no tardaron en llegar, o al menos eso creía él cuando se miraba en el espejo de su dormitorio, haciendo poses de culturista.

—Has comenzado a hacer deporte y a fumar a la vez —señaló su madre, una tarde que estaban los dos solos en la terraza de Sagasta 90.

Tristán levantó la vista del libro que llevaba entre manos.

—Es incoherente —añadió Rita.

Una gaviota procedente del río sobrevoló el cielo en silencio.

—Lo hago por razones diferentes —respondió Tristán.

—¿Puedo preguntar qué razones son esas?

—Fumo para socializar con los demás y hago deporte para estar más atractivo.

Rita Sanz sonrió con aire de sorna.

—Quieres estar más atractivo para socializar mejor con los demás —dijo—, así que no son razones tan diferentes.

—Es cierto, es la misma razón —admitió Tristán—, no hay ninguna incoherencia.

Madre e hijo pasaban muchos ratos en aquella terraza, ella hojeando una revista, él estudiando para un examen o pasando a limpio apuntes de alguna asignatura. Apenas hablaban pero se hacían compañía esperando a que Matías Llorente llegara del cementerio o de la funeraria. A veces, Rita se acodaba en la barandilla de la terraza esperándolo, mientras admiraba el vuelo de los estorninos en invierno y los vencejos en verano. Cuando Matías llegaba a casa, cenaban los tres juntos, si hacía bueno en la misma terraza, viendo cómo el cielo se vaciaba de pájaros y se cubría con las pocas estrellas capaces de

burlar la contaminación lumínica de la ciudad.

5

Los padres del abuelo Cosme habían nacido en Zaragoza, en una vivienda del Coso Bajo, cerca de la plaza de San Miguel. Al contrario que muchos de sus conciudadanos, no procedían de ningún pueblo de la provincia. Los Llorente eran los más zaragozanos de la ciudad, los que habían nacido y vivido siempre en el centro. Cuando Matías y Rita compraron el ático de Sagasta 90, el abuelo Cosme creyó que se iban a vivir al extrarradio. Para él, el centro de la ciudad estaba delimitado por el puente de piedra, la plaza de San Miguel, el camino de Las Torres, la avenida de Goya y la iglesia del Portillo. Todo lo que estuviera más allá de ese perímetro pertenecía al extrarradio urbano. Y lo que se construía al otro lado del río, en el Actur o en el Picarral, formaba parte de una ciudad distinta, que él no conocía ni pensaba conocer.

Tristán había nacido cuando Matías y Rita todavía vivían en el 1.°B del Pasaje de los Giles, un piso generoso con tres dormitorios, cocina, galería acristalada, salón y un pasillo con un amplio armario empotrado, todo en el mismo rellano donde vivía el abuelo Cosme y encima de la horchatería que daba a la plaza Sas. El niño creció correteando por esa plaza peatonal, que en otro tiempo fue una zona de comercio tradicional con parada de taxis incluida. Rita tenía que cruzar el Coso y llevarlo a la plaza de Salamero para que Tristán pudiera jugar con otros niños sin los peligros del tráfico. Esa fue una de las razones por las que decidieron mudarse al número 90 del paseo de Sagasta, dejando en el 1.°B muchos recuerdos, un sofá viejo y algunos libros y revistas que no habían leído nunca.

El piso de Sagasta 90 era un ático con una terraza espaciosa que daba al parque Pignatelli, el lugar ideal para criar a un niño movido como Tristán. Otra razón para la mudanza fue la proximidad del barrio de Torrero, donde estaba la Funeraria Llorente y el cementerio. Además, la vivienda incluía parking para dos vehículos y un trastero donde guardar la bicicleta de Tristán después de dar una vuelta por el parque.

Al abuelo Cosme le incomodaba ir de visita a aquella parte de la

ciudad. Las pocas veces que fue por allí llevaba la protesta en la boca.

—Esto está en el *finis terrae* —decía—. Para vivir aquí, mejor habría sido construir un chalet en el barrio de Casablanca, así habríais podido tener un jardín con piscina, unos árboles de sombra y una barbacoa para asar unas chuletas de ternasco.

Lo invitaban a comer muchos domingos, pero el anciano se excusaba siempre que podía alegando achaques, razones meteorológicas y obligaciones inventadas. Prefería quedarse en el 1.°A del Pasaje de los Giles, enfrente del piso que su hijo y su nuera habían dejado libre, recorriendo su largo pasillo con las manos a la espalda o viendo alguna corrida de toros por televisión. Por aquel entonces, la abuela Francisca ya había muerto y vivía solo, aunque Rita lo visitaba casi a diario para obligarlo a salir a la calle. Unas veces daban un paseo hasta el río atravesando el Mercado Central, otras subían a la plaza de Paraíso o se acercaban a la puerta del Carmen. Si pasaban por la plaza del Pilar, el abuelo Cosme insistía en entrar en la basílica.

—No puedo pasar por la plaza del Pilar sin entrar a ver a la Virgen —decía—, aunque solo sea un minuto.

Hablaba de la Virgen como si fuera una vecina distinguida de la ciudad, igual que hacían muchos otros zaragozanos, preocupados por ofenderla si pasaban cerca de la basílica sin tiempo para dedicarle una visita.

—Alguien me envía flores todos los días —declaró Gracia Pardo.

Tristán Llorente tuvo que hacer un esfuerzo para no atragantarse con el humo del cigarrillo que fumaba a su lado, en la salida de incendios de la tercera planta de la facultad.

—¿No te extraña? —insistió ella.

Él negó convencido.

—Lo extraño sería que nadie lo hiciera —respondió—. Seguro que Maureen O'Sullivan también recibía muchos ramos de flores en su camerino.

—Yo no he dicho que sean ramos.

—¿Qué iban a ser entonces? ¿Guirnaldas? ¿Coronas fúnebres?

Gracia lo miró con una ceja inquieta, preguntándose si se encontraba ante el candor de un inocente o el cinismo de un caradura.

—Podrían ser flores individuales —dijo ella a modo de sugerencia —, envueltas en celofán o algo así.

—Pero son ramos —insistió él.

—Son ramos hechos a mano.

—¿Seguro que no están hechos a máquina?

—Quiero decir que son ramos hechos a mano por la misma persona que los envía.

Tristán asintió y negó, casi a la vez.

—¿Cómo puedes saber una cosa así? —dijo, alzando las cejas.

—No están hechos por un profesional.

—Quizá te los envía un florista que está empezando.

—Un florista nunca enviaría flores.

—Ya, y un confitero nunca enviaría bombones. Y a un joyero ni se le pasaría por la cabeza enviarte una pulsera o unos pendientes, ¿no?

—Jamás.

Tristán espiró el humo del cigarrillo.

—¿Y no llevan una tarjeta con un mensaje o algo parecido? —preguntó.

Gracia chasqueó la lengua dos veces.

—Son anónimos —dijo—, pero no tanto como cree quien los envía.

Tristán no respondió. Apagaron el cigarrillo a la vez. Él recogió el mechero que ponían entre la hoja de la puerta y el marco para evitar que esta se cerrase, le cedió el paso a Gracia y ambos regresaron al interior del edificio.

Tristán Llorente se había aficionado al cine clásico gracias a su abuelo.

—Siempre me han gustado las imágenes en blanco y negro —solía decir el anciano—, tanto en las fotografías como en el cine. Las películas a todo color parecen demasiado reales, como si estuvieran sucediendo en directo, más aún las que se producen hoy en día, con esos medios técnicos tan caros y sofisticados. Yo prefiero estar seguro de que me están contando una historia de ficción, que no es de verdad o que ha sucedido en el pasado, y que por eso mismo, porque no es más que un recuerdo o algo inventado, se presenta ante mí sin colores, en blanco y negro.

Tristán pasaba algunos fines de semana en casa de sus abuelos para que sus padres pudieran salir de viaje. Fue la época en que compraron el terreno en el *cap* de Salou y construyeron el chalet. Rita y Matías tenían muchas decisiones que tomar y varios gremios profesionales que coordinar, así que se marchaban los viernes a mediodía y no volvían hasta el lunes por la noche. El abuelo Cosme y la abuela Francisca se quedaban al cuidado de Tristán, haciendo planes para pasar la tarde del sábado y el domingo viendo películas en

blanco y negro.

—Hoy vemos una de vaqueros y mañana una de guerra.

El abuelo Cosme poseía una colección de cine clásico en cintas de vídeo, algunas grabadas directamente de la televisión, otras pertenecientes a alguna antología de quiosco. También conservaba un reproductor de vídeo que podía considerarse una reliquia de la electrónica de finales del siglo XX. En la colección había cine dramático, de misterio, comedias y aventuras de todo tipo. Fue entonces cuando Tristán vio las películas de Tarzán protagonizadas por Johnny Weissmüller y Maureen O'Sullivan, y lo hizo siguiendo el criterio de su abuelo, en riguroso orden de producción.

Comenzaron por *Tarzán de los monos*, de 1932, y terminaron con *Tarzán en Nueva York*, de 1942. Tristán se encontraba en esa etapa de la adolescencia que eleva la morfología del cuerpo humano a la máxima expresión de la belleza. Maureen O'Sullivan pronto se convirtió en el paradigma de la sensualidad y la belleza femenina, vestida con un atuendo ceñido y corto de amplio escote o una especie de bikini selvático con la parte inferior atada a las caderas, dejando al descubierto el vientre, la cintura y unas piernas perfectas que desde aquel día formaron parte de los sueños más encendidos de Tristán.

—Soy Tristán de los monos —decía él.

A partir de entonces se dedicó a buscar fotografías de Maureen O'Sullivan en su papel de Jane Porter y las recortó o las imprimió para guardarlas en una carpeta que siempre conservó como un tesoro. Cuando estaba aburrido, desanimado o triste, miraba las fotografías de Maureen, repasando los perfiles de su cuerpo con un dedo, como si estuviera dibujándola y quisiera reproducir una curva o una sombra en sus rodillas o en sus tobillos. Ella lo miraba con una sonrisa dulce apuntada entre los labios y él sentía la dicha incomparable de estar vivo.

Román Díaz orinó entre unos contenedores de basura y se dirigió al comedor social caminando tan despacio que no parecía dirigirse a ninguna parte. Allí le dejaban usar el aseo para que pudiera lavarse y peinarse y le daban un café con leche, un trozo de bizcocho y un paquete de galletas. Y todo sin hacer muchas preguntas. Solo había que guardar la cola, sentarse en una de las mesas, junto a otros silenciosos parroquianos, y esperar a que uno de los voluntarios apareciese con un termo en el que ya estaba mezclado el café con la leche y el azúcar.

A Román aquel momento le traía recuerdos desordenados en el tiempo. El café y las galletas lo transportaban al colegio en el que estuvo interno durante sus años de primaria y al piso donde pasó las primeras semanas de su nueva vida, cuando tuvo que marcharse de casa y solo bebía el café con leche que le llevaba su primo Luis en un termo. Ambos cafés se parecían al del comedor social.

En ese momento, una mujer de su edad que parecía una anciana comenzó a toser a su lado. Román se levantó precipitadamente, recogió su petate y salió a la calle. No soportaba que nadie tosiera cerca de él porque no podía permitirse el lujo de ponerse enfermo. Sacó el último cigarrillo que le quedaba y lo encendió. El tabaco después del café le provocaba un efecto laxante casi inmediato, lo que le servía para controlar su organismo y hacer coincidir sus necesidades con la oportunidad de satisfacerlas lo más cómodamente posible.

Pasó la mañana en la plaza de José María Forqué, sentado bajo un plátano de sombra frente al general Palafox montado a caballo, dejándose contagiar por la inacción del árbol, igual que una estatua. Fijó la vista en un punto concreto y dejó que las cosas se movieran a su alrededor. Fue una actitud enteramente vegetal. Vio a una joven de aspecto inca empujando la silla de ruedas de una anciana que tosía tanto o más que la mujer del comedor. Vio a varios perros seguidos de sus dueños. A dos o tres rezagados que corrían hacia sus lugares de estudio o trabajo. Y a varios niños pequeños que todavía no iban al colegio ni a la guardería, seguidos por esos padres que tampoco iban ni a la fábrica ni a la oficina de empleo. Vio hojas cayendo de los árboles, un grupo de señoras caminando deprisa con intenciones deportivas, hablando entre ellas con un más que audible sobrealiento. Y de pronto, cuando más concentrado estaba en el ensueño vegetal, apareció Quimi en su versión más viva y ocurrente, en pleno subidón de euforia. Le dio una palmada en el hombro y se sentó junto a él, pero mirando hacia el otro lado.

—Me siento hacia aquí para no marearme —dijo.

Román ni siquiera lo saludó.

—No te he hecho ninguna pregunta —se limitó a decir.

—No estoy respondiendo ninguna pregunta. Solo digo que me he sentado mirando hacia el futuro para no marearme.

Román volvió la cabeza para mirar a su espalda.

—La Tierra gira de oeste a este —le recordó Quimi—, así que si te sientas mirando hacia el este, como tú, vas en el sentido de la marcha pero en contra del paso del tiempo.

Y señaló con el brazo extendido hacia el antiguo cuartel de Pontoneros, que él tenía a su espalda y Román enfrente.

—Si prefieres no marearte, es mejor que hagas como yo y mires hacia el oeste, donde está el futuro.

Román resopló audiblemente para indicar que andaba justo de paciencia.

—¿Qué coño dices? —dijo.

Quimi hizo un gesto para exculparse.

—Yo no digo nada. Es lo que hay. El movimiento de la Tierra produce el tiempo, las horas, la noche y el día, los meses y las estaciones. Es una puta evidencia. No me lo estoy inventando. Por eso, si miras hacia el este, estás contemplando lo que acaba de suceder.

—No me digas.

—Lo que no ha sucedido todavía está hacia el oeste —dijo Quimi, invitándolo a darse la vuelta—. Ahí mismo, justo ahí.

Aunque no era el lugar más apropiado ni el más discreto, Matías Llorente y Rita Sanz se besaron por primera vez en la oficina de la funeraria, un viernes por la tarde cuando apenas quedaba un cuarto de hora para salir. Habían compartido ya unos cuantos fines de semana y el protocolo del beso en los labios se resistía a suceder. Se despedían en el coche con un beso en la mejilla, como viejos amigos, sin atreverse a dar el siguiente paso. Su relación comenzaba a resultar tensa y fingida, con silencios incómodos y ojos inquietos que no sabían dónde posarse.

—Lo único que podíamos hacer fue lo que hicimos.

Con esta contundencia argumental me resumió el propio Matías lo sucedido. Él pasó junto a la mesa de Rita camino de la impresora. Ella se levantó de su asiento, él se dio la vuelta, se miraron un solo segundo y se besaron. Luego cada uno volvió a su sitio y se sonrieron desde la distancia, aliviados por haber roto el maleficio de la incomunicación.

No sé a cuál de los dos se le ocurrió la idea, pero a la mañana siguiente decidieron ir al parque de atracciones con ánimo de disfrutar del vértigo de la montaña rusa, la luz ultravioleta del barco del Mississippi y la inclinación imposible de la casa magnética, como si aquel primer beso hubiera desbloqueado su capacidad para experimentar nuevas sensaciones. El domingo comieron juntos y pasaron la tarde en casa de una amiga de Rita, intimando hasta donde les fue posible, igualmente excitados por el vértigo y la sorpresa que producen las primeras experiencias.

Matías se encontraba tan nervioso que comenzó a tartamudear

durante la comida, razón por la cual estuvo más callado de lo habitual. Era la primera vez que iba a tocar el cuerpo de una mujer viva. Y su primera sorpresa fue comprobar que Rita recibía sus caricias suspirando, sonriendo, murmurando frases ininteligibles y moviéndose demasiado para su gusto.

—No sé explicar lo que ocurrió.

Trataron de acompasar sus movimientos de varias maneras, cambiando de frecuencia y de ritmo, así como alternando sus posiciones, pero en ningún momento lograron complementarse.

—Fuimos dos cuerpos orbitando en trayectorias divergentes.

Enseguida comprendieron que lo sucedido no era accidental. Cada domingo pasaba lo mismo, o algo parecido, hasta que Rita advirtió que cuanto menos se movía ella, más se excitaba Matías. La evidencia se concretó un día que decidió quedarse completamente inmóvil y él la penetró con toda la potencia de un hombre joven, sano y entregado. Ninguno de los dos dijo nada a continuación, ni en serio ni en broma, como si lo que acababa de suceder fuera perfectamente natural o tan ridículo que era mejor no comentarlo.

Rita Sanz debió haberse dado cuenta a tiempo de que, si sus relaciones sexuales iban a ser así, dominadas por el estatismo y el silencio, acabaría por sentirse como un maniquí, una muñeca hinchable, un cuerpo embalsamado, una muerta.

A Deli Redondo le gustaba subir de vez en cuando al cementerio de Torrero para cambiar las flores de la tumba de su esposo, en uno de esos recados que surgen del romanticismo menos pragmático y, quizá por eso mismo, proporcionan una dosis extra de paz interior. A veces la acompañaba su hija Gracia y aprovechaban la oportunidad para caminar deprisa, alargando las zancadas y braceando con brío. Otros días iba con Lucas, y entonces tenían que coger el autobús de la línea 34 porque su hijo se cansaba enseguida de caminar.

Isidro Pardo estaba enterrado en un nicho alto, a más de cuatro metros del suelo, así que Deli tenía que usar una escalera metálica para cambiar las flores. Lucas la sujetaba desde abajo con los ojos cerrados, tratando de imaginar el cuerpo sin vida de su padre dentro de aquel hueco estrecho y oscuro que comenzaba en la lápida con su nombre. Nunca pensó que un cuerpo muerto pudiera descomponerse y quedar reducido a un rescoldo de cenizas. Él creía que su padre se encontraba exactamente igual que el día del entierro: un cuerpo sin alma, por supuesto, pero un cuerpo al fin y al cabo con su morfología

propia, su rostro con sus facciones, sus manos grandes, sus piernas largas, todos y cada uno de los rasgos físicos que caracterizaron a Isidro Pardo cuando estaba vivo. Por eso nunca entendió que los familiares decidieran incinerar a sus muertos y acabar con sus restos en apenas unos minutos, ignorando que la vida no es más que una larga y lenta combustión que continúa después de la muerte hasta que no queda ni un gramo de combustible por quemar.

—Todos los cuerpos acaban incinerados —le habría gustado explicarle su madre—, da igual si se entierran o se incineran. El final es el mismo. Es una simple cuestión de tiempo.

Deli trataba de hablar con él cuando regresaban a casa, caminando por la avenida de América hasta la parada del autobús, pero Lucas tenía dificultades para expresar con palabras sus inquietudes más profundas y habitualmente solo respondía con monosílabos. Cuando esto sucedía, ella lo reanimaba cambiando de tema para interesarse por lo último que había descubierto en Google Maps y Lucas comenzaba a hablar, por ejemplo, del pozo de Darvaza, un gran cráter que ardía desde hacía cincuenta años en el desierto de Turkmenistán y era conocido como «la puerta del infierno».

6

Una noche en casa de sus abuelos, Tristán descubrió una caja de revistas pornográficas debajo de la cama. Él dormía en el cuarto que había ocupado su padre durante los años que había vivido en esa casa, pero las revistas pertenecían a su abuelo. Y si estaban ahí, a su alcance, era porque Cosme Llorente creía que todo joven, fuera hombre o mujer, necesitaba unas nociones básicas sobre sexo.

—En otros tiempos, los padres llevaban a sus hijos a las casas de alterne para que espabilaran en la cama —le contó después de preguntarle si había encontrado las revistas—. Ahora eso estaría muy mal visto, así que te dejo las revistas. Las he guardado a escondidas para ti, así que no se te ocurra decir nada delante de la abuela o de tus padres.

El abuelo Cosme ignoraba que desde cualquier teléfono móvil podía accederse al mundo para él prohibido del sexo en cualquiera de sus modalidades. Nunca habría creído que la asignatura pendiente de tantas generaciones como la suya estuviera a la vista de cualquiera que pudiera conectarse a internet, sin trabas de ninguna clase.

Tristán había visto unas cuantas escenas pornográficas en el ordenador de su casa, normalmente en compañía de algunos compañeros de clase, todos tratando de disimular el estupor que les causaba lo que veían.

—La pornografía me parece demasiado real, cruda y fría, tan poco apetitosa como los alimentos sin cocinar.

Nunca llegó a decirlo delante de sus amigos, pero el porno de internet le parecía una actividad carente de todo crédito, la antítesis de la sensualidad y el erotismo. Las revistas de su abuelo eran otra cosa. Había en sus páginas satinadas mujeres posando, algunas completamente desnudas, otras envueltas en velos y sedas y prendas de lencería que ocultaban algunos detalles orgánicos y, a cambio, adornaban su cuerpo con una geometría delicada y sutil, añadiendo un perfil redondeado en la cara exterior de los glúteos o pronunciando un pliegue de la piel para destacar la tersura de su entorno.

—Descubrí que nada me seducía y me excitaba tanto como una

mujer posando en ropa interior —me confesó con la mirada perdida en el tiempo—, así que tanto las fotografías de Maureen O'Sullivan vestida de Jane como las revistas de mi abuelo me excitaban más que todo ese material pornográfico de internet que, por decirlo de algún modo, siempre me pareció un documental de animales.

Todas las noches Tristán conciliaba el sueño pensando en Jane, tratando de recrear su presencia, como si ambos estuvieran tumbados frente a frente dispuestos a dormir abrazados, o mejor aún, amontonados uno sobre el otro con las piernas cruzadas, una mano en el costado y otra sobre el pecho, junto al cabello encrespado de Jane esparcido sobre las sábanas.

—A veces, colocaba mi mano en la almohada, con la palma hacia arriba para recrear el rostro de Maureen. Le hablaba en voz baja y le deseaba felices sueños. Luego acercaba mis labios a los suyos para dar el último beso del día, ya con los ojos cerrados, medio en sueños.

Matías Llorente soñaba algunas noches que mantenía relaciones sexuales con mujeres completamente inmóviles. No eran cadáveres, sino cuerpos vivos, jóvenes y hermosos que no se movían, no hablaban, no suspiraban ni transpiraban. Él los abrazaba, los besaba, los acariciaba y acababa eyaculando en ellos a la vez que se despertaba con la sensación de habitar en una realidad paralela donde todo el mundo había perdido la capacidad de moverse, excepto él.

Hacía ya mucho tiempo que no husmeaba en el interior de los ataúdes, entre otros motivos porque los cuerpos se guardaban entonces en el nuevo tanatorio del cementerio, a puerta cerrada y con vigilantes de seguridad. Su relación con los cadáveres se limitaba a las acciones previas al velatorio, cuando procedía a vestirlos, maquillarlos, peinarlos y, con la ayuda de uno de sus operarios, colocarlos dentro del ataúd con las manos cruzadas, a veces sosteniendo algún objeto en particular, un rosario, un misal, un crucifijo, otras veces una brújula, una fotografía, una flor seca o el escudo de una entidad deportiva.

Matías era consciente de que solo se excitaba si Rita permanecía inmóvil y en silencio, sin interactuar con él de ninguna manera. Suponía que ella actuaba así después de haber barajado otras posibilidades, usando el método de prueba y error, como una investigadora en un laboratorio del comportamiento humano. Y seguramente tenía muchas preguntas, sugerencias y dudas para tratar con él, pero nunca hablaron del asunto. Hablar de sexo es un ejercicio

que requiere confianza mutua y capacidad para gestionar el pudor, virtudes que no tenían ninguno de los dos, así que sus encuentros sexuales se convirtieron en una especie de masturbación recíproca en la que prácticamente nunca alcanzaron el clímax a la vez.

Para compensar esas limitaciones, Matías se mostraba detallista y generoso con Rita durante el resto de la semana, aceptando cualquiera de sus condiciones y preferencias en los demás asuntos que compartían. Así se fue consolidando su peculiar relación de pareja hasta que el abuelo Cosme les ofreció el piso que había comprado hacía años para su hijo.

—Podremos vivir todos en el mismo rellano —les dijo—, pero cada uno en su casa. Así estaremos juntos pero no revueltos. Os aseguro que un piso tan amplio y céntrico puede hacer muy feliz a una pareja de enamorados.

Se refería al 1.°B, que tenía metros de sobra para hacer una despensa en la cocina, ampliar el salón y convertir uno de los dormitorios en un vestidor para Rita.

Gracia Pardo creyó que no iba a recibir más ramos de flores después de haber desenmascarado a Tristán Llorente. Cualquiera se habría inhibido en una situación parecida, pero aquella misma tarde llegó otro ramo de margaritas, anastasias y fresias de color malva. Gracia supuso que esas flores habían sido enviadas antes de la conversación que habían mantenido por la mañana, así que no podían tenerse en cuenta. Había que esperar al día siguiente.

Según me confesó ella misma, no se sentía especialmente atraída por su admirador secreto, al menos no tanto como por otros chicos que consideraba más apuestos. Y eso que Tristán Llorente se presentaba en clase perfectamente arreglado, peinado y vestido con ropa de marca bien combinada. Lo que sucedía era que, cuando estaban juntos, él la miraba con una intención tan voluntaria y rendida, a medio camino entre el entusiasmo y el pasmo, que resultaba imposible no saberse admirada.

Era una cuestión de orden magnético. El parecido físico de Gracia Pardo con Maureen O'Sullivan atraía sin remedio a Tristán Llorente y esa atracción despertaba recíprocamente el interés de Gracia, demostrando que a veces el amor entre semejantes no es más que una reciprocidad de intereses convergentes capaz de formar parejas en las que ambos miembros están enamorados de la misma persona.

Ese sábado Gracia no había quedado con Eduardo porque al día

siguiente él participaba en una competición deportiva y prefería descansar. Las flores solían llegar a media tarde, pero los sábados y los domingos podían llegar a cualquier hora. El timbre sonó varias veces durante el día. Una vecina necesitó un favor puntual, una clienta de Deli quiso saludarla un momento y Lucas salió de casa olvidando coger las llaves, hasta que a las siete y media de la tarde, cuando Gracia ya creía que no iba a recibir nada, el timbre volvió a sonar y su madre apareció en el salón con un paquete envuelto en papel de regalo.

—Creo que tu admirador secreto se ha quedado sin flores —le dijo.

Y esperó con los brazos cruzados mientras Gracia rasgaba el papel de regalo que contenía una caja de bombones.

—¿Lo ves? —repitió su madre—. Ahora quiere conquistarte por el paladar.

—Espero que mañana no llegue otro paquete con una joya —dijo Gracia.

Y elevó los hombros un segundo, como si pidiese una clemencia innecesaria.

—Tuvimos una conversación —añadió.

—¿Y hablasteis de bombones? —preguntó Deli, comprendiendo la situación.

—Y de joyas.

Al día siguiente el repartidor llegó a última hora de la mañana, cuando estaban a punto de empezar a comer, llevando una cajita en la que había una pulsera de perlas y una nota manuscrita, esta vez sí, firmada con la letra T, que lo mismo podía referirse a Tristán Llorente que a Tarzán de los monos.

Román Díaz se dirigió a la plaza de los Sitios con sus andares lentos característicos, arrastrando los pies por las aceras. Era casi mediodía y la perpendicularidad de los rayos solares no invitaba a caminar de otra manera. No quería sudar y, si se quitaba la cazadora, tendría que llevarla en la mano porque en el petate no cabía nada más. Tomó asiento en un banco a la sombra, frente a un edificio de oficinas, encendió uno de los cigarrillos que le había dado Quimi y rejuveneció al instante. Había fumado mucho en su juventud, a cualquier hora del día y de la noche, desafiando al cáncer y las dolencias cardiovasculares. Años después dejó el tabaco, entonces sí, temeroso de sus efectos secundarios, y ahora volvía a fumar cada vez que podía,

quién sabe si para evadir el temor de perder sus recuerdos.

La entrada principal del edificio de oficinas estaba situada en un chaflán que daba a la calle Costa. Era una puerta de doble hoja a la que se accedía mediante tres escalones con forma de media luna. No cesaba de abrirse y cerrarse, la mayor parte de las veces empujada por ejecutivos de ambos sexos que entraban y salían hablando animadamente. A la una en punto salió Sandra. Llevaba una falda corta, medias recias y botines de tacón. Como cada día se dirigió a su bar de costumbre y se compró un bocadillo, un botellín de agua mineral y algo de postre, todo dispuesto en una bolsa de papel de color naranja que hacía juego con el pañuelo que llevaba al cuello.

Román la vio sentarse en un extremo de la plaza, cerca de los columpios infantiles, a esas horas casi siempre inmóviles. Mientras Sandra daba el primer mordisco a su bocadillo, él se cambió de banco para observarla de perfil. Por suerte ella no reparó en él. Román no quería molestarla ni intimidarla de ninguna manera. Y era consciente de que podía causar ambas impresiones, no solo por la diferencia de edad que los separaba sino por culpa de su aspecto callejero y vulgar. Todo lo que quería era seguir admirando aquella hermosa silueta en silencio, como si se hubiera vuelto invisible y no estuviera allí.

De vez en cuando ella bebía un trago de agua y echaba la cabeza hacia atrás, dejando que el cabello le rozara la espalda. Román sentía en ese momento un escalofrío de placer, como si el cabello le hubiera rozado a él. Después de comer, Sandra tiró la bolsa y el botellín a la basura y sacó su teléfono móvil del bolso. Volvió a sentarse en el banco y, como solía hacer, se dispuso a relajarse durante media hora con los ojos cerrados, los brazos abiertos y las manos sujetas al respaldo de madera del banco, escuchando música a través de los auriculares, como si ella también fuese invisible y tampoco estuviera allí.

Román aprovechaba esa invisibilidad para aproximarse un poco más, siempre atento a la dirección del viento, si es que lo había, aunque fuera mínimo, procurando que su olor corporal no delatase su presencia. Y llegaba a apostarse a escasos metros de su banco, tan cerca de ella que veía el brillo de las medias sobre sus piernas y escuchaba el rumor metálico que emitían los auriculares, como si el volumen estuviera lo suficientemente alto para que la música rebosara por los oídos de Sandra y resbalase por su cuello.

Rita Sanz y Matías Llorente se casaron en septiembre de 1985 en la

iglesia del Real Seminario de San Carlos, una joya del barroco zaragozano cuyo esplendor ha atraído a muchas parejas con el deseo de tener un vistoso álbum de fotografías. El abuelo Cosme pagó el banquete en un restaurante cercano del Coso Bajo para que la celebración no traspasara los límites del centro de la ciudad. Los recién casados cumplieron con el papel que habían visto interpretar en otras celebraciones a las que habían acudido como invitados. Al fin y al cabo, los protocolos están para facilitar las ocasiones peliagudas o inusuales. Sonrieron, posaron, bailaron, se besaron y escucharon todo tipo de felicitaciones para celebrar que el libre albedrío de la naturaleza los hubiera unido.

El abuelo Cosme pronunció unas palabras a los postres de la comida, alabando en su nombre y en el de la abuela Francisca la belleza luminosa y el carácter dulce pero firme y baturro de su nuera, allí presente todavía. Qué suerte había tenido su hijo encontrando una mujer tan serena y talentosa. Por supuesto, no mencionó que él mismo la había elegido en una selección de personal, siguiendo el método de cualquier departamento de recursos humanos.

—Os deseo una vida plena, que tenga mucha paz y también algo de guerra para que podáis firmar luego los armisticios correspondientes —terminó declamando con su copa levantada.

Rita le agradeció el gesto con una sonrisa, Matías con una inclinación de cabeza, como aceptando la orden de un superior, mientras trataba de disimular la inquietud que lo torturó durante todo el día. Podía ser la responsabilidad del compromiso adquirido, los nervios del protagonismo o, quién era capaz de saberlo, la expectativa nada seductora del acto sexual que sucedería al final de la velada. A él solo le excitaba el sexo que surgía de manera espontánea, el que generaba incertidumbre e iba precedido de requiebros y tácticas de acercamiento, todo lo contrario del que acontece en una noche de bodas, pactado de antemano según los protocolos al uso.

Pasaron la noche en el hotel Palafox, en una suite con dos estancias enormes, una de ellas dotada de vestidor y baño completo, más un saloncito, un *office* con cocina y una terraza. Después de recorrer toda la suite y abrir todas las puertas y todos los armarios, Matías se desnudó, se tumbó en la cama y esperó a que Rita saliera del baño con un camisón de seda y encaje que había comprado para la ocasión. Ella se acostó a su lado, dispuesta a permanecer inmóvil en todo momento para asegurar un encuentro sexual satisfactorio, pero no tuvo que hacer nada porque el que se quedó inmóvil fue Matías, dormido como un niño, a salvo del mundo de los adultos.

Tal como él mismo declaró, Tristán Llorente no actuó con intenciones delictivas y nunca tuvo remordimientos. Simplemente no encontró otro modo de conseguir una joya valiosa para regalar a Gracia Pardo. Igual que había tomado prestadas algunas flores de los ramos mortuorios, se dedicó a repasar las joyas que lucían los cadáveres recién arreglados en la funeraria, buscando algo que no quedara muy a la vista, por si el ataúd permanecía abierto ante los familiares y allegados en el velatorio. No podían ser unos pendientes ni un collar, pero sí una cadena de oro o una pulsera que quedara escondida bajo las mangas de una blusa, como la que llevaba una octogenaria que vestía un elegante traje de chaqueta y zapatos de tacón. Iba además perfectamente peinada, maquillada y perfumada. Solo le faltaba el bolso. La pulsera apenas se veía y no tenía ninguna inicial ni nombre grabado. Consiguió una cajita elegante, metió la pulsera y se la envió a Gracia, consciente de que, una vez descubierto, no tenía sentido continuar enviándole más ramos de flores.

Fue entonces cuando decidió celebrar su cumpleaños organizando una fiesta en la terraza de su casa para un selecto grupo de amigos. Seguía pasando allí largas horas, tumbado en una hamaca, tomando el sol del mediodía con los apuntes de clase en el regazo. Hacía como que estaba estudiando, pero en realidad se documentaba sobre los vinos más famosos de Europa, desde los blancos alemanes hasta los verdes portugueses, pasando por toda la variedad de vinos españoles.

Su madre no tuvo inconveniente en que celebrase la fiesta.

—A ser posible un fin de semana que papá y yo nos marchemos a la casa del *cap* —dijo.

Y se prestó para ayudarle con los preparativos, igual que había hecho durante años, cuando organizaba las fiestas de cumpleaños con las madres de sus compañeros de clase, pero Tristán rechazó su ayuda, recordándole que no iba a haber juegos infantiles ni pensaba invitar a ningún niño. En la lista de invitados había varios compañeros de clase, Gracia y Eduardo incluidos, un par de amigos de toda la vida con sus novias y unas vecinas con las que a veces hablaba en el portal de la calle. Tristán dibujó un plano de la terraza para organizar los espacios, la barra de bar, una zona con asientos y hamacas para tomar una copa y un espacio donde poder bailar, una vez decidido que la fiesta sería un sábado por la noche para evitar protestas entre el vecindario.

También pidió permiso a su madre para que la señora Lola, que era como llamaban a la mujer que les ayudaba en casa, preparase unas tortillas de patata, unas empanadillas y unas croquetas. Él se ocuparía de las bebidas, el hielo, los canapés y los fiambres, y por supuesto encargaría una tarta de cumpleaños en una pastelería de la avenida

Tenor Fleta. Buscaría un vino extranjero, de lo más exclusivo que pudiera encontrar, y compraría varias botellas. Escribiría un pequeño discurso para agradecer la presencia de sus invitados, lo memorizaría y lo declamaría en la fiesta con naturalidad, como si estuviera improvisando. Bailaría un rato, prepararía buenas copas, ofrecería cigarrillos de importación, hablaría con todo el mundo mostrándose divertido y encantador.

Todo estaba destinado para que pareciera el joven cosmopolita y resuelto que nunca había sido. Y que probablemente nunca sería.

Segundo asalto

7

Cosme Llorente se ocupó personalmente del entierro de la abuela Francisca cuando esta falleció a causa de un tumor cerebral, después de haber pasado dos meses ingresada en la Casa Grande, que es como los zaragozanos llaman al Hospital Miguel Servet, el más grande de Aragón. Matías Llorente no supo desdoblar sus facetas personal y profesional y fue incapaz de prestar ninguna ayuda a su padre, así que fue el abuelo Cosme quien vistió a su esposa con la ropa que ella había elegido previamente, le coloreó las mejillas, le aplicó un poco de sombra de ojos y un ligero toque de carmín en los labios. Lo que no le puso fue perfume ni ninguna joya. Rita le ayudó a peinarla mientras él mantenía la cabeza del cadáver erguida. La calzaron, le colocaron las manos unidas, como muchas veces las tenía cuando estaba viva, y expusieron el ataúd abierto a los familiares que se habían congregado en el velatorio.

Matías lloró en silencio ante el rostro inerte de su madre. El abuelo Cosme creyó que también se habría afligido si se hubiera quedado de brazos cruzados, pero él fue quien hizo todos los trámites y recados necesarios, además del arreglo del cadáver. No olvidó introducir una campanilla en el ataúd sin que su nuera se diera cuenta, después de lo cual sintió la entereza del deber cumplido, como si ese decoro laboral que había desarrollado con los años pudiera anteponerse a cualquier clase de emotividad.

Tristán Llorente parecía más sorprendido por el llanto de su padre que por encontrarse ante el cadáver de su abuela. Él también creía que los profesionales de una funeraria no se conmovían nunca, tan adiestrados como estaban en el arte de disimular sus sentimientos detrás de un rostro a la vez grave y amable.

—Fue la primera vez que vi llorar a mi padre.

Los Llorente eran de pocas lágrimas. El propio Tristán no lloraba desde que era un crío y ni siquiera recordaba cuándo lo había hecho por última vez. Tampoco lo hizo ese día, ante el ataúd de la abuela Francisca.

Durante el entierro, el abuelo Cosme se dio cuenta de que su nuera llevaba una campanilla en la mano. Era evidente que se trataba

de la misma que él había dejado en el ataúd de su esposa. Rita debía de haberla cogido como recuerdo o, quién sabe, como un medio de acabar con aquel ritual neurótico de su suegro, que seguramente reprobaba. Al abuelo le dio igual. Esa misma noche reclutó a dos de sus hombres de confianza. Entre los tres, quitaron las flores y la lápida de piedra, sacaron el ataúd y lo abrieron. El abuelo dispuso una nueva campanilla junto a la mano de su esposa, le dio un beso en la frente e hizo un gesto a sus hombres para que volvieran a dejarlo todo como estaba.

Tristán Llorente visitó por primera vez la casa de Gracia Pardo con la inequívoca voluntad de seducir a su madre. Para ello hizo acopio de sus mejores modales, mostrándose jovial y adulto, provocativo y reflexivo, como si a punto de cumplir los veintidós años hubiera alcanzado ya la cumbre de la madurez. No le costó mucho ganar su confianza, según me contó luego Deli Redondo, menos aún después de haber reconocido ser el admirador secreto que había estado enviando flores a su hija.

Se reunieron en el salón, alrededor de una mesa camilla con vistas a la calle Duquesa Villahermosa. Sentada junto a Tristán estaba Gracia y enfrente su madre. Lucas veía la televisión desde el sofá disfrazado de elefante, con grandes orejas y una trompa de tela sujeta a la cara con una goma. Tristán comentó que sus padres se iban unos días a la costa, circunstancia que él aprovechaba para dar una fiesta de cumpleaños en la terraza de su casa. Lo dijo así para introducir en la conversación los escenarios de la casa del *cap* y el ático de Sagasta. Añadió que sería una fiesta tranquila y que solo serviría un poco de alcohol a quienes pudieran demostrar que no iban a conducir después.

Deli lo miró pestañeando, algo aturdida por aquel lenguaje y aquellas formas tan obsoletas. Era la primera vez que un pretendiente de su hija se presentaba en su casa sin siquiera haber tenido una primera cita con Gracia. Tristán aprovechó su desconcierto para hablar de la inconsciencia de muchos jóvenes al abusar del alcohol y de las drogas, especialmente durante los fines de semana, y de lo preocupados que estaban en su casa por estas cosas, siendo los propietarios de una funeraria.

—¿Conoce usted la Funeraria Llorente? —le preguntó a Deli.

Ella encogió los hombros y abrió los ojos para expresar su asombro, igual que hacía Gracia, como si temiera ser el objeto de una broma pesada, sin poder creer que aquella escena fuera posible.

Gracia sin embargo permaneció en todo momento relajada y sonrisueña, como una espectadora cómodamente sentada en su butaca, sabiendo lo mucho que le gustaba a Tristán aquel protocolo de gestos y circunloquios.

Él prosiguió su discurso recordando lo difícil que era para los funerarios atender entierros de gente joven, normalmente víctimas de accidentes de tráfico, en medio del drama de angustia y dolor que sufrían los familiares y amigos. Era en esas ocasiones cuando el sentido profesional debía imponerse más que nunca a las emociones personales. Y aun así, al acabar el servicio, quedaba en la plantilla el desánimo y el silencio que provocan las vidas desperdiciadas.

Fue un discurso breve y contundente que dejó a Deli sumida en una duda razonable que Tristán conocía bien.

—A mucha gente le provocan recelo las funerarias en particular y todo lo que tiene que ver con la muerte en general, pero era evidente que aquella señora iba a aceptarme como anfitrión de su hija.

Y quizá andando el tiempo como algo más. ¿Qué podía apreciar una madre más que las garantías de seguridad y protección que él le estaba ofreciendo, considerando además que en ese momento Lucas Pardo se levantó del sofá y comenzó a barritar por el salón sin dejar de mover la trompa?

Deli Redondo superó el duelo de su viudedad en la peluquería, abriendo temprano, cerrando tarde, concentrada en atender lo mejor posible a su clientela. Al fin y al cabo, una peluquería es un salón social donde se intercambian saludos, anécdotas, chismes y alguna confidencia, se comenta la actualidad, se habla de moda y de cine, de lo que dicen las revistas del corazón y los periódicos. No había un lugar mejor para distraer la mente del dolor que le causaba la ausencia de Isidro y sus consecuencias.

Con su pertinacia habitual, Lucas Pardo seguía preguntando a diario por su padre, incapaz de creer que hubiera desaparecido de la realidad, así, sin más, como si fuera un personaje de ficción cuya trama narrativa se hubiera agotado. Daba lástima verlo dando vueltas por la casa, abriendo puertas de habitaciones y armarios, mirando debajo de las camas o asomado a la ventana esperando ver el coche de su padre.

Con el tiempo Deli tuvo algunos pretendientes que acudían a la peluquería a cortarse el pelo mientras trataban de seducirla con sus cuentos y sus leyendas. Uno le contaba los viajes que hacía por España

y por Francia con su furgoneta adaptada para acampar en cualquier parte, otro le hablaba de las importantes operaciones financieras que cerraba cada día en el banco donde trabajaba, alguno llegó a enumerar los bienes que constituían su patrimonio, tanto en la ciudad como en el pueblo de donde procedía. Otros la observaban a través del espejo, clavándole la mirada cuando ella se volvía para dirigirles la palabra.

Deli no los tomaba en serio e incluso les ponía motes para reírse luego de ellos con sus ayudantes de la peluquería, o con Gracia, que ya tenía edad para comprender esas bromas. A Lucas también le hacían gracia aquellos nombres, algunos de los cuales habían sido idea suya. Ahí estaban el Calvo Melenudo, el Pelo Pincho, el Canas Bravas, el Barbilla Chupada o el No Me Cortes De Arriba.

—¿A quién le has cortado el pelo hoy? —le preguntaba Lucas a su madre cuando volvía a casa.

Y Deli le contaba que Canas Bravas le había pedido que le tiñera los cuatro pelos que le quedaban, labor que tuvo que hacer con precisión de cirujana y la ayuda de una lupa, o que a Pelo Pincho daban ganas de raparlo usando un cortacésped. Y Lucas se moría de la risa, haciendo aspavientos con las manos pero en completo silencio, incapaz de coordinar sus movimientos corporales con sus carcajadas. Lo que Deli no contaba en casa era que a todos los pretendientes los espantaba por el mismo procedimiento, que era hablarles de las singularidades de su hijo o presentárselo si andaba por la peluquería haciendo sus labores. Lucas los miraba a todos con una hosquedad encubierta, a la defensiva, tratando de no reírse de ellos antes de tiempo.

Después de la boda, Rita Sanz siguió trabajando en el mismo despacho de la Funeraria Llorente sin que sus funciones se vieran alteradas por la nueva situación, a excepción de que pasaba más tiempo con el abuelo Cosme, escuchando los pormenores y las dificultades del negocio, como si tuviera que aprender lo mismo que ya sabía Matías. El punto de inflexión de su vida laboral llegó cuando se quedó embarazada y los médicos le recomendaron guardar reposo para no poner en peligro la vida del feto.

—Entonces no podía imaginarlo —me contó ella misma—, pero nunca más volvería a trabajar, ni en la funeraria ni en ninguna otra parte.

Rita era huérfana y no tenía hermanos, así que los Llorente eran

su única familia, y no le quedó más remedio que dejarse cuidar por Matías y por la abuela Francisca, que todavía vivía.

—Supongo que Matías se excitaría cada vez que me viera —añadió, sonriendo sin muchas ganas—, porque pasé varios meses tratando de moverme lo menos posible.

Luego nació Tristán y todo cambió con el trasiego de la infancia, dentro y fuera de casa, entre paseos al sol del mediodía, comidas y meriendas, tardes persiguiendo a las palomas de la plaza del Pilar y fines de semana viendo dibujos animados, leyendo cuentos o jugando con camiones y palas excavadoras. Cuando el niño comenzó a ir al colegio, esa actividad se redujo tanto que Rita sintió el vértigo del ocio perpetuo. Matías era el encargado de dejar al niño en la puerta del colegio antes de subir a Torrero, así que ella podía quedarse en la cama hasta que llegara la señora Lola. Y tampoco entonces tenía mucho que hacer, salvo conversar con ella mientras le ayudaba a planchar la colada o a limpiar los cristales.

Rita deseaba volver a trabajar, más por acceder al mundo exterior que por aspiración profesional, aunque era consciente de que la vida social de la funeraria era muy limitada. Habría preferido trabajar en una gestoría, una correduría de seguros o un banco, pero Matías Llorente no quería que otra mujer cuidara de su hijo.

—Muchas mujeres trabajan duro para que otras mujeres se ocupen de sus hijos, en lugar de hacerlo ellas mismas —decía.

La frase pertenecía a otros tiempos y procedía del abuelo Cosme, que no entendía el funcionamiento de las familias modernas, con los dos adultos atados a los horarios, las responsabilidades y las obligaciones de una ocupación laboral.

—¿Quién se ocupa de los hijos? —solía decir—. ¿Quién hace la compra? ¿Quién cocina? ¿Quién arregla lo que se estropea? ¿Quién cuida de los ancianos?

Alguna vez llegó a proponer un cambio de papeles. Su hijo podía quedarse en casa al cuidado de la familia, mientras Rita se ocupaba de la gerencia de la funeraria. Nunca llegó a decirlo, pero Matías siempre creyó que su padre consideraba a su esposa mejor preparada y más apta que él para desempeñar las funciones de su puesto. Sin embargo, Rita fue quien continuó quedándose en casa, ociosa y aburrida. Y cada vez más sola.

Tristán Llorente quería actuar como uno de esos pájaros que construyen un nido seguro y confortable para mostrarlo a las hembras

de su especie. El ático de Sagasta 90 era un piso de doscientos metros cuadrados con cinco dormitorios, tres baños, despensa, cocina con *office* y un amplio salón en dos alturas con salida a la terraza, todo decorado por interioristas profesionales, con muebles, adornos y detalles que solo se encuentran en las revistas de decoración. No era propiedad exclusiva de Tristán, por supuesto, pero servía para determinar el estatus económico de la familia Llorente.

La señora Lola hizo dos tortillas de patata, preparó unas empanadillas de atún y un surtido de croquetas de jamón y bacalao. Ella y Tristán pasaron la mañana del sábado organizando todo como estaba planeado, incluyendo la recogida de la tarta, el hielo y el vino. Cuando terminaron, la señora Lola se marchó a su casa y Tristán sintió el vértigo de la realidad, esa sensación indefinida, a medio camino entre la audacia y el pánico, que acontece cuando el tiempo de las expectativas se consume.

A las siete de la tarde llegaron los primeros invitados, que fueron las vecinas del edificio. Traían algunas cosas que Tristán les había encargado a última hora. Luego llegaron sus amigos y los primeros compañeros de clase, todos alabando las dimensiones del piso, las vistas desde la terraza y la elegancia de Tristán, que se había puesto un traje gris con camisa estampada en colores oscuros, un atuendo que lo hacía parecer más alto y delgado.

Por la tarde había estado haciendo tensores, flexiones y abdominales para tonificar los músculos. Luego se duchó y se vistió para esperar a sus invitados. Los últimos en llegar fueron Gracia y Eduardo, ambos con un casco de moto en la mano, ella radiante, con un vestido corto entallado y la pulsera de perlas en la muñeca izquierda. Llevaba el pelo recogido y tenía un aspecto más maduro, como si se hubiera disfrazado de ella misma dentro de unos años. Eduardo llevaba un polo de manga corta, sin duda para lucir el volumen de sus pectorales y la ruta de las venas surcando sus brazos desnudos.

—Quizá él también había pasado un buen rato haciendo tensores y flexiones antes de recoger a Gracia.

Por las tardes Román Díaz leía los periódicos locales, el *Heraldo* y *El Periódico de Aragón*, pero siempre con uno o dos días de retraso.

—Los periódicos son como las flores —le decía Quimi—. El primer día traen noticias frescas y luego, poco a poco, la actualidad se pone mustia, se convierte en pasado y se va a tomar por el culo.

Quimi comía todos los días en el bar que había cerca de la farmacia de sus padres, en la avenida de Goya, donde tenía un menú pagado por una de sus hermanas, la que había estudiado para farmacéutica y se había quedado con el negocio familiar. Allí le daban los periódicos del día anterior, junto con un paquete de cigarrillos y a veces algo de dinero, no mucho, porque todo el mundo sabía en qué iba a gastarlo. Quimi apenas fumaba, pero nunca rechazaba el paquete de cigarrillos, que luego cambiaba por pasta dentífrica, gominolas, galletas, leche y otras cosas.

El acuerdo que tenía con Román era ofrecerle el periódico del día anterior a cambio de su protección nocturna. Quimi tenía muchas deudas pendientes con pequeños traficantes y trapaceros de los barrios de San Pablo y la Magdalena y solo dormía tranquilo si se acostaba junto al cuerpo de Román.

—Estás hecho un toro —le decía cuando le veía los brazos o las piernas—. Solo te faltan los cuernos.

Román le hacía una mueca imprecisa que en otro tiempo habría sido una sonrisa. Siempre había tenido buena forma física, pero desde hacía unos años su corpulencia se había visto mermada por la mala alimentación, el frío, la calle y la falta de sueño. Aun así no le importaba tener un protegido, especialmente si eso le permitía pasar la tarde leyendo la prensa mientras se fumaba un cigarrillo.

Nunca había leído un periódico con tanto interés. En su otra vida, hojeaba distraídamente la prensa en la barra del bar mientras se tomaba un café con leche, pero en su presente ocioso un periódico completo, aunque fuera del día anterior y presentara arrugas y manchas, era una oportunidad única para concentrarse durante un par de horas en una actividad concreta. Y eso era lo que muchas veces echaba de menos, la concreción de la vida.

—La calle es difusa —comentó alguna vez con Quimi—. Todo sucede sin dejar rastro, tan anónimamente como si no hubiera sucedido.

No los buscaba, no al menos conscientemente, pero muchas veces encontraba nombres de conocidos en las noticias locales o en la sección de economía. Alguna vez leyó el nombre de Mario Broto, el que fuera su socio más cercano, el de Valero Castán, el de Ruiz Castro, el de Antoñito Guzmán, unos metidos en asuntos económicos, otros en inauguraciones, actos públicos o pleitos por negocios del pasado. La cuestión era que estaban ahí presentes, con su nombre y apellidos, formando parte de la actualidad, a veces retratados en blanco y negro para que Román pudiera advertir el paso del tiempo en sus rostros y sus gestos.

Años atrás, él también había aparecido muchas veces en esos mismos periódicos, al principio como un joven emprendedor lleno de ímpetu y audacia, luego como un empresario de éxito y finalmente como un hombre en serios apuros, imputado en varias causas penales. Su currículum estaba impreso en la hemeroteca de Zaragoza.

Nunca olvidará la última vez que vio publicado su nombre, su verdadero nombre, en el *Heraldo de Aragón*. Fue en la sección de obituarios. Tu esposa y tu hija no te olvidan, decía su esquela.

El chalet de los Llorente se encontraba próximo a los acantilados, entre pinos y palmitos, con vistas a la línea del horizonte marino, muy cerca de unas escaleras que bajaban a la cala Crancs, en el *cap* de Salou. Por eso lo llamaban así, la casa del *cap*. Los días de *garbinada*, cuando el viento soplaba audiblemente, el aroma del mar entraba hasta la última habitación de la casa, limpiando el ambiente de calor, humedad y olores domésticos.

A Rita Sanz le gustaba el mar pero no la playa, así que pasaba horas tumbada en una hamaca del jardín, junto a la piscina, leyendo o escuchando música, ajena a las multitudes que se hacinaban en las playas de la costa Dorada, al menos en verano. Matías Llorente pasaba todo el tiempo que podía en el mar, a bordo de la embarcación de un vecino que residía la mayor parte del año en Salou. Cada día salían a pescar temprano y echaban toda la mañana entre cebos y anzuelos, con tiempo para desayunar y estar en casa a la hora del almuerzo.

Por las tardes, Rita también quedaba con sus vecinas de urbanización, cada día en una casa distinta, preferiblemente alrededor de una mesa al aire libre para jugar unas partidas de rabino francés mientras tomaban combinados de ron blanco y limón charlando cada vez más animadas. Algunos fines de semana, especialmente en verano, Rita y Matías recibían amigos o familiares de Zaragoza. En el chalet había dos habitaciones libres con baño incluido y sitio de sobra para que los invitados se sintieran cómodos. Incluso el abuelo Cosme fue por allí una vez, invitado por Matías, quién sabe si para presumir de la casa delante de su padre, aunque el viejo se limitó a mirarlo todo con ojos críticos.

—La fronda de los pinos impide ver el color del mar. La orientación suroeste es la más calurosa de todas, la piscina es demasiado pequeña para poder nadar y los mosquitos catalanes me han acechado durante toda la noche, como si quisieran invitarme a volver a Zaragoza.

Tristán Llorente tenía reservada una habitación en la planta superior con su propia terraza orientada al sur. Le gustaba bajar a la cala para darse un baño de mar, antes de subir a la piscina a tomar el sol y compartir un aperitivo con su madre. En la planta baja había un pequeño gimnasio con cinta de correr, bicicleta estática y banco de pesas. Fue la única sugerencia que hizo Tristán cuando sus padres diseñaron el chalet con los arquitectos. Todos los días pasaba unos minutos en el gimnasio tensando los músculos y acelerando el corazón. Lo hacía siempre, incluso cuando estaba solo. No era un ejercicio para alardear del cuerpo recién ejercitado delante de nadie. Se trataba de algo más íntimo, como si en el volumen de los músculos y en la tersura de la piel residiera el germen de la autoestima.

8

Todo transcurrió como estaba planeado, al menos durante la primera parte de la fiesta, cuando Tristán y sus invitados dieron cuenta de los pinchos de tortilla, los canapés y las croquetas. Tristán abrió un par de botellas de vino blanco francés, alardeando de sus conocimientos sobre el riesling y otras variedades parecidas, como chablis, pinot gris o muscat, cultivadas en la región de Alsacia, muy cerca de la frontera alemana. Algunos de sus compañeros no le hicieron mucho caso y es posible que más tarde se burlaran de él, tachándolo de esnob o de bobo, pero eso a él no le importaba. Su objetivo era seducir la curiosidad natural de Gracia, romperle los esquemas prefijados y obligarla a preguntarse quién demonios organizaba una fiesta de cumpleaños con vino francés servido en cubeta de acero inoxidable llena de hielo.

No solo se había documentado a conciencia consultando catálogos y webs de vinos en internet, también se había dejado aconsejar en una bodega especializada del Camino de las Torres. Lo que no tuvo en cuenta fue que su discurso cosmopolita y sofisticado iba a despertar la curiosidad de Gracia por el riesling alsaciano y que degustaría las dos primeras copas casi de un trago, como si estuviera usando el vino para saciar su sed. Tristán tuvo que abrir dos botellas más antes de pasar a los combinados de ron, ginebra y whisky. Poco después de las diez de la noche, Gracia ya estaba borracha. No era difícil advertirlo porque le había cambiado el rictus del rostro. La frente se distendió, los ojos brillaron con una humedad pegajosa, los labios se estiraron con una mueca grotesca y aparecieron unos coloretes en las mejillas que la convirtieron en una muñeca risueña y locuaz.

Sin poder ocultar su creciente incomodidad, Eduardo creyó que había llegado el momento de acompañarla a casa, pero Tristán se las ingenió para retenerlos un poco más.

—No puedes llevarla a su casa en ese estado —le dijo.

Eduardo resolvió darle primero un par de vueltas en la moto para que tomara el aire.

—Tampoco puede ir en moto así —insistió Tristán—, ni siquiera

de paquete.

Se volvieron hacia ella, que en ese momento bailaba junto a dos de sus amigas en el espacio que había quedado libre entre los muebles de la terraza. Las tres tenían los brazos en alto, daban palmas y movían las caderas. El vestido de Gracia ascendía por sus piernas según el impulso de los brazos, dejando al descubierto la perfección anatómica de sus muslos embutidos en unas medias de color carne. Tristán echó de menos su teléfono móvil para hacerle una foto en ese instante. No quería olvidar la silueta de su figura, con aquella sonrisa alocada, aquellas medias y aquel vestido de fiesta, así que trató de memorizar la escena abriendo y cerrando los ojos, como si fueran un escáner.

Después del baile, Gracia se acercó a Tristán para pedirle un gin-tonic, quién sabe si esperando escuchar unas glosas sobre el exotismo de la ginebra, recién importada de una destilería de la India, o el sabor ligeramente ácido de la tónica, debido a su toque de limas procedentes del Brasil, pero todo lo que escuchó fue la voz de Eduardo.

—Ya has bebido suficiente —le dijo.

En su infinita falta de originalidad, el pobre pronunció una de las frases más recurrentes del mundo. Y eso provocó una sonora carcajada de Gracia, que fue secundada inmediatamente por sus amigas.

Él se acercó a ella y le ofreció la mano.

—Tenemos que irnos.

Otra frase del montón y, esta vez, un gesto serio de Gracia.

—Me encanta que te preocupes por mí, Tristán —le dijo sin advertir que lo había llamado por el nombre del anfitrión.

Los demás invitados guardaron un silencio expectante. Eduardo se pellizcó el entrecejo con dos dedos y negó varias veces de pura incredulidad. Tristán dejó el vaso que llevaba en la mano sobre una mesa para ponerse en guardia, por si el pobre diablo resolvía el incidente dirigiéndose a él. Incluso echó una mirada de reojo para ver en qué parte de la terraza podrían pegarse sin romper nada, pero Eduardo no lo buscó. Cogió su casco y el que había llevado Gracia en su cabeza y se marchó de allí sin despedirse de nadie.

Matías Llorente y Rita Sanz no tardaron en darse cuenta de que no había nada entre ellos fuera de la rutina laboral de la funeraria, los albaranes, las facturas, los partes de trabajo y las nóminas. Los fines de semana se les hacían interminables, especialmente a Rita, que ya se

había cansado de posar desnuda en la cama, inmóvil y en silencio, esperando a que Matías terminara el acto sexual. Él nunca le preguntaba si había disfrutado o no, quizá porque desconocía el funcionamiento del cuerpo femenino o porque simplemente prefería vivir a este lado de la ignorancia, dando por hecho que, si ella no se quejaba era que todo iba bien. Por el contrario, Rita estaba convencida de que había llegado el momento de acudir a un especialista médico. Si no llegó a proponerlo fue porque ignoraba si tendría que ser un psicólogo, un sexólogo o un terapeuta de parejas. Tampoco sabía si el problema era solo de Matías o de los dos. ¿Se excitaría Matías si hiciera el amor con otra mujer, aunque esta se moviera, lo abrazara y lo besara? No podía saberlo porque ella era la primera y única mujer con la que se había acostado.

Esa faceta de su vida íntima contaminaba toda su relación. Podían ir al cine, a cenar fuera, a pasear por Independencia o por la Gran Vía, podían ver el telediario juntos, preparar la cena, leer en la cama antes de apagar la luz de la mesilla, podían hacer todo eso como una pareja normal, pero no lo eran.

—No lo éramos.

Cuando Matías estaba concentrado o distraído, Rita lo examinaba con el ceño fruncido, preguntándose hasta dónde lo habían trastornado los muertos de la funeraria.

—No cabía otra explicación posible —me confesó ella—. Apenas tenía amigos, nunca había salido con chicas y había pasado toda su infancia y juventud entre cadáveres inmóviles.

Vivía en el mundo de la inacción y el silencio, como si fuera el único superviviente de la raza humana después de un cataclismo.

—Todo el mundo a su alrededor había muerto, yo incluida.

La única posibilidad de resolver la situación, o de posponer su resolución, era tener descendencia, lo que en el fondo implicaba dejar de ser una pareja. Eso sí lo hablaron expresamente, aunque sin mencionar los verdaderos motivos por los que querían ser un trío. O un cuarteto. El problema fue que entonces la naturaleza, con esa libertad de albedrío tan suya, no dio facilidades.

—Nunca supimos exactamente qué sucedía ni dónde residía el problema, la cuestión era que pasaban los meses y no me quedaba embarazada.

A veces ella se lo tomaba a broma, considerando normal que no se produjera la fecundación si Matías se empeñaba en acostarse con una muerta. Al final tuvieron que optimizar los recursos, identificando los días fértiles de Rita para que Matías se entregara a su disponibilidad hasta tres y cuatro veces por sesión. Luego ella elevaba

las piernas, apoyándolas en el cabecero de la cama, y se quedaba así durante un cuarto de hora, tratando de convocar el milagro de la vida sin mover un solo músculo del cuerpo.

A Deli Redondo le atormentaba pensar en la calidad de vida de su hijo Lucas, especialmente cuando lo veía absorto ante la pantalla del ordenador o ante la televisión, ajeno a cualquier proyecto de futuro. Era evidente que nunca iba a ser un hombre resuelto, capaz de atender un trabajo y una familia. La mayor parte del tiempo se comportaba como un niño. Había que llamarlo a la hora de comer porque nunca tenía apetito. Había que pedirle que se cambiara de ropa, que se duchara, que no saliera de casa descalzo, que no dejara la puerta abierta. Había que recordarle que debía ir a trabajar a la peluquería.

Durante años compartió estas inquietudes con Isidro, consultando juntos libros de pedagogía y psicología, buscando respuestas en foros de internet y exponiendo sus dudas a varios especialistas, pero luego tuvo que hacerlo todo ella sola. Y eso que Gracia se preocupaba por su hermano siempre que podía. Charlaba activamente con él, se sentaba a ver la televisión a su lado, normalmente cogidos de la mano, lo convencía para que sacara a *Fiona* de paseo o le pedía que le enseñara la última curiosidad que hubiera encontrado en Google Maps. Deli agradecía la dedicación y la paciencia de su hija, pero no quería compartir su responsabilidad materna con nadie. Gracia no tenía ninguna obligación de velar por la salud y el bienestar de su hermano, ni siquiera cuando Deli ya no estuviera en este mundo, aunque faltaran muchos años para eso. La responsabilidad de velar por Lucas le correspondía a ella. A ella sola.

Eso fue lo primero que le vino a la cabeza el día que la llamaron para comunicarle que Isidro había sido ingresado de urgencia en el Hospital Clínico.

—No me dejes sola.

Eso fue lo que pensó.

—No me dejes sola con Lucas.

Y no lo hizo por las dificultades que suponía su educación sino porque, si Isidro moría, ella estaba obligada a vivir, a seguir viviendo, aunque fuese a la fuerza, para no dejar a su hijo solo en el mundo.

—Isidro sufrió un grave traumatismo craneoencefálico y pasó una semana en coma, entubado y con respiración asistida.

Deli lo visitaba las tres veces al día que se podía acceder a la zona

de cuidados intensivos. Le hablaba al oído sin saber si él la escuchaba o no, si la entendía o no, sin saber si estaba hablándole a un cuerpo vivo o muerto, como si en realidad estuviera en una iglesia rezando ante la imagen de piedra de un santo o una virgen.

Cuando finalmente el corazón de Isidro se detuvo, ella solo tuvo un pensamiento.

—Me has dejado sola con Lucas.

Fue el reproche inapelable que se le hace a un hombre que debería haber sido inmortal.

A última hora de la tarde Román Díaz tenía que cuidar del Tamagochi. Era su turno. Los inquilinos de la rampa se ocupaban de atender al anciano por turnos bien organizados para que los policías municipales no los echaran de allí.

—¿No veis que es un pobre hombre enfermo? —decían cuando algún coche patrulla se detenía junto a la rampa—. Alguien tendrá que quedarse con él para cuidarlo.

Si alguno de los inquilinos no estaba de acuerdo con esta práctica, no era bien recibido en la rampa. Aquella tarde Román trató de mantener al viejo despierto. No le convenía dormirse antes de hora porque luego no podría descansar por la noche y volvería a dormirse durante el día, cuando la ciudad se llenaba de gente y de tráfico. Sacó una pequeña radio del bolsillo y buscó una emisora que hablara de deportes.

—¿Tiene ganas de orinar, Anselmo? —le dijo.

Junto al Tamagochi había una tolva de plástico. Colocársela bajo las mantas y vaciarla junto a una alcantarilla cercana era una de sus obligaciones. A las horas de comer había que darle algo líquido o triturado que le preparaban en el comedor social. Cada hora había que cambiarlo de postura para que su estado físico no empeorase. Por la noche había que darle su medicación y durante todo el tiempo convenía hablarle y mantenerlo entretenido. Algunos, como Román, usaban la radio, otros le traían sus mascotas para que las acariciase y la mayoría le contaba anécdotas y sucedidos del día, o de un pasado casi olvidado, aspectos de su vida que acaso no le habían contado jamás a nadie.

—El Tamagochi es como un psicólogo, pero mudo —solía decir Quimi—. Todos nos sentamos a su lado y le contamos nuestros secretos más íntimos. La única diferencia es que, en vez de tumbarse el paciente, aquí el que está tumbado es el psicólogo, lo cual está de

puta madre porque se habla de pena en esa posición. El aparato de fonación humano está diseñado para funcionar en posición vertical. La glotis tiene que caer hacia abajo para que las cuerdas vocales reciban el aire de los pulmones en ángulo recto con respecto al suelo. Por eso es una gilipollez hacer hablar a alguien en posición decúbito supino.

Román se preguntaba por qué el anciano seguía en la rampa después de tanto tiempo, en lugar de estar ingresado en un hospital o una institución benéfica donde pudiera ser atendido en mejores condiciones. Ignoraba si tenía familia, aunque fuera lejana, aunque suponía que no. En aquella rampa de garaje nadie la tenía.

La fiesta de cumpleaños de Tristán Llorente terminó poco después de que Eduardo se marchara con aquel sonoro portazo que retumbó por toda la casa y llegó hasta la terraza. Algunos invitados decidieron quedarse un rato más, disfrutando de la buena temperatura, la música y las últimas copas. Tristán y Gracia bajaron a dar un paseo por el parque Pignatelli, tratando de que ella recuperase la entereza necesaria para volver a casa.

—No puedo llevarte ante tu madre tal como estás —declaró él—, no después de lo que dije cuando fui a invitarte.

—¿Qué dijiste?

—Le prometí que nadie que debiera conducir bebería mucho alcohol en mi fiesta.

—En ese caso, no tienes nada que temer. Ni siquiera tengo carnet de conducir.

—Es igual. Tú me entiendes.

Dieron una vuelta por el pasaje lateral del parque y acabaron sentados en un banco que daba al paseo de Cuéllar, no lejos de la estatua de Ramón Pignatelli que da nombre al parque.

—La fiesta ha estado a punto de terminar en pelea —comentó Tristán, sin dejar claro si se estaba dirigiendo a Gracia o a don Ramón.

—No recuerdo qué ha pasado —reconoció ella.

—Llamaste a Eduardo por mi nombre.

—¿Cómo?

—Lo llamaste Tristán.

—¿Sí?

Ella hablaba con los labios risueños y los ojos traviesos, incapaz de tomarse nada en serio.

—Como es natural —siguió Tristán—, él se ha mosqueado y ha estado a punto de volverse contra mí, lo que habría derivado en una

pelea inaudita y totalmente inesperada.

—¿Totalmente inesperada, por qué?

—La gente que bebe riesling alsaciano servido muy frío en copa de cristal de boca ancha no se pelea, Gracia.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Ella rio para sus adentros, no con el regodeo de la borrachera sino confirmando que Tristán Llorente podía ser verdaderamente gracioso sin proponérselo.

—Te he estropeado la fiesta —añadió, elevando los hombros un segundo.

Él asintió convencido.

—Solo podrás compensarme con un buen regalo de cumpleaños —dijo sin mencionar que el mayor regalo imaginable era su presencia, que la fiesta entera había sido una excusa para estar con ella.

Gracia volvió a reír antes de acercarse a él, abrazarlo y posar suavemente la cabeza en su hombro, lo que provocó que Tristán diera un respingo de sorpresa, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo, cuánto iba a durar, cómo terminaría o cómo debía comportarse él mientras tanto. Estuvo a punto de devolverle el abrazo, pasando un brazo por detrás de su cuello para acercarse a ella, pero entonces percibió una mezcla de aromas contrapuestos que provenían de su cabello, su cuello, su pecho y su boca, y todo lo que pudo hacer fue cerrar los ojos y desaparecer del parque, como si se hubiera quedado dormido y estuviera soñando.

O puede que fuera al revés.

—Quizá llevaba todo el día durmiendo y acababa de despertarme.

Rita Sanz se hizo múltiples pruebas de embarazo durante los meses que ella y Matías Llorente estuvieron intentando ser padres. Cada vez que tenía un pequeño retraso, bajaba a una farmacia de la calle don Jaime y subía a casa en busca del ansiado positivo. Finalmente este llegó un viernes por la tarde y la noticia corrió por la familia como una pólvora incendiaria y también irresponsable, dado que hasta la semana siguiente ningún médico pudo confirmar el resultado.

Como todo lo que se desea con fervor y está a punto de volverse inalcanzable, ese embarazo trastocó la vida familiar de los Llorente hasta el punto de que el abuelo Cosme puso en duda que su nuera debiera seguir trabajando en la funeraria.

—He ido al médico pero no estoy enferma —tuvo que alegar Rita.

Nadie le hizo mucho caso porque el miedo al fracaso se anteponía a cualquier otra reacción posible. Matías no le permitía hacer nada en casa. Él se ocupaba de todas las tareas domésticas con la ayuda de la señora Lola y la abuela Francisca. Incluso le hablaba en voz baja, como si un exceso de volumen pudiera mermar el bienestar del feto. Y, por supuesto, no volvió a acostarse con ella hasta mucho tiempo después del parto. Por las noches contemplaba el cuerpo de su esposa con una admiración casi pasmosa, sin terminar de comprender cómo podía estar creándose un ser vivo en el interior de aquel vientre, todavía inalterado.

Rita opuso una tímida resistencia inicial a tantos aspavientos, pero acabó rindiéndose a lo inevitable, más preocupada por mantener la paz del hogar que por el curso de su embarazo. Semanas después, cuando llegaron las primeras e inesperadas contracciones y aumentó el riesgo de aborto, se alegró de haber sido prudente y bienmandada. Fueron meses de inactividad en la cama y en el sofá, permanentemente atendida por los suyos, entretenida solo a ratos. La señora Lola le preparaba sus platos favoritos, fritada aragonesa, merluza en salsa verde y arroz con leche, el abuelo Cosme le daba conversación, evitando siempre los asuntos relacionados con la funeraria y la muerte, Matías buscaba películas entretenidas para ver con ella y la abuela Francisca le leía en voz alta las revistas del corazón. Eran los tiempos de Rocío Jurado, Nancy Reagan, Isabel Preysler y los primeros escarceos amorosos del príncipe de Asturias. Rita escuchaba a su suegra con los ojos cerrados, tratando de imaginarse una vida plena, llena de actividades, fiestas y ceremonias, amores, divorcios y viajes por todo el mundo. Era su forma de contrarrestar la perpetua inmovilidad de su existencia.

9

El abrazo que Gracia Pardo le dio a Tristán Llorente en el parque Pignatelli provocó en él una impresión sensorial tan violenta y honda que todavía hoy, mucho tiempo después, es capaz de recrearla con todos los detalles, como sucede con las tragedias, con las victorias y con todo aquello que acontece más allá de lo cotidiano. Recuerda la flaqueza orgánica del placer, una especie de estado hipnótico, ajeno a la voluntad, que lo transportó a un entorno de ficción, el cuerpo entero rendido a la gravedad terrestre y los sentidos conectados entre sí para mostrar la grandeza de un mundo interior, desconocido hasta ese momento, en el que solo existía el deseo y la belleza, quizá no en ese orden.

El corazón le latía tan deprisa que deseaba morirse de inmediato para perpetuar todas esas sensaciones. El cuello de Gracia se encontraba a escasos centímetros de sus labios. Si hubiera querido, habría podido besar su tersura arquitectónica y aspirar su aroma corporal, mezclado con los restos de su perfume y los efluvios del vino blanco, una combinación delirante que a punto estuvo de dejarlo en estado catatónico.

—Quién sabe si inconsciente.

Según me contó con los ojos entrecerrados por el recuerdo, percibía el tacto de las manos de Gracia en su espalda, el calor de su pecho contra el suyo y veía la negrura de su melena desordenada por el baile y por la noche, esparcida sobre sus mejillas, como un enjambre de insectos volando en silencio ante sus ojos. Habría podido permanecer así durante horas, abrazado a Gracia, aspirando su aliento, como si no hubiera más oxígeno en el planeta que el procedente de sus pulmones.

—Qué digo horas, habría podido permanecer así durante días, semanas, quién sabe si para siempre, toda la existencia dedicada al deleite de los sueños cumplidos, renunciando a la trivialidad cotidiana del mundo, de todos los mundos.

Quizá por eso, mientras todavía seguían abrazados en el banco, Tristán se acordó del miedo a ser enterrado vivo de su abuelo.

—Durante los minutos que duró el abrazo, olvidé por completo lo que era el miedo y sus múltiples servidumbres —declaró.

No temía nada en absoluto, ni el paso del tiempo ni la pérdida de la esperanza ni el dolor de un corazón roto.

—No temía ni a la muerte.

Lucas Pardo pasaba más de la mitad de su vida en internet, navegando compulsivamente por webs, viendo vídeos, animaciones y trasteando por tiendas de comercio electrónico, siempre con los auriculares puestos, aislado del mundo exterior. Todo lo que sucediera fuera de la pantalla de su ordenador no tenía posibilidades de existir.

Le gustaba hojear los periódicos del mundo, daba igual en qué idioma estuvieran escritos. Saltaba del *The Times of India* a *The Mainichi*, que siempre repasaba en su versión original japonesa. Le gustaba *Le Monde, Aftenposten* e *Il Corriere della Sera*, sin olvidar el *Hürriyet, The New Paper* y *The UB Post* de Ulán Bator, que consultaba a diario. Por supuesto, seguía sobrevolando el mundo a través de Google Maps, siempre en modo satélite, viendo los campos y las ciudades desde las alturas como un superhéroe con poderes sobrenaturales.

—Parezco Superman —le decía a su madre, manejando con soltura el ratón para que su vuelo se convirtiera en un picado sobre el lago Baikal o el delta del Ganges.

Dominaba el planeta Tierra con una sola mano, ampliando y reduciendo los mapas con la rueda del ratón. Sabía en qué ciudades estaba activada la función 3D con las fachadas de los edificios mapeadas. Conocía todos los rascacielos de Manhattan desde la calle Treinta y uno, donde está la estación de Pensilvania, hasta la Ciento diez, al norte de Central Park. Paseaba por parques, avenidas y calles usando la herramienta de Street View. Había recorrido así todos los continentes, desde la Patagonia al Ártico, pasando por el interior de Australia o la taiga de la Siberia oriental.

—El muñeco amarillo de Google Maps se llama Pegman —me dijo durante una de nuestras sesiones—, porque parece una pinza de tender y *peg* significa pinza o gancho en inglés. No siempre tiene esa forma y ese color amarillo. En el lago Ness se convierte en un pequeño monstruo verde. En el Área 51, en un platillo volante. En Hawái, en una sirena. Y en el Centro Espacial Kennedy de la NASA se convierte en un astronauta.

Cuando apagaba el ordenador era para encender la televisión sin soltar nunca el mando a distancia. Cambiaba de canal con tanta

frecuencia que los discursos narrativos de los distintos programas se mezclaban en su cabeza sin ningún criterio y le hacían pronunciar disertaciones inconexas que no parecían tener final.

—El Consejo de Ministros ha aprobado la venta del jugador del Manchester United al Atlético de Madrid, en cuyo continente habitan cientos de miles de especies desde mucho antes que el ser humano conociera los números premiados en el sorteo de la lotería de hoy sábado.

Los únicos programas que lograban fijar su atención eran los de videntes, adivinadores y echadores de cartas. Los emitían un puñado de canales que aparecían juntos en la lista del televisor y que no siempre se veían bien, lo cual aumentaba su interés, como si estuvieran emitiéndose desde otro planeta. El que más le gustaba era el de una vidente con poderes extrasensoriales que le permitían visionar el futuro y hablar con los muertos, dos acciones temporales que a Lucas siempre le habían parecido irreconciliables.

El Tamagochi escuchó un rato la radio con los ojos cerrados, luego cenó un puré de verdura que Román Díaz le dio cucharada a cucharada con paciencia y buen pulso. Finalmente se durmió y Román ocupó su puesto en la rampa, sentado con la espalda apoyada en la pared, donde se comió el bocadillo de jamón que le habían dado en el comedor social. Alguien le ofreció un trago de vino y un poco de conversación. Román solo aceptó el vino. No tenía ganas de hablar, quizá porque el silencio es una fuerza que genera una inercia mayor que las palabras. Y hacía mucho tiempo que no hablaba.

Quimi no tardaría en acostarse a su lado, aunque era imposible saber en qué estado llegaría. Todo dependía de la cantidad de antipsicóticos, porros o alcohol que hubiera consumido. Podía llegar envuelto en un torbellino de palabras, gesticulando como un mimo, o mirando al infinito sin apenas pestañear. Era todo un personaje, delgado, casi esquelético, ojos hundidos, nariz prominente, pelo recio y despeinado, espalda cargada con un punto tétrico. Parecía ir disfrazado de su propio espectro. Se acostaba de los últimos y se levantaba temprano, muchas veces el primero, para ir en busca de algo que luego pudiera vender. Era capaz de conseguir cualquier cosa, aunque su especialidad siempre fueron las medicinas, los estupefacientes y cualquier tipo de droga conocida. No en vano había comenzado a estudiar Farmacia siguiendo la tradición familiar, aunque no tardó en desviar su camino para fabricar pastillas de éxtasis

que vendía a las puertas de las discotecas. La policía lo detuvo muchas veces. Pasó un par de años en un centro psiquiátrico, aquejado de una esquizofrenia paranoide, pero volvió a las pastillas en cuanto lo dejaron libre. Es incluso posible que siguiera fabricándolas durante el tiempo que estuvo encerrado, tal era su facilidad para conseguir las cosas más peregrinas.

Al final sus padres se hartaron de él y dejaron de pagarle los estudios. Sus hermanos lo asistieron durante un tiempo, pero Quimi no quería mantener tratos familiares. No acudía a ellos ni para pedirles dinero y lo único que aceptaba era la comida en el bar y el periódico del día anterior. Dejó de traficar con pastillas y se dedicó solo al comercio de tabaco, aspirinas y algunos alimentos, como galletas, chocolate o frutos secos, trapicheando en la rampa de la calle Albareda y en otros dormideros de la ciudad. Román se sorprendió la primera vez que apareció por allí con un carro de la compra lleno de productos de todo tipo, especialmente porque no esperaba que nadie tuviera dinero para poder comprarlos. Ese día se dio cuenta de que el único que no tenía dinero era él.

Román nunca se había planteado la mendicidad. Se negaba a enfrentarse a los transeúntes con un mensaje escrito en un pedazo de cartón, sujetando un vaso de plástico en la mano o poniendo una gorra en el suelo como hacían otros vagabundos. No quería dinero por la sencilla razón de que no tenía nada que comprar. Lo que necesitaba era aire, un banco para sentarse, comida, algo de ropa y un corte de pelo de vez en cuando. Y para eso estaba el comedor social, la parroquia del Carmen y su primo Luis. El aire era gratis y el dinero solo le habría servido para meterse en líos. Ya había superado el miedo a ser robado. Lo único que tenía de valor, además de la medalla de san Andrés Apóstol, era una fotografía con Isabel y la niña, posando los tres en la entrada de Disneyland Paris, durante un viaje que hicieron el año de la primera comunión de la pequeña. No era ninguna joya, aunque su valor era incalculable. Y acariciar con la vista el rostro de su hija se había convertido en parte de su ritual nocturno para convocar el sueño.

Casi sin darse cuenta, como a veces suceden las cosas improbables, Gracia Pardo comenzó a salir con Tristán Llorente. Después de la fiesta de cumpleaños, su relación con Eduardo se enfrió tanto que no debió hacer nada para terminarla. Simplemente dejó que las llamadas y los mensajes se espaciaran y la relación se extinguió por sí sola.

Tristán tampoco estaba seguro de si Gracia se había convertido en algo más que una amiga. Lo único que sabía era que su relación no podía considerarse formalizada. Si lo hubiera estado, se habrían besado, él le pondría una mano en el hombro o en la cintura, se abrazarían a menudo y quién sabe si ya habrían mantenido relaciones sexuales.

—Y nada de eso estaba sucediendo.

El buen tiempo fue un pretexto ideal para relacionarse. A ambos les agradaba el contacto con el sol de la primavera, así que no tenían ningún inconveniente en saltarse las últimas clases de la mañana para buscar una terraza bien soleada de la plaza de San Francisco donde tomar una cerveza mientras charlaban y fumaban. La combinación del sol, el alcohol y el tabaco hacía que la siempre chisposa conversación de Tristán se convirtiera en una ametralladora de anécdotas divertidas, historias familiares, chistes, burlas dirigidas a algunos profesores, fantasías y delirios en los que no faltaban los piropos para alabar el corte de cara de Gracia, la esbeltez de su figura, la simetría de sus piernas y el tamaño perfecto de sus pies.

Ella se dejaba decir con una sonrisa relajada, aparentemente rendida ante el espectáculo del exceso y la ficción, como si estuviera en el cine viendo una película o en el teatro escuchando un monólogo de humor. A veces, cuando ella cerraba los ojos y enfrentaba el rostro al sol en un gesto de placer, Tristán aprovechaba para declamar sus argumentos más grandilocuentes con irrisoria pomposidad.

—El mundo entero orbita alrededor de tu mirada —le dijo un día —. Lo único que existe es lo que miran tus ojos. Lo demás no es más que basura existencial destinada al olvido de lo invisible.

Ella pronunciaba un poco su sonrisa, estirando los labios, todavía con los ojos cerrados.

—¿Y cuando tengo los ojos cerrados como ahora? —preguntaba.

—Entonces se hace la nada, el vacío, la negación del ser — respondía Tristán muy serio—. El mundo no existe. No hay espacio. No hay tiempo. Es una situación horrible. Uno no sabe dónde aparcar el coche ni cuántas monedas echar en el parquímetro.

—¿Y luego?

A Gracia le divertía aquel juego conceptual. O eso era al menos lo que creía Tristán.

—Luego hay que volver a crear el mundo partiendo de cero — respondía él.

—¿Y eso cómo se hace?

—Eso es cosa tuya. Solo tienes que abrir los ojos para crear un mundo nuevo con leyes físicas distintas y seres vivos recién creados,

dotados de capacidades increíbles.

—¿Te refieres a seres vivos como tú?

Él asentía esperando a que ella abriera los ojos y lo mirase.

—Entonces —exclamaba Gracia, sin dejar claro si estaba riéndose de él o no—, ¿eres un ser recién creado, dotado de capacidades increíbles?

—Así es —confirmaba Tristán—. Ahora existo mucho más intensamente que antes.

—¿En qué sentido?

—Sé diferenciar el ser y el no ser.

—No me digas.

—Y si vuelves a cerrar los ojos y me miras de nuevo, existiré todavía con más intensidad. Y si lo haces muchas veces estaré tan seguro de mi existencia que podré dejar de visitar a mi psicoanalista de una vez por todas.

Y entonces, sí, Gracia dejaba que la carcajada que le recorría el cuerpo le tomara la boca y los ojos, igual que un escalofrío de placer, mientras agachaba la cabeza sin poder contenerse por más tiempo. Tristán encogía los hombros haciéndose el sorprendido, el ofendido, también el incomprendido, pero era incapaz de ocultar la hondura de su regocijo, quién sabe si por culpa de esas capacidades increíbles recién adquiridas.

Todo el mundo le recomendaba vivir en una residencia de ancianos, pero el abuelo Cosme se negaba a dejar su céntrico piso del Pasaje de los Giles, sin creer que pudiera vivir mejor rodeado de desconocidos, gobernado por auxiliares y enfermeros, teniendo que observar reglas y horarios ajenos y hacerlo además, con toda probabilidad, en un barrio del extrarradio. Él estaba bien donde estaba, en la que había sido su casa desde que era un niño.

—El escenario hace al personaje —decía de vez en cuando—. Si cambias el escenario, el personaje también cambiará. Un hombre puede perder la paz interior si se encuentra en el escenario equivocado. Y ese es un riesgo que no estoy dispuesto a correr.

Rita Sanz seguía visitándolo a diario, preocupada por su salud física y por sus cada vez más frecuentes cambios de humor.

—No estoy deprimido ni nada de eso —confesaba él, cuando ella le preguntaba—, lo que pasa es que los días se me hacen muy largos y los años muy cortos. La vida de un anciano es muy aburrida. Todos los días son iguales. Y también todas las noches.

Ella entonces lo animaba a tomar el aire, especialmente si hacía un día soleado y sin cierzo, pero él se negaba a salir de casa, no ya por una cuestión meteorológica, sino porque había dejado de confiar en sus fuerzas.

—Si has venido a dar un paseo conmigo, tendrá que ser por el pasillo —decía ofreciéndole un brazo a su nuera.

—Han pasado varios meses desde la última vez que entramos en la basílica —respondía ella para motivarlo—. A ver si la Virgen del Pilar se va a mosquear con usted por no ir a verla.

Él agradecía la ironía sin ánimo de dejarse convencer y ambos terminaban paseando cogidos del brazo a lo largo del pasillo, hablando de cualquier cosa, por ejemplo de aquellas corridas que daban entonces por televisión, aunque Rita no era aficionada a los toros y se limitaba a seguir la conversación asintiendo o negando, sin nada que objetar.

—¿Qué podía decir de algo que no me gustaba?

Cuando lo visitaba Tristán, también recorrían el pasillo juntos, aunque entonces lo hacían hablando de boxeo.

—Los toros y el boxeo me atraen porque tienen que ver con la muerte —especificaba el abuelo con un dedo levantado.

Y añadía que no había nada tan reconfortante para un ser vivo como la posibilidad de desafiar a la muerte.

—¿Por qué crees que triunfan las actividades extremas, como el salto en paracaídas, la escalada en hielo, el montañismo o cualquier cosa relacionada con el riesgo y la aventura?

Se preguntaba y se respondía a sí mismo.

—Todas ellas son actividades peligrosas que desafían a la muerte. Nada menos. Y si uno sobrevive a la muerte, retándola cara a cara, se siente más vivo que nunca, como si fuera inmortal.

Por eso le gustaban los toros.

—Y el boxeo.

A menudo nombraba al boxeador Perico Fernández, que fue campeón del mundo de los pesos superligeros y toda una leyenda en la ciudad de Zaragoza.

—Tenía un estilo directo, franco y sin contemplaciones —decía el anciano, moviendo los hombros alternativamente—, como si tuviera prisa por acabar los combates, que muchas veces no pasaban del primer asalto.

Y recordaba una tarde de julio de 1976 en la que había preparado una merienda para disfrutar del combate que Fernández iba a disputar por el título europeo de los pesos ligeros.

—Quería verlo por televisión con la abuela Francisca y con tu

padre, tomando un poco de jamón y queso —le contó a su nieto—, pero Perico dejó KO a su adversario en tan solo dos minutos y veinte segundos, así que tuvimos que merendar viendo el telediario.

En uno de esos paseos de un lado al otro del pasillo, después de haber estado hablando con entusiasmo de la vida y de la muerte, el abuelo Cosme se detuvo un momento y se volvió hacia su nieto.

—Tráeme un ataúd —le dijo escuetamente.

Tristán dio dos pasos hacia atrás, como si su abuelo le hubiera atizado un croché de derecha.

—¿Por qué me pides eso? —acertó a decir.

—Porque lo necesito.

—¿Te encuentras mal?

—No es eso —respondió el anciano—. Tan solo habla con tu padre y tráemelo.

Y comenzó a negar con las manos para indicar que no iba a lanzar más golpes ni a dar más explicaciones. El combate había terminado.

10

Se dieron el primer beso en el coche de Tristán Llorente, un domingo por la tarde, cuando Gracia Pardo estaba a punto de despedirse de él para volver a casa. Habían ido a ver el río Gállego a la altura de la Cartuja de Aula Dei, donde el cauce forma un azud que primero remansa sus aguas y luego las precipita entre rocas y troncos secos hasta recuperar su curso normal. Pasearon con *Fiona* por la ribera derecha del río, haciéndose fotos con el móvil. Luego comenzó a llover y estuvieron fumando un rato dentro del coche, con *Fiona* tumbada en el asiento trasero.

Ambos eran conscientes de lo extraordinario de su relación. Llevaban saliendo demasiado tiempo para no haberse besado todavía, quién sabe si por una absurda cuestión de protocolo.

—Yo creía que ella debía tomar la iniciativa y ella debía de pensar lo mismo, solo que a la inversa —me confesó Tristán.

Al final, el uno por el otro, el beso no llegaba y su relación parecía haber entrado en el bucle de una inacción que Tristán Llorente se había propuesto romper durante ese fin de semana, al precio que fuera.

—El sábado habíamos ido al cine y hasta nos habíamos cogido de la mano, contagiados por la magia de la luz y la oscuridad de la película.

Pero en cuanto salieron a la calle, la magia se esfumó y él, afectado por el desencanto de la realidad, comenzó a hablar sin parar durante el resto de la tarde, temiendo que el silencio entre ellos fuera un signo de incertidumbre. Acompañó a Gracia hasta el portal de su casa y la miró a los ojos para que comprendiera que había llegado el momento propicio, pero ella tuvo que desviar la mirada para saludar a un vecino que regresaba de dar un paseo con su perro, mientras este saludaba a *Fiona*.

El domingo por la tarde, cuando volvieron del paseo por el río Gállego, Tristán detuvo el coche en doble fila unos metros antes de llegar al portal de Gracia.

—No hizo falta decir nada —me contó—. Ella había llegado a la

misma conclusión que yo, por eso no se volvió para recoger su bolso del asiento trasero y salir del coche, como solía hacer. En vez de eso, se acercó a mí y puso la mano izquierda en el respaldo de mi asiento.

El resto de lo ocurrido lo recordaba con la sensación de inconsistencia que tienen los sueños nunca vividos. El impacto de su aliento cálido en la nariz, el tacto esponjoso de sus labios, el inesperado sabor a nicotina de su lengua, todo confundido con la intermitencia de las luces de avería, las gotas de agua resbalando por el cristal de las ventanillas y el vértigo que causa la concreción de un milagro.

—Estaba besando a Maureen O'Sullivan.

Quimi ya se había marchado cuando Román Díaz se levantó y se dispuso a recoger sus cosas, distribuidas por los bolsillos del pantalón, el anorak y el petate que colgaba de su hombro izquierdo. Llevaba encima todas sus pertenencias, que eran las menos posibles. Si algo no era de una utilidad demostrable, lo dejaba abandonado en cualquier parte. Nunca conservaba más cosas de las que podía transportar. No quería cargar su espalda, que era uno de los puntos flacos de su anatomía. En el pasado había tenido que ir con frecuencia al fisioterapeuta. Isabel le decía que aquellos pinchazos tan dolorosos que sentía se debían al estrés, al exceso de preocupaciones y a su costumbre de sentarse en la punta del asiento.

Ahora no tenía ningún fisioterapeuta a mano y el único masaje que había recibido desde que dormía en la calle se lo dio una de las prostitutas que frecuentaban la calle Ramón y Cajal a cambio de dos paquetes de tabaco. Debía evitar por todos los medios ponerse enfermo o sufrir algún tipo de lesión, por eso no quería cargarse la espalda ni correr innecesariamente ni realizar ningún ejercicio que le hiciera sudar. Se abrigaba bien antes de dormir, cuidaba su postura cuando se sentaba a leer el periódico por la tarde, evitaba las corrientes de aire y no se juntaba nunca con enfermos, a excepción del Tamagochi. Siempre caminaba despacio procurando no parecer un ocioso ni un vagabundo. Por eso llevaba el pelo recogido y la barba circunscrita al rostro, como un bozal negro con alguna cana. Más bien parecía un peregrino en busca de un santuario, un trotamundos haciendo turismo de mochila y brújula o un artista en busca de un lugar donde inspirarse.

Le gustaba pasear por la ciudad a esa hora de la mañana, cuando los camareros montan las terrazas de sus establecimientos, los

matrimonios mayores salen de casa con el carrito de la compra, los perros y sus amos caminan unidos por una correa, los empleados llegan a sus oficinas y algún anciano ya está sentado en un banco, esperando a que alguien le dé conversación. Había también conserjes limpiando cristales y espejos, basureros recogiendo colillas y hojas secas, carteros comenzando su reparto diario, jóvenes esperando el tranvía y niños en fila camino de un museo, con una profesora delante y otra detrás.

Llegó a la plaza de los Sitios con tiempo para sentarse en un banco desde donde recibir un baño de sol y sombra, al lado de un arce que todavía no había sido podado. Pasó allí toda la mañana y a la hora habitual se cambió de banco. Sandra salió del edificio de oficinas con sus andares felinos, las piernas embutidas en unos pantalones estrechos que resaltaban su delgadez. Entró en el bar y salió con una ensalada dispuesta en un envase transparente y una bebida isotónica. Se sentó en su banco de costumbre, cruzó las piernas y se comió la ensalada con un tenedor de plástico, pero luego no se relajó mientras escuchaba un poco de música, como hacía siempre. En vez de eso, se puso a escribir con los pulgares en la pantalla de su teléfono móvil, emitiendo de vez en cuando una sonrisa, casi una tímida carcajada.

Hacía tiempo que Román había dejado de ser un hombre curioso, pero habría dado cualquier cosa por leer aquella conversación que no por silenciosa era menos intrigante. Podía estar hablando con una amiga, con un novio o un compañero de trabajo. Se levantó del banco y, sin ser consciente de lo que hacía, dio dos pasos en dirección a Sandra. Ella escuchó el rumor de sus movimientos y miró al costado. Sus ojos se encontraron durante una décima de segundo, el tiempo suficiente para que Román desviara la mirada y tratara de disimular como quien busca algo que acaba de perder. Sandra recogió el teléfono y se dirigió hacia la puerta de los escalones de media luna, dejando en Román la inquietud de una duda razonable.

Tristán Llorente visitaba a su abuelo tres o cuatro veces por semana, unos días en compañía de su padre, otros solo. Además de hablar con él de boxeo, le gustaba escuchar sus encendidos argumentos a favor de la lucha por la vida, dejándose contagiar por su vehemencia en cierto modo adolescente. El abuelo solía decir que, por razón de su nombre, esos argumentos podían ser considerados como cósmicos.

—Ten muchas novias —le dijo una vez, siempre preocupado por la vida sentimental de su nieto—, todas las que puedas. Yo solo conocí

a una mujer en mi vida, que fue tu abuela, y siempre tuve curiosidad por saber cómo me habría ido con otras mujeres.

—¿No estabas a gusto con la abuela?

—Si lo estuve fue por una cuestión de suerte. Muchos de mis amigos y conocidos no fueron tan afortunados. Se casaron con la primera mujer a la que conocieron y no tardaron en darse cuenta de que se habían equivocado. Y antes de que digas nada, te recuerdo que en aquel tiempo no existía el divorcio, así que las parejas mal avenidas tenían que aguantarse durante muchos años, después de haber formado una familia con hijos y nietos que ignoraban por completo si sus abuelos eran felices o no.

—Pero ese no fue tu caso —supuso Tristán.

—No estoy seguro —contestó el anciano—. Creo que, cuando alguien se sabe atado a otra persona, desarrolla un vínculo conductual y emocional obligatorio hacia esa persona, como si fuera el único habitante del mundo aparte de uno mismo. Todo depende del carácter de cada individuo, pero la mayoría de la gente está programada para apreciar lo que tiene, de manera que ignoro si yo quería a tu abuela como mujer o solo como esposa. Y tampoco sé si ella me quería a mí como hombre o como marido.

Luego agitó una mano en el aire, como quien se niega a seguir hablando gratuitamente.

—Por eso te recomiendo que no te dejes seducir por una sola mujer —insistió de nuevo, sin poder contenerse—. Busca y experimenta tus sentimientos y sensaciones con distintas mujeres antes de decidirte por una, porque cuando lo hagas será para crear un ser vivo con la mitad de cada uno de vosotros.

A Tristán le gustaba escuchar esa parte del discurso.

—El amor nos convierte en científicos locos, como el doctor Frankenstein, ya sabes de quién te hablo. ¿Nunca te has parado a pensarlo? Tú te enamoras de una chica e inmediatamente quieres tener relaciones sexuales con ella. Así funciona la ley del deseo, pero lo que realmente quieres es mezclar tus cromosomas con los suyos para formar una especie de monstruo humano compuesto por la mitad de cada uno: tus ojos y sus labios, tus pulmones y sus piernas, tu capacidad analítica y su sentido del humor. Todo lo que te atrae de esa chica es lo que quieres que reproduzcan tus monstruitos. La ley del deseo no es casual ni arbitraria. Todos procedemos de ella y somos los monstruitos que construyeron nuestros padres en una noche de tormenta.

Lucas Pardo solía venir a mi consulta cada quince días. Era uno de mis pacientes más activos, siempre cargado de ocurrencias e ideas propias que deseaba poner en práctica, así que los minutos que compartíamos juntos fluían con inusual rapidez. Un día me confesó que estaba tratando de encontrar el alma en el interior del cuerpo humano.

—Me refiero a un cuerpo vivo —matizó abriendo mucho los ojos —, porque un cuerpo muerto ya no tiene alma.

Llevaba tiempo navegando por internet, consultando varios atlas de anatomía y viendo muchas fotografías. Al principio creyó que el alma humana podía estar en los pulmones porque, según dijo textualmente, no es posible vivir sin aire oxigenado, al menos si eres una criatura de metabolismo aeróbico, como los mamíferos, pero luego supo que en los hospitales se usan unos aparatos para ayudar a respirar, llamados respiradores automáticos, y los descartó.

—No pueden ser el alma —concluyó—, porque es posible vivir sin pulmones, aunque no es recomendable hacer mucho deporte sin ellos.

Consideró también la posibilidad de que el alma fuera el corazón, porque si detiene su bombeo la sangre deja de circular por el cuerpo, pero luego supo que en los hospitales se usan unos aparatos para mover el corazón, llamados desfibriladores externos, y lo descartó.

—El corazón no puede ser el alma porque es posible vivir sin él, aunque no mucho rato, sin apenas sentimientos y pasando bastante frío.

Luego creyó que el alma podía estar en la sangre, que al fin y al cabo transporta oxígeno y nutrientes a las células del cuerpo, pero entonces supo que en los hospitales se usan unos aparatos para mover la sangre, llamados bombas de circulación extracorpóreas, y también la descartó.

—Es posible vivir sin que el corazón remueva la sangre, aunque la vida no tiene mucho sentido sin glóbulos blancos, rojos o de otros colores.

—Además —apunté yo para probar su nivel de razonamiento—, la sangre puede transferirse de un ser humano a otro.

—Solo en el caso de que se trate del mismo tipo sanguíneo — apuntó él.

Y comenzó a balancearse en la butaca, afirmando que iba a seguir buscando el alma en el interior del cuerpo humano.

—Puede encontrarse en el estómago, que duele cuando estamos nerviosos, se hace pequeño cuando estamos tristes y se alegra cuando somos felices.

También iba a investigar los ojos, la piel, el cerebro y las manos.

—¿Las manos? —me extrañé yo.

—Las manos sirven para acariciar —respondió él con la mirada extraviada—, golpear, saludar, alimentar el cuerpo o expresarse si uno es mudo.

Fui a continuar la conversación, pero comprendí que ya era demasiado tarde.

—La Hippo Pool es una gran charca del Serengueti donde a vista de pájaro pueden distinguirse una gran cantidad de hipopótamos —dijo para terminar—, también conocidos como caballos de río si consideramos su más que evidente etimología.

La noche del primer beso Tristán Llorente no pudo dormir, seguramente porque se negó a besar la palma de su mano antes de cerrar los ojos. Y no lo hizo porque acababa de besar a la reencarnación de Maureen O'Sullivan, así que le pareció ridículo seguir con el ritual de fingir que su mano era un rostro tumbado junto a él. Y sin ese ritual, le fue imposible conciliar el sueño. Así de lógicas son a veces las más delicadas cuestiones del organismo.

Gracia Pardo y él se besaron muchas veces después de aquella tarde, pero nunca en clase o en los alrededores de la Facultad de Economía. Por alguna razón indeterminada, su relación tenía un punto de incógnito que ninguno de los dos acababa de comprender, pero que no les resultaba incómoda. Tristán solo quería estar junto a Gracia donde fuera, en clase, en el coche, en el cine, de paseo, de excursión o tomando algo en una terraza. Cuando estaba a su lado, sentía un hormigueo inconfundible en las piernas y en el pecho, y era consciente del fluir de su sangre, desde el corazón a los pulmones, pasando por el cerebro, los brazos y las piernas, como si fuese capaz de orientar y regular su caudal sanguíneo y pudiera acelerar el corazón si era necesario, gobernando todo su organismo a su entera voluntad.

Nunca le ocultó estas cuestiones orgánicas a Gracia.

—Me provocas el síndrome de Stendhal —le decía cada vez que algún rasgo de su belleza lo sorprendía—. Cuando apareces ante mí, el corazón me palpita como un pez boqueando en busca de oxígeno, sufro temblores imperceptibles en los párpados, vértigos que me obligan a buscar un punto de apoyo para no perder el equilibrio, confusión mental cercana al delirio, desorientación espacial y amnesia temporal. A veces, también me entra mucho sueño y tengo que hacer verdaderos esfuerzos por mantenerme despierto y convencerme de que no estoy soñando.

Gracia solía hacerle un gesto de censura con la mano,

desacreditando la exageración de su discurso, aparentemente molesta por su exceso de admiración, pero solo conseguía provocarlo todavía más y obligarle a buscar nuevos itinerarios para prolongar la intensidad de su discurso.

—Eres una borde insufrible —le decía Tristán, consciente de que un cambio de registro lingüístico reclamaría de nuevo su atención—. Y no te lo reprocho. Es normal. Como todo el mundo sabe, las personas bien parecidas no necesitan demostrar ninguna virtud. Y se ven obligadas a desarrollar conductas esquivas para establecer una barrera psicológica que las defienda de pelmas babosos y mirones descarados. Tú debes ser, estás obligada a ser, una presuntuosa consumada, una borde sin escrúpulos, la persona más antipática del planeta.

Matías Llorente conocía de sobra la rocosa contumacia con que su padre reclamaba las cosas, así que cuando Tristán le informó de que el anciano había pedido que le enviaran un ataúd, fue a visitarlo sin ninguna esperanza de quitarle la idea de la cabeza.

—Tarde o temprano ibas a tener que reservarme uno —le dijo el abuelo—. ¿O quieres que contrate mi entierro con una empresa de la competencia?

—No bromees sobre eso, por favor.

—Solo te pido que me lo envíes ya.

Matías se cruzó de brazos en señal de impaciencia.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Acaso te estás muriendo?

El abuelo Cosme asintió estirando los labios, como si tratara de reprimir una sonrisa inoportuna.

—Eso es, me estoy muriendo —dijo, señalando a su hijo con un dedo—. Y tú también.

—Háblame en serio —suplicó Matías con un suspiro—. ¿Te pasa algo? ¿Necesitas ir al médico?

El anciano encogió los hombros un par de veces.

—Solo necesito que me traigas un ataúd de madera de cedro barnizado con tinte natural. En el exterior me pones una cruz de metal, algo sencillo de trazos rectos, sin mucha floritura, cuatro asas y patas desmontables. En el interior quiero un tapizado de color crema sin volante pero con cojín suelto para la cabeza.

Matías tomó nota de todo y a la semana siguiente envió a los operarios de la funeraria con el ataúd solicitado, ocasionando el natural revuelo en el Pasaje de los Giles, donde los vecinos formaron

corros inquietos preguntándose quién se habría muerto. El abuelo mandó colocarlo en su habitación, junto a la cama, en el espacio que ocupaba la alfombra. Dio una propina a los operarios, que no sabían si darle las gracias o el pésame.

Cuando se quedó solo, rasgó el tapizado interior del ataúd y escondió una campanilla de alpaca a cada lado, a la altura de las manos, una linterna de leds y dos juegos de pilas recién compradas. Luego se tumbó en el lecho del ataúd e incluso cerró la tapa para asegurarse de que podía acceder con las manos a todos los objetos que había escondido.

Según me contó Tristán Llorente, a partir de esa noche su abuelo durmió siempre acostado en su interior, con la tapa abierta, vestido con traje y corbata, calcetines y zapatos de cordones, palpando ambas campanillas con las manos a intervalos regulares, haciéndolas sonar de vez en cuando, como un vampiro a la vez elegante y neurótico, incapaz de conciliar el sueño sin estar seguro de que, en caso necesario, podía comunicarse con el mundo exterior.

11

Tristán Llorente y Gracia Pardo comían juntos a menudo, aunque no en bares de tapas y bocadillos como la mayoría de sus compañeros de clase, sino en los restaurantes que Tristán había seleccionado previa y cuidadosamente para ella. Iban a Casa Pedro, al Fuelle, a la Matilde, al Palomeque, al Churrasco, a Casa Juanico y a alguna de las marisquerías de Francisco de Vitoria. A Tristán le gustaba elegir el menú de los dos para tener la oportunidad de probarlo todo y hacerlo además en el orden adecuado. Elegía también el vino con cierta ceremonia, preguntando por la bodega, la variedad de la uva y la añada, sin reparar nunca en el precio.

Gracia se preguntaba de dónde sacaba Tristán tanto dinero, ignorando que desde niño tenía una cuenta bancaria en la que sus padres ingresaban una asignación mensual, en teoría destinada a que pudiera estudiar un grado universitario o un máster fuera de Zaragoza, si hubiera sido necesario. Rita Sanz tenía acceso a esa cuenta y aprobaba sin rechistar los cargos de los gastrobares y los restaurantes, especialmente cuando Tristán le confesaba que había vuelto a invitar a su compañera de clase.

—Estaba segura de que esas comidas servidas en manteles de hilo servirían para compensar la carencia de habilidades sociales de mi hijo —llegó a admitir.

No se equivocaba, porque Gracia Pardo no estaba acostumbrada a comer en sitios así y se sentía halagada cuando un camarero llenaba su copa de vino y otro le cambiaba los cubiertos entre plato y plato, como si aquel protocolo innecesario, a su edad casi ridículo, la convirtieran durante unas horas en la protagonista de una de esas películas que veía en la televisión los sábados por la tarde en compañía de su madre y el fideo.

Tristán se ocupaba de que debajo de la servilleta de Gracia apareciera un puñado de gominolas o un regaliz enrollado, un chicle de fresa o cualquier otra golosina de sus favoritas. Siempre había una sorpresa para ella, ya fuera debajo de la servilleta, en el platito del pan o junto a los cubiertos. A veces solo era un barco de papel con un

corazón dibujado en cada costado, una goma de fantasía para el pelo, un globo sin hinchar, una varita de incienso o unos sujetapapeles de colores. La cuestión era que Gracia se había acostumbrado ya a sentarse a la mesa en estado de expectación permanente.

El abuelo Cosme seguía ofreciendo resistencia para salir de casa, así que Rita Sanz era quien tenía que visitar a la Virgen del Pilar en su nombre, como si tuviera poderes notariales para representar al abuelo en los asuntos del fervor y la oración.

—Rézale un avemaría y un gloria —le pedía el abuelo—, pero hazlo arrodillada en el reclinatorio, no sentada ni de pie.

—¿Y eso por qué? —preguntaba Rita.

—Si pides algo a una entidad superior, tienes que rebajarte físicamente y ponerte a sus pies —respondía el anciano con cara de decir una obviedad—. Y luego le enciendes una vela en mi nombre.

Era una forma de hablar, porque hacía años que ya no se encendían velas en el lampadario que había junto a la capilla de la Virgen. En vez de eso, se introducía una moneda en la ranura de un tablero electrónico y se encendía una bombilla con forma de vela, pero Rita no quiso desvelar los detalles. Tan obediente como siempre, llegaba a la capilla de la Virgen, rezaba lo convenido con su suegro, encendía la luz y se quedaba un rato sentada en un banco, recordando la cantidad de veces que había estado allí cuando era una niña en compañía de su madre.

Las dos juntas solían hacer el mismo recorrido por la basílica. Primero, besaban los pies del Cristo de los Milagros, al que según la leyenda popular le crecía el pelo. Luego se sentaban en los bancos del coreto y rezaban mirando hacia la capilla de la Virgen, tratando de identificar la procedencia del manto que llevaba puesto ese día y, por último, pasaban por la capilla de San Antonio, junto a la Sacristía Mayor, para echar una limosna en el cepillo. Rita trataba de concentrarse y rezar junto a su madre, pero se distraía con la visión de las bombas que había colgadas en una de las columnas del templo, recuerdo de la Guerra Civil. Se quedaba mirando la imagen de la Virgen y veía una mujer de tamaño real con la cabeza en forma de corona, el vestido en forma de manto y, debajo, los pies calzados con zapatos de plata. Nunca pensó que solo era un pilar de jaspe forrado de plata con una pequeña escultura de madera encima, quizá porque cada día llevaba un manto distinto, como cualquier mujer que se cambia de ropa a diario.

—Todo estaba igual que entonces.

El pelo rizado del Cristo, las bombas sin explosionar, la imagen femenina y maternal de la Virgen. Las recias columnas, las capillas, las cúpulas pintadas por Goya y sus cuñados, el suelo de mármol, los zócalos de jaspe. La única que había cambiado era ella, Rita. Y su madre, que faltaba ya desde hacía muchos años. Lo demás parecía destinado a la eternidad.

—Después de la visita a la Virgen, mi madre y yo recorríamos la calle Alfonso.

Solían entrar en los almacenes Gay, donde siempre había alguna oferta interesante, tomaban algo en Tupinamba y salían a la plaza de España a esperar el tranvía rumbo a Las Fuentes. Rita caminaba al lado de su madre, fascinada por el ruido que hacían sus tacones sobre la acera, seguramente porque su madre solo se ponía zapatos de tacón cuando iba al centro.

—Por el barrio iba siempre en zapatillas, en zuecos o en chancletas, según la época del año, como si todavía estuviera en el pueblo, donde todo el mundo se conocía y no hacía falta guardar las formas.

Su padre lo mismo. Pasaba toda la semana vistiendo ropa cómoda, al menos mientras vivió en el hogar familiar, pero cuando paseaba por el centro se vestía con traje y corbata. El centro de la ciudad marcaba las diferencias con el barrio. No había conocidos, vecinos ni parientes. Nadie paseaba, todo el mundo parecía ir a alguna parte. Las mujeres llevaban tacones y los hombres corbata.

Cuando estaba por el centro, a Rita Sanz le gustaba hacer ese mismo recorrido a pie, siguiendo el taconeo de su madre, como si fuera posible volver al pasado caminando tras el recuerdo de un sonido.

Cuando comenzó a salir con Gracia Pardo, Tristán Llorente se interesó de verdad por el negocio familiar. Hasta entonces, la Funeraria Llorente solo había sido el lugar de trabajo de su padre y su abuelo, además de un sitio de recreo al que acudir después de clase para ganarse una propina, pero la situación había cambiado. Estaba a punto de terminar sus estudios y la relación con Gracia le había servido para apreciar el valor de las cosas, seguramente porque todo lo que hacía con ella, desde las comidas en los restaurantes hasta los regalitos diarios, pasando por la gasolina para el coche, la ropa que se compraba para estar atractivo o el riesling alsaciano que bebían,

costaba mucho dinero.

—No puedo seguir dependiendo de propinas y asignaciones familiares —le confesó a su madre una de las tardes que pasaban juntos en la terraza de Sagasta 90—. Necesito ganar mi propio sueldo y ser autosuficiente, como cualquier adulto.

No lo dijo, pero también pensó en la posibilidad de alquilar un estudio o una buhardilla donde pasar más tiempo con Gracia, sin la obligación de quedar siempre en un bar, un cine, un parque o cualquier otro lugar público. Su madre comprendió la naturaleza de sus intenciones, y aprobó esos planes, pero insistió en que primero debía terminar sus estudios.

—Céntrate en el Trabajo de Fin de Grado —le dijo—. Y luego hablamos con tu padre.

—Mi trabajo trata sobre el funcionamiento de una empresa de pompas fúnebres —respondió Tristán—, así que todo cuadra. Si colaboro en la funeraria, conseguiré documentación para el trabajo, ganaré algo de dinero y aprenderé a llevar el negocio.

Su padre lo trató a partir de entonces como un aprendiz de gerente, tal cual lo calificó, dando por hecho que su hijo ocuparía algún día su puesto, igual que había hecho él cuando el abuelo Cosme se retiró. Le asignó un pequeño despacho junto al suyo, donde, además de los muebles habituales, ordenó poner un ataúd de muestra como el que había en su propio despacho para que pudiera enseñarlo a los clientes, como hacía él. Lo invitó a que estuviera presente en todas sus reuniones de trabajo y fue introduciéndolo en los distintos departamentos, empezando por compras y recursos humanos. Repasó con él las cuentas de la empresa de los últimos años y le dio los mismos consejos que su padre le había dado a él.

—Este es un negocio de asentir mucho y hablar poco —le dijo—. Hay que ser resolutivo sin resultar demasiado comercial, buscando soluciones a la vez prácticas y rentables, salvo cuando se negocia con las compañías de seguros. Entonces sí, hay que sacar todas las armas comerciales para cerrar los mejores tratos posibles.

Tristán aprendió las distintas categorías del servicio funerario, desde el más básico hasta el todo incluido, con ataúd construido a base de maderas nobles, recordatorios personalizados, esquelas de media página en la prensa, catering para el velatorio y misa concelebrada por tres sacerdotes con organista y coro de al menos diez voces interpretando cantatas seleccionadas de Bach, Händel y Telemann.

Lo que más le sorprendió fue la forma de hablar entre el personal de la funeraria. Nadie se refería a los muertos de forma explícita. No

se usaban términos como cadáver, cuerpo, finado o difunto, ni por supuesto otros más despectivos como fiambre o momia. Siempre se hablaba de un señor, una señora, un joven, una chica, un anciano o una abuela, un ritual en forma de eufemismo que procedía del reparo que provoca el campo semántico de la muerte, incluso en el seno profesional de una empresa funeraria. En realidad, no era algo tan infrecuente. Tristán no lo sabía todavía, pero sucede lo mismo en los hospitales, donde la muerte es tratada como un *exitus*.

—Me costó entenderlo —admitió el propio Tristán—, resulta que mi abuelo se pasó toda su vida temiendo enterrar a alguien con vida y todos en la funeraria trataban a los muertos como si siguieran vivos.

Durante los siguientes días, Lucas Pardo siguió reflexionando sobre la ubicación del alma en el cuerpo humano, sin descartar ninguna posibilidad por tangencial que pudiera parecer.

—El alma puede encontrarse en el aroma de cada persona —declaró cuando nos vimos—. Todos olemos a algo, aunque no siempre a lo mismo. Algunas veces mi madre huele a jabón de lavadora con perlas de oxígeno activo, otras a pelo chamuscado y otras a crema de manos con manteca de karité y extracto de aloe vera. Mi hermana Gracia huele a champú de lavanda con coenzima Q10 y a humo de tabaco rubio. Mi monitor de manualidades huele a pegamento de secado rápido y el conductor del autobús a cloruro de polivinilo recalentado.

Me hice el extrañado y le pregunté por qué creía que un olor podía ser el alma de alguien.

—Porque cuando uno muere —respondió él con naturalidad—, el olor a jabón de lavadora, a champú, a pegamento o a cloruro de polivinilo desaparece. Ignoro en cuánto tiempo, quizá en unas horas o en unos días. La cuestión es que desaparece porque los muertos acaban oliendo a muerto. Todos igual. Así que el olor personal podría ser el alma.

No estaba mal razonado, aunque pecara de una subjetividad casi poética, así que preferí no decir nada.

—El problema —prosiguió él, negando torpemente con la cabeza — es que cualquiera puede usar la crema de manos de manteca de karité y extracto de aloe vera de mi madre o el champú de lavanda con coenzima Q10 de mi hermana y oler como ellas. Cualquiera puede oler a pegamento después de haber ido a clase de manualidades y apestar a cloruro de polivinilo si permanece mucho tiempo en el

autobús. El alma tiene que ser algo más íntimo que un aroma intercambiable entre seres vivos, así que no descarto la posibilidad de que se encuentre en el sudor corporal, una vez admitido que los muertos no sudan. Quizá el alma es un líquido que recorre nuestro cuerpo y lo abandona por los orificios de la piel, lo que significaría que todos deberíamos comenzar a sudar justo antes de morir, precisamente para liberar el líquido del alma, pero no es eso lo que sucede.

Volví a mostrar mi extrañeza, y sin tener que hacer ningún esfuerzo, además.

—Ha habido casos de cadáveres que han comenzado a sudar repentinamente —me explicó él—, o que se han sonrojado y han tenido unas décimas de fiebre, pero todo se ha debido a que no estaban verdaderamente muertos, sino en un proceso de catalepsia, coma o similar.

Se quedó negando con la cabeza, pero en diagonal, como si en realidad asintiera, rechazando su propio argumento.

—El alma no puede ser un líquido que recorre nuestro cuerpo —repitió al menos tres veces.

Lo hizo antes de comenzar a murmurar y perderse en su mundo interior.

Román Díaz fue conociendo por boca de otros la historia que había detrás de algunos durmientes de la rampa. Nadie hablaba de sí mismo. Sí sabía que Quimi era un esquizofrénico enganchado a las drogas y repudiado por su familia era porque lo había escuchado cuando él no estaba presente. De la misma forma, sabía que Gerardo lo había perdido todo en un accidente de carretera que provocó cuando iba borracho, triplicando la tasa de alcoholemia, o que Moussa había cruzado el Mediterráneo en una patera desde su Senegal natal y se negaba a trabajar en el top manta con el resto de sus compatriotas.

También había mujeres, aunque nunca iban solas. Normalmente se emparejaban con hombres que les ofrecieran protección, más o menos como sucedía entre él y Quimi. Todas las que conocía eran drogadictas que abandonaron sus casas muy jóvenes y se extraviaron en algún momento del viaje de ida o de vuelta. Algunas pedían limosna en los alrededores de la Puerta del Carmen y luego entraban en un supermercado a comprarse algo de cenar, sin olvidar un vino barato para conciliar el sueño.

—Cualquiera que ha dormido en la calle —dijo en alguna ocasión

—, sabe que no hay hipnótico más barato que el alcohol.

En esos mismos corrillos se enteró de que el Tamagochi había sido agente de policía en Madrid, donde patrulló la calle hasta que una noche mató a un compañero de un disparo, nadie sabía muy bien por qué. Lo único evidente era que no se había tratado de un accidente. Todos en el cuerpo estaban al corriente de la rivalidad entre ambos agentes y al final pasó lo que tenía que pasar. O al menos así se lo contaron a Román. El Tamagochi estuvo varios años en prisión, y cuando recuperó la libertad, quiso comenzar una nueva vida en Zaragoza sin ningún éxito, porque todo lo que hizo fue beber y meterse en broncas, como quien sigue el dictado de una rabia demoniaca que lo ha poseído por completo. Una cirrosis hepática terminó con lo que quedaba de él y lo condujo a la rampa del garaje, donde se dejaba cuidar por los demás durmientes, sin apenas hablar salvo para darles las gracias por sus atenciones.

Román también tenía una historia de la que nunca hablaba. No podía hacerlo, entre otras razones porque era un zaragozano en su ciudad y en el pasado fue bien conocido en muchos de sus círculos sociales. Pese a que había perdido peso y se había dejado una barba poblada y cada vez más canosa, alguien podría reconocerlo. En todo caso, ignoraba lo que los demás durmientes dirían de él, tal vez que fue un constructor que se hizo rico a finales de los noventa y diez años después se arruinó, dejando obras inconclusas, nóminas, pedidos y créditos millonarios sin pagar, después de haber perdido prácticamente todo su patrimonio personal.

¿Fue una cuestión coyuntural de mala suerte o una cadena de decisiones equivocadas? Esa fue la pregunta que más veces se hizo a lo largo de los años, pero había tantas coincidencias y casualidades por el camino que resultaba imposible responderla. Lo único evidente era que si no perdió todo su patrimonio fue porque se encontró con el cadáver de aquel tipo en el antiguo cuartel de Pontoneros, a tiempo de intercambiar sus identidades.

Gracia Pardo vivió el final de sus estudios con un desorden académico impropio de una alumna aplicada, por momentos brillante, como era ella. La influencia de Tristán Llorente desbarató su rutina diaria, agitando las hojas de su calendario con la fuerza de un vendaval implacable. Dejó de estudiar cada día, comenzó a faltar a clase y por primera vez en su vida no se presentó a algún examen. No era una actitud rebelde ni un desánimo o desinterés por las asignaturas del

último curso, era simplemente que no había tiempo material para todo, considerando la cantidad de planes que Tristán le proponía cada día.

Se encontrarían en la facultad a primera hora de la mañana, pero solo asistirían a clase de Planificación Financiera y a Investigación de Mercados. Luego irían a recoger a *Fiona* para subir con ella a los Pinares de Venecia, donde darían un buen paseo entre los pinos. Después tomarían vermú en el ambigú del parque, junto a la Fuente de Colores, comerían en algún sitio cercano, por los alrededores de la plaza del Emperador Carlos V. Más tarde, Tristán la dejaría en casa y se dirigiría a la funeraria para reunirse con su padre y encargarse de los asuntos pendientes. Sobre las siete y media la recogería de nuevo para ir de compras, al cine, a la presentación de un libro, a ver una exposición de pintura, a tomar un helado o a cruzar el Ebro para ver el atardecer desde la margen izquierda, hasta que se hiciera la hora de cenar y compartieran unos espárragos trigueros y unos calamares o unas croquetas en un bar cercano a la casa de Gracia, en la plaza de Roma o en el entramado de calles que conducen a la avenida de Valencia.

Ella se dejaba llevar durante todo el día con una indolencia que no había mostrado hasta entonces, sin poner objeciones ni proponer planes alternativos, habitando en un mundo ilusorio y ficticio, como si viajara en el tiempo. A todo ello contribuía el encanto, las elegantes y algo desfasadas maneras de Tristán, su forma de mirarla casi ofensivamente, no por lasciva u ordinaria, sino por el deseo y la admiración que emitían sus ojos con intenciones hechiceras. Tampoco olvidemos el poder de persuasión del riesling, el chardonnay, el gewürztraminer, el verdejo o el sauvignon blanc, servidos a la temperatura adecuada en copas de tipo Burdeos con el tallo largo, convocando el sopor de una calma expectante que en cualquier momento podía convertirse en una nueva aventura.

Algunas noches, antes de acostarse, Gracia se preguntaba si de verdad le agradaba tanto la compañía de Tristán o si todo era el resultado de un truco de magia, una farsa teatral o una broma bien preparada. Tristán no se comportaba como una persona real, sino como un personaje recién salido de una película en blanco y negro o de un libro antiguo. Siempre tenía un piropo para ella, tan intencionado y exagerado que terminaba por resultar verosímil, dando una vuelta completa por distintas interpretaciones. Todos los días admiraba su forma de vestir, su peinado, la longitud de sus pestañas, el color de su pintalabios o incluso la silueta que su sombra formaba en el suelo.

—No te muevas —le decía enfocándola con el móvil—. No quiero olvidarte tal como estás ahora mismo y, en las actuales circunstancias, mi teléfono dispone de bastante más memoria que mi cabeza.

Tenía dificultades para contener una vehemencia en cierto modo servil que no parecía tener final, porque cada día se renovaba con la intensidad de su mirada y con sus gestos para acercarse a ella y acariciarle un brazo, rodearle la cintura, peinarle un mechón rebelde de cabello o darle un masaje en las manos, dedo a dedo, presionando en las intersecciones de las falanges, unas veces con fuerza, otras suavemente, como si estuviera dictando un telegrama de devoción y entusiasmo.

Y Gracia todo lo recibía con el convencimiento de que era ella, ella sola, quien causaba ese seísmo de emociones y ese deseo incontenible de tocar y palpar, sintiéndose halagada y poderosa, como un fenómeno de la naturaleza tan contundente y devastador como un terremoto o una erupción volcánica, aunque algunas veces una duda ruin e ingrata le hacía volver a la suspicacia y al temor de ser el objeto de una burla miserable. Y entonces se quedaba mirando a Tristán con perplejidad, igual que si acabara de despertarse de un sueño y no pudiera distinguir lo real de lo soñado, pero ahí estaba él, dispuesto a demostrar que la realidad podía ser un prodigio de galanterías.

—¿Por qué me miráis así? —le decía, haciendo una reverencia con el brazo extendido—. ¿Qué queréis de mí, un simple siervo a vuestro servicio, mi emperatriz de la belleza y el buen gusto, por quien daría mi vida y la de todos mis hombres en cualquier momento de la batalla, incluso cuando el enemigo se hubiera rendido y la victoria estuviese ya asegurada?

12

Deli Redondo conocía a alguno de los chicos con los que había salido Gracia y todos respondían a una tipología similar, fornidos, morenos de pelo corto, dulces y algo tímidos, según el gusto masculino de su hija, pero el caso de Tristán Llorente escapaba a su comprensión. No estaba musculado, ni era moreno ni tampoco dulce. Estaba delgado, tenía el pelo castaño claro con mechones rubios que se le rizaban a la altura de la nuca. Era cortés hasta el aborrecimiento y tan protocolario que no había manera de saber si era un tímido disimulando su parquedad o un extrovertido controlando sus efusiones.

A Gracia no le seducía la idea de invitarlo a su casa. No quería comprometer su relación por ninguna de las dos partes, consciente de que Tristán podía parecer un petulante y su hermano Lucas un bicho raro, pero su madre, ajena a estos remilgos, insistía en invitarlo a comer un domingo.

—Quiero conocerlo —decía.

—Lo conociste cuando vino a invitarme a su fiesta de cumpleaños —respondía Gracia.

—Apenas me dio tiempo de fijarme en él.

—Ya viste que es un tipo peculiar.

—Es un tipo peculiar que a menudo se lleva de paseo a *Fiona*, así que estoy en mi derecho de saber con quién anda mi perrita, ¿no crees?

Lo que no dijo fue que había empezado a preocuparse por ella. Hasta entonces su hija no había pasado tanto tiempo con ninguno de los otros chicos y jamás había descuidado sus estudios. Gracia debió de leer entre líneas esa suspicacia maternal y comprendió que no tenía más remedio que invitar a Tristán, a sabiendas de lo que iba a suceder.

Se lo imaginaba en la puerta de casa, puntual como un reloj suizo, vestido con camisa y chaleco, quién sabe si con corbata, llevando un par de botellas de vino blanco ya frío o una tarta o unos dulces de alguna de las pastelerías de renombre de la ciudad, por supuesto conociendo los detalles de su historia: el pastel ruso, elaborado con

avellanas y almendras para agasajar al zar de Rusia en la Exposición Universal de París de 1855, los bocaditos de nata, creados en Italia en el siglo XVI a partir de la masa *choux* de origen francés, la tarta Sacher, creación del pastelero austriaco Franz Sacher en 1832 o la trenza de Almudévar, mucho más aragonesa y contemporánea, hábil mezcla de hojaldre, azúcar glas y frutos secos y deshidratados.

Alabaría cada uno de los platos de la comida, así como la decoración de la mesa y la acogedora armonía del comedor. Es posible que apreciara conexiones estilísticas entre el vestido de Deli, las cortinas del salón y el mantel que había sobre la mesa, a juego con las servilletas. Se interesaría por el negocio de la peluquería, preguntando por los servicios más solicitados, las últimas tendencias de la moda y algún tratamiento específico para evitar la alopecia prematura. Contaría las anécdotas menos luctuosas de la funeraria, las que servían para ahuyentar el mal fario del negocio, como la del chófer que se durmió sobre el volante del coche fúnebre en pleno entierro o la del mismo coche fúnebre, cuando pinchó una rueda a la entrada del cementerio. Hablaría de sus padres y de su abuelo, en este caso con la sonrisa bobalicona de admiración que le causaba nombrarlo, igual que si estuviera hablando de un héroe de la mitología contemporánea. También se ocuparía de Lucas, cómo no, con quien repasaría la isla de Manhattan de memoria, desde Battery Park hasta el zoológico del Bronx, pasando por los sitios que frecuentaba Lucas en Google Maps como Bryant Park, el mausoleo del General Grant o los puentes metálicos sobre el río Harlem.

Todo lo haría con la máxima eficiencia, dedicación y amabilidad. Y aunque su comportamiento resultaría postizo y amanerado, como si estuviera interpretando un texto previamente escrito y memorizado, Deli agradecería sus atenciones y Gracia recibiría la mirada de aprobación de su madre. No se podía pedir más y, sin embargo, era casi seguro que Gracia se inhibiría en una esquina de la mesa, convertida durante toda la comida en una simple espectadora de lo que estaba sucediendo.

El recuerdo de su madre comenzó a ocupar buena parte del tiempo libre de Rita Sanz. Conviene no olvidar que el cerebro humano es un órgano hiperactivo. Si no hay suficiente actividad en el presente, el cerebro recurre a la memoria para recuperar la del pasado o se vale de la imaginación para anticipar la del futuro, de manera que, como una viajera en el tiempo, Rita pasaba las horas pensando en su madre, en

sus manías, en sus rituales, en esa vocación por martirizarse que había desarrollado desde que el padre de Rita las había abandonado, condenando su existencia al desengaño y la frustración.

Todo había sucedido muy precipitadamente, en apenas un par de fines de semana. Rita tenía edad para recordarlo. Sus padres se hablaban a gritos, lanzándose reproches mutuos y miradas cargadas de amargura. La tensión acumulada terminó con un ultimátum y las maletas de su padre en la puerta. Luego la casa quedó en un silencio tenso, incompleto, como si aquello fuera una broma, una prueba, un farol, y las cosas estuvieran a punto de volver a ser como eran.

La madre de Rita se volvió más huraña y lastimera que nunca. Desarrolló la personalidad autocompasiva de una víctima inocente, llevando bien alto el estandarte de la mala suerte. Tiempo después, Rita se enteró de que su padre había conocido a otra mujer en el trabajo, una viuda más joven que él, y se había ido a vivir con ella y sus dos hijos. Entonces comprendió lo del ultimátum y lo de las maletas. Lo que nunca comprendió fue lo de la mala suerte.

Madre e hija comenzaron una nueva convivencia más silenciosa y ausente. Rita pasaba fuera de casa todo el tiempo posible, primero en clase, estudiando mecanografía y secretariado, luego por ahí con sus amigas, sin ganas de volver a un hogar en el que solo brillaba, cuando estaba encendida, la luz fantasmagórica de la televisión.

Así fue como me lo contó.

—El recuerdo más luminoso y amable que conservo de mi madre es cuando se sentaba delante de la televisión.

Juntas veían cada noche el telediario y lo que emitieran después, daba igual lo que fuera, un telefilm, un programa de entrevistas o un concurso.

—A mi madre le encantaba el *Un, dos, tres*, el famoso concurso de televisión —dijo—. La ponía de buen humor, no sé por qué. Quizá porque estaba hecho con una dosis de candor y buenas intenciones. Y además lo echaban los viernes por la noche, en la antesala del fin de semana, cuando todos los planes eran posibles.

También veían juntas el teatro.

—Porque entonces ponían teatro en televisión.

Y los ciclos de películas dedicados a distintos actores y directores.

—Vimos el de Ingrid Bergman, el de Audrey Hepburn, el de John Ford, el de George Cukor e incluso el de Harold Lloyd.

Como he visto en otros casos similares, su relación se restringía a ese ámbito audiovisual. Comentaban las noticias y los telefilmes mientras se emitían por televisión y más tarde también, durante la comida o la cena del día siguiente, destacando tal o cual escena,

anécdota o dato curioso, en un intento por no hablar nunca de la realidad, del presente, de lo que les estaba sucediendo de verdad.

Rita me confesó entonces que había vuelto al cementerio para visitar la tumba de su madre, después de años sin aparecer por allí.

—¿Por qué ha vuelto? —le pregunté.

—Quería hablar con ella.

—¿De qué?

—De los programas de televisión que se hacen hoy día. A mi madre le habrían encantado los *realities*, los magazines de la tarde y los concursos de nuevos talentos, especialmente los de cantantes.

Román Díaz tenía más tiempo libre que ocupaciones y tampoco podía evitar pensar en el pasado, unas veces porque reconocía a un antiguo amigo, un familiar o un compañero de trabajo paseando por la calle, otras porque leía alguna noticia en la prensa o simplemente porque doblaba una esquina y reconocía un escenario concreto, una plaza, una tienda, una terraza de bar, que se le aparecía como un espectro del pasado. Esto sucedía cuando deambulaba por los alrededores de La Romareda, donde había vivido durante años, o cuando se detenía frente a uno de los edificios que había promovido su empresa inmobiliaria, en la avenida de Gómez Laguna o en la vía de la Hispanidad. Allí dejaba de ser por unos minutos Román Díaz y volvía a ser Andrés Baena Casas, ABC, las tres iniciales con las que firmaba todos los proyectos, contratos, escrituras y documentos de la empresa. Y así, dispuesto junto a un contenedor de basuras o un coche estacionado tras los que pudiera esconderse si aparecía algún conocido, miraba el edificio en cuestión con ojo crítico, valorando su estado de conservación y reparando en los detalles que habían causado problemas durante su construcción, como quien se encuentra a un viejo amigo después de mucho tiempo.

También paseaba por la calle de la Princesa, cerca de Goya, donde había levantado un pequeño bloque de seis plantas que destacaba entre los demás por sus hechuras de acero y hormigón. Allí fue donde se escondió después de recibir la sentencia del tercer juicio, cuando tuvo que desaparecer para salvar lo poco que quedaba de su patrimonio personal.

No ha olvidado ese día. Salió de su despacho apresuradamente con la sensación de que no iba a volver nunca por allí. Fue a casa y, sin decir nada a nadie, metió todo lo que pudo en dos maletas, incluyendo alimentos para los primeros días. Cogió toda su

documentación y las llaves del edificio de la calle de la Princesa y se dirigió hacia allí con la intención de ocupar un pequeño ático interior con una terraza que daba a un patio de luces.

Pasó tres meses sin pisar la calle, mirando por la ventana desde la distancia para que nadie lo viera, sin salir nunca a la terraza, leyendo, escuchando la radio con auriculares, durmiendo mucho, más que nunca, escuchando sonidos y portazos, algunas veces inexistentes, temiendo que en cualquier momento la policía forzara la puerta y lo llevara preso.

Una vez cada quince días, su primo Luis le llevaba una bolsa con alimentos, un termo con café con leche, pilas para las linternas y la radio, objetos de aseo personal y algo de lectura, incluyendo cuadernos de crucigramas y sudokus para mantener la mente ocupada. Román esperaba esas visitas con impaciencia, no por los alimentos, sino por la compañía, apenas media hora de charla en voz baja en la que se ponía al corriente de todo. A él seguían buscándolo, a uno de sus socios le habían caído quince años por incumplimiento de contrato y falsedad documental, Isabel estaba vigilada y su hija vivía con sus abuelos maternos y se había cambiado de colegio. Román hacía preguntas y se interesaba por los detalles, pero su primo no sabía más de lo que contaba. Se despedían con un abrazo, como habían hecho toda la vida, y Luis abandonaba el edificio con el mayor de los sigilos, sabiendo que él también podía estar vigilado.

Román se alimentaba a base de conservas, frutos secos, queso, jamón serrano y embutidos que no necesitasen frío. En el ático no había luz, pero sí agua procedente de una toma de obra que él mismo había conectado al circuito del edificio antes de encerrarse allí. Podía usar el baño y ducharse, dormía en el suelo, sobre los cartones de las cajas de los electrodomésticos, recortándolos y usando el poliespán a modo de almohada. Se había llevado una manta de casa y un pijama y su primo le trajo unas zapatillas. Nunca pensó en lo incómodo que podía resultar pasar todo el día con unos zapatos de piel puestos, por muy caros que fueran.

Lucas Pardo comenzó a pensar en la posibilidad de que el alma no formase parte del cuerpo.

—Puede que provenga de un órgano del cuerpo —matizó—, pero sin formar parte de él.

Y me miró sin parpadear antes de añadir:

—El alma puede brotar de los órganos de fonación, que son la

laringe, las cuerdas vocales y los resonadores nasal, bucal y faríngeo.

—¿Quieres decir que el alma de una persona es su voz? —le pregunté.

—No sé —respondió él, encogiendo los hombros—, pero cuando el cuerpo de una persona muere, la voz abandona los órganos de fonación y asciende al cielo. Por eso los muertos no hablan, aunque su voz sea audible desde el más allá.

—Los mudos tampoco hablan —dije sin mala intención, solo para favorecer la dialéctica.

—El problema de los mudos reside en sus órganos de articulación, que son las cavidades supraglóticas, el paladar, la lengua, los dientes, los labios y la glotis, no en los órganos de fonación, de manera que, aunque no hablen, conservan su alma mientras están vivos, igual que el resto de los mortales.

Tuve que hacer un esfuerzo para no aplaudir aquella clase magistral de otorrinolaringología.

—En ese caso —dije a modo de broma—, el cielo tiene que ser una auténtica jaula de grillos.

Pero Lucas no reaccionó de ninguna manera.

—Se dice que un lugar con muchas voces y alboroto es como una jaula de grillos —tuve que explicarle.

—Los grillos no viven en jaulas —replicó él—. El dicho debería referirse a los pájaros, los reptiles, algunos roedores u otros animales que suelen vivir en jaulas, aunque sea sin su consentimiento.

Asentí, tratando de recuperar la concentración. Él se cambió de postura, colocando las manos debajo de sus muslos para poder balancearse más cómodamente de derecha a izquierda.

—El cielo es la memoria que los demás guardan de nuestra voz —añadió sin que yo le hiciera ninguna pregunta—. Nadie posee su propio cielo porque nadie puede recordar su voz después de muerto. La inmortalidad reside en el recuerdo de los supervivientes, pero estos también son mortales, así que la inmortalidad no es eterna y supongo que no puede denominarse así.

Estaba seguro de que no había terminado de hablar, así que no dije nada.

—El cielo de mi padre reside en mi memoria —añadió, tocándose la cabeza—. Es solo un recuerdo, un conjunto amorfo de voces, murmullos y carraspeos, tan inconsistente como un sueño, por eso es difícil describirlo. Nadie puede influir en sus recuerdos, de la misma manera que nadie puede influir en sus sueños. Mi abuela pasó los últimos meses de su vida en una silla de ruedas. Mi padre murió en su automóvil. Los dos murieron sentados. Quizá estén sentados en el

cielo de los recuerdos. No sabría decirlo. Todos mis abuelos han muerto y el único cielo que les queda está en mi memoria y en la de mis primos, hijos de un hermano de mi madre. Cuando todos muramos o perdamos la memoria de sus voces, nuestros abuelos desaparecerán por completo del catálogo de la existencia, como verdaderos mortales.

—Gracia había polarizado mi modo de ver el mundo.

Era algo tan evidente que no podía engañarse a sí mismo. Todo lo que veía, oía, tocaba, olfateaba o paladeaba dependía de si Gracia Pardo le había sonreído al llegar a clase, si lo había abrazado al despedirse o si le había hablado del futuro, porque nada complacía y tranquilizaba más a Tristán Llorente que escuchar a Gracia hacer planes de futuro en los que él estuviera incluido. Podía ser cualquier cosa, una referencia al siguiente fin de semana, al mes próximo o al futuro lejano, cuando estuvieran jubilados y salieran a dar un paseo juntos. Si esto sucedía, el mundo se convertía en un escenario de comedia romántica donde todo ocupaba el lugar que le correspondía, incluso el tiempo. Tristán habitaba en un presente amable que disfrutaba minuto a minuto, deteniéndose en los detalles que percibía a través de esos sentidos polarizados. Podía quedarse un buen rato admirando los nuevos brotes de un árbol en primavera, olfateando el aroma de un guiso, tocando el tejido de una prenda, degustando un té aromatizado en una cafetería o escuchando el aullido del cierzo que llegaba hasta la terraza de su casa, pero todo perdía sus atributos de belleza y sorpresa si Gracia se había enfadado con él y no le había dirigido una mirada cómplice al despedirse en el coche o si, refiriéndose al futuro, no lo había incluido en sus planes. Entonces no había tiempo ni calma para contemplar nada, ni para olfatear, tocar, degustar ni escuchar otra cosa que no fuera un vacío inconsistente, frío y por supuesto inaudible.

En los momentos de lucidez, cuando Tristán era dueño de sus actos, se daba cuenta de su excesiva dependencia de Gracia. Y a veces lo reconocía delante de ella.

—Tu belleza es una prisión inexpugnable —le decía muy serio, en un susurro de confesión—. Soy un reo condenado a vivir pendiente de tu presencia, cuando estás conmigo, o de tu recuerdo, cuando te ausentas. Cada rasgo de tu hermosura, cada detalle de tu cuerpo agrava mi culpa y acrecienta mi condena hasta llevarme a una celda de castigo, o más allá, hasta una cadena perpetua o, quién sabe, hasta

el mismo corredor de la muerte.

Luego se quedaba en silencio, mirando un infinito cercano a la espera de la reacción de Gracia, habitualmente una caricia sobre el pelo, el mentón o la mejilla, como si Tristán fuera un niño enfadado. Ella nunca se tomó en serio sus declaraciones de amor, siempre exageradas y llenas de literatura. Más bien al contrario, su forma de actuar le parecía ingenua y primaria, una versión simplificada de Tristán Llorente fácilmente mejorable. No obstante, algunas veces, cuando Gracia se sentía atribulada por algo y percibía el estremecimiento de la inquietud o el miedo, recordaba algunos de esos delirios literarios y sentía la reconfortante sensación de saber que en algún momento de su existencia había sido, que todavía era o que, en todo caso, podía volver a ser la reina del mundo.

Según me contó Matías Llorente, el primero que se dio cuenta de los cambios de humor de Rita Sanz fue el abuelo Cosme.

—A esa chica le pasa algo —le dijo una tarde a su hijo.

—No me extraña —replicó Matías—, sobre todo si, cuando viene a visitarte, la recibes tumbado dentro del ataúd.

El abuelo levantó un dedo para hacerse entender.

—Sabes muy bien que solo empleo el ataúd para dormir por la noche.

—Ella me dice que a veces también te acuestas en su interior durante el día.

—Eso sucede muy pocas veces, cuando me encuentro débil —protestó el anciano, que no quería parecer el vampiro de una película de terror.

—¿Qué te ocurre?

—A veces me dan mareos o tengo digestiones pesadas —respondió el abuelo—, como le pasa a todo el mundo. Cuando eso sucede, me pongo el traje y la corbata y me acuesto en el ataúd, por si acaso.

—Por si acaso, ¿qué?

—Por si acaso me muero.

Matías suspiró larga y profundamente, como quien se enfrenta a lo imposible.

—No te preocupes —dijo chasqueando la lengua—. Si te mueres en pijama, en bata o en albornoz, yo mismo te pondré el traje y te haré un nudo de corbata Windsor doble. Te lo prometo.

—No es eso.

—Pues un nudo Windsor medio.

—No es eso lo que me preocupa —aclaró el abuelo.

Matías acercó una silla y se sentó junto a su padre.

—Lo que me preocupa es Rita, tu esposa —prosiguió el abuelo—. Cuando la contratamos era otra mujer, ¿recuerdas? La elegimos precisamente por su energía, por su rasmia y sus ganas de hacer cosas. Ahora es muy distinta. El tiempo la ha ido cambiando y cada día está más apática.

—Eres muy observador —le interrumpió Matías—. Yo a eso lo llama envejecer.

Pero el abuelo no había terminado de hablar.

—Es algo más profundo —insistió—. A veces me asomo a la ventana a la hora que suele venir y la veo caminando sin rumbo.

—¿Qué quieres decir?

—No camina, solo deambula como si no se dirigiera a ninguna parte.

—¿No viene aquí?

—Viene aquí porque no tiene otro sitio adonde ir. Tristán es ya un hombre y hace su vida. Tú tampoco le haces mucho caso, así que el único que la necesita soy yo.

—Si no le hago más caso es porque en la funeraria hay mucho trabajo —replicó Matías.

—Delega en tu hijo y encuentra tiempo para tu esposa.

A Matías le molestaba que su padre lo tratase como si fuera un adolescente.

—¿Es eso lo que hiciste tú con mamá? —le preguntó a la defensiva.

El abuelo Cosme negó inmediatamente.

—No, no lo hice —reconoció con una mano en el pecho—. Y por eso mismo te aconsejo que lo hagas tú.

—¿Algo más?

—Sí —zanjó el anciano—. El nudo de la corbata que sea doble.

13

Tristán Llorente aprovechaba alguna de las visitas que hacía a Gracia Pardo y a su madre para invitar a Lucas a dar una vuelta.

—Los dos solos —le decía con un codazo cómplice—, sin chicas.

Gracia nunca se sorprendió de estas invitaciones, quizá porque todo resultaba demasiado evidente. Tristán solo pretendía ganarse el favor de su madre. Así de evidente. Por eso le dedicaba tiempo a Lucas, lo cual halagaba y molestaba a la vez a la propia Gracia.

—Es insoportable —decía resumiendo la situación con un juego de palabras—. Todo lo que hace, hasta lo que hace sin mí, lo hace por mí.

Se supone que Tristán y Lucas se daban una vuelta con el coche, iban de compras o paseaban por el parque charlando de sus cosas, como dos nuevos amigos. A Deli Redondo le parecía una iniciativa muy generosa por parte de Tristán, consciente de que su hijo no era una gran compañía. Hablaba poco y, cuando lo hacía, repetía las cosas varias veces y podía ser contumaz hasta el aborrecimiento, por no mencionar lo limitados que eran sus temas de conversación.

Lo que nadie sabía era que Tristán y Lucas apenas hablaban. No salían juntos para eso. Lo que hacían era dirigirse a un polígono industrial con poca actividad que había en la carretera de Huesca para que Lucas aprendiera a conducir.

—Frena más despacio, siente el pedal del embrague en la planta del pie como si lo estuvieras cogiendo con la mano —le iba diciendo Tristán—. Acelera sin dudas, con determinación y sentido del movimiento. Si el coche detecta miedos y titubeos, da tirones y protesta, igual que hacen los caballos cuando los montan jinetes inexpertos.

Luego venía la otra parte del discurso.

—No se te ocurra decirle a tu madre y a tu hermana que te estoy enseñando a conducir. Probablemente, no nos dejarían volver a hacerlo porque lo considerarían peligroso.

—Además es ilegal —apuntaba Lucas con una sonrisa traviesa. Y luego recitaba—: El que condujere un vehículo de motor o ciclomotor

sin haber obtenido nunca permiso o licencia de conducción será castigado con la pena de prisión o con la de trabajos en beneficio de la comunidad.

—¿Cómo sabes eso? —se extrañó Tristán.

—Es el artículo 379 del Código Penal.

—¿Lees el Código Penal?

—Todos deberíamos leerlo —respondió Lucas, asintiendo—. Es como las instrucciones que salen en los juegos de mesa. Si no te las lees, no sabes lo que está permitido hacer y lo que está prohibido.

—Vale —aceptó Tristán—, por eso no hay que decir nada a nadie.

A Lucas Pardo le divertía tener secretos inconfesables, aunque habitualmente olvidaba delante de quién debía guardarlos y tardaba poco tiempo en confesarlos.

—No hay que decir nada a nadie —repitió—. Ni siquiera que en la península de Yucatán, cerca de la ciudad de Mérida, se encuentra el cráter de Chicxulub, justo donde cayó el meteorito que provocó la extinción de los dinosaurios.

Durante el tiempo que Román Díaz pasó en el edificio de la calle de la Princesa, recordó historias de refugiados o convictos que habían tenido que permanecer escondidos en un piso o una casa, a salvo de sus enemigos y sus verdugos, la mayoría sobre judíos perseguidos durante la Segunda Guerra Mundial o republicanos escondidos en los primeros años del franquismo, después de la Guerra Civil.

Supo de esas tragedias por películas y documentales que vio en el cine o en la televisión, casi siempre en compañía de Isabel, creyendo erróneamente que la seguridad de un escondite secreto podía llegar a resultar confortable, sin tener en cuenta que el confort es incompatible con la idea de sentirse amenazado.

Quizá por eso comenzó a echar de menos a Isabel.

—No quiere venir a verte —le confirmó el primo Luis.

No especificó si se trataba de una cuestión de seguridad o si todavía no le había perdonado que hubiera llevado su vida a un callejón sin salida, aunque Román intuyó que se trataba de lo segundo. Su hija seguía en casa de los abuelos, más mimada que nunca, ajena al revuelo de los juicios, las sentencias y las condenas, al menos en apariencia. Nadie podía asegurar que sus abuelos no la hubieran puesto al corriente de lo que estaba sucediendo.

A partir de la tercera semana, Román comenzó a percibir que aquel confinamiento obligatorio estaba afectando a su equilibrio

mental. Tenía pesadillas todas las noches, escuchaba ruidos y voces, y una mañana creyó ver a su madre en la cocina, de pie, preparando el desayuno. Aquel día tomó la decisión de hacer algo de ejercicio, lo que fuera posible, flexiones, abdominales, estiramientos que pudieran hacerse sin producir ruidos. Los hacía al levantarse y a media tarde, cuando el desánimo amenazaba con adueñarse de lo que quedaba del día.

Le habría gustado tener su bicicleta estática. Eso sí habría sido útil. Sobre ella había ideado montones de proyectos, hecho innumerables llamadas telefónicas y cerrado muchos tratos. Durante años fue un emblema de su forma de vida, pedaleando con energía, a veces incluso con rabia, sin dirigirse a ninguna parte. Pero a quien más echaba de menos era a su hija, aunque durante años solo pudo verla los fines de semana, y ni siquiera todos. Precisamente por eso, porque no había sido tiempo suficiente, recordaba cada minuto que habían compartido juntos leyendo un cuento, dibujando, haciendo figuras con plastilina o cocinando su receta favorita, que era un flan de chocolate blanco con galletas y sirope de fresa. Román habría dado las pocas pertenencias que tenía por volver a mirar los álbumes de fotos en los que su hija seguía siendo la niña que tanto echaba de menos. No comprendía cómo no pensó en ellos cuando recogió precipitadamente sus objetos personales antes de abandonar su casa para siempre. Lo único que tenía era la fotografía en la que posaban los tres a la entrada de Disneyland Paris.

El primo Luis apareció una tarde por sorpresa, sin bolsas pero con prisas.

—Tienes que irte a otra parte —le dijo señalando la puerta con las manos—. Han comenzado a buscar en los inmuebles vacíos de la inmobiliaria.

Una vez consultada la predicción meteorológica para asegurarse de que el tiempo iba a ser propicio, Tristán Llorente decidió invitar a Gracia Pardo a pasar un fin de semana en la casa del *cap*. Era un plan que tenía pendiente desde hacía tiempo y que, por alguna razón, quizá porque le obligaba a abandonar su zona de confort urbano, había pospuesto varias veces.

Salieron de Zaragoza el sábado por la mañana, lo suficientemente temprano como para poder bajar a la playa antes de comer. Tristán pasó todo el viaje preocupado y ansioso, con la boca seca y un nudo cada vez más apretado en el estómago, como si tuviera un examen de

una asignatura incomprensible.

—Iba a ver su cuerpo desnudo por primera vez —me confesó, resolviendo el enigma.

Después de enseñarle a Gracia las dependencias del chalet, Tristán le concedió unos minutos para que se cambiara de ropa, mientras él pasaba fugazmente por el gimnasio de la planta baja para tonificar los músculos. No quería que ella lo viera de cualquier manera.

—Quería mostrar la mejor versión de mí mismo.

Gracia reapareció llevando una pamela, un vestido estampado de grandes flores y unas chancletas.

—Y una bolsa de rafia colgada del hombro en la que había una toalla, la crema de sol y una revista de viajes.

Bajaron a la cala por las escaleras de madera y buscaron un sitio tranquilo donde tumbarse, cerca del acantilado para protegerse del viento de poniente. Había llegado el momento de mostrar sus cuerpos. Tristán lo hizo primero.

—Me quité la camiseta mientras tensaba los músculos del tórax —me contó sin ahorrarse ningún detalle—, así que apenas podía hablar. Ni siquiera respiraba, pero me movía con una naturalidad que había estado ensayando durante horas.

Ella se quitó el vestido por la cabeza, como si fuera una camiseta. Ese gesto le permitió a Tristán contemplar su cuerpo sin que ella lo viera.

—Llevaba un bikini blanco que parecía un conjunto de ropa interior. Su cuerpo ya estaba moreno. Al contraste con la arena de la playa se veía en blanco y negro, como en una película antigua. Se parecía más que nunca a Maureen O'Sullivan.

Ella lo observó igualmente durante un par de segundos. Luego se tumbó en la toalla y puso una mano sobre la arena, palmeándola dos veces para que Tristán se sentara a su lado. Pasaron la mañana hablando de la playa, de los beneficios del mar, de lo bien que se estaba sin tener que soportar el cosquilleo de las moscas en la piel ni el zumbido de los mosquitos en los oídos.

—En la playa apenas hay insectos y muy pocos bichos —comentó él—, si descontamos a los niños y a los turistas, claro.

Dijo simplezas como esa todo el tiempo. Estuvo ocurrente y chisposo, como si comenzara a embriagarse con un par de copas de vino blanco.

—No estábamos bebiendo nada, ni siquiera agua —me confesó—. Toda mi inspiración era ella. Y también toda mi hidratación. No podía creer que estuviera tumbada a mi lado. Llevaba las uñas de los pies

pintadas de color rosa. Una carne de brillo saturado recorría sus piernas hasta ensancharse a la altura de la braguita del bikini. Allí se formaban unos pliegues de piel y tela antes de que la carne se remansara junto al ombligo, como si fuera a girar en torno a él antes de desaparecer. Luego trepaba por los escalones de sus costillas hacia los tirantes del sujetador, que rodeaban un cuello tan terso que parecía inmóvil. Tenía los ojos cerrados, las pestañas señalando al horizonte y los labios fruncidos en un mohín de placer, como si posara para que le hiciera un retrato el mismo dueño del paraíso.

Tristán también cerró los ojos mientras me lo contaba y, si yo no lo hice, fue solo para no desconcentrarme.

—No sé lo que sintió Stendhal en la basílica de la Santa Cruz de Florencia —añadió abriéndolos—, pero yo tuve ganas de gritar. De dar un grito, sí, fuerte y claro. Un alarido que no procedía de la felicidad ni del alivio ni de ninguna sensación conocida. Tuve ganas de gritar al descubrir que había encontrado algo por lo que valía la pena vivir y morir, y sufrir y morder el polvo del día a día, y enterrar a los muertos y pasar luego las facturas a sus allegados. Tuve ganas de gritar como el mismo Tarzán al descubrir la alegría de la vida, en el sentido más literal del término, si entiende usted lo que quiero decir.

Rita Sanz me había hablado alguna vez del «Banco de vidas perdidas», una expresión que ella misma había acuñado para describir la falta de motivación y alicientes con que vivían personas como su madre.

—Tiró su vida a la basura —me dijo sin que yo se lo preguntara —. No tuvo ilusión por nada. No le interesó el mundo. Debería haber un banco de vidas que se ocupara de recoger el tiempo de quienes no desean disfrutar de la existencia para poder entregárselo a quienes sí lo desean, pero ya han agotado sus días. ¿No sería justo?

Según Rita Sanz, su madre vivió completamente equivocada, creyéndose víctima de la soledad por el abandono de su esposo, cuando en realidad ella había sido la responsable de aquella situación insostenible.

—Mi padre se fue de casa precisamente para no entregar su tiempo al «Banco de vidas perdidas».

Dijo eso y bajó la cabeza para posar la vista en el suelo.

—Lo que nunca imaginé es que yo fuera a acabar como mi madre —añadió en un susurro apenas audible.

Le pregunté entonces si seguía visitando su tumba en el cementerio de Torrero.

—Subo cada mañana dando un paseo —respondió, elevando la mirada—, luego vuelvo al centro y paso a ver al abuelo. Y, antes de volver a casa, me dirijo a la basílica del Pilar o a admirar el Cristo de la parroquia del Carmen, en el paseo de María Agustín.

Mostró una expresión de asombro.

—Nunca he sido una persona religiosa —añadió—. Tampoco soy agnóstica, pero no rezo ni me confieso. Ni por supuesto voy a misa, salvo cuando se trata de una boda o un funeral. Y sin embargo ahora vivo como una beata. Me muevo entre el cementerio, el Pilar, la iglesia del Carmen y la casa donde vive un anciano que ni siquiera lleva mi sangre.

Asentí sin comprender.

—¿Por qué hace tantas visitas a las iglesias? —le pregunté.

—Por su culpa —respondió señalándome con un dedo.

Yo elevé las cejas a la defensiva.

—Usted me pidió que redactara una lista de los momentos de mi vida en los que hubiera sentido la felicidad, aunque solo hubiera sido fugazmente, ¿se acuerda?

Era un ejercicio que proponía a muchos pacientes y que, incluso a veces, hacía yo mismo.

—Me costó mucho tiempo redactarla —prosiguió—. Al principio solo puse los momentos más evidentes: el día que conseguí mi primer trabajo, alguna fiesta con mis amigas, mi primera cita con un chico o cuando Tristán dio sus primeros pasos con catorce meses. Pero luego fui añadiendo otros momentos más íntimos, que igual no parecieron tan felices en su día, cuando sucedieron, pero que fueron enriqueciéndose en la memoria y ahora sí lo son, como cuando veía la televisión con mi madre los fines de semana, cuando me sentaba a leer en el comedor de casa mientras ella planchaba o cuando la acompañaba al Pilar y la veía cerrar los ojos para rezar.

Hizo una pausa para asentir, como si estuviera hablando consigo misma.

—Cuando me siento en la capilla de la Virgen, siento un espasmo de paz en alguna parte de mi cuerpo, no puedo precisar dónde. Es una sensación orgánica, como el efecto de un calmante. No hace falta que rece ni que cierre los ojos. Solo tengo que quedarme allí quieta, mirando al frente, sin pensar en nada.

La primera persona de la familia Llorente que conoció a Gracia Pardo fue el abuelo Cosme. Tristán se la presentó uno de aquellos días que

ambos se saltaban las últimas clases de la mañana para dar una vuelta por el centro y tomar el aperitivo. Gracia ya sabía que Tristán tenía un abuelo algo cascarrabias y dado a las sentencias que vivía solo en su piso de toda la vida, pero no imaginó que fuera a conocerlo sin la ceremonia de una comida, una celebración o un encuentro familiar.

En realidad no fue un encuentro improvisado. Tristán había avisado a su abuelo el día anterior para evitar encontrarlo tumbado en el ataúd con su traje, su corbata y su campanilla en la mano.

—No creo que le hubiera causado muy buena impresión —añadió, tratando de hacerse el gracioso sin ninguna fortuna.

El abuelo Cosme saludó con curiosidad a la amiga de su nieto y la invitó a sentarse a su lado en el saloncito que daba a la plaza Sas.

—¿Por qué te pusieron ese nombre? —le preguntó—. ¿No será por Gracia de Mónaco?

Gracia sonrió, achinando los ojos, como quien trata de ver más allá de lo evidente.

—Me bautizaron en la iglesia de Nuestra Señora de Gracia —respondió.

—¿La del Hospital Provincial?

—Mi abuelo trabajaba allí.

Cosme Llorente asintió, valorando positivamente la información.

—Es importante saber el origen de las cosas —dijo—, de los nombres también. Yo me llamo Cosme porque nací el 26 de septiembre, festividad de San Cosme y San Damián. Mi hijo se llama Matías porque a mi esposa le sedujo su significado, según consultó en un diccionario de nombres. Y este pobre muchacho se llama como se llama porque su madre fue una vez a un concierto de Wagner en Madrid.

Gracia cambió entonces el gesto risueño por uno de sorpresa, esta vez con los ojos bien abiertos.

—Nunca me habías contado eso —le dijo a Tristán.

Este encogió los hombros.

—No te lo voy a contar todo.

—El concierto era *Tristán e Isolda,* claro —apuntó ella.

Tristán asintió resignado.

—Mi madre todavía guarda las entradas y el programa de mano que le dieron en el teatro. Y hace unos años, cuando estrenaron una película basada en la leyenda bretona, también fue a verla con mi padre.

—¿Qué película es esa? —preguntó el abuelo.

Tristán mostró las palmas de las manos.

—Una película protagonizada por James Franco y Sophia Myles

—dijo—. Yo también fui a verla.

—¿Era en blanco y negro?

Tristán negó y tuvo que explicarle a Gracia que su abuelo no veía películas en color.

—¿Y eso por qué? —preguntó ella.

—Para ver cosas en color prefiero la realidad.

Gracia lo miró con el ceño fruncido.

—La realidad también sucede a veces en blanco y negro —dijo.

Y el abuelo, como el director de recursos humanos de la familia Llorente, se acarició el mentón mientras valoraba las aptitudes de Gracia Pardo, igual que había hecho con Rita Sanz o con su esposa, la abuela Francisca. Luego hablaron de la funeraria, cómo no, y el abuelo les contó las innumerables dificultades que hubo de superar durante los primeros años, incluyendo detalles que Tristán no había escuchado nunca, como el tiempo que le costó formar una plantilla de profesionales o algunos apuros financieros que hicieron zozobrar el negocio en varias ocasiones.

—Todo lo cual me ha ayudado a comprender que la vida no existe —sentenció el anciano a modo de conclusión—. Lo único que existe es la muerte.

Tristán miró entonces a Gracia con un gesto tranquilizador para advertirle de que se encontraban ante una de las ideas cósmicas de su abuelo.

—La vida no es más que un recuerdo que comienza a crearse cuando nacemos, se alarga con los años hasta que conforma nuestra identidad personal y muchas veces termina olvidándose por culpa de la demencia o el alzhéimer. La muerte en cambio es un hecho orgánico inapelable que queda grabado para toda la eternidad en una lápida de piedra.

—Lo que queda grabado es solo un nombre y una fecha —repuso Gracia.

—Un nombre que te sobrevive y una fecha que indica la edad que tendrás para siempre. ¿Cuántos años tienes?

—Veintidós —respondió Gracia.

—Si te murieras ahora mismo tendrías veintidós años eternamente. Nunca envejecerías y todo el mundo te recordaría como una chica joven y hermosa llena de vida.

Tristán fue a decir algo, pero Gracia se le adelantó.

—No sé si estoy de acuerdo —dijo resueltamente—. Mi padre murió cuando tenía cuarenta y dos años, tal como está grabado en su lápida, pero de alguna manera sigue cumpliendo años en mi memoria.

El abuelo reaccionó mirando fijamente a Tristán.

—Cada año, mi madre, mi hermano y yo subimos al cementerio el día de su cumpleaños —continuó diciendo Gracia—. Le llevamos flores y lo felicitamos, dando por hecho que cada vez cumple un año más, igual que si estuviera vivo.

Tristán comprendió que había llegado el momento de acelerar el protocolo para marcharse de allí cuanto antes. No quería que Gracia asociara a su familia con la muerte y el duelo. El abuelo los acompañó hasta la puerta y se las arregló para retener un momento a su nieto en el pasillo.

—Olvídate de ella —le susurró al oído—. Hazme caso. Es joven, hermosa y tiene ideas cósmicas, lo que significa que puede ser la dueña del mundo. Si sigues a su lado, solo serás un vasallo oprimido sin más cometido que agradarla y reverenciarla hasta el día que uno de los dos se muera.

14

Fue el propio Tristán Llorente quien le contó a Deli Redondo que estaba enseñando a conducir a su hijo Lucas. Lo hizo uno de los domingos que fue invitado a comer, con esa elocuencia petulante que usaba para hacerse el adulto responsable y seguro de sí mismo.

—Lucas no corre ningún peligro y te aseguro, Deli, que la conducción de un vehículo es un excelente ejercicio para la coordinación óculo manual, también conocida como óculo motora o visomotriz, una habilidad cognitiva especialmente importante en el desarrollo neuronal, imprescindible para estimular la competencia lectoescritora y mejorar la capacidad motriz, por citar solo dos de sus múltiples ventajas.

Deli no supo si aplaudir aquel discurso de tinte divulgativo, burlarse de Tristán o echarse a reír. Le parecía imposible que un chico joven pudiera tener un discurso tan elaborado y convincente, arropado además por la actitud, el tono de voz y las maneras de quien realmente cree saber lo que dice.

—Lo cierto es que, después de hacer cualquier ejercicio manual que requiera algo de concentración, aunque solo sea ayudarme a preparar la comida o a poner la mesa, encuentro a Lucas más centrado y relajado —respondió ella, quién sabe si dando la razón a Tristán para que dejase de teorizar.

E inmediatamente tuvo que disculparse.

—No quiero aburrirte con temas familiares que no te incumben —le dijo.

Tristán estuvo a punto de responder que todo lo que rodeaba la vida de Gracia era de su incumbencia y que nada lo haría más feliz que participar en los asuntos privados de la familia Pardo, pero ni siquiera él, en su delirio permanente, se sintió capaz de llegar tan lejos.

—El próximo fin de semana que vayamos a la casa del *cap* —dijo, mirando a Gracia—, podríamos llevar a Lucas con nosotros.

Gracia no pudo evitar un gesto de sorpresa, casi de espanto.

—La playa es un ansiolítico natural —explicó Tristán, esta vez

dirigiéndose a Deli—. La ausencia de altitud hace que la tensión arterial disminuya, la humedad del aire hidrata el organismo y la brisa del mar actúa como una sesión de aromaterapia para el sistema nervioso.

Deli compuso entonces una mueca amable, elevando las cejas y estirando los labios, tratando a Tristán con la indulgencia de quien no sabe lo que dice.

—Lucas no es un viajero fácil —se limitó a decir—. Se pone muy nervioso cuando cambia de rutina y, si no estoy con él, necesita varios días para recuperar la normalidad.

Tristán dejó los cubiertos sobre la mesa.

—En ese caso —respondió cruzando las manos con resolución—, tú también tendrás que venir.

Alguna vez lo pensó fugazmente, pero nunca creyó de verdad que acabaría durmiendo en la calle, al raso o debajo de un puente. Eso solo sucedía en las novelas y en las películas, el típico argumento literario que enfatizaba las dificultades de la vida con una intención dramática. Él tenía todavía multitud de recursos, contactos profesionales, amistades y distintas posibilidades de supervivencia, al menos en teoría. Algo se le ocurriría.

La noche que dejó el piso de la calle de la Princesa la pasó en casa del primo Luis, durmiendo en el sofá del salón, consciente de que no podía quedarse allí. Trató de pensar en positivo, pero todo lo que hizo fue descartar las opciones que se le fueron pasando por la cabeza. No podía esconderse en su segunda residencia de la playa porque había sido embargada. Tampoco podía quedarse en ninguno de sus locales comerciales porque estarían vigilados. El piso de Fernando el Católico donde había vivido su madre se había alquilado y no podía seguir comprometiendo a ningún miembro de su familia. Durante la cena había percibido la mirada esquiva de la esposa de su primo. Apenas se habían dirigido la palabra, pero era evidente que su presencia provocaba igualmente la compasión del buen samaritano y la inquietud del cómplice a la fuerza.

No podía alojarse en ningún hotel, hostal o pensión porque le pedirían su documentación y tendría que dar su nombre. Su única opción era acudir a uno de los refugios que acogían vagabundos errantes, aunque ignoraba si había alguno donde no pidieran la documentación.

Lo habló con su primo durante el desayuno, mientras recogía sus

cosas en un petate de lona.

—Ten cuidado —le dijo Luis—. Los refugios también están vigilados por la policía.

Se llevó varios paquetes de galletas, tabletas de chocolate, una caja de cereales, latas de conserva y un par de bocadillos. Su primo le metió algo de dinero en el bolsillo cuando se despidieron y le regaló una petaca de acero inoxidable llena de ron.

—Para el frío —le dijo, dándole un abrazo.

Román Díaz salió a la calle con la sensación de ser un recién nacido sin memoria ni identidad. Su experiencia de vida no servía para nada en aquellas circunstancias inéditas. Llevaba sus cosas en un petate colgado del hombro, pero no era un nómada ni un aventurero. Vivía en su ciudad natal, pero no podía ir a su casa ni saludar a ningún conocido. No sabía quién era ni en quién podría convertirse.

Tristán Llorente nunca olvidará la mañana del domingo en la casa del *cap*, cuando despertó en la cama de sus padres tumbado junto a Gracia Pardo.

—Tuve una revelación.

La noche anterior habían hecho el amor por primera vez, pero apenas era capaz de hablar de ello.

—No sé cómo sucedió —confesó con el ceño fruncido—. Tengo un recuerdo borroso y alucinatorio de aquella noche y muchas lagunas en la memoria. Creo que estaba drogado por mi propio organismo, porque nunca antes había llegado a experimentar un placer tan intenso y sensorial, como si una parte de mi cerebro hubiera sido estimulada con potentes descargas eléctricas y sustancias químicas hasta el límite de su resistencia.

Cuando se despertó, no pudo creer que estuviera allí, en esa casa, en ese dormitorio, en esa cama, con esa mujer a su lado. Se encontraba cansado y somnoliento, y aunque mantenía los ojos cerrados, no conseguía dormir, por mucho que lo intentara. Hubo un momento en que llegó a creer que todo era un sueño.

—¿Cuál fue la revelación? —pregunté intrigado.

Tristán desenfocó la mirada en un punto inexistente entre nosotros, tal como hacía cuando recreaba algún episodio del pasado.

—Me desperté recostado hacia el lado izquierdo —comenzó a decir—, lo cual me sorprendió porque habitualmente duermo boca arriba. Enseguida comprendí que me encontraba en esa posición porque Gracia dormía recostada hacia la derecha, de modo que

habíamos dormido enfrentados, muy juntos, seguramente abrazados en algún momento.

Hizo una pausa que yo aproveché para respirar.

—Hacía calor y la sábana estaba hecha un rebujo a los pies de la cama. Gracia solo vestía una camiseta y unas bragas de algodón. Me fijé en sus pies, uno encima del otro, luego en sus pantorrillas y por fin en sus muslos simétricos reflejándose uno en el otro, como si entre las piernas tuviera un espejo o una lámina de agua completamente inmóvil. A continuación se alzaban las caderas, más voluptuosamente que cuando se había tumbado en la playa, para caer luego hasta la cintura y rebotar camino del busto, pero lo que me dejó embelesado fue la simetría perfecta de sus muslos, su tersura bruñida, como de metal recién pulido, su color de arena mojada y el pequeño triángulo que formaban las bragas en la intersección de las piernas, dejando entre ellas una rendija por la que daban ganas de asomarse lleno de curiosidad, como si al otro lado de su cuerpo, en lugar de la cama de mis padres, pudiera admirarse un universo desconocido y por supuesto prohibido.

Volvió a detenerse y le ofrecí un poco de agua, más que nada para tener la oportunidad de servirme un vaso yo también.

—La estuve mirando durante varios minutos, no sé cuántos, más de media hora. Quizá una hora. O más. Y me di cuenta de que allí, en ese cuerpo femenino, se formaba la vida. Nada menos. Me encontraba ante el origen de todo. El misterio más grande del hombre, salir de otro ser humano, ser concebido con la mitad de un hombre y la mitad de una mujer, y reproducirse en la hermosura interior de esta última, porque el cuerpo de una mujer, capaz de dar la vida, es siempre sagrado y hermoso.

—¿Y cómo te sentiste?

Él negó convencido.

—Creí haber llegado a mi destino —dijo— y me sentí perturbado, sin duda porque mi destino era mucho más imponente de lo que había imaginado, tan precioso y armónico que estaría obligado a quedarme allí durante el resto de mis días.

Me confesó que estuvo a punto de coger su móvil y hacer unas fotos, pero no quiso arriesgarse a que ella se despertara y lo considerase un lunático o un pervertido, así que trató de grabar cada centímetro cuadrado del cuerpo de Gracia en su memoria, recorriéndolo despacio con la mirada, como si lo estuviera cartografiando.

—Fui consciente de que estaba viviendo un momento glorioso —llegó a decirme sin el menor atisbo de pudor—. Y pensé que si alguien

me hacía la típica pregunta de cuál había sido el día más feliz de mi vida, tendría que responder que ese. Ese día, esa mañana, esos minutos de pasmo y admiración que pasé contemplando las piernas reflejadas de Gracia fueron los más felices de mi vida.

Fui a tomar una nota en mi cuaderno, pero no se me ocurrió nada que pudiera escribir con un mínimo de criterio profesional.

—Y entonces —añadió él—, igual que si mi abuelo hubiera estado allí mismo, sentado a los pies de la cama, recordé sus palabras.

—¿Qué palabras?

—Las que me dijo cuando conoció a Gracia.

—¿Qué te dijo?

—Que me olvidara de ella.

Lucas Pardo aprendió nociones de espiritismo viendo uno de esos canales de televisión de videntes y adivinos dedicados a predecir el futuro. Todos los programas que emitían eran parecidos, una especie de consulta en directo con el vidente sentado detrás de una mesa llena de utensilios y amuletos de trabajo, dispuesto a recibir llamadas telefónicas de personas interesadas en resolver sus dudas e incertidumbres. Algunos videntes estaban especializados en males de amores o en problemas de dinero, asuntos laborales o cuestiones relacionadas con la salud. Otros iban más lejos, afirmando ser capaces de comunicarse con los muertos, como uno que cerraba los ojos para entrar en trance y comenzaba a hablar por boca de un supuesto espíritu. O el que usaba un gran tablero de güija en el que podían leerse las letras del alfabeto, los números del 1 al 0 y las palabras sí y no.

Lucas se sabía de memoria la programación semanal de estos canales, tanto las emisiones en directo como en diferido, aunque a él solo le interesaban los programas en directo, consciente de que podía participar en ellos llamando al número de teléfono que aparecía en la pantalla. Podía pasar de un lado al otro de la emisión con solo pulsar unas teclas del teléfono, como si se teletransportase molecularmente.

Le gustaba en particular la forma de actuar de un vidente que nunca cerraba los ojos, no entraba en trance ni ponía voces cuando reproducía los mensajes de los muertos. Más bien al contrario, mantenía una actitud en cierto modo coloquial y distendida, como corresponde a un buen interlocutor, haciendo comentarios al margen mientras movía el vaso por el tablero de güija.

—Su madre le hace saber que se encuentra bien y que también la

echa a usted mucho de menos —resumía cuando el vaso se detenía—, aunque no desea verla por el más allá hasta que no sea usted una anciana venerable.

Usaba siempre un estilo indirecto neutral, dejando claro que, como un buen intermediario, no añadía ni quitaba nada de lo que escuchaba. Y, si alguna vez no podía establecer la conexión, lo decía con toda franqueza.

—Lo siento mucho, pero su esposo no quiere hablar con usted en este momento.

Y explicaba a la audiencia que hablar y escuchar a los muertos no era algo que dependiera de su voluntad.

—Si ellos no quieren escucharme o no desean comunicarse conmigo, yo no puedo forzarlos.

A Lucas le convenció aquella mezcla de esoterismo y honradez y poco a poco fue aprendiendo cómo crear la atmósfera adecuada, cómo colocar el tablero y el dedo sobre el vaso, cómo concentrarse y cómo interpretar los resultados obtenidos. Llegó a creer que podría comunicarse con los muertos. Todo lo que necesitaba era un tablero de güija y un poco de presencia de ánimo.

La primera vez que Rita Sanz vino a mi consulta fue en compañía de su esposo, como si la idea de acudir a un psicólogo hubiera sido suya. Él se quedó en la sala de espera mientras yo reconstruía la historia clínica de su esposa, repasando los hitos emocionales de su vida. Lo tengo todo anotado. Hija única, padres separados, madre neurótica, varias relaciones amorosas, su trabajo en la empresa del que luego sería su esposo, su vida conyugal, su único hijo, su soledad.

—No entiendo por qué echo tanto de menos a mi madre —dijo, entrando en materia—. Nos llevábamos mal. Siempre estábamos discutiendo. No podía hablarle de mi vida personal, porque todo cuanto le contaba se volvía contra mí. Según ella, mis amigas no me respetaban, solo querían aprovecharse de mi buena voluntad. Mis amigos, imagínese. Todavía peor. Todo el mundo era mi enemigo. Solo hablábamos de cosas intrascendentes, de recetas de cocina, de los chismes del barrio o de los famosos que salían por televisión. La nuestra fue una relación fría y superficial. Por eso, cuando murió, sentí a la vez el duelo de la pérdida y el alivio que provoca una gran liberación.

—Y sin embargo ahora la echa de menos.

—Mucho, cada día más. Y me gustaría decirle un montón de

cosas.

—¿Qué cosas?

—Me gustaría contarle cómo ha sido mi vida.

—¿Cómo ha sido su vida?

Me miró un segundo con una ceja levantada, como se mira a un preguntón metomentodo.

—He ido de más a menos —dijo suspirando.

Y me hizo creer que iba a desarrollar ese titular tan poco específico, pero no fue así.

—¿Se lleva bien con su hijo? —tuve que preguntarle.

Ella asintió con decisión, como si esperase la pregunta.

—Se ha hecho un hombre y tiene novia —dijo para hacerme entender que apenas lo veía.

—¿Y con su esposo?

—Llevamos mucho tiempo casados.

Pronunció la frase mientras cambiaba de postura y se rascaba la frente en señal de inquietud, quién sabe si temiendo que él pudiera escucharla desde la sala de espera.

—¿Mantienen una buena convivencia? —pregunté.

—Mi marido pasa demasiadas horas en el trabajo —respondió, comenzando a hablar más deprisa—. Con quien tengo una buena relación es con mi suegro, que vive solo y necesita de mis cuidados.

—¿A qué se dedica su esposo?

—Es el propietario de una funeraria y pasa más tiempo con los muertos que con los vivos.

Traté de no mostrar ningún gesto de sorpresa.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Que él es quien debería estar aquí sentado. Y no yo.

Matías Llorente y Rita Sanz conocieron a Gracia Pardo un viernes por la noche, cenando en la terraza de Sagasta 90, poco después de que Tristán y ella pasaran aquel primer fin de semana en la playa. Rita sabía que el abuelo Cosme había tenido la oportunidad de conocerla, así que Tristán no pudo negarse a llevarla a casa por mucho que le asustara la perspectiva de que Gracia conociera a su padre.

—El pobre vive en otro mundo —me confesó, negando con la cabeza—. Se comporta como si fuera el espectro de sí mismo, mirándolo todo con la indolencia que ha desarrollado en la funeraria. A veces da un poco de miedo.

No entendí lo que quería decir.

—Mira a todo el mundo como si estuviera muerto —detalló Tristán—, por deformación profesional.

Y me explicó que, a fin de evitar sorpresas y sustos innecesarios, en el negocio de la funeraria se desarrolla una suerte de mirada suspicaz hacia los cuerpos vivos.

—Es más fácil de asumir que un cuerpo vivo está muerto que lo contrario —dijo—. Hay que entenderlo, aunque eso dé lugar a un mirar frío y superficial, habitualmente acompañado de un entrecejo arrugado y una boca apretada, lo que yo definiría como la expresión del espanto.

Tristán se pasó toda la semana hablándole a Gracia de las manías, los modales y la particular forma de comportarse de su padre, a medio camino entre la ausencia y el sonambulismo. Pretendía caricaturizarlo para que luego ella lo viera como una persona más o menos normal y acusara a Tristán de haber exagerado.

Rita había ido a la peluquería y lucía unas mechas resplandecientes que se convirtieron en el primer tema de conversación de la velada. Gracia les habló de la peluquería de su madre y de algunos de sus clientes, incluyendo anécdotas como la de la señora que se dormía en el secador, entre grandes ronquidos, o el señor que se dejaba el pelo del parietal izquierdo largo para cubrir toda su calva, algo que resultaba imposible los días de cierzo, cuando parecía un punki entrado en años.

Tristán temió que su padre se animara igualmente a contar las anécdotas menos oportunas de la funeraria, las que hacían referencia a ataúdes abiertos y cadáveres olvidados en las cámaras del tanatorio, pero Matías Llorente se limitó a comentar que él también se estaba quedando calvo y le preguntó a Gracia si su madre conocía algún tratamiento para resolver el problema, más allá de los implantes de pelo.

Antes de terminar la cena hablaron de la casa del *cap*, de su ubicación, de su jardín, de las vistas marinas y de los veleros que se veían pasar a lo lejos. Tristán expresó su deseo de volver a ir pronto para disfrutar de todo aquello y Rita aprovechó la ocasión para dirigirse a Gracia.

—Un día tenemos que reunirnos todos allí —le dijo, trazando en el aire una circunferencia con el dedo—, tu madre y tu hermano incluidos.

Gracia asintió dudando de lo oportuno de aquel encuentro, por mucho magnetismo que tuviera la casa, muy fragante que fuera el aire y muy buenas las vistas del mar y de los barquitos a lo lejos.

15

Nunca supo explicar por qué, pero algunos días Román Díaz no se sentía solo ni desarraigado, sino más bien liberado, como si de pronto volviera a ser un niño de vacaciones sin más responsabilidades que buscar algo que hacer para matar el tiempo. Era una sensación fugaz, solo detectable cuando hacía buen tiempo. Si llovía o hacía frío, las cosas eran distintas, pero el buen tiempo camuflaba el orden de su rutina diaria y lo embaucaba con sensaciones del pasado. Ya no tenía que dirigir ninguna empresa, fijar sueldos, poner incentivos, despedir a ningún empleado. No tenía reuniones ni viajes de trabajo, ni debía tomar más decisiones, porque un negocio era solo eso, una constante toma de decisiones donde todo estaba ligado con todo, de manera que, incluso si no se tomaba ninguna decisión, se posicionaba la empresa a favor o en contra de algo.

No podrá olvidar los primeros partidos de squash que jugó para liberarse del estrés del trabajo. Necesitaba practicar un ejercicio aeróbico y explosivo para sacar fuera del cuerpo toda la negatividad acumulada durante el día. Solía jugar con alguno de sus socios en un gimnasio que había cerca de la oficina. Luego el squash se pasó de moda y comenzó a jugar a pádel, que seguía siendo aeróbico aunque no tanto como el squash, y bastante menos explosivo. Alguna vez también jugaba al tenis con clientes y proveedores o con políticos locales y autonómicos, siguiendo siempre el mismo protocolo. Primero el partido, luego la ducha, la cervecita y una buena cena para rematar el negocio, conseguir el favor, el voto, el contacto o lo que la empresa necesitara en aquel momento.

Había noches que llegaba tan tarde a casa que no tenía fuerzas ni para ponerse el pijama y, si lo hacía, era solo para que Isabel no lo creyera un borracho incapaz de haberse cambiado de ropa cuando lo viera por la mañana. Ella era consciente del esfuerzo permanente que requerían los negocios de su marido y, aunque a veces se quejaba de lo tarde que volvía del trabajo o el poco tiempo que pasaba en casa con ella y la niña, todo lo daba por bueno cuando Román le hablaba de nuevos proyectos de urbanizaciones, rehabilitaciones y obras

públicas tanto en Zaragoza como en Madrid, en Valencia y en Bilbao, que eran las zonas de influencia de la empresa.

Según parece, Román Díaz se transformaba cuando se refería al futuro. Hablaba con los ojos achinados y una sonrisa imborrable en la boca, poniendo la misma voz que se usa para contarle un cuento a los niños, alargando las últimas sílabas de las palabras, haciendo inflexiones de voz, guardando silencios repentinos y contagiando su entusiasmo y sus ganas de prosperar, porque la vida era para él puro trabajo, aunque eso supusiera levantarse por la mañana con una enorme responsabilidad sobre los hombros.

—Cada día me pesan más los negocios —decía a veces antes de salir de casa, señalándose la espalda.

Tristán Llorente y Gracia Pardo volvieron a pasar otro fin de semana en la casa del *cap*, ella atraída por la promesa del sol y el buen tiempo, él con la impaciencia de contemplarla de nuevo en blanco y negro. Igual que la primera vez, Tristán hizo unos ejercicios en los aparatos del gimnasio mientras Gracia se preparaba para bajar a la cala. Luego la esperó en el jardín con impaciencia infantil, vuelto hacia el porche de la casa como quien observa el escenario de un milagro, creyendo imposible que la puerta fuera a abrirse y apareciese ella.

—Todo me parecía una ilusión óptica —confesó—. Gracia no existía, no podía existir. Tenía que ser un personaje de ficción, un producto de mi imaginación, como la mano apoyada en la almohada que estuve besando durante años pretendiendo que fuera el rostro de Maureen O'Sullivan.

Hizo una pausa y comenzó a asentir.

—Pero la puerta de la casa se abrió —dijo sin dejar de hacerlo—, y ella apareció radiando toda su energía, con un vestido corto de algodón, gafas de sol, una bolsa colgada del hombro y una diadema a juego con el vestido.

Y le sonrió desde la distancia, en un gesto que apenas duró un segundo, quizá menos, un amago de saludo, una mueca luminosa que obligó a Tristán a cerrar los ojos, ofendido por su resplandor.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella al verlo así.

—No puedo mirarte —respondió él.

—¿Por qué no?

—Si te miro, me dará un síncope otra vez.

Y ella suspiró hondo, sin ganas de enfrentarse a un ceremonial que, pese a su frecuencia y efectismo, seguía sorprendiéndola. Se

dirigió a las escaleras que conducían a la cala, seguida por Tristán, y juntos dispusieron las esterillas y las toallas en el mismo lugar que la otra vez, cerca de las rocas del acantilado. Luego ella se quitó el vestido, lo dobló y lo metió en su bolsa, mientras Tristán se sentaba a su lado, de nuevo con los ojos cerrados.

—Te voy a mirar, te lo prometo —exclamó pidiendo clemencia con las manos—, solo necesito un momento para concentrarme.

Hizo una larga inspiración y se volvió hacia ella actuando con una celeridad impostada, como si solo quisiera echar un vistazo rápido, pero todo quedó registrado en su memoria a cámara lenta. Abrió los párpados y, antes de enfocar la vista, percibió los colores del rostro, el gris metalizado de los ojos, la rojez de los labios y luego los perfiles, las mejillas prominentes, la barbilla, la línea recta de la mandíbula, todo enmarcado por el cabello crispado por la humedad, sujeto por el cuello que conducía al torso, a los brazos, al vientre, a las caderas, a los muslos y a las uñas de los pies, pintadas de carmín.

—Me está dando —exclamó Tristán, llevándose la mano al corazón—. Me está volviendo a dar.

Y otra vez el suspiro de Gracia convocando a la paciencia, junto al esfuerzo por no sonreír.

—¿Quieres dejarlo ya?

—No puedo —respondió él parpadeando—. Algún día moriré al verte y tendrás que explicarles a mis padres que, a sabiendas de lo que iba a suceder, te desnudaste en la playa y me provocaste un colapso multiorgánico con parada cardiorrespiratoria y pérdida abrupta de la conciencia.

—No estoy desnuda —protestó ella.

—Deberás contarles también que el médico que me atendió en el hospital sufrió igualmente un colapso fulminante al verte, así como dos enfermeros y un celador. Y que tuve que ser atendido exclusivamente por doctoras y enfermeras. Y aun así una de ellas, que era homosexual, también sufrió un síncope al verte. Todos sucumbimos a tus encantos y, quizá por ello, fuimos enterrados juntos, en una ceremonia inolvidable que, por supuesto, corrió a cargo de la Funeraria Llorente.

Ella le tapó la boca con las manos, harta ya de tanta sobreactuación.

—De acuerdo —dijo dos veces—. Mañana bajaré a la playa sin arreglar, hecha un adefesio, y asunto resuelto.

Tristán se tumbó a su lado.

—Eso es imposible —dijo mirando las nubes del cielo—. Aunque te lo propusieras con todas tus fuerzas, no podrías dejar de ser lo que

eres.

Ella comenzó a darse crema por los brazos.

—¿Y qué soy? —preguntó.

—Una obra de arte.

—¿Como las que están en los museos?

Él negó.

—Cuando entras en un museo, la obra de arte más preciosa está en los espejos que te reflejan —dijo—. Tu anatomía debería servir como modelo para ser pintada en lienzos, esculpida en mármol o reproducida en forma de muñeca de silicona. Sería un tributo a todo el encanto y la sensualidad que hay en cada uno de tus gestos y movimientos, por fugaces e involuntarios que sean.

Ella lo miró a contraluz, con la mano a modo de visera.

—¿Has dicho en forma de muñeca de silicona? —repitió con incredulidad.

Y el asintió con vehemencia, dispuesto a sostener hasta la última y más bizarra de sus palabras.

Si Lucas Pardo quería contactar con su padre no era por razones emocionales, como me había parecido al principio, sino para proseguir su búsqueda del alma humana.

—Quiero saber exactamente qué es, dónde se encuentra, cómo se separa del cuerpo a la hora de la muerte y si pervive durante toda la eternidad en estado sólido, líquido, gaseoso, gelatinoso o en forma de aerosol o emulsión.

Se fabricó su propio tablero de güija con un trozo de cartón y unos rotuladores con los que escribió las letras del abecedario, aunque no lo hizo por orden alfabético sino siguiendo la disposición de un teclado de ordenador, usando el sistema QWERTY. También escribió los números, igualmente dispuestos de tres en tres, con el cero abajo, más los adverbios de afirmación y negación. Según confesó más tarde, estuvo a punto de añadir un «depende», un «no sabría decirte» o un «quién sabe», pero no quiso favorecer las respuestas evasivas ni los circunloquios.

No solo se había documentado sobre el mundo del espiritismo viendo los canales de televisión, también había consultado foros de internet y había visto unos cuantos vídeos de YouTube.

—Pronuncié en voz alta el nombre de mi padre y puse el dedo índice en la base del vaso que había colocado sobre el tablero.

El vaso comenzó a moverse por el teclado sin detenerse en las

letras o haciéndolo, pero sin ningún criterio ni significado.

—Era algo así como ASDF y JKLÑ —me explicó—, lo que significaba que no me había concentrado lo suficiente.

Pensé en la posibilidad de que su padre estuviera haciendo ejercicios de mecanografía desde el más allá, pero preferí no mencionarla.

—Entonces decidí concentrarme solo en una parte concreta de mi padre y elegí su rostro con sus cejas finas y su mirada ligeramente estrábica.

Volvió a decir su nombre con determinación renovada, poniendo el dedo en el vaso y dejando que se moviera por las letras y los números nuevamente sin ningún criterio lingüístico, formando palabras de hasta cinco y seis consonantes seguidas, algo que no sucede ni en los idiomas más intrincados como el alemán, el checo o el croata, que Isidro Pardo nunca habría hablado ni escrito, según supuse yo mismo.

Lucas Pardo se convenció de que no iba a ser fácil lograr la conexión con el más allá, al menos esa tarde. Recogió el tablero y pasó los siguientes días consultando nuevos foros de espiritismo. Volvió a intentar la conexión muchas otras veces, a distintas horas del día y de la noche, por si pillaba a su padre en un mal momento, en el supuesto de que haya malos momentos en la eternidad.

—Al final decidí llamar a uno de los canales de televisión.

Lo hizo una tarde que estaba solo en casa.

—Mi hermana pasaba el día en compañía de Tristán Llorente y mi madre se había ido a pasear con *Fiona*.

El vidente que lo atendió se quedó congelado en la pantalla cuando escuchó la petición de Lucas, que no pretendía conectar con el más allá sino resolver sus dudas sobre cómo hacerlo. Miró hacia un lado del estudio, probablemente pidiendo a algún miembro de su equipo que cortara la llamada, y al final se dirigió a la cámara para explicar que no bastaba un tablero de güija y un vaso para conectar ni con el más allá ni con el más acá. Lo que de verdad importaba era contar con una persona que tuviera la capacidad extrasensorial necesaria.

—Un médium capaz de conectar a los vivos y los muertos.

Según parece, nadie sabe si tiene esa capacidad extrasensorial hasta que se sienta delante de un tablero de güija y se pone a prueba.

—Es algo que no depende de nada en concreto. Simplemente se tiene o no se tiene.

Era una cuestión de fe. Yo mismo lo había pensado alguna vez viendo la forma de actuar de los videntes y sus clientes en la

televisión, en un ejercicio de antropología básica que resultaba muy útil para mi trabajo. Era como escuchar las confidencias entre un pecador y su confesor, porque enseguida percibí que la gente acudía a los videntes con la misma fe que los practicantes de una religión acuden a su ideario divino. Incluso comprobé cómo algunos videntes tenían imágenes de santos sobre la mesa, como si la videncia fuera en realidad otra forma de ritual religioso, igual que confesarse o rezar, con la diferencia de que nadie reza en voz alta para proclamar en público lo que desea o de lo que se arrepiente, mientras que en estos programas se confiesan en voz alta los ruegos, los deseos y los miedos a que sucedan ciertas cosas. O a que no sucedan nunca. Se escucha la desesperación, la inquietud y el llanto. Y, en definitiva, se sabe quién tiene ganas de vivir y quién no.

Tercer asalto

16

Aquel verano hizo mucho calor y la ciudad de Zaragoza, con su característico clima seco y tórrido, registró temperaturas extremas que sobrepasaron los cuarenta grados. Los zaragozanos acostumbran a resumir el clima local diciendo que pasan «nueve meses de invierno y tres de infierno». Según me contó Rita Sanz, su suegro se refería a estas temperaturas estivales como si fueran la consecuencia de un proceso infeccioso que afectaba a la ciudad.

—De treinta y siete a treinta y ocho grados es febrícula urbana —especificaba el anciano—. Se puede salir a la calle pero no mucho rato y siempre por la sombra. Luego pasa a treinta y nueve grados, fiebre alta en la que es mejor quedarse en casa con las persianas bajadas. Y a partir de cuarenta grados hay riesgo de pérdida de conciencia social y colapso generalizado de tráfico y transeúntes.

A mediodía la ciudad entera se convertía en terreno hostil. No se podía pasear ni sentarse en un banco ni hacer nada que no fuera permanecer en un local climatizado. No se escuchaba el trino de los pájaros, solo el zumbido de las moscas y el canto rechinante de las chicharras, que únicamente servía para intensificar la sensación de calor.

El ático de Sagasta 90 resultaba muy caluroso por un exceso de insolación.

—De la terraza mejor no hablamos.

No se podía estar en ella ni siquiera por la noche, cuando el suelo reflectaba todo el calor que había acumulado durante el día, así que Matías Llorente y Rita Sanz decidieron pasar unos días en la casa del *cap*, donde, como habría dicho el abuelo Cosme, el clima registraría una hipotermia moderada, con treinta grados de temperaturas máximas. Tristán y Gracia irían a pasar el fin de semana con la esperanza de poder dormir por la noche, si a ella no le importaba que los padres de Tristán estuvieran allí.

Deli Redondo también habría querido llevarse a Lucas de la ciudad durante unos días. El calor le impedía relajarse y el pobre se pasaba el día dando vueltas por la casa, como una fiera enjaulada, caminando muy despacio mientras emitía su murmullo característico,

hasta que al anochecer se tumbaba a dormir en el suelo, desnudo y lo más cerca posible de la ventana.

—Cuando me enteré de todo eso, creí que había llegado el momento de invitar a Deli y a Lucas a la casa del *cap*, tal como había sugerido mi madre —me contó Tristán, sin poder ocultar el desasosiego a la vez inquietante y alentador que producen los sueños cuando están a punto de cumplirse.

Se imaginó las conversaciones que surgirían entre sus padres y la madre de Gracia, hablando sobre el futuro de sus hijos, quién sabe si también sobre sus nietos. Y cuando se lo propuso a Gracia, tuvo que hacer un esfuerzo para no esbozar una sonrisa bobalicona que podría ser malinterpretada.

—Era evidente que ella se sentía incómoda.

Gracia Pardo creía que era precipitado reunir a las dos familias, con la carga de compromiso social que eso suponía, pero no encontró el modo de oponerse al plan, quizá porque estaba empezando a acostumbrarse a vivir así, ajena a lo suyo, dejando que los demás tomasen decisiones sobre asuntos que la concernían, como si fuera la espectadora de una existencia irreconocible.

—Tal vez no dijo nada pensando en la salud de su hermano —conjeturó Tristán.

Deli Redondo no habría aceptado una invitación tan inesperada si no hubiera recibido la llamada de Rita Sanz, con la que estuvo hablando más de media hora por teléfono, la una alabando el encanto de Gracia y el provecho que le hacía a su hijo, que no parecía el mismo desde que eran tan amigos. La otra elogiando la personalidad de Tristán, sus modales y su asombrosa capacidad de conversación. Todo eso antes de entrar en los detalles prácticos de la invitación.

A Rita Sanz le convenía tener entre manos un proyecto del presente, olvidando por unos días cualquier pesadumbre de nostalgia. Estuvo muy atareada pensando en todo lo que había que preparar y comprar, no solo comida y bebida, también flores frescas y algún detalle decorativo para el dormitorio de las visitas. Quería que todo estuviera en perfecto estado de revista. Habló con la empresa de mantenimiento de la urbanización para que dejara el jardín en las mejores condiciones, el césped cortado, los muebles del porche limpios y la piscina recién aspirada.

Tristán me confesó después que vivió esa semana con una inevitable sensación de fantasía, como si estuviera a punto de hacer un viaje con la imaginación.

—No parecía un asunto real.

Se sentía excitado ante la perspectiva de futuro que suponía esa

reunión familiar y temeroso de que todo saliera mal por haber aprovechado la meteorología adversa para forzar la situación.

Más de una vez, al salir de la iglesia del Carmen, Rita Sanz se había quedado observando la congregación que se formaba a la hora de comer en la calle de Santa Ana, esquina con el paseo de María Agustín, que era donde estaba el comedor social de la parroquia. Ella hacía como que miraba el escaparate de una tienda de ropa que había enfrente, tratando de ver reflejado en el cristal lo que sucedía en la otra acera. Se formaba allí una cadena humana compuesta mayoritariamente por hombres vestidos con ropajes oscuros, grises, pardos, ocres, prendas que seguramente habían sido de algún color más vivo en otro tiempo. Había muy pocas mujeres y ningún anciano. La media de edad rondaba entre los cuarenta y los sesenta años, aunque todos los presentes aparentaban al menos una década de más.

La idea de participar en una obra social había surgido en una de nuestras conversaciones.

—Darse a los demás es una forma de olvidarnos de nosotros mismos —le dije.

Trataba de hacerle entender que la mejor terapia contra la nostalgia era centrarse en el prójimo, a modo de altruismo para reconectar con el presente.

—Nuestra capacidad mental para la preocupación y el remordimiento es limitada —concluí abriendo las manos—. Si nos preocupamos por los demás, no habrá espacio ni tiempo para pensar en nosotros mismos.

Rita me miró con la cabeza ligeramente torcida, preguntándose si se encontraba en la consulta de un psicólogo o en el confesonario de su párroco. Supongo que mi discurso tenía un tono piadoso y algo eclesiástico, por otra parte inevitable, dado que la práctica religiosa no es otra cosa que una terapia conductual destinada a modificar nuestro comportamiento ante los miedos y las emociones.

—No sé qué podría hacer yo por los demás —alegó ella, comenzando a pensar en voz alta.

—Seguro que hay algo que siempre ha querido hacer —respondí —. No lo piense como si fuera una novedad. Todos hemos querido colaborar alguna vez en alguna causa y no lo hemos hecho.

Y entonces fue cuando mencionó el comedor social de la parroquia del Carmen. Y yo la animé a que fuera allí como voluntaria e incluso me ofrecí a acompañarla en un intento de vencer su inercia

de pasividad.

Un día que estaba con Quimi, sentados ambos en un banco de la plaza de los Sitios, tomando el sol del invierno, Román Díaz reconoció a Carmelo Rosales y a Sonia Fuertes mientras caminaban hacia la calle Sanclemente.

—Esos fueron mis abogados —le dijo a Quimi, ajustándose el gorro de lana para cubrirse lo máximo posible.

—¿Quiénes?

—Los que entran en aquel restaurante.

A Quimi le dio por sobreactuar.

—Qué emocionante es el término abogado cuando se pronuncia en plural —dijo aplaudiendo.

Y Román le dedicó una mirada de soslayo.

—Lo digo en serio —insistió Quimi, con la lengua suelta—. Mis abogados, así dicho, suena mucho mejor que mi abogado. Dilo y verás. Mi abogado. Mis abogados. Menuda diferencia. Dilo. Dilo solo una vez y verás.

—Quimi.

—No quieres decirlo porque sabes que tengo razón. Uno busca un abogado cuando es un puto pringado que se va a divorciar o que ha sido detenido por trapichear con cositas o que está a punto del desahucio por no poder pagar el alquiler, pero los hombres de negocios como tú no tenéis un abogado sino varios, un bufete entero trabajando por vuestros intereses y vuestras empresas, como en las películas.

Román había perdido la costumbre de sonreír, especialmente en esos casos, cuando la sonrisa es una reacción al ingenio. De no haber sido así, habría sonreído. Con Sonia no había tenido tanta relación, pero Carmelo fue, además de uno de sus abogados, una de las pocas personas que le prestó ayuda y consejo cuando comenzó a dormir en la calle.

—Sigues en busca y captura —le decía cuando quedaban en la terraza de una cafetería para hablar del estado de la situación—. No debes exponerte, Andrés. No te juntes con maleantes porque en cualquier momento puede aparecer la policía pidiendo documentaciones. No te quedes dormido en cualquier parte durante el día. Acostúmbrate a dormir solo por las noches. Cuida tu aspecto. No te dejes el pelo largo, recórtate la barba con frecuencia y lleva siempre un gorro o una boina para que nadie te reconozca.

Entonces todavía confiaba en que su situación judicial podría resolverse de alguna manera. Era algo con lo que soñaba muchas noches. Un policía se le acercaba, le pedía la documentación y le comunicaba que sus delitos habían prescrito. Él se despedía de todos, de Quimi, de Moussa, del Tamagochi, y se iba a su casa a continuar durmiendo. Así terminaba el sueño. Se metía en la cama, en su cama, junto a su esposa, se arropaba con su nórdico y se quedaba dormido.

—¿Vas a hablar con ellos? —le preguntó Quimi.

Román lo miró sin pestañear.

—No puedo —dijo.

—¿Por qué no?

—Se darían un susto tremendo.

Quimi le dio una palmada en el hombro.

—No estás tan mal, hombre —exclamó, creyendo que se refería a su aspecto físico.

—No es por eso —explicó Román—. Es que mis abogados creen que estoy muerto.

Gracia Pardo no se sorprendió cuando supo que su hermano estaba aprendiendo las técnicas y usos del espiritismo. Se podía esperar cualquier cosa de su curiosidad indiferente, como ella la llamaba cuando trataba de describirla. A lo largo de su vida, Lucas se había interesado por los asuntos más marginales y peregrinos imaginables, como las maquetas de submarinos de la Segunda Guerra Mundial, las casas de muñecas victorianas, las leyes del Código Penal, los nombres de los distintos tipos de nubes o las biografías de los magos más famosos del siglo XIX, así que saberlo interesado por rituales para conectar con el más allá no era motivo de sorpresa.

Una tarde se encerraron los dos en el dormitorio de Lucas, arrodillados en el suelo con el tablero de güija en medio.

—Quiero contactar con papá —dijo él yendo al grano, como hacía siempre.

Gracia se limitó a dedicarle una mirada de condescendencia.

—Eso está claro —dijo—. Lo que no está claro es para qué.

—Quiero preguntarle dónde está el alma para saber si es un órgano del cuerpo, si es la voz, el olor corporal, el brillo de la mirada o qué es.

Gracia negó internamente, sin mover la cabeza, colocando el dedo índice donde y como le indicaba Lucas, con los ojos cerrados.

—Piensa en papá y deja que su recuerdo guíe tu dedo —dijo él.

Luego hizo la primera pregunta en voz alta.

—¿Estás entre nosotros, Isidro?

Gracia se desconcentró durante unos segundos. Era la primera vez que escuchaba el nombre de su padre en boca de su hermano. Quizá por eso el dedo le tembló y estuvo a punto de retirarlo, pero justo en ese momento el vaso comenzó a moverse y se dirigió hacia el sí.

—¿Lo has movido tú?

Gracia creyó que su hermano había movido el vaso y viceversa, pero ambos confesaron no haber hecho nada.

—¿Sabes quiénes somos? —dijo Lucas.

El vaso no se movió esta vez.

—Ya está apoyado sobre el sí —apuntó Gracia, abriendo los ojos.

Y entonces el vaso comenzó a moverse hacia arriba, barriendo todas las letras que encontraba a su paso, sin detenerse en ninguna. Descendió luego hacia la fila inferior, pasó de nuevo por el sí, por el no y se detuvo en un rectángulo estrecho y alargado que había en la última fila.

—¿Qué representa ese rectángulo? —preguntó Gracia.

—Es la barra espaciadora.

—¿Hay barra espaciadora en los tableros de güija?

—Si no hay, debería haberla —respondió Lucas.

Y descartó que su hermana tuviera los poderes extrasensoriales necesarios para comunicarse con el más allá, antes de recitar en voz alta y por orden alfabético las principales islas que componen el archipiélago de Tierra del Fuego, pertenecientes a Argentina y Chile.

Tomaron la autopista AP-2 después de comer, a la hora del calor extremo, cuando el asfalto produce espejismos marinos en la distancia y se ven barcos de vela navegando por los Monegros. Lucas se sentó en el asiento del pasajero, mirando al frente. Gracia prefirió acomodarse detrás, con su madre, para evitar el puesto que teóricamente le correspondía, al lado de Tristán. Fue una reacción instantánea que no tenía pensada. Simplemente no quiso ejercer de novia de Tristán, aunque estuvieran dirigiéndose a la segunda residencia de su familia. O precisamente por eso.

Había pasado toda la semana debatiendo internamente a favor de que Lucas tomara el aire de la playa y en contra de que Tristán aprovechara la oportunidad para acelerar el ritmo de su relación. Tuvo ganas de bajarse del coche y quedarse en Zaragoza, en su casa, viendo la televisión con *Fiona* enroscada en su regazo. Su madre y su

hermano podían irse a la playa con Tristán y sus padres, si era eso lo que querían. Incluso se reprendió a sí misma por no encontrar la energía necesaria para hacerlo. ¿Qué pintaban ellos en la casa del *cap?* Si Lucas debía abandonar la ciudad por motivos de salud, su madre podría haber alquilado un apartamento en Salou o en Cambrils, como había hecho otros veranos. Eso les habría dado la autonomía suficiente para ir y venir a su antojo, sin depender de nadie. Tampoco le parecía bien viajar todos en el mismo coche. ¿Por qué su madre no había cogido el suyo?

No entendía por qué le daba tantas vueltas al asunto. Al fin y al cabo, ¿quién era Tristán? No podía considerarlo un novio propiamente dicho, porque no habían hecho planes de futuro juntos. Era un amigo, un amigo íntimo, un admirador. ¿Se rechazan acaso las invitaciones de los amigos y los admiradores? ¿Por qué no podían pasar un fin de semana las dos familias juntas? ¿A qué le tenía miedo? Lo más probable era que su madre hiciera buenas migas con la madre de Tristán mientras el padre se iba a navegar con sus amigos del puerto. Lucas bajaría a la cala con ellos, con Tristán y con ella. *Fiona* se quedaría en el jardín. Posiblemente dormirían la siesta, jugarían a las cartas y se bañarían en la piscina antes de cenar. Seguro que en la mesa habría vino blanco servido en cubitera de acero inoxidable. No había que exagerar. Tristán era un tipo locuaz y divertido, a veces un poco fatigoso, pero tenía la virtud de tratar a Lucas con la dosis justa de interés y desafecto, evitando la condescendencia y el exceso de intenciones. Y eso, hablando de un adulador como él, era un logro digno de mención.

—La gente suele dirigirse a Lucas como si fuera un retrasado mental. Le hablan como a un niño o a un anciano, aflautando la voz y alargando la mano para hacerle una caricia.

En cambio Tristán sabía encararlo, buscarle los ojos y hablarle con naturalidad. Y quizá por eso su madre y ella estaban sentadas en aquel coche, porque Deli también agradecía que Tristán se entendiera tan bien con su hijo.

—No había más que verlos.

Se pasaron todo el camino hablando del recorrido de las marchas y las revoluciones del motor, de la dirección asistida, del control de la velocidad de crucero y del consumo de gasolina en distintas situaciones, igual que si estuvieran en una de sus clases de conducir.

17

Rita Sanz empezó a colaborar como voluntaria en el comedor social de la parroquia del Carmen los lunes, miércoles y viernes al mediodía. Allí servía comidas, limpiaba mesas, recogía bandejas y llenaba y vaciaba los lavavajillas. Si la comida se terminaba, repartía bocadillos, piezas de fruta, paquetes de galletas y tazones de café con leche. La mayoría de los voluntarios eran de su edad o algo mayores, aunque también había gente joven, todos uniformados con bata blanca, gorro y guantes. Los comensales no hablaban mucho y casi nunca sonreían, pero daban las gracias al llegar y al marcharse. Había un protocolo acatado por todos. Nadie se colaba. No había empujones, riñas, insultos ni voces.

Poco a poco se fue poniendo al día de todas las actividades y servicios que ofrecía la parroquia más allá de las comidas diarias. Tenían varias casas de acogida para hombres y mujeres, un ropero, un centro de educación infantil y consultas de apoyo psicológico. Fue conociendo a los demás voluntarios por sus nombres, creando con ellos lazos de camaradería que la hicieron rejuvenecer, como si hubiera vuelto al instituto y asistiera a una actividad extraescolar con sus compañeros de clase. Quizá por eso, cuando terminaba su turno, salía al paseo de María Agustín con una sensación de ligereza en el cuerpo, como si se hubiera quitado un peso de encima.

Al abuelo Cosme le encantaba escuchar los nuevos chismes que le llevaba su nuera cuando le hablaba de los usuarios del comedor, sus edades, sus países de procedencia, sus platos favoritos y alguna curiosidad sobre su vida diaria en los pisos de acogida o en la calle. También le hablaba de la soledad, el tema que resumía todo aquel universo humano, porque la mayoría de los comensales llevaban mucho tiempo viviendo solos, olvidados de sus familias y allegados.

Rita empatizaba muy bien con esa sensación de desarraigo, aunque desde que se ponía la bata blanca tres veces por semana su ánimo había mejorado. Comenzó a sentir una ternura afectuosa por aquellos vagabundos silenciosos y agradecidos.

—Algunos me parecían niños perdidos a los que debía cuidar

hasta que apareciesen sus padres.

Un viernes a mediodía creyó reconocer el rostro de uno de ellos, en un cruce repentino de miradas que le removió la memoria, aunque sin llegar a ninguna certeza. Fue una sensación que había tenido en otras ocasiones, pero nunca con tanto desconcierto. Se trataba de un hombre mayor que ella, alto y tan cargado de hombros que caminaba encorvado como un anciano.

Volvió a verlo el lunes siguiente, comiendo en una mesa poco concurrida.

—Andrés —le dijo en un susurro.

Él no levantó la mirada del plato.

—¿Eres tú? —insistió ella.

—Mi nombre es Román —respondió él.

Ella lo miró de perfil.

—¿Román? —repitió extrañada.

—Román Díaz, sí.

Cada vez que se acerca al antiguo cuartel de Pontoneros de la calle Madre Ràfols, Román Díaz recuerda la primera noche que pasó allí, tumbado en una de las estancias de la planta baja. Era principios de noviembre y había que buscar cobijo para dormir, especialmente durante las noches de cierzo. El edificio llevaba años abandonado y, pese a ello, ofrecía las garantías suficientes para no venirse abajo. Por eso siempre había por allí alguien en su versión más anónima, algún borracho o drogadicto, algún indigente o alguna prostituta de servicio rápido.

Allí pasó su primer invierno, envuelto en mantas al abrigo del relente que entraba por los vanos de las ventanas, ninguna de las cuales conservaba sus hojas ni sus cristales. A veces comía en la misma estancia, sobre todo si llovía, aunque prefería hacerlo fuera, al aire libre, sentado en el banco de una calle poco transitada. No quería confinarse durante todo el día entre aquellas cuatro paredes. Su abogado y su primo Luis seguían quedando con él de vez en cuando para proporcionarle alimentos y algo de dinero. No podían hacer nada más por él, salvo llevarle noticias de su caso judicial el uno y de su familia el otro, aunque tampoco hubiera mucho que contar.

Román compraba a diario en un supermercado, nunca dos días seguidos en el mismo, normalmente una barra de pan y una bandeja de jamón dulce o embutido, acompañado de una pieza de fruta o unos yogures. Todos los vagabundos de la zona frecuentaban el comedor

social de la parroquia del Carmen, pero él nunca se había planteado esa opción porque había que rellenar una ficha con datos personales y aportar documentación. No podía arriesgarse a ser reconocido.

Fue en el cuartel de Pontoneros donde conoció a Díaz. Llegó una noche de lluvia calado hasta los huesos. Se quitó la ropa, la dejó extendida en el suelo y se acostó en un saco de dormir que llevaba en su mochila. Pasó muy mala noche y también se la hizo pasar a Román, porque primero estuvo roncando y luego tosiendo y estornudando. Al día siguiente ambos se saludaron con la cabeza, sin decirse una palabra, simplemente constatando la presencia del otro en la estancia. Llovió toda la mañana y no pudieron salir más que a orinar en la parte trasera del edificio. Al pobre Díaz no se le había secado la ropa, así que se pasó todo el día tumbado en el saco. Román salió por la tarde a dar una vuelta por el barrio de San Pablo, callejeando hasta llegar al río, donde se sentó a esperar el atardecer.

Cuando volvió al cuartel, Díaz seguía metido en el saco. Román cenó unas barritas de cereales y un yogur, como si estuviera desayunando. Luego se acostó en su rincón y se durmió escuchando los ronquidos de su compañero de habitación. Entonces todavía no sabía que aquel tipo se llamaba Román Díaz.

Gracia Pardo no se había equivocado al esbozar cómo sería la vida social de aquel singular fin de semana en la casa del *cap*. Su madre y Rita se reconocieron como afines con solo una mirada y el intercambio de unas frases protocolarias. Rita le presentó a su círculo de amigas y vecinas, con las que por la tarde jugaron a las cartas y prepararon sus famosos cócteles de ron blanco. Matías Llorente se llevó de excursión a Lucas, Gracia y Tristán. Les mostró los alrededores de la costa en la embarcación de su vecino. Navegaron hacia el sur para visitar la cova del Llop Marí y el islote del Torn, donde pescaron unas lubinas que prepararon esa misma noche para cenar. A Deli le preocupaba que Lucas acabara mareado y vomitando, y a punto estuvo de darle una pastilla para ahorrarle el mal rato. Sin embargo lo vio regresar con el rostro relajado y la mirada de aplomo que se le ponía cuando se superaba a sí mismo.

La brisa del Mediterráneo no faltó a la cita, removiendo y perfumando el aire del *cap* con un toque salino. Eso y las sombras de los pinos convirtieron el jardín en un paraíso de frescura, especialmente para *Fiona*, que se pasó todo el fin de semana tumbada sobre el césped. No se cansaron de decir lo bien que se estaba allí y la

suerte que tenían Matías y Rita de poder escapar de las incomodidades que causaba el clima del interior.

Gracia Pardo fue quien menos participó en estos elogios y comentarios. Seguía debatiéndose entre el alivio de ver a su hermano tan desenvuelto y sereno y la sensación de que Tristán se había aprovechado de la situación para comprometerla hasta más allá de lo razonable. Este sabía que algo iba mal, pero actuó en todo momento con aparente naturalidad. No quería dar pábulo a los remilgos que adivinaba en la mirada huidiza de Gracia para no justificarlos, aunque tampoco se atrevió a desplegar su zalamería habitual. En ningún momento hizo alusión al síndrome de Stendhal ni alabó la perfección anatómica de Gracia. Ni siquiera comentó nada sobre sus ojos, que se aclaraban a la luz de la playa y parecían dos caramelos de menta. Eso sí, estuvo todo el fin de semana pendiente de los comentarios de su padre, de las miradas de su madre y de la conducta de Lucas Pardo, por si tenía que intervenir para mediar en alguna situación comprometida.

Tal como se temía, su padre habló de la funeraria en la sobremesa de la cena, cuando se terminaron las lubinas y el vino blanco dejó paso a los cafés y las infusiones. Sus argumentos, no obstante, estaban perfectamente hilados para resaltar las virtudes de su hijo delante de Deli y Gracia.

—Vino a decir que las personas que cuidan de los muertos están perfectamente capacitadas para cuidar de los vivos —me contó el propio Tristán.

Deli se sorprendió al escuchar un argumento tan contradictorio. Incluso llegó a pensar que podría exponerse justo al revés, pero Matías Llorente sabía bien lo que decía porque los muertos, precisamente porque pueden volver a la vida, provocan más recelos que los vivos, que al fin y al cabo solo pueden morirse, lo cual no deja de ser natural y esperable.

—Sé perfectamente que los muertos no vuelven a la vida —añadió mirando a Deli—. No creas que somos unos incautos que creemos en espíritus, vampiros o almas en pena.

Deli hizo un gesto de manos agitadas que la liberaba de cualquier prejuicio.

—Toda esa imaginería fantasmagórica procede de los tiempos en que no era fácil certificar la muerte —prosiguió Matías—. Hubo casos de personas que fueron enterradas sin haber fallecido realmente, pero no se trataba de zombis ni nada parecido. Solo estaban inconscientes o en coma. Por eso, durante años se colocaba una campanilla en el interior del ataúd, a la altura de una mano del supuesto difunto, por si

en algún momento recuperaba la conciencia.

Tristán le clavó a su padre una certera mirada para hacerlo callar, consciente de que estaba entrando en terreno pantanoso, pero, quién sabe si animado por el vino blanco o por la aparente curiosidad que mostraba Deli, Matías comenzó a hablar entonces del abuelo Cosme.

—Mi padre conoció algún caso de muertos resucitados —dijo—. Por eso, todos los días ordenaba que un empleado de la funeraria repasara las tumbas recientes, prestando atención por si sonaba una campanilla. Muchas veces lo hacía él mismo. El pobre llegó a obsesionarse con ese sonido.

Deli había comenzado a mirar con preocupación a Lucas, que afortunadamente parecía ausente de la conversación, con el cuello estirado hacia atrás y la mirada perdida en la oscuridad del cielo nocturno.

—Ahora esas cosas ya no suceden —añadió Matías en un tono tranquilizador—. Los médicos certifican las muertes con plena efectividad y, en todo caso, hay que esperar más de veinticuatro horas para enterrar a los difuntos. No hay ninguna posibilidad de error, pero el miedo persiste. Así somos los humanos.

En ese momento Deli se levantó de la silla con la excusa de acompañar a Lucas hasta el dormitorio de las visitas, preocupada por cumplir sus horarios y respetar su ritual del sueño.

—El cielo es un abismo muy profundo —dijo Lucas, señalando hacia arriba con la mirada—. Deberíamos experimentar un vértigo terrible cuando lo observamos, igual que cuando nos asomamos a un acantilado o un precipicio. Si no lo hacemos es porque creemos erróneamente que los abismos están siempre bajo nuestros pies, no sobre nuestras cabezas. Así somos los humanos.

El abuelo Cosme dedicó buena parte de ese fin de semana a caminar por el pasillo de su casa en ambos sentidos, como si estuviera desfilando. El resto del tiempo lo pasó en el salón, leyendo y dormitando en su sillón. Por la tarde recibió la visita de la señora Lola, que en ausencia de Rita se encargaba de hacerle la compra y la comida, darle un poco de conversación y mantener la casa limpia, con la excepción del dormitorio principal.

—¿No me diga que le da miedo el ataúd? —le preguntó el abuelo —. No es más que una cama con paredes y una tapa.

La señora Lola lo miraba desde la puerta del dormitorio, sin atreverse a entrar.

—Las camas no tienen paredes —respondió—, ni tapa.

El abuelo la señaló con un dedo.

—Usted también morirá algún día —le dijo—. ¿Cuántos años tiene? No es tan mayor como yo, pero ya va teniendo una edad, así que no se haga la inmortal. Si quiere, puedo encargarle un ataúd de su tamaño.

Y la señora Lola puso entonces los ojos en blanco y sonrió, creyendo que el abuelo bromeaba.

—La vida y la muerte son solo estados de la materia orgánica, que circula constantemente entre uno y otro. Usted está hecha con la materia orgánica de otros seres vivos, lo mismo que yo. ¿O de qué se cree que está hecha la comida que acaba de prepararme?

La señora Lola debió de pensar en ese momento en el puré de verduras que le había dejado en el frigorífico.

—La buena noticia —prosiguió el anciano— es que, cuando usted muera, su cuerpo resucitará. La mala es que primero tendrá que descomponerse en sus estructuras más elementales, que son las moléculas, pero quede usted tranquila porque será para volver a la vida, quién sabe si formando parte de un organismo vegetal o animal, lo que significa que lo único inmortal que hay en este mundo es la materia y la energía. Lo espiritual, lo emocional y por supuesto lo intelectual es pasajero. Usted y yo dejaremos de ser usted y yo algún día, pero la materia y la energía de nuestros cuerpos seguirán formando parte de la vida y del mundo.

La señora Lola terminó sus faenas domésticas y se marchó, no sin antes darle un beso al abuelo con la advertencia de que si volvía a hablarle de la muerte, no volvería nunca más por allí. Al anciano le costó conciliar el sueño aquella noche, tumbado en su ataúd, pensando en que ese ciclo de la materia y la energía al que se había referido se interrumpía bruscamente cuando los cadáveres se incineraban. ¿Cómo era posible semejante desperdicio? Nada menos que malgastar la materia convirtiéndola en el combustible de un fuego que apenas duraba unos minutos de calor, luminaria y humo. ¿En qué momento se habían puesto de moda las incineraciones como parte de los rituales funerarios?

Lo más razonable que podía hacerse con un cadáver era cavar un agujero y enterrarlo en un bosque, en un campo de cereales o de árboles frutales, o en un prado lleno de vacas, con la esperanza de que la materia orgánica volviera a la vida en forma de grano, de fruto o de pasto. Era eso o despiezar el cadáver, deshuesarlo, filetearlo y darlo a comer a otros animales, no tuvo tiempo de pensar si humanos o no porque se quedó dormido.

—La madre de Gracia tiene el cabello ligeramente rizado, aunque no tanto como su hija, lo suficiente para que cobre vida y movimiento, como si fuera un miembro más de su cuerpo. Sus labios son carnosos y algo agrietados, sus ojos brillan en la oscuridad con una fosforescencia irresistible, conserva una figura sugerente y se mueve con elegancia felina.

Con este grado de lirismo contenido me describió Matías Llorente a su consuegra cuando me relató lo que había sucedido aquel fin de semana en la casa del *cap*.

—Sin duda porque fuma mucho, su voz tiene un punto de gravedad, especialmente cuando se queda sin aire al terminar una frase. Huele a una mezcla de humo y perfume que me atrae como una flor a un insecto.

Dijo eso y me miró, consciente de que había sido una cursilada.

—Me gustó desde el momento en que la vi —añadió resoplando —, cuando Tristán me la presentó, nada más llegar a nuestra casa. Durante la cena creo que solo hablé para ella, tratando de mostrar mi versión más cosmopolita, que no es gran cosa porque no conozco a mucha gente, he viajado poco y solo sé hablar de mi trabajo en la funeraria. O al menos eso es lo que dice mi esposa.

Esa misma noche Deli Redondo y Matías Llorente coincidieron en la piscina. Fue de madrugada, cuando la brisa desapareció y dejó paso a un ambiente bochornoso incompatible con el sueño. Harto de dar vueltas en la cama, Matías decidió levantarse para darse un baño en la piscina, donde se encontró a Deli.

—A Rita no le gusta dormir con el ventilador encendido —dijo él para explicar su presencia.

—A Lucas tampoco —respondió Deli desde el agua.

Se rieron a la vez que se chistaban con un dedo en la boca para no hacer ruido. Ella salió entonces de la piscina y se tumbó en una hamaca.

—Había gotas de agua salpicando sus muslos y su vientre. Su pelo no tenía volumen. Sus hombros sí. Y también sus brazos. Y sus caderas. Parecía más joven que cuando iba vestida.

Y así se sintió Matías.

—Hablamos mucho rato en voz baja para no despertar a los demás, pero no lo hacíamos por ellos, sino por nosotros. No queríamos que nadie nos molestara. No recuerdo bien todo lo que nos dijimos. Hablamos del verano, de la playa, de la piscina del barrio a la que ella acudía, de las propiedades antidepresivas del sol y de lo mucho que le gustaba ponerse morena. Fueron unas horas que transcurrieron con la ligereza de unos pocos minutos y que hoy recuerdo como un solo

segundo. Antes del amanecer volvimos a nuestras habitaciones y al día siguiente nos comportamos como si nada hubiera sucedido.

Respiró hondo y cerró los ojos un momento.

—Creo que fue el agua —añadió.

—¿El agua? —repetí yo.

—El agua le dio la vida al cuerpo de Deli y la llevó a las antípodas de la muerte. No encuentro otra razón para explicar lo que me pasó.

—¿Qué le pasó?

—No pude quitarme de la cabeza la visión de aquellas gotas de agua resbalando por su vientre y sus piernas. Las veía por todas partes, en el parabrisas del coche, en la ducha, en el frigorífico de casa o en las plantas de la terraza. Puede que parezca una vulgaridad, ya ve usted, una imagen cargada de deseo y erotismo como tantas otras, pero jamás en toda mi vida, ni siquiera cuando descubrí la sexualidad siendo un adolescente, había sentido una excitación semejante. No podía pensar en otra cosa. Necesitaba verlas de nuevo, las gotas, digo. Necesitaba verlas en movimiento.

Guardó silencio y yo me quedé pensando si excitarse ante el cuerpo mojado de tu futura consuegra podía ser considerado o no una vulgaridad.

18

Fue durante aquel fin de semana, en la casa del *cap*, cuando ambas familias hablaron por primera vez de mí y de mi consulta, por eso tuve la oportunidad de conocerlos a todos. Rita Sanz le confesó a Deli Redondo que estaba pasando por un bache anímico que ella misma relacionó con el síndrome del nido vacío. Deli le proporcionó mi teléfono con la recomendación de que viniera a visitarme. Como madre de Lucas, había conocido a muchos psicólogos y terapeutas, algunos especializados en la infancia, otros en los desórdenes de la comunicación y el comportamiento. Y, según dijo, yo era el que mejor había sabido conectar con su hijo.

No es de extrañar, pues, que Rita y su esposo decidieran solicitar mi ayuda profesional, ella en calidad de paciente y él como acompañante, aunque andando el tiempo los papeles comenzaron a cruzarse y a veces el paciente era Matías y la acompañante su esposa. Algo parecido sucedió con su hijo Tristán, que también me pidió cita poco después, cuando Gracia decidió romper su relación con él para recuperar el gobierno de su vida y volver a ser ella misma, según dijo textualmente. Y si el padre de Matías no vino a la consulta fue porque era un señor mayor que no salía de casa. De lo contrario, lo habría tratado igualmente, como al resto de la familia, la señora Lola excluida por ser la más equilibrada de todos.

Alguna vez dudé de la idoneidad de mis competencias en todos estos casos tan íntimamente relacionados, temeroso de infringir la deontología de la profesión. Estuve a punto de consultarlo, pero no supe si debía acudir al Colegio Profesional de Psicología, a un abogado laboralista, a un sacerdote o al camarero de un bar de copas. Finalmente no hice nada al respecto y me liberé de cualquier gravamen moral pensando que, en realidad, yo no había tomado ninguna iniciativa. No me publicité ni me postulé de ninguna manera para ofrecer mis servicios. Ellos vinieron a mí por su propia voluntad, confesando además de parte de quién venían y dando por supuesta la consistencia de mi secreto profesional.

No es fácil tener la visión de conjunto que me ofrecieron todos

esos casos reunidos e interconectados entre sí y durante meses me sentí tan privilegiado que no pude por menos de transcribir sus historias a modo de relato coral, sin ninguna motivación literaria, simplemente como una terapia para pasar las horas muertas.

A la semana siguiente, Rita Sanz esperó a que Román Díaz se levantara de la mesa del comedor social y lo siguió hasta la plaza de los Sitios, donde él tomó asiento en su banco de costumbre. Cuando ella se sentó a su lado, Román estuvo a punto de levantarse espantado y alzar el vuelo, actuando igual que una de las palomas que caminaban por el suelo.

—Tranquilo. Soy Rita, Rita Sanz. No sé si te acuerdas de mí.

Román la miró exponiendo su rostro para que Rita confirmara que sus rasgos del presente coincidían a duras penas con los que ella guardaba en su memoria.

—Fuimos juntos a clase en COU, en el Colegio de La Salle —prosiguió Rita—. Yo iba con Raquel Hernán y Ana Cabello, quizá te acuerdes de ellas.

Él no movió la cabeza ni un milímetro. No quería asentir ni negar.

—Tú ibas con Leo Ruiz, Chavi Cortés y la pandilla de Manolo Durán. Siempre os poníais en las últimas filas para dar guerra. De eso seguro que te acuerdas.

Las cejas traicionaron a Román con un movimiento involuntario al escuchar nombres que parecían perdidos en la memoria del tiempo.

—Te equivocas —dijo con la voz ronca.

Y volvió a mirar al frente con la esperanza de quedarse a solas.

—El otro día me dijiste que te llamabas Román —insistió ella—. No entendí por qué. Tú eres Andrés. Andrés Baena. Fuiste alumno de toda la vida del colegio, no como yo, que llegué a última hora desde otro centro donde no se podía estudiar COU. Vivías en Fernando el Católico, bastante arriba, en la acera de los pares. Lo sé porque una vez subí a tu casa y hasta conocí a tu madre. Estábamos haciendo un trabajo de clase y teníamos que coger tu magnetofón para grabar unas entrevistas.

Román elevó la mano derecha y la agitó lo justo para que Rita comprendiera que no quería escuchar nada más. No era fácil pasar de ser invisible para casi todo el mundo a escuchar un discurso sobre un pasado que apenas recordaba. Se levantó y se marchó por donde había venido sin volver la mirada atrás ni siquiera para comprobar si Rita lo seguía.

Ella continuó sentada en el banco un rato más, incapaz de creer lo que estaba sucediendo. Acababa de hablar con uno de los chicos más atractivos que había conocido en su juventud, quizá el más atractivo de todos, del que había estado enamorada en secreto durante un curso entero. Ella era una chica del montón que no destacaba por ninguna razón y él un adonis de ojos claros y sonrisa seductora, siempre bien vestido, sociable con algo de bravuconería hacia los que no pertenecían a su grupo de amigos.

—A mí siempre me trató con simpatía —me confesó Rita—, seguramente porque vio en mis ojos el destello de la admiración contenida.

No tuvieron mucho trato y eso que ella se ponía en las últimas filas del aula para estar cerca de él y su grupo de amigos, por si caía una mirada o una sonrisa en mitad de una clase de Matemáticas o de Inglés. Lo único que los unió fue aquel trabajo de entrevistas que hicieron en grupo para la asignatura de Lengua.

—Cuando terminó el curso, cada uno se fue por su lado.

No volvieron a verse, aunque ella leyó alguna vez su nombre en la prensa o lo reconoció en la televisión local asistiendo a algún acto público primero o imputado en alguna causa judicial después, pero de eso hacía ya muchos años.

—No había vuelto a pensar en él y de pronto se presentó ante mí con su mirada más oscura, sin sonreír, mal vestido, huidizo y sin el menor rastro de aquella bravuconería que lo hacía tan atractivo.

Después del fin de semana en la playa, Gracia Pardo volvió a Zaragoza con la mirada inquieta y el gesto brusco, sin ganas de seguir escuchando los monólogos aduladores de Tristán Llorente sobre su figura, su belleza y su elegancia. Con la excusa de terminar el Trabajo de Fin de Grado, se encerró en casa, en su cuarto, en sí misma, a veces redactando el trabajo, otras tumbada en la cama junto a *Fiona*, tratando de dejar la mente en blanco para apagarse y reiniciarse con intenciones electrónicas. Por las tardes daba un largo paseo con la perrita hasta el parque de Las Delicias, donde *Fiona* tenía amigos de su misma especie. Gracia se sentaba a observar detalles que hasta entonces no habían llamado su atención, la fronda menguante de un árbol, una urraca moviendo su larga cola, un niño aprendiendo a columpiarse o una avispa revoloteando alrededor de una fuente de agua. Quería descubrir el mundo por primera vez. Luego veía un rato la televisión con su hermano y finalmente se acostaba temprano,

incapaz de mantener los ojos abiertos, como si hubiera hecho un esfuerzo sobrehumano.

Tristán recibió sus negativas y rechazos con cuentagotas, dosificándolas interiormente para poder asimilarlas.

—Pasar el fin de semana en familia en la casa del *cap* fue un grave error de estrategia —me confesó en una de sus primeras visitas —. Gracia se sintió aprisionada entre los dos polos emocionales de su existencia: su madre, por un lado, y yo, por el otro. Me di cuenta enseguida, pero preferí engañarme a mí mismo para poder encajar sus desaires, tomándolos como algo superfluo y temporal.

Sin embargo, las semanas pasaban y Gracia seguía recluida en casa, esquivando las continuas llamadas, los mensajes e incluso las apariciones de Tristán, que seguía visitándola de vez en cuando.

—Al principio se negaba a salir conmigo porque estaba cansada —me contó él—, una sensación difusa y poco sostenible que podía proceder del agobio ocasionado por el trabajo que estaba redactando o por el final de su etapa como estudiante. Así me lo tomaba yo. Gracia estaba pasando una crisis personal porque iba a dejar de ser una joven estudiante para convertirse en una adulta aspirante a su primer empleo. Y eso le producía un vértigo inevitable.

Él nunca había sentido nada parecido porque seguía compaginando el final de sus estudios con su trabajo en la funeraria, donde cada vez asumía más responsabilidades.

—Llegué a ofrecerle a Gracia un puesto de trabajo en la empresa —reconoció—, pero ella lo rechazó con un ademán de desagrado que me sorprendió, como si le estuviera ofreciendo algo corrupto y pervertido, no sé si por el carácter fúnebre del negocio o porque no deseaba aceptar favores. Entonces me di cuenta de que no estaba cansada de todo en general, como me había parecido al principio, sino de mí en particular. Si no aceptaba el trabajo era para no estar conmigo, un argumento embarazoso que mi cerebro, tantas veces ofendido por el brillo de su encanto espiritual y corporal, no pudo asimilar.

Luego me miró muy serio, alzando la mirada desde el suelo.

—Y ese es el motivo por el que estoy aquí sentado.

—Volví a ver el agua de una piscina resbalando por sus piernas y sus brazos —comenzó a decir Matías Llorente a modo de confesión, como si estuviera reconociendo uno de sus pecados—. Fue en la piscina de la Ciudad Jardín, en el barrio de Las Delicias, un miércoles a

mediodía.

Fue hasta allí porque seguía sin poder quitarse de la cabeza la imagen del cuerpo mojado de Deli Redondo.

—Llamé a mi esposa, le dije que no podía ir a comer por problemas de trabajo y me fui a la piscina. Lo hice todo con una precipitación inédita en mí.

—¿Qué quiere decir? —le pregunté.

Él aleteó un poco con las manos, como si buscara palabras en el aire de la consulta.

—Siempre he sido un tipo tranquilo, sereno, incluso aquejado de cierta lentitud, no sé cómo explicarlo. Nunca sufro arrebatos ni me dejo guiar por el escándalo de la prisa, que todo lo acelera y lo desvirtúa. Me gusta hacer las cosas despacio, con la concentración adecuada, sin dejarme distraer. Y pese a todo, aquella mañana, después de tomar la decisión de ir a la piscina para encontrarme con Deli, todo lo hice deprisa y corriendo, sin prestar la atención debida ni disfrutar de nada.

Negó firmemente con la cabeza.

—Me sobraba el tiempo —añadió—. Me molestaba, incluso. Si hubiera tenido un mando a distancia, habría pulsado un botón para acelerar el curso de la existencia.

Hizo el gesto con el pulgar de su mano derecha.

—¿Cómo sabía que Deli estaría en la piscina a esa hora? —pregunté, interesado en los detalles.

—La noche que estuvimos hablando en la casa del *cap* me contó que los días más calurosos del verano iba a esa piscina al mediodía para darse un baño, comer algo ligero y tomar un poco el sol antes de volver a la peluquería. No estaba seguro de si iba a encontrarla o no. Y no solo eso, tampoco sabía si estaría sola. Podía haber ido con sus amigas, con su hijo o con un acompañante a modo de pareja, pero todo me daba igual. Me sentía poseído por una turbación insoportable. Tenía taquicardias, picores por todo el cuerpo y sudaba a mares. Por supuesto, con las temperaturas que estábamos sufriendo aquellos días, nadie se dio cuenta de nada. El calor enmascaró la verdadera causa de mi inquietud.

Así de prosaicas son a veces nuestras reacciones corporales, pensé antes de preguntar:

—¿Y la encontró?

—Me costó un poco porque el recinto estaba lleno de gente. El curso escolar ya había terminado, así que había muchos niños y jóvenes, algunos en pandilla, otros con sus padres. Vi también familias de inmigrantes, parejas con las toallas muy juntas, abuelitas jugando a

las cartas y algún solitario como yo. Por suerte, no suelo frecuentar el barrio de Las Delicias ni conozco a mucha gente por allí, de lo contrario habría llamado la atención más todavía, considerando que iba vestido con traje oscuro y corbata. Tuve que entrar en los vestuarios para ponerme un bañador antes de encontrarla.

—¿Estaba sola?

—Estaba con su hijo Lucas, como yo había imaginado. De hecho, a él lo reconocí primero, sentado en su toalla, balanceándose de derecha a izquierda. A su lado solo vi un cuerpo en perspectiva, primero la cabeza con la cara hacia un lado y el cabello hacia el otro.

Me sorprendió que no me describiera la protuberancia de sus caderas y sus nalgas ascendiendo sobre un torso bronceado que parecía de barro recién cocido, por ejemplo.

—¿Cómo reaccionó ella al verlo allí? —continué preguntando.

—Lo primero que hizo fue sonreír y luego me preguntó si me había perdido, que era una forma de transferir la sonrisa a su discurso.

—¿Se burló de usted?

—Puede ser, pero sin mala intención. Solo para romper el hielo de un encuentro que era cualquier cosa menos casual.

Hizo un gesto con los hombros antes de añadir:

—En realidad, creo que me estaba esperando.

Gracia Pardo acompañaba alguna vez a su madre y a su hermano a la piscina de la Ciudad Jardín, aunque a ella no le gustaba tomar el sol tanto como a su madre. Se tumbaban los tres juntos cerca del agua, Lucas boca abajo y ellas dos boca arriba, sin mirarse a la cara pero con ganas de hablar. Así se enteró Deli del estado de la relación entre su hija y Tristán Llorente, una información que resultó algo difusa porque Gracia la calificó como «interrumpida aunque no terminada», sin especificar causas concretas ni razones de peso.

—Tristán resulta tan impetuoso y entregado en su forma de actuar que me deja poco espacio para vivir —dijo Gracia, como si estuviera hablando de un compañero de piso—. Tiene tanta intención de existir ante mí que pone en riesgo su naturalidad, y a veces también su credibilidad.

Deli asintió sin moverse, murmurando dos veces, dispuesta a hacer una pregunta frívola, quizá inoportuna.

—¿Te gusta?

Gracia dio un respingo de sorpresa.

—Es una pregunta muy sencilla —insistió Deli—. ¿Te gusta ese

chico?

—En teoría no debería gustarme.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—No sé qué decirte —reconoció Gracia, volviéndose hacia su madre—. Nunca había conocido a nadie como él. No parece real. Habla y se comporta como el personaje de una película o una novela. Y a veces consigue que yo tampoco parezca real.

Deli no se molestó en disimular su extrañeza.

—¿Te hace parecer el personaje de una novela? —dijo.

—A veces, sí —reconoció Gracia.

Y Deli asintió interiormente, preguntándose cómo era posible crear una magia semejante entre dos personas si no existía una atracción mutua. Según ella, en una relación de pareja todo podía presumirse *a priori* y analizarse *a posteriori* salvo la atracción inicial, que no era condición suficiente, pero sí indispensable para comenzar dicha relación.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó Gracia, que conocía los silencios de su madre.

Por toda respuesta, Deli se levantó de la toalla, alegando tener mucho calor, y se fue a dar un chapuzón a la piscina, momento que Lucas aprovechó para reclamar la atención de su hermana.

—Necesito volver a intentar la conexión con el más allá —le dijo en voz baja—, pero hay un problema.

—¿Qué problema?

—Que ni tú ni yo tenemos capacidades extrasensoriales.

19

El abuelo Cosme escuchó el parlamento de su nieto en silencio, con las manos recogidas en el regazo y la cabeza agachada, como si se hubiera dormido. Luego reflexionó durante un par de minutos y levantó la mirada para dictar su sentencia.

—Más canalla —dijo como si lo insultara—. Tienes que ser más canalla, de lo contrario las hembras te rechazarán.

Tristán Llorente conocía de sobra las argumentaciones antropológicas de su abuelo y aun así parpadeó de incredulidad.

—Además de belleza, la inteligencia y la fortaleza —continuó diciendo el anciano—, las hembras del *Homo sapiens* buscan en el macho cierto grado de salvajismo.

—¿Salvajismo? —repitió Tristán.

El abuelo asintió con los párpados.

—En ocasiones la defensa de la camada no depende de la fortaleza ni de la inteligencia, sino de la capacidad de supervivencia extrema que solo poseen los salvajes.

—¿A qué salvajes te refieres?

—A los que quiebran las leyes, las normas y las costumbres. A los que anteponen los fines a los medios, no ponen reparos ni conocen más principios que los primarios. Llámalos como quieras, canallas o salvajes.

Tristán se acordó entonces de Tarzán de los monos.

—A las hembras les atraen esas personalidades indómitas porque garantizan la pureza de la sangre —concluyó el abuelo—. No sé si me explico.

Tristán me contó todo esto sentado en la butaca de los pacientes.

—Mi abuelo se explicaba perfectamente —admitió con un gesto conciliador—, prueba de ello es la atracción que un hombre desnudo como Tarzán, completamente analfabeto e inculto, pero hermoso, fornido y salvaje, fue capaz de provocar en Maureen O'Sullivan.

Hizo una pausa y se quedó congelado con las manos abiertas, como una estatua de lo evidente.

—Querrás decir en Jane Porter —lo corregí.

—Por supuesto —admitió al instante.

Y se disculpó por haber confundido la realidad y la ficción.

—¿Quieres decir que Jane Porter nunca se habría enamorado de un hombre educado? —dije, retomando el debate.

—No lo sé —contestó él—. Un hombre educado puede seguir siendo un salvaje en su interior.

—¿Crees que la educación y el salvajismo son compatibles? —le pregunté.

Y él volvió a hacer la estatua, con los ojos muy abiertos.

—¿Usted no? —dijo después de unos segundos.

Y me obligó a hacer la estatua a mí también, dejando en el aire la duda de si el aprendizaje moral e intelectual era capaz de acabar o no con la atrocidad y la barbarie, en el supuesto de que fueran términos antagónicos.

El Tamagochi pasó mala noche, con fuertes dolores de espalda y molestias que le impidieron conciliar el sueño. Román le administró un calmante a las cuatro de la mañana y lo ayudó a orinar tres veces, así que terminó igualmente desvelado y renunció a tumbarse en su sitio. Prefirió sentarse junto a él y velar su descanso hasta que amaneció.

Estuvo pensando en Rita Sanz, sí, aquella chica del último año del bachillerato que siempre estaba mirándolo a la expectativa, camuflada entre dos amigas. No la había olvidado, aunque tampoco la habría recordado si no le hubiera dicho de qué se conocían. Había engordado un poco, gracias a lo cual y pese al tiempo transcurrido su rostro se mantenía terso e incluso sus ojeras se habían corregido ligeramente. Seguía conservando su cabello liso y abundante y esa discreta forma de mirar sin dejarse ver.

Aquel curso fue inolvidable para todos, no solo por ser el último del bachillerato antes de ir a la universidad. También porque fue el año en que alcanzaron la mayoría de edad. Muchos, como él, se sacaron el carnet de conducir y alguna vez acudieron a clase conduciendo el coche de su padre, o el suyo propio en el mejor de los casos, agitando las llaves en la mano como si fueran un amuleto de la buena suerte. Lo que no recordaba era la presión de los exámenes y las calificaciones porque no necesitaba buenas notas para entrar en Empresariales, así que pasó el curso plácidamente en compañía de su pandilla de amigos, todos reunidos en las últimas filas de clase, donde era más fácil entretenerse y combatir el tedio de algunas materias.

Durante los últimos días del curso sintió el vértigo que provoca un ciclo nuevo de la vida. Todo se volvió trascendente e irrepetible: el último examen de cada asignatura, la última tarde de clase, el último boletín de calificaciones, la última partida en los futbolines de la acera de enfrente y la fiesta final del curso, un viernes del mes de junio, con entrega de premios en el salón de actos del colegio, cena con profesores y discoteca cerrada al público para bailar hasta la madrugada. Todo para celebrar el futuro que se extendía ante ellos en forma de alfombra roja, porque esa noche todos eran unos triunfadores, al menos en potencia, tanto los que habían sacado buenas notas como los que tenían que terminar el curso en septiembre.

Allí mismo, sentado en lo más hondo de la rampa del garaje, Román cerró los ojos un segundo y se imaginó la posibilidad de volver a tener la vida por delante. Y sintió aquella sensación vertiginosa del cambio de ciclo, junto con la ilusión vana de empezar de cero y la turbación de no cometer los errores de la primera vez. Fue un segundo de magia y de gloria. Y también de dolor y de rabia. Tuvo ganas de maldecir en voz alta su mala suerte, lanzar un grito atronador al silencio de la madrugada y provocar una tormenta de lluvia y viento.

Matías Llorente cambió su rutina diaria para acudir a la piscina de la Ciudad Jardín dos o tres veces por semana, siempre con el pretexto de que su esposa seguía pasando las horas del mediodía en el comedor social del Carmen.

—No me gusta comer solo en casa —decía—. Mejor pico algo por ahí y me ahorro el viaje desde Torrero a Sagasta.

Rita Sanz actuó como si todo le pareciera bien, sin prestar atención al asunto ni siquiera desde el punto de vista de la suspicacia. Era evidente que se había abierto entre ellos una brecha de indiferencia que los liberaba de los compromisos habituales de la convivencia.

—La mayoría de las veces Deli iba a la piscina con su hijo Lucas —me contó Matías—, pero algunos días estaba allí sola, esperándome. Hablábamos un rato, comíamos algo rápido en el bar y, por fin, nos dábamos un baño y volvíamos a tumbarnos en las toallas.

Deli le pedía a Matías que llevara a Rita a la piscina para poder charlar los tres juntos. Él disculpaba a su esposa nombrando su incansable labor de voluntariado, pero lo hacía azorado e inseguro, sabiendo que Deli lo estaba poniendo a prueba. Ella veía en los ojos de

Matías el movimiento vertiginoso de las gotas de agua resbalando por su vientre y sus piernas. Y percibía cómo su respiración se agitaba cuando ella cambiaba de postura, se atusaba el cabello o se ajustaba la tira del sujetador del bikini.

—Era todo tan evidente.

Así me lo contó la propia Deli Redondo, con la misma indulgencia que si hablase del comportamiento de un jovencito incapaz de disimular sus instintos más primarios. Un día él la llevó a visitar la funeraria. Deli tenía la tarde libre y una curiosidad en cierto modo morbosa por conocer mejor el trabajo de Matías. Quería ver cómo se las arreglaba para maquillar los cuerpos sin vida que llegaban desde el tanatorio.

—Y también cómo los peinaba —me confirmó Deli—, supongo que por deformación profesional. No sé. Lo cierto es que Matías hablaba tanto de su trabajo que despertaba un gran interés.

Él solo quería mostrar el poderío de su imperio, dejándose saludar por sus empleados delante de ella con un desdén casi imperceptible, como el monarca que desea agradar a su pueblo sin ganas de soportar lisonjas. Quería impresionarla y mostrarle la naturalidad con que trataba a los cadáveres, abriendo y cerrando ataúdes, ajustando el nudo de una corbata, el cuello de una camisa o centrando un colgante sobre un escote. Y todo eso mientras les hablaba y los saludaba como si fueran viejos amigos.

Fue así como Deli descubrió un universo de aromas y esencias volátiles que conocía bien.

—No sabía a qué podía oler una funeraria —me confesó, todavía asombrada—, y resulta que, igual que el propio Matías, olía a laca, a cítricos, a lavanda, a coco, a aloe, a aceite de almendras, incluso a acetona.

Aquella tarde ella le ayudó a peinar uno de los cadáveres, actuando con una inevitable teatralidad, sin tomarse en serio lo que hacía, quizá para guardar una prudente distancia de seguridad. Luego se animó a pintar unos labios fríos y a dar una sombra de ojos sobre unos párpados, siempre con la respiración contenida, como si en cualquier momento esos labios fueran a sonreír y esos ojos pudieran abrirse para mirarla desde el otro lado de la existencia.

Tristán Llorente comenzó a boxear en un gimnasio de Torrero, no lejos de la funeraria, al que acudía cada tarde después del trabajo. Primero hacía media hora de cuerda, luego ejercicios de sombra y un buen rato

de saco, moviéndose y basculando el peso del cuerpo. Por último, peleaba contra su entrenador en un cuadrilátero reglamentario, con baile de pies y juego de cintura, todo con la máxima concentración, como si estuviera jugándose un título importante contra el mismo Perico Fernández.

Después de la ducha volvía a casa con la sensación de haberse ganado un lugar en el mundo, todo el día trabajando en el tanatorio y en su despacho, más el entrenamiento y la pelea final del gimnasio. Su madre lo recibía con los brazos cruzados de impaciencia, sin aprobar que hubiera comenzado a practicar un deporte tan violento, como habría hecho cualquier padre o madre en su sano juicio.

—¿Por qué no vas en bicicleta de montaña o sales a correr por el parque, como todo el mundo? —le decía indignada—. Si quieres ir al gimnasio puedes hacer pesas, pilates o spinning. No es necesario que expongas tu físico de esa manera.

Tristán aparecía de vez en cuando con un moratón en la frente o en la mejilla procedente de algún golpe que había burlado las protecciones del rostro. También sufrió un esguince de muñeca y molestias en los nudillos. Por suerte para él, su madre nunca vio las marcas que dejaban algunos golpes en las costillas o en los pectorales. Después de la ducha, Tristán observaba su cuerpo reflejado en el espejo del baño con la mirada de aplomo del guerrero, contando los moratones como insignias al arrojo y al vigor.

Así es como se sentía.

—Como Miguel de Cervantes, Garcilaso de la Vega o Cyrano de Bergerac, me siento un guerrero y un poeta enamorado, capaz de atacar al enemigo y matarlo con la misma contundencia que muero en cada verso que callo.

Había dejado de acariciar, besar y glosar el cuerpo de Gracia Pardo y se creía un poeta amordazado por el destino, deseando que todo volviera a ser como antes para sufrir el síndrome de verla desnuda una vez más. La echaba tanto de menos que soñaba con ella a menudo, y no solo por las noches. Tenía ensueños de grandeza en los que se veía paseando junto a ella por una calleja oscura del casco viejo, al fondo de la cual aparecían unos maleantes que los cercaban en actitud amenazante. Gracia se aferraba a su brazo, pero él se soltaba con toda tranquilidad para darles su merecido.

—Un croché de derecha por aquí, un gancho a la mandíbula, un directo de izquierda y un swing de nudillos por allá para terminar de espantar a esos malnacidos.

Y luego, por supuesto, llegaba la escena de la reparación de las heridas en una fuente cercana y los certeros besos de Gracia para

curar cada uno de sus rasguños. Todo adornado por la fantasía de la euforia, nada que ver con la realidad, porque lo cierto era que ella seguía evitándolo. Contestaba sus llamadas por educación, pero no aceptaba sus invitaciones para salir a dar un paseo o a cenar. Él seguía yendo por su casa con alguna excusa, a veces solo para saludar a Deli o a Lucas, y Gracia lo miraba entonces con una ceja inquieta, como se mira a quien ha cambiado de alguna manera sin dejar el rastro de ningún cambio. Tristán se mantenía en su peso, vestía tan elegante como siempre, seguía llevando el pelo largo y guardaba sus maneras protocolarias, con ese paso atrás y ese gesto con las manos que recordaba vagamente una reverencia arcaica y ridícula. Lo único que parecía haber cambiado era su mirada, que se había afilado como si tuviera propiedades radiológicas.

Así es como se lo explicó a su madre.

—Sus ojos se han convertido en dos aparatos de rayos X. No sé cómo explicarlo. Tiene la mirada de un salvaje.

Lucas Pardo había decidido llamar por teléfono al vidente que más confianza le merecía, el que no cerraba los ojos, no entraba en trances ni ponía voces cuando conectaba con el más allá.

—Puede verlo aquí.

La escena sucede en el salón de su casa, delante de la televisión, en compañía de su hermana.

—Quiero contactar con mi padre —dice Lucas.

El vidente asiente con una ceja levantada hacia la suspicacia.

—¿Hay alguien más contigo? —pregunta.

—Estoy con mi hermana.

—Dime cómo se llamaba tu padre.

Transcurren un par de segundos.

—Papá —responde Lucas—. También padre.

—¿No recuerdas su nombre? —pregunta el vidente.

Lucas se queda inmóvil mientras el vidente hace un esfuerzo para no desconcentrarse.

—Su nombre es Isidro Pardo —apunta Gracia, cogiendo el teléfono un momento.

—Necesito saber cuándo, dónde y cómo falleció —indica el vidente—. Y espero que tengáis a mano una fotografía suya y un objeto o prenda que soliera llevar.

Lucas chasquea la lengua dos veces.

—No entiendo para qué necesitas una fotografía —dice—. Una

fotografía solo es un trozo de papel.

El vidente trata de evitar un suspiro de impaciencia.

—En ese trozo de papel está la imagen de la persona con la que queremos contactar —dice.

—¿Qué importa la imagen? —exclama Lucas.

—Importa tanto o tan poco como el nombre de la persona. Piensa en la cantidad de gente que se ha ido al más allá. Miles, cientos de miles, millones de personas han muerto y residen allí, todas juntas. Necesito un medio de identificar a la persona que buscamos, de lo contrario no podría escuchar su voz, por eso tiene que haber una fotografía.

Lucas no contesta. Probablemente está pensando que una grabación de su voz sería más útil que una fotografía.

—¿Sigues ahí? —pregunta el vidente, mirando fijamente a la cámara, como si pudiera ver el salón de los Pardo desde el plató de televisión—. Te voy a dar una idea. Si puedes conseguir el documento de identidad de tu padre, tendremos su nombre, una fotografía suya y el objeto que solía llevar. Las tres cosas a la vez. ¿Puedes conseguirlo?

Lucas mira entonces a su hermana y comienza a emitir uno de sus murmullos característicos.

—No sé —dice.

El vidente se despide agitando su mano derecha.

—Tengo que dejarte —se disculpa—. Hay muchas llamadas en espera. Consigue lo que te he dicho y llámame de nuevo.

El murmullo de Lucas se intensifica.

—Hay una isla en la costa dálmata que tiene forma de corazón —dice—. Se llama Galešnjak y forma parte del pintoresco archipiélago de Skoljici.

20

Rita Sanz bajó al trastero de Sagasta 90 a buscar la orla de aquel último año que pasó en el Colegio de La Salle, donde todos los alumnos posaban en blanco y negro por orden alfabético, bajo la atenta mirada del equipo de profesores, inmortalizados en la parte superior. Ella se encontró menos atractiva de lo que recordaba, maquillada sin gracia y con la cara llena de granos. Luego puso un dedo sobre la foto de Andrés Baena, un gesto casi olvidado que, sin embargo, había hecho muchas veces mientras la orla estuvo colgada en su dormitorio.

¿Cómo era posible que un muchacho tan resuelto y brillante hubiera acabado viviendo y durmiendo en la calle? Resultaba inconcebible porque en su recuerdo Andrés rebosaba vida, energía y proyectos, siempre rodeado de su grupo de camaradas incondicionales, como corresponde a un buen líder, con esa sonrisa ancha y generosa que le cubría todo el rostro en un gesto de aplomo de lo más seductor.

Por su parte, Román se informó de los turnos que hacía Rita en el comedor social para poder evitarla. No quería que nadie lo persiguiera hablándole de un pasado que ya no le pertenecía. Varias veces se había encontrado por la calle con rostros de compañeros del colegio o de la carrera, algunos fácilmente reconocibles pese al tiempo transcurrido, y jamás se le había ocurrido la temeridad de detenerse a hablar con ninguno de ellos. Rita no había comprendido que él tenía una nueva identidad. Su físico podía corresponder al de Andrés Baena, pero su nombre era Román Díaz y podía acreditarlo presentando su documentación en regla.

—Aquí estás —exclamó Rita la siguiente vez que se encontraron, sentándose junto a él en la mesa del comedor.

Román la miró de reojo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó sin dejar de comer.

Lo dijo porque era martes.

—He cambiado los turnos —respondió ella, comprendiendo su extrañeza.

Él no dijo nada.

—Lo he hecho porque quiero hablar contigo —añadió Rita.

Román volvió a mirarla, esta vez con la intención de librarse de ella, pero se encontró con una mueca risueña que no esperaba. Y eso lo desconcertó. La mayor parte de la gente lo miraba accidentalmente, sin querer, adoptando un rictus de sorpresa a medio camino entre la empatía, el disgusto y la gravedad, como quien se debate entre mostrarse compasivo o indolente. No estaba acostumbrado a que le devolvieran la mirada con una mueca risueña.

—No tengo nada que decirte —declaró.

—Ya sé que no quieres hablar conmigo —aceptó Rita—. Te he esperado durante dos semanas y solo has venido por aquí los martes y los jueves. Recuerda que en el comedor tomamos nota de todo, así que no fue difícil comprobar que me estabas evitando. Por eso he cambiado los turnos.

A modo de respuesta, él dejó la cuchara sobre la mesa con un suspiro de derrota.

—Quiero saber qué te ha pasado —dijo ella.

—¿Para qué?

—Puedo ayudarte.

Él negó una vez. Y a continuación dos veces más.

—No puedes hacer nada por mí —dijo entre dientes, sintiendo que la sangre le subía a la cabeza.

—Claro que puedo.

Román se levantó sin hacer ruido con la silla y cogió el petate que había dejado en el suelo.

—Tengo un piso vacío desde hace años —dijo entonces Rita, comprendiendo que había llegado la hora de la persuasión—. No hay luz pero sí agua porque es comunitaria. Puedes darte una ducha o usar el baño, si quieres. No está lejos de aquí.

Román se colgó el petate del hombro y se dirigió a la puerta de salida con supuesta determinación, pero Rita comprendió que no iba a marcharse. Solo estaba dejándose llevar por el automatismo de los instintos básicos. Lo supo porque cada paso que daba rumbo a la salida era más corto que el anterior.

Cuando el verano terminó y las piscinas municipales cerraron sus puertas, Matías Llorente tuvo que buscar otro modo de seguir viendo a Deli Redondo al mediodía, siempre con el pretexto de compartir una buena comida. Deli aceptaba sus invitaciones con un ápice de

indecisión, sin entenderse a sí misma.

—Siempre he evitado relacionarme con hombres casados —me confesó—. En la peluquería he tenido muchas oportunidades de hacerlo, pero nunca me han tentado. Son un foco de riesgos y problemas. Con Matías sin embargo me pasa algo que no me había pasado nunca, ni siquiera con mi esposo, cuando vivía.

Presté la máxima atención.

—Cuando estoy con él me siento admirada y deseada a la vez —dijo con un pudor inevitable—. Y no me refiero solo a una admiración física o un deseo carnal, sino a la sensación de ser única e imprescindible, como si la existencia de Matías Llorente dependiera de mí por completo.

Hizo una pausa para agitar las manos.

—No sé si me explico —añadió—. Es como si Matías reviviera cuando está conmigo. El resto del tiempo parece tan ajeno a la vida como los cadáveres con los que convive. Sin embargo, sus ojos cobran vida cuando me miran, atentos a todo, a mis movimientos, a mis gestos, al ritmo de mi respiración o al vuelo de mi cabello. Y eso se traduce en una energía incontenible que se retroalimenta a sí misma y resulta muy contagiosa.

Comenzaron a frecuentar los barrios de la ciudad más lejanos a su entorno habitual. Evitaban comer en Las Delicias, en Torrero o en cualquier lugar del centro. Preferían el barrio de Las Fuentes, San José y otros del extrarradio, como Miralbueno, Santa Isabel o Casetas. A veces se desplazaban a algún pueblo cercano, como Cuarte de Huerva, Villanueva de Gállego o Alfajarín. Nunca iban a bares o restaurantes de centros comerciales.

—No estábamos escondiéndonos —matizó Deli, negando con aparente convicción—, pero tampoco queríamos dar que hablar. Solo éramos dos amigos disfrutando de una comida mientras charlábamos animadamente de los asuntos del día.

Su relación era tan inocente que resultaba sospechosa incluso para ellos mismos, o al menos así lo entendí yo. Prueba de ello era que ni Matías le contaba a su esposa que no menos de tres días por semana comía con Deli, ni esta le decía nada a su hija Gracia.

—No puedo confesar que, justo cuando ella ha terminado su relación con Tristán, yo me he hecho amiga de su padre. No lo entendería. Es más, lo interpretaría como una afrenta, como si quisiera llevarle la contraria.

Y nada estaba más lejos de su voluntad, según dijo, quizá para convencerse a ella misma de que así era.

Tristán Llorente echaba de menos las miradas de envidia y admiración que recibía de otros jóvenes cuando paseaba por la calle en compañía de Gracia Pardo.

—Todos los hombres se vuelven a mirar la armonía de tu figura —le había dicho muchas veces—. Hay algunos que no llegan a verte del todo y tienen que conformarse con admirar la sombra que tu cuerpo va dejando en el suelo.

Lo decía con una sonrisa de satisfacción, orgulloso de caminar junto al centro de tantas atenciones. Nunca sintió celos de esos admiradores anónimos, más bien al contrario, empatizó con ellos, comprendiendo esa mirada inevitable y el suspiro de impotencia que provocan los ensueños inalcanzables.

—Ahora me pregunto si Gracia estará quedando con otros chicos —me dijo, sintiendo el remordimiento de los celos—. Y cuando pienso en esa posibilidad, pierdo la calma y el temple, y me vuelvo una sombra oscura y silenciosa que solo piensa en atizarle más fuerte al saco de boxeo.

Pese a su tendencia a la obsesión, Tristán nunca se había comportado como un celoso compulsivo, al menos durante los meses que duró su relación con Gracia. Jamás tocó su teléfono móvil, ni siquiera cuando sonaba y ella no estaba cerca para atender la llamada. No se le ocurrió rebuscar entre sus cosas, en su bolso, su cartera o su ordenador personal, como leía en internet que hacían los verdaderos celosos.

—He consultado varios tutoriales y blogs de autoayuda que ofrecen consejos para vencer los celos de pareja —admitió sin pensar que una confesión así podría ofenderme—. Comprendo que los celos demuestran la debilidad de quien los padece y no son ninguna garantía de afecto hacia la otra persona, pero cuando pienso que otro hombre puede estar acariciando el cabello de Gracia, su cuello, sus hombros o sus muslos, siento una fuerza animal que me impide comportarme como un ser humano.

Mientras duró su relación, Tristán nunca había hecho planes sin contar con ella. No había idea ni proyecto que mereciera la pena si Gracia no estaba incluida en él, por atractivo que pareciera a simple vista. Tristán nunca quedaba con amigos o familiares, ni salía con los operarios de la funeraria, que tomaban una cerveza los viernes por la tarde para celebrar el fin de semana. Todo lo que hacía después del trabajo era coger el coche y salir zumbando para reunirse con ella en su casa o en el lugar donde hubieran quedado.

—Ahora solo me queda el combate cuerpo a cuerpo —añadió con ínfulas de guerrero—. Tal es así que he decidido federarme y disputar

mis primeras peleas como *amateur*.

Nada de lo que había sucedido respondía a un plan determinado ni a una estrategia legal, sino más bien a la aleatoriedad de la suerte, en concreto de la mala suerte. Simplemente, llegó el momento en que Andrés Baena comprendió que debía ausentarse del presente para beneficio de todos.

—Quería que mi hija estudiara en la Universidad de Navarra y que luego hiciera un máster en el extranjero, de modo que tuve que quitarme de en medio. Estaba en busca y captura. En cualquier momento podía ser detenido por la policía y perder el poco patrimonio que me quedaba, justo el que había reservado para asegurar el porvenir de mi familia.

Mientras Andrés se daba una ducha, Rita Sanz había bajado a la calle a comprar los cafés y los sándwiches que estaban compartiendo en la mesa de la cocina.

—Por eso, la noche que encontré a Román Díaz muerto en la estancia que compartíamos en el antiguo cuartel de Pontoneros, decidí intercambiar nuestras identidades. No fue nada difícil. La vida en la calle nos hace a todos iguales o muy parecidos. Román era un poco más bajo y algo más delgado, pero tenía los ojos hundidos, el pelo largo y la barba desarreglada, como yo.

—Como tú, pero dos tallas menos —comentó Rita, señalando las mangas de la camisa que se había quitado.

—No sé por qué le cambié la ropa —admitió Andrés—. Tal vez habría sido suficiente con cambiarle la documentación, pero no quise dejar cabos sueltos por si Isabel o mi abogado tenían que identificar el cadáver. Desvestí al pobre Román Díaz, lo vestí con mi ropa y yo me puse la suya. También le coloqué mi anillo de bodas. Y le quemé las yemas de los dedos con un mechero.

Rita se sorprendió al escuchar lo que consideró un detalle a la vez macabro y necesario. Andrés estaba sentado frente a ella, con el pelo mojado, mostrando un recuerdo lejano de su belleza juvenil.

—A los dos días encontré en el periódico la esquela que anunciaba mi fallecimiento y los detalles de mi entierro —añadió él, señalando el petate que había dejado en el suelo—. Todavía la guardo entre mis cosas.

—Tu mujer y tu hija creen que has muerto —dijo Rita, tratando de no cargar su pregunta con una entonación inculpatoria.

Andrés asintió con los labios apretados, que es como se asiente

cuando no queda otro remedio.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —dijo, retirándose del rostro un mechón de cabellos.

Ambos guardaron silencio.

—Puedes quedarte a pasar la noche, si quieres —dijo Rita, levantándose de la silla—. No hay camas, pero en el salón hay un sofá.

Ya le había contado que había vivido en ese piso durante los primeros años de su matrimonio, junto a su esposo y su hijo.

—No quiero causarte molestias —respondió Andrés.

—El piso está vacío —insistió ella, señalando con un dedo hacia su derecha—. El único problema es que mi suegro vive justo enfrente. Es mayor y está un poco sordo, pero es mejor que no hagas ruido.

Andrés asintió, consciente de que no podía dejar escapar una oportunidad como esa.

—También te pido que si alguien llama a la puerta, no abras —añadió Rita—. No conviene que te vea nadie.

—Sigo en busca y captura —alegó él, encogiendo los hombros para que ella comprendiera el riesgo que estaba corriendo—. Mis delitos todavía no han prescrito.

Pero Rita negó convencida.

—El hombre que buscan murió en el cuartel de Pontoneros con las yemas de los dedos quemadas —dijo.

Y sonrió fugazmente. Le habría gustado acercarse a él para cortarle el pelo y afeitarle la barba, tratando, quizá inútilmente, de que se pareciese a aquel compañero de clase del que estuvo enamorada durante todo el curso, el que figuraba en la orla de su promoción. Tal como estaba en ese momento, con esas greñas retorcidas y esa mirada inquieta, parecía un salvaje.

El abuelo Cosme aplaudió la decisión que había tomado su nieto y le prometió que iría a verlo boxear algún día, aunque Tristán le aclaró que los primeros combates serían a puerta cerrada en el gimnasio donde se entrenaba.

—Son peleas entre miembros del club.

El abuelo le pedía que hiciera allí mismo unos ejercicios de sombra para evaluar su estilo. Y Tristán no se hacía de rogar. Se quitaba la camisa y se ponía a lanzar golpes al aire del salón, guardando siempre un puño a la defensiva y cuidando el juego de pies, consciente de que su abuelo iba a fijarse en todos los detalles.

—Eso está bien —le iba diciendo el anciano—. Eleva la línea de

pegada. No te encojas. Respira y relaja los hombros. Echa el peso hacia delante.

Y cuando el ejercicio terminaba, llegaban los comentarios finales.

—Te falta confianza con el puño izquierdo, pero es normal si eres diestro. Cuando lanzas el croché de derecha, pierdes pie y tu equilibrio se resiente. Por lo demás, eres rápido y tienes buena planta. No sabes lo que daría por volver a ser joven, fuerte y ágil como tú.

Tristán aceptaba el cumplido con una sonrisa de melancolía, dando a entender que podía ser fuerte y ágil, pero eso no compensaba la desdicha que le producía la indiferencia de Gracia. En realidad, visitaba a su abuelo para que alguien le prestara un poco de atención. O eso decía él. No había que descartar la posibilidad de que hubiera comenzado a boxear para agradar a su abuelo, una vez asumido que sus padres se habían alejado de la vida hogareña, cada uno enfrascado en sus nuevos pasatiempos.

—Nunca había pasado tanto tiempo a solas en casa —llegó a confesarme Tristán en una de nuestras sesiones.

Su padre solía pasar la mañana en su despacho de la funeraria, pero a la hora de comer desaparecía sin dejar rastro y no volvía a verlo hasta la noche. Y su madre lo mismo.

—Pasa más tiempo en el comedor social que en casa, así que todos los días debo comer yo solo, aburrido delante de la televisión, deseando que llegue el momento de volver al trabajo y al gimnasio.

Allí, en el cuadrilátero, después de haber calentado y golpeado el saco, era donde todo recuperaba su sentido.

—Un ring de boxeo es un universo en sí mismo —me respondió, cuando le pregunté por qué decía eso—. Hay esquinas, lados, ángulos y diagonales que se cruzan en el centro y se reflejan entre sí.

Hablaba como si la realidad fuese un ejercicio de geometría euclidiana.

—Dentro del ring sé dónde estoy, dónde está mi enemigo y dónde está la persona que se interpone entre nosotros —continuó diciendo—. Es un sistema de referencia cartesiano con sus ejes de abscisas y de ordenadas, igual que un crucigrama, un gráfico o una hoja de cálculo.

No se lo dije pero, pese a su minuciosa retórica, solo estaba describiendo una zona de confort como otra cualquiera.

21

Un día de lluvia sucedió lo inevitable. Deli Redondo y Matías Llorente salieron del restaurante donde habían comido y tuvieron que echar a correr hasta el coche.

—No llevábamos paraguas.

Se habían tomado una botella de vino entre los dos y todo comenzaba a parecerles gracioso.

—Incluso entrar en el coche chorreando agua.

Matías creía que la culpa de lo que había sucedido la tenía el agua de lluvia, precisamente.

—Volví a ver las gotas de agua acariciando su piel —me confesó —. Recuerdo una en especial que resbaló desde su flequillo, recorrió el lateral de su ojo izquierdo y, después de haber rebasado la mejilla, fue a parar a la comisura de los labios.

Fue una visión hipnótica que le dio fuerzas para cruzar la frontera de lo intachable.

—No pude hacer otra cosa —afirmó convencido—. Actuaba como si fuera otra persona y ni siquiera estoy seguro de que fuera yo quien elevó la mano derecha y la colocó en el lateral de su cuello para atraer su rostro hacia el mío y dejar que nuestros labios se encontrasen en un beso pasado por agua. Fue un acto natural, no sé cómo explicarlo. Fue el beso que acostumbran a darse un hombre y una mujer que llevan muchos años juntos.

Pese a que la describía con todo detalle, tenía un recuerdo borroso de la escena.

—Algunos momentos se recuerdan como si fueran deseos que nunca se han cumplido —dijo, pensando en voz alta—. Y así es como recuerdo aquel primer beso. Ella tenía los ojos cerrados. Yo no. Quería verlo todo.

Entonces comprendí que su recuerdo era así de borroso porque estaba demasiado cerca del rostro de Deli, una simple cuestión de distancia focal.

—Fue un beso largo, de esos que se dan los adolescentes cuando tienen toda la tarde por delante y no piensan llegar más lejos —

explicó Matías—. Lo digo porque un beso puede ser un medio o un fin. Aquel día fue un fin, por eso duró tanto tiempo. En realidad, fue un beso detrás de otro, lubricados por el agua que seguía cayendo de sus cabellos. Yo me sentía sediento como cuando era niño, abría la nevera y sacaba una botella de refresco. Igual que entonces no podía dejar de beber.

Asentí y tomé una nota en mi cuaderno. Era evidente que Matías Llorente tenía un problema con los líquidos.

—Luego nos miramos —añadió suspirando hondo—. Mucho rato y sin decir nada. Sin sonreír ni gesticular. Casi sin pestañear.

Lo que no mencionó en ningún momento es que todo eso sucedió en el interior de un coche fúnebre.

Andrés Baena apenas podía creer que volviera a dormir bajo un techo, en un piso que no tenía todas las comodidades y no podía considerarse un hogar, pero que tampoco era un cuartel abandonado, un banco del parque o la rampa de un garaje. En realidad, la primera noche que pasó allí, en el piso vacío del Pasaje de los Giles, no pudo pegar ojo. Llevaba demasiado tiempo durmiendo con una parte de su cerebro en modo alerta como para relajarse en medio de aquel rotundo silencio. Le faltaba el destello luminoso de un coche transitando de madrugada, los pasos errabundos de un noctámbulo volviendo a casa o los ronquidos de Quimi durmiendo a su lado. No tuvo más remedio que recoger sus cosas y volver a la rampa de la calle Albareda para ocupar su puesto entre los demás vagabundos, abrazado a su petate y con los pantalones sirviéndole de almohada.

A la mañana siguiente Rita Sanz llegó a su antiguo hogar con dos bolsas llenas de comida, objetos de aseo personal y un pequeño botiquín. Llevaba también dos cafés recién hechos y una bolsa de cruasanes para desayunar con Andrés antes de ir al comedor del Carmen, pero el piso estaba tan vacío como de costumbre.

—Me quedé sentada en el sofá, mirando a la pared —me contó imitando esa postura—, sin poder creer que se hubiera marchado.

Lanzó un resoplido de derrota.

—Hacía tanto tiempo que no me sentía ilusionada por algo —exclamó sonriendo—. No podía creer que hubiera perdido a Andrés justo cuando acababa de recuperarlo.

Pensó en bajar a la calle y comenzar a buscarlo, llamándolo a gritos si era necesario, pero en ese momento él llamó a la puerta.

—Me explicó que no había podido dormir en el sofá y que,

además, no quería perder el sitio que le correspondía en la rampa donde dormía cada noche, por si yo cambiaba de parecer.

Y ella se conmovió al escuchar ese argumento.

—Te haré copia de la llave del piso y del portal —dijo con resolución—, así podrás entrar y salir cuando quieras. No eres un prisionero, aunque conviene que seas lo más invisible que puedas.

Acordaron que no debía subir ni bajar las persianas, caminar calzado por la casa ni ducharse a deshora. Lo mejor era hacerlo a primera hora de la mañana, coincidiendo con la mayoría de los vecinos. Andrés creyó que debía exponer sus objeciones.

—Si alguien me encuentra aquí y se entera de quién soy de verdad y por qué me escondo, tú podrías meterte en problemas —le dijo a Rita mientras se tomaban el café.

Ella sonrió con media boca.

—Hace años que estoy metida en problemas.

—Te estoy hablando de problemas legales —insistió él.

Y ella elevó los hombros para demostrar su indiferencia, en actitud resuelta y audaz, como si quisiera retar al mundo entero y a las leyes que lo gobiernan. Esa misma tarde compró una alargadera de varios metros para conducir la electricidad desde el piso del abuelo Cosme hasta el 1.°B.

—Pasaremos el cable por la galería —dijo señalando hacia la cocina—. Lo tensaremos y parecerá una de las cuerdas de tender. Nadie se dará cuenta de nada y podrás, al menos, calentarte la comida. El cable es lo suficientemente largo como para llegar hasta el microondas.

También llevó una estufa de aire caliente, una manta eléctrica, un calentador de agua y una caja con infusiones y café soluble.

—Lo que no hay es nevera —añadió como si se excusara—, pero no te preocupes porque te iré trayendo comida fresca.

—No tienes que venir todos los días —dijo Andrés.

Ella asintió sin mirarlo.

—Vengo a ver al abuelo —respondió, abriendo uno de los armarios de la cocina—, así que no me cuesta nada pasar a verte. Si un día no estás, porque te has ido a dar una vuelta o lo que sea, te dejaré lo que haya comprado en este armario. No conviene que haya nada sobre la encimera ni en la mesa de la cocina. El abuelo tiene llaves de este piso y, aunque no suele venir por aquí, nunca se sabe.

Andrés dejó de acudir por las noches a la rampa de la calle Albareda. Fue una decisión difícil de tomar, más trascendente de lo que parecía a simple vista. A partir de entonces comenzó a acostarse más tarde de lo normal y dejó de madrugar. A veces, Rita lo

sorprendía durmiendo a las diez de la mañana, como si estuviera recuperando las horas de sueño atrasado. Solían desayunar juntos y luego, cuando Andrés volvía a quedarse solo, se sentaba a leer los libros que se habían quedado olvidados en el salón. Algunos procedían de una entidad bancaria de la ciudad, que solía celebrar el Día del Libro regalando una novela exitosa a sus clientes. También había cómics que habían pertenecido a Tristán y ejemplares de *Selecciones del Reader's Digest* de los años ochenta.

Algunas tardes, Andrés se veía con Quimi en su banco de la plaza de los Sitios. Charlaban y se ponían al corriente de sus cosas, pero Andrés nunca le dijo dónde pasaba las noches.

El abuelo Cosme no llegó a enterarse de que tenía un vecino de rellano hasta el último día de su vida, y ni siquiera entonces supo que se trataba de alguien tan cercano. Rita Sanz los visitaba cada día después de haber hecho la compra y haber separado en la cocina del 1.°B lo que era para uno y para otro.

El abuelo seguía enfrascado en sus lecturas de siempre, ajeno al presente, sosteniendo que solo quería dedicarse a recordar, a releer y a revivir.

—Si tuviera mejor pulso, escribiría mis memorias —decía—, no porque quiera que nadie las lea, sino como un medio para volver al pasado antes de que lo olvide y me convierta, como tantos ancianos, en un viajero perdido en el tiempo.

Y cuando Rita le pedía que no exagerase, él argumentaba que la identidad de una persona residía íntegramente en su memoria.

—¿Dónde si no?

De modo que, si se perdía la memoria, la identidad personal se resentía hasta alcanzar el punto culminante de la vida.

—Que es cuando uno no sabe quién es ni quién ha podido ser.

—¿Y entonces? —preguntó ella.

—Entonces, si has escrito tus memorias, es el momento de comenzar a leerlas. O de que alguien te las lea en voz alta.

Rita dejó de llevarle el periódico a diario, como solía hacer. En vez de eso lo dejaba encima de la mesa de la cocina del 1.°B para que Andrés pudiera leerlo. Le habría gustado también coger la televisión del abuelo y trasladarla al piso de enfrente, pero no se atrevió a tanto. Lo que sí hizo fue mezclar la ropa de ambos en la lavadora. Y tenderla toda junta, segura de que el anciano no iba a recogerla ni a fijarse en ella.

Andrés había llevado pocas prendas, todas muy usadas y descoloridas, algunas ni siquiera de su talla, así que Rita le fue comprando un poco de todo, pantalones, camisas, jerséis y chaquetas de punto, ropa interior, calcetines, zapatillas y pequeños complementos como un cinturón, una gorra o unas gafas de sol. También le pasó algunas cosas de casa del abuelo, entre ellas un batín de seda sin estrenar, unas pantuflas y un par de pijamas.

—No sé si quieres vestirme o disfrazarme de otra persona —le dijo él.

Pero lo hizo resignado a su suerte, esta vez no tan esquiva como la de los últimos años, y dejó de protestar cuando veía llegar a Rita cargada con prendas y complementos para él. Nunca preguntó de dónde procedían. Podían ser cosas recién compradas, venir del ropero de la parroquia o de casa de Rita. Ni siquiera descartaba la idea de que ella lo estuviera vistiendo con el vestuario de su marido, como si, en efecto, quisiera disfrazarlo de otra persona.

—Mi padre se llamaba Isidro Pardo Gómez —dice Lucas en la siguiente grabación.

El vidente eleva las cejas un segundo, reconociendo la particular forma de hablar del espectador, con sus vocales alargadas, su entonación automática y su rotacismo de las erres.

—Tengo su documento de identidad —añade Lucas—. Fue expedido el 6 de marzo de 1998.

El vidente asiente y pregunta.

—¿Tienes alguna prenda u objeto que llevara habitualmente, además de su documento de identidad? —dice.

—Llevo puesto su cinturón.

—Solo me falta saber cómo murió tu padre.

Lucas tarda unos segundos en responder. No se ve en la imagen, pero me lo imagino comenzando a balancearse en el sofá.

—Tuvo un accidente y subió al cielo —responde.

—¿Qué clase de accidente?

—Un accidente de tráfico —apunta Gracia, aproximándose al teléfono.

El vidente cierra los ojos para concentrarse.

—De acuerdo —dice—. Ahora quiero que mires fijamente la foto de tu padre que hay en su documento de identidad mientras sujetas el cinturón y piensas en él.

Se ve entonces cómo el vidente alza las manos y muestra las

palmas a la cámara, mientras suspira muy hondo. Lucas comienza entonces a emitir su murmullo característico. La acción se mantiene inalterada durante más de un minuto. Luego el vidente abre unos ojos inexpresivos que apenas mueve. Parece un sonámbulo palpando con las manos para ubicarse.

—No lo encuentro —dice en voz baja, hablándose a sí mismo.

Lucas deja de emitir el murmullo. El vidente arruga el entrecejo y niega con un gesto de decepción.

—No está —repite—. No está.

Y de nuevo cierra y abre los ojos para enfrentarse a la cámara.

—Lo siento, no he encontrado a tu padre.

Tampoco hay rastro de Lucas. No murmura ni reacciona de ninguna manera. Me lo imagino recreando mentalmente alguno de sus itinerarios por Google Maps.

—Es algo que sucede algunas veces —añade el vidente, juntando las manos—. No sé explicarte por qué. Puede que no hayas mirado la foto con la suficiente intensidad o quizá ese cinturón que llevas no era de tu padre. Te ruego que me llames otro día y volvemos a intentarlo.

Y la grabación termina.

Tristán de la Jungla fue el nombre que eligió para boxear. No era obligatorio ponerse uno, pero es difícil resistirse a la épica de los nombres propios, especialmente si aspiras a ser un guerrero y quieres dar pie a la leyenda. El torneo en el que iba a participar era en realidad un encuentro entre gimnasios de la ciudad para motivar a los chavales y sus entrenadores, pero se organizó como una competición profesional, con patrocinadores, árbitros y la presencia de espectadores en graderíos móviles.

Tristán Llorente no dijo nada en casa. El único que sabía que iba a disputar su primer combate de boxeo era su abuelo, e incluso a él le contó una versión minimizada, quitándole brillo al evento, como si fuera un entrenamiento.

—Pero no lo era.

Se había entrenado a fondo para tener opciones de victoria.

—No solo entrenamiento físico y técnico —me explicó cuando todo pasó—. También mental y estratégico, sin descuidar la dieta y el peso.

Tristán había estado tomando el sol en la terraza de su casa para verse bronceado con sus calzones y sus guantes.

—Quería salir guapo en las fotos —dijo con una sonrisa forzada,

como si bromease.

Y me enseñó unas cuantas que llevaba en el móvil, en las que, en efecto, se apreciaba un buen color en su torso, sus brazos y sus piernas. Se enfrentó a un *amateur* de su categoría procedente de un gimnasio del barrio de La Magdalena.

—No se había puesto aún nombre de guerra, pero era asequible.

Ganó a los puntos.

—Me habría gustado noquearlo —admitió apretando los dientes —, pero es difícil llegar a ese extremo si boxeas con protecciones en la cabeza.

Ganar su primer combate le sirvió para convencerse de que en la realidad había espacio para la ficción.

—Cuando estoy en el ring tengo la sensación de estar protagonizando una película en blanco y negro.

La noche de su primera victoria pensó en ella.

—En Gracia Pardo —matizó, por si yo creía que se refería a Maureen O'Sullivan—. Me la imaginé esperándome en la cama, recostada con las piernas simétricamente dispuestas, las rodillas dobladas y las caderas alzando su porte desde el perfil de los muslos hasta la hondura de la cintura. Y entonces, no sé por qué, quizá porque acababa de pelearme con otro macho de mi especie, me dejé llevar por los impulsos más básicos y tuve ganas de acostarme con ella, con Gracia, no una vez sino varias, y aspirar así a la inmortalidad, una vez que ya había conseguido la gloria.

No había ningún pudor ni recato en sus confesiones, sin duda porque Tristán Llorente creía firmemente en el principio de confidencialidad entre el terapeuta y su paciente.

—Me sentí el rey del mundo animal —añadió abriendo los brazos —, una sensación indómita que solo puede provenir de la fuerza bruta, de la agresividad y de los instintos más primarios de la biología.

Posteriormente y mientras yo me entretenía repasando las particularidades y posibles excepciones de ese principio de confidencialidad, él ganó dos combates más y lo ascendieron de categoría.

22

Los besos dejaron de ser un fin y se convirtieron en un estímulo inevitable para provocar las caricias primero y los abrazos después. Deli Redondo y Matías Llorente tuvieron que buscar un hotel retirado del centro donde poder verse, una vez acordado que no podían pasarse media tarde besándose como dos adolescentes en el interior de un coche fúnebre, por muy descampado que fuera el lugar elegido para estacionarlo.

La primera cita no fue fácil de organizar. A ciertas edades la clandestinidad no es una motivación sino un obstáculo. Y así lo fue para Deli, que no pudo evitar un respingo de fastidio cuando llegó a la recepción del hotel unos minutos después que Matías.

—Parecemos personajes sacados de una novela negra —dijo al entrar en la habitación.

Matías había pensado en comprar una botella de cava o de vino, un poco de alcohol para mitigar el pasmo de verse por fin a solas. Si no lo hizo fue precisamente porque no quiso que la escena pareciese la réplica de una novela o una película. En todo caso, no compartió estas inquietudes con Deli cuando la recibió. Se limitó a ayudarla a quitarse el abrigo y el vestido.

—Creo que se vistió para que pudiera desnudarla fácilmente —me confesó.

Y esbozó una sonrisa antes de seguir hablando.

—De nuevo me encontraba ante aquel prodigio de la naturaleza —dijo en un susurro, como si estuviera contándome un secreto—. No había vuelto a contemplar el esplendor de su cuerpo desde la última vez que estuvimos en la piscina de la Ciudad Jardín. Su piel conservaba todavía parte del bronceado del verano. Quizá por eso estaba templada y acariciarla era más que un placer, una terapia.

Tuve que levantarme a buscar un poco de agua, preguntándome por qué algunos pacientes se empeñaban en describir sus vivencias con tanto lujo de detalles. Tal vez creían que eso me ayudaría a comprender mejor sus sensaciones, sus emociones y su más que segura frustración posterior.

—Nunca me había excitado como aquella tarde —añadió.

No parpadeé.

—Deli no tuvo que quedarse inmóvil para estimularme. Más bien al contrario, sus movimientos fueron la prolongación natural de su cuerpo, una danza entre sábanas que resultó elegante y a la vez seductora. Yo, en cambio, me movía con dificultades, sin encontrar la postura ni el modo de calmar mi desazón. Llegué a creer que estaba borracho y me perdí en todas las dimensiones posibles. No sabía dónde estaba. Ni quién era.

Nunca había tenido un paciente que se hubiera perdido en la cama de un hotel.

—Entonces comprendí que durante años había vivido sin pulso, sin vigor y sin arrebatos de pasión —concluyó, cabeceando para darse la razón—. Fui un ser anestesiado por el ambiente fúnebre que me rodeaba. Estuve muerto. Y aquella tarde, en aquel pequeño hotel anónimo, volví a nacer y regresé al mundo convertido en otra persona.

La primera vez que Andrés Baena salió a la calle con la barba y el pelo recortados y la ropa que le había comprado Rita Sanz, tampoco se reconoció a sí mismo. Ya no era el indigente que ella había encontrado en el comedor social, ni tampoco el hombre de negocios que había sido durante años. Era posible que se hubiera convertido en otra persona y quizá por eso Rita le propuso dar un paseo hasta el cementerio de Torrero con la intención de visitar su tumba.

—Visitar la tumba de uno mismo —repitió ella, mirándome a los ojos cuando me lo contó.

Yo parpadeé varias veces para expresar mi asombro.

—Imagínese lo que eso significó para Andrés —añadió muy seria —. Fue como estar dentro y fuera del ataúd al mismo tiempo, vivo y muerto, convertido en dos personas homónimas, pero distintas, capaces de desdoblarse y sobrevivirse la una a la otra.

Esbozaba una sonrisa que me hizo sospechar. Quizá solo estaba divirtiéndose a costa de mi asombro.

—Encontramos la lápida enseguida porque los cementerios son lugares cartesianos donde los muertos se colocan por orden cronológico —dijo—. Así que la lápida estaba en el lugar que le correspondía. Era de mármol oscuro y contenía el nombre de Andrés Baena, su fecha de nacimiento y la fecha de defunción de Román Díaz.

Traté de visionar la escena. Un hombre delante del nicho donde se supone que yace su cuerpo muerto, como un espectro que ha vuelto

al mundo de los vivos.

—Lo que no esperaba era que Andrés se emocionara —dijo ella con un mohín de compasión—. No llegó a derramar ninguna lágrima, pero sus ojos estaban húmedos de pena y de rabia. Y seguro que estaba maldiciendo en silencio el capricho del destino y la mala suerte que había tenido.

Después visitaron la tumba de la madre de Rita y entonces fue ella quien no pudo contener las lágrimas.

—Me sentía como una adolescente ilusionada que regresa a casa acompañada de un amigo para presentárselo a su madre. Mira, mamá, este chico tan guapo es Andrés, un compañero de clase.

Y finalmente dieron un paseo por la parte vieja del cementerio, donde están las tumbas más solemnes y artísticas, como la de Miguel Fleta, Pilar Bayona o Joaquín Costa.

—Apenas hablamos —detalló Rita—, pero creo que aquel paseo nos unió más que cualquier conversación previa, seguramente porque no sentimos la necesidad de hablar para evitar la incomodidad del silencio.

La miré por encima de las gafas para que viera mis ojos al desnudo.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —dije.

—Porque hacía tiempo que no me sentía tan bien.

—¿Y eso es un problema?

Ella resopló desarmada.

—Solo es un problema cuando pienso en Matías —dijo, negando con la cabeza—. Se pasa el día trabajando, y cuando llega a casa, está tan cansado que todo lo que hacemos es sentarnos delante de la televisión, como dos espectadores anónimos que hubieran coincidido en un cine. Hace tiempo que no hablamos y el silencio es cada vez más audible entre nosotros.

—¿Por qué no prueba a hablar con él en otro lugar?

Ella abrió a la vez las manos y los ojos.

—¿Dónde? —dijo—. Está todo el tiempo en la funeraria.

—Vaya a buscarlo allí —propuse.

—No quiero molestarlo.

—Invítelo a comer o a dar un paseo por los alrededores.

Tristán de la Jungla ganó los siguientes combates que disputó exhibiendo un estilo clásico y depurado, con el punto justo de técnica, beligerancia y plasticidad, tal y como sostenía su entrenador y algún

ojeador que acudía al gimnasio.

—Tienes una derecha noble que golpea solo cuando debe, sin forzar las fintas y los amagos, como la de un verdadero campeón.

Los combates se grababan en vídeo y Tristán se los enseñaba a su abuelo en su teléfono móvil cuando iba a visitarlo. El anciano le hacía detener la imagen de vez en cuando para señalar algún detalle sobre la posición de los pies, la flexión de las rodillas o la mejor forma de encajar tal o cual golpe.

—Siento no poder ir a verte boxear —le decía.

Tristán prefería estar solo en el ring, sin más ataduras que las de su entrenador y su gimnasio. No quería ver por allí a su abuelo ni mucho menos a sus padres. Asunto bien distinto habría sido encontrar en el graderío a Gracia Pardo, sentada en una discreta segunda o tercera fila, debatiéndose entre la admiración, el estupor y puede que el reproche.

—He canalizado mi frustración a través de la fuerza bruta —declaró Tristán en otra de nuestras sesiones.

—¿Y crees que eso es reprobable? —le pregunté.

Él sonrió sin ganas.

—Sería reprobable si fuera repartiendo puñetazos por la calle, pero lo hago en un lugar concebido para eso mismo, siguiendo el reglamento y el protocolo de una actividad deportiva.

—Entonces, ¿no es reprobable?

—No lo sé —admitió él, creyendo que yo era quien debía resolver el enigma—. Sé que hay otros medios para canalizar la frustración.

Asentí y tomé el mando de la conversación.

—Dime en qué o en quién piensas cuando golpeas a tu adversario —dije.

Él hizo un gesto evasivo, como si no supiera qué contestar.

—Pienso que mi adversario es Eduardo, el exnovio de Gracia —dijo suspirando—. Creo que han vuelto a verse y no puedo soportarlo.

—Dime por qué —le pregunté—. ¿Por qué no puedes soportarlo?

Él tardó unos segundos en contestar.

—Despertarse junto a una mujer como Gracia Pardo y ver sus párpados hinchados de sueño —dijo con intención enumerativa—, acariciar su cuerpo como si fuera una estatua intocable en un museo, caminar a su lado acompasando el ritmo de los pasos al movimiento de su melena, besarla en cualquier parte, en un instante inesperado y tan fugaz que apenas puede recordarse, inspirar el aire que ella espira y dormir al calor de su cuerpo es un privilegio reservado a unas pocas personas en el mundo. No sé exactamente a cuántas, pero estoy seguro de que son muy pocas. Yo fui una de ellas, tuve esa suerte infinita, y

no es fácil soportar la idea de no serlo más, mucho menos si otra persona está gozando de ese privilegio. Por eso, cuando pienso en ellos, en Eduardo y Gracia, siento una rabia intestina, agria y tan impetuosa que solo aspiro a librarme de ella desplegando el brazo y lanzando uno de mis golpes de derecha contra el mentón o la mejilla de mi contrincante en el ring. Y si por casualidad fallo el golpe, siento aún más rabia y la siguiente vez que lo ejecuto, lo hago con más precisión y puntería. Y la siguiente con más todavía, sin desgastarme de ninguna manera, como si cada golpe fuera el primero que doy, el único.

Se quedó mirando el suelo de la consulta, como si se avergonzara de lo dicho.

—Por eso gano todos mis combates —añadió asintiendo—. Mientras Gracia se vea con otros hombres, yo seré invencible en el ring.

En la última grabación se vuelve a escuchar la voz monótona de Lucas Pardo dirigiéndose al vidente de la televisión a través del teléfono.

—Esta vez he traído uno de sus trajes —dice sin mencionar su nombre ni dar ninguna otra explicación.

—¿Eres el chico que quiere contactar con su padre? —pregunta el vidente reconociéndolo.

Y Lucas asiente.

—¿Estás tocando el traje con las dos manos?

—Lo llevo puesto.

La cámara deja de enfocar la pantalla de la televisión para dirigirse hacia Lucas y mostrar que, en efecto, va vestido con un traje gris oscuro que le queda grande.

—Ahora mira fijamente la foto de tu padre —dice el vidente.

Luego inspira profundamente, preparado para volver a intentar la conexión con el más allá.

—Recuérdame su nombre.

—Isidro Pardo.

Se escucha el murmullo de Lucas.

—Recuérdame también cómo murió —dice el vidente cerrando los ojos.

—Sufrió un accidente de tráfico.

Transcurren unos segundos de expectación.

—¿Lo encuentras o no? —se escucha decir a Lucas a punto de perder la paciencia.

El vidente no responde. Solo mueve los ojos por debajo de los párpados como si estuviera soñando.

—No lo he visto —dice abriéndolos.

Y Lucas deja de murmurar.

—Había mucha gente —prosigue el vidente—. He visto hombres y mujeres de todas las edades y todas las razas, pero nadie coincidía con los datos que me has dado. ¿Estás seguro de que el traje que llevas es suyo?

Lucas mira su atuendo y asiente convencido.

—¿Seguro que estabas mirando su foto?

Por toda respuesta, Lucas muestra el carnet de identidad a la televisión. Luego reacciona y lo muestra a la cámara, como si el vidente pudiera verlo.

—¿El nombre de tu padre era solo Isidro? —insiste este—. Quizá tenía un nombre compuesto.

Lucas se dirige a la cámara para preguntar a su hermana.

—Solo Isidro —confirma ella, señalando el carnet de identidad.

El vidente asiente entonces desde la pantalla.

—En ese caso —dice sin pestañear—, solo hay un dato inexacto y es la forma de morir.

—Mi padre sufrió un accidente de tráfico —repite Lucas.

Y el vidente niega con la cabeza.

—Eso es lo que te han dicho, pero no es así.

23

Uno de aquellos días, a última hora de la mañana, Andrés Baena le pidió a Rita Sanz que lo acompañara a la plaza de Los Sitios.

—Quiero enseñarte algo —le dijo.

Ella se dejó llevar sin disimular el estremecimiento que sentía cada vez que él abandonaba su parquedad expresiva para proponerle algo. Unas veces era un quiero enseñarte una cosa, otras un quiero llevarte a tal sitio y otras un quiero que sepas esto o aquello. Aquel día se sentaron bajo la fronda de un plátano de sombra, sin que Rita pudiera imaginar que se trataba del mismo banco donde Román solía quedar con Quimi. Tampoco sabía que Andrés pensaba algunas veces en la posibilidad de invitar a su amigo a pasar la noche en el piso vacío. Si nunca se lo propuso a Rita fue porque no quería aprovecharse de ella ni comprometer sus recién adquiridos privilegios.

—Mira.

Como cada día a esa hora, Sandra había salido del portal de su oficina para comprar una bebida fría y un sándwich y sentarse en un banco próximo al quiosco de las flores.

—Es mi hija —dijo Andrés.

Rita la miró primero a ella y luego a él.

—Es abogada de familia y trabaja en un bufete que tiene sus oficinas ahí mismo —continuó diciendo Andrés sin devolverle la mirada—. Hace jornada continua y sale a comerse un sándwich todos los días a esta hora. He venido a verla muchas veces.

—¿Alguna vez has hablado con ella?

Entonces sí, las miradas se cruzaron bajo la sombra del plátano. Andrés estuvo a punto de recordarle que estaba muerto y no podía aparecer así, sin más, recién llegado del más allá, pero no llegó a hacerlo porque Rita se desdijo aleteando con las manos.

—Ni siquiera sé si me reconocería —respondió él.

Y se ajustó las gafas de sol, como si quisiera cambiar de tema, o eso es lo que creyó Rita, profundamente conmovida por aquella declaración de inexistencia que explicaba tantas cosas, como por ejemplo que él no se hubiera ido a vivir a otra ciudad donde nadie

pudiera reconocerlo.

—¿Y tu esposa? —le preguntó.

—Querrás decir mi viuda.

Rita asintió con una mueca de indulgencia.

—Hará un par de años que volvió a casarse —respondió Andrés.

—¿Cómo te enteras de esas cosas?

—Me avisó un primo mío e incluso asistí a la boda. Se casaron en los juzgados en presencia de poca gente, sin vestidos nupciales ni coches con flores. Luego se fueron a celebrarlo a un restaurante del centro. Lo vi todo desde la distancia.

Rita levantó un dedo antes de preguntar.

—¿Y cómo te sentiste?

—Muy hambriento —respondió Andrés.

—Hablo en serio. ¿No sentiste celos?

—Hacía tiempo que había perdido a Isabel —negó él—. Nuestra relación pertenecía al pasado y los celos son cosa del presente.

Matías Llorente se presentó en mi consulta para manifestar su incredulidad por lo que estaba sucediendo.

—Deli Redondo es como una droga para mi organismo —me dijo —. Me provoca subidones de euforia y bajones depresivos que jamás había sentido por ninguna otra mujer, ni siquiera por mi esposa.

No me dio tiempo a reaccionar de ninguna manera.

—No comprendo por qué es así —añadió—. No hay tantas diferencias entre ellas.

—¿Entre quiénes?

—Entre Deli y Rita.

—¿Qué quiere decir?

Él apretó los puños, contrariado.

—Se parecen bastante —dijo—. En realidad, se parecen mucho. No solo ellas. Todos los seres humanos nos parecemos mucho en términos anatómicos y, sin embargo, unos resultan más atractivos que otros. ¿Dónde está la diferencia? ¿Qué características o rasgos concretos nos hacen atractivos? ¿La anchura de unas caderas, la longitud de unos huesos determinados de las piernas o los brazos, el perfil de un rostro, el color de unos ojos, una forma de ser más o menos risueña o melancólica, un olor apenas perceptible, una mirada, una caricia o todo depende de la combinación de varios de estos elementos? ¿Lo sabe usted? ¿Es posible medir lo que nos hace atractivos de un modo objetivo en milímetros, gramos, decibelios,

grados, voltios o moles?

No esperó ninguna respuesta por mi parte.

—Una vez leí que los hombres buscamos a nuestras madres en las mujeres con las que nos relacionamos íntimamente. Es un argumento poco defendible desde el punto de vista de la biodiversidad y la evolución de las especies, pero podría servir para explicar la diferencia entre una mujer ordinaria y la mujer capaz de volverte loco desde un punto de vista emocional.

Estuve a punto de recordarle que no se encontraba en la consulta de un antropólogo ni de un sociólogo, ni en el escenario de un club especializado en monólogos de humor, pero preferí dejar que continuara hablando.

—Seguimos viéndonos a escondidas —dijo—. Unas veces vamos a un hotel, otras a un hostal o una casa rural de algún pueblo cercano. Nuestros encuentros son siempre igual de apasionados. Hablamos poco. Nos besamos, nos acariciamos y hacemos el amor como si fuera la última vez.

Se me escapó un gesto de extrañeza.

—Sabemos que nuestra relación es clandestina y puede terminar en cualquier momento —aclaró él—, así que cada encuentro puede ser el último.

Luego consultó su reloj y miró hacia la puerta, como si temiera que su esposa fuera a aparecer por allí en cualquier momento.

—Deli solo había estado una vez en la funeraria —comenzó a decir—, al principio de nuestra relación. No es de extrañar. A nadie le gustan los muertos. Si volvió por allí el otro día fue porque hacía una semana que no nos veíamos y apenas habíamos podido hablar por teléfono. Entró en mi despacho como si fuera una clienta, pero en cuanto cerró la puerta nos abrazamos. Yo esperaba aquel momento con especial impaciencia.

Me miró para que le hiciera la pregunta.

—¿Por qué? —dije.

—Quería hacer un experimento.

—¿Qué experimento?

—Convertir a Deli en una muerta.

Dijo eso y alzó las manos pidiendo clemencia.

—No me malinterprete —se apresuró a añadir—. No pretendía matarla ni nada parecido. Era solo que muchas veces me había preguntado qué pasaría si maquillaba a Deli como a una muerta, si le pintaba los labios de color morado y la obligaba a permanecer inmóvil durante el acto sexual, igual que hacía con mi esposa. ¿Cómo reaccionaría mi cuerpo? ¿Se dejaría llevar por la pasividad de los

muertos o seguiría excitado por sus innumerables encantos?

No podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Maquilló a Deli como a una muerta? —exclamé.

—No llegué a tanto, pero le propuse hacer el amor en un ataúd —respondió él, llevándose la mano derecha a la boca, como si quisiera desdecirse.

No moví ni una ceja.

—No me costó mucho convencerla porque, a excepción del suelo, el ataúd era el único lugar donde podíamos tumbarnos. En mi despacho no hay alfombras, sillones ni sofás, pero siempre hay un ataúd abierto a modo de exposición. Deli se tumbó en su interior sin quitarse la ropa del todo, consciente de que tenía que ser un encuentro rápido. Yo me coloqué encima y, antes de que pudiera culminar mi experimento, sucedió lo que nunca hubiera imaginado.

Se calló y sonrió, primero con un leve arqueamiento de labios, luego acompañándose de una pequeña carcajada que tenía algo de delirante.

—No sé si usted cree en la fatalidad del destino —puntualizó dejando de reír.

—¿Por qué lo dice?

—Porque en aquel momento, justo entonces, la puerta de mi despacho se abrió y apareció Rita, mi esposa.

Se tapó la cara con las manos.

—No podía concebir una suerte tan adversa. Rita apenas viene por la funeraria y no habíamos quedado en vernos. ¿Por qué tuvo que venir justo ese día y a esa hora? ¿Qué pretendía descubrir?

Abrió los brazos y encogió los hombros.

—Todo lo que pude hacer fue cubrir el cuerpo de Deli con mi torso, volverme hacia Rita y pronunciar una de esas frases ridículas. No es lo que parece o algo así. La verdad es que no soy capaz de recordarla. Rita se quedó inmóvil durante unos segundos, como si acabara de despertarse de un mal sueño. Luego dio media vuelta y se marchó.

Negó a cámara lenta, como si el recuerdo de aquella escena inculpatoria pesara sobre él con toda la fuerza de la gravedad.

—Esa misma noche traté de hablar con ella cuando llegué a casa, pero no fue fácil —añadió.

Y me dio la oportunidad de asentir con firmeza, por fin.

—No lo digo por lo que usted cree —matizó él.

—¿No?

—Rita no se había ofendido ni disgustado por haberme encontrado haciendo el amor con otra mujer. Lo que creyó es que

estaba haciéndolo con un cadáver.

—¿Qué?

—No advirtió que quien estaba en el interior del ataúd era Deli y, no me pregunté por qué, creyó que yo estaba practicando la necrofilia.

El día del incidente no tardó en llegar. Tristán Llorente lo llamaba así, pero en realidad había sido un lance ordinario y esperable en un cuadrilátero en el que dos personas se dan puñetazos en la cabeza.

—Me enfrentaba a un semipesado como yo, de casi ochenta kilos —me contó—. No tenía mala pegada, pero tendía a bajar la guardia cuando se movía lateralmente. Ya lo había arrinconado un par de veces y estaba seguro de que iba a ganar el combate.

Me quité las gafas para dejar claro que no iba a tomar ninguna nota sobre boxeo.

—En el tercer asalto me di cuenta de que no llevaba bien sujeta la protección de la cabeza —prosiguió él—, pero no lo comuniqué a mi equipo. No sé por qué. Supuse que aguantaría en su sitio el resto del combate, pero en el quinto asalto, justo cuando yo bajé la guardia, la protección se desplazó hacia un lado.

Hizo un gesto para que comprendiera la situación.

—Mi contrincante aprovechó el descuido y me atizó un directo de izquierda que recibí en el temporal derecho, aunque la onda expansiva me recorrió todo el cuerpo. Inmediatamente me mareé y di con la rodilla en el suelo, lo cual no tiene nada de extraño porque el temporal contiene conductos que se dirigen al oído medio e interno, donde reside el control del equilibrio.

Se señaló con la mano derecha todas las partes citadas.

—El árbitro se acercó a mí con la intención de detener la pelea, pero no se lo permití. No es habitual terminar noqueado si boxeas con protecciones, así que quise continuar hasta el final. Eran combates a seis asaltos de dos minutos. El problema fue que la protección seguía mal colocada y mi contrincante repitió la maniobra, golpeándome otra vez en el temporal y, entonces sí, di con las dos rodillas en el suelo.

Por un momento temí que se arrodillara delante de mí.

—Tristán de la Jungla fue noqueado en el quinto asalto de un combate *amateur* de pesos medios y tuvo que ser trasladado al Hospital Clínico, donde pasó un par de días en observación por traumatismo craneoencefálico.

Lo dijo como si fuera un periodista dando las noticias en el telediario.

—Al final tuve suerte —concluyó—. El golpe no produjo daños graves ni me dejó secuelas. Lo que sí provocó fueron muchas visitas para interesarse por mi estado de salud, entre ellas la de Gracia Pardo.

Hablaba con una templanza tan premeditada que todo llegó a parecerme un embuste previamente urdido. Quién podía saber si Tristán de la Jungla no se había soltado el protector de la cabeza a propósito para provocar lo que sucedió después, pensé, como si yo también fuera un periodista.

Gracia Pardo se presentó en mi consulta para mostrarme las grabaciones de vídeo que había hecho con su teléfono móvil. En ellas se veía a su hermano, de espaldas a la cámara, hablando con un vidente que aparecía en la televisión.

—Hay algo que le ocultamos a Lucas cuando mi padre murió —confesó en voz baja, después de mostrarme todos los vídeos y recoger el móvil en su bolso.

Le sostuve la mirada en silencio.

—Mi padre no murió en un accidente de tráfico. Lo que le pasó es que estaba enfermo.

Yo suspiré muy despacio, temiendo emitir un sonido inoportuno.

—¿Qué tenía? —pregunté.

—Sufría un trastorno depresivo.

—¿Estaba en tratamiento?

—Desde hacía varios años, pero recaía constantemente y al final no pudo soportarlo más.

Decidí no hacer preguntas innecesarias.

—¿Por qué no se lo contasteis a Lucas?

Gracia comenzó a asentir antes de responder.

—Por recomendación de los terapeutas que lo llevaban entonces. Lucas era un niño con problemas y no creyeron que fuera capaz de comprender la idea del suicidio. En realidad, aparte de la familia más cercana, muy poca gente sabe lo que ocurrió. Los suicidios son un tabú, ya sabe, así que no fue nada difícil inventar la versión alternativa del accidente.

Me dieron ganas de preguntar si tuvieron que ocultar el coche supuestamente accidentado para evitar que Lucas sospechara que todo era un embuste, pero logré contenerme a tiempo.

—Y ahora —dije—, ¿crees que ha llegado el momento de contárselo?

Gracia volvió a asentir.

—¿Tu madre opina lo mismo?

—No se lo he dicho todavía. Ignora que hemos estado llamando al canal de los videntes.

Cerré el cuaderno y lo dejé sobre la mesa.

—¿Tú crees en la videncia? —le pregunté.

Ella encogió los hombros y ladeó la cabeza.

—Supongo que no —dijo—, pero eso da igual. Lo importante es que mi hermano sí cree y debo contarle lo ocurrido.

—¿Por qué?

—Ya no es un niño.

—Su edad mental no se corresponde con su edad biológica —tuve que recordarle.

Ella resopló de impaciencia.

—Usted lo conoce igual que yo. Si no lo hago, seguirá llamado al canal de televisión, cambiará de vidente e incluso es posible que busque uno aquí en Zaragoza y siga tratando de contactar con mi padre.

En ese punto tuve que darle la razón.

—Además, creo que merece saber la verdad. El suicidio de mi padre no fue más que la fase final de una enfermedad grave, como si hubiera sufrido un ictus, una insuficiencia orgánica grave o un cáncer mortal. ¿Qué diferencia hay entre una enfermedad terminal y una depresión grave que te arrebata las ganas de seguir viviendo? Ocultar la verdad justifica la suspicacia y convierte el suicidio en una muerte indigna, por eso quiero que mi hermano sepa de una vez lo que ocurrió.

24

Andrés Baena escuchó el sonido de la puerta y creyó que Rita Sanz llegaba con las bolsas de la compra, pero enseguida escuchó el murmullo de una conversación íntima entre dos personas, seguida de un portazo y unas risas ahogadas. Él estaba en la cocina, inmóvil y sin pestañear, como si eso lo convirtiera en invisible. Las voces pertenecían a un hombre desconocido y a una mujer que no era Rita. No pudo averiguar nada más. Lo mismo podía ser el marido de Rita que su hijo, un vecino, el abuelo Cosme o el portero del Pasaje de los Giles. Todo lo que podía hacer para preservar su invisibilidad era encerrarse con el máximo sigilo en el armario empotrado del pasillo.

Se sentó sobre una manta vieja y siguió escuchando el trajín de voces y risas que pronto se convirtieron en suspiros y jadeos de placer. Luego se oyó el traqueteo de los muelles del sofá y por fin los lamentos del orgasmo, seguidos de un silencio que se hizo audible al contraste con todo lo anterior. Después sonó el agua de la cisterna del baño, el grifo del lavabo y de nuevo la conversación, interrumpida por chasquidos de besos y siseos de ropa, como si los amantes estuvieran vistiéndose para marcharse.

Tras escuchar el portazo final, Andrés permaneció encerrado unos minutos más, temeroso de que uno de los dos hubiera olvidado algo y volviera a recogerlo. Cuando por fin salió del armario, dio una vuelta por el salón y el baño, y comprobó que nadie había olvidado nada, salvo el olor de dos cuerpos sudorosos y un rastro de humo de tabaco en el aire.

El primer pensamiento de Rita, cuando Andrés se lo contó todo más tarde, fue para su hijo.

—Quizá ha retomado la relación con su novia y han buscado un lugar donde poder verse a solas —dijo.

Andrés había barajado la posibilidad de no contarle lo sucedido. No quería arriesgarse a perder el privilegio de vivir en aquel piso y no sabía cómo peligraba más su situación, si callando o hablando.

—Lo más importante es que nadie te vea —añadió Rita, señalándolo—. No dejes nada extendido por el salón o la cocina.

Guarda la comida en los armarios de la cocina y la ropa en el armario empotrado.

Él asintió con una duda en la mirada.

—¿Y si alguien entra por la noche y me pilla durmiendo en el sofá? —preguntó.

Aunque Rita no estaba para bromas, su respuesta resultó cómica.

—Hazte el muerto —le dijo.

Rita Sanz no pudo ocultar su desconcierto cuando me relató el supuesto caso de necrofilia que había protagonizado su esposo.

—En la cama siempre me ha tratado como a una muerta —dijo mirándose las manos—. Nunca me he sentido viva a su lado, esa es la pura verdad y usted lo sabe, pero de eso a hacer el amor con un cadáver real hay un largo camino de inmoralidad y vergüenza.

—¿Cómo sabe que estaba haciendo el amor con un cadáver? —pregunté, tratando de no perder la naturalidad.

Ella alzó las cejas para que sus ojos pudieran abandonar sus órbitas.

—Los vi yo misma —dijo, primero elevando la voz y luego hablando en susurros—. Fui a la funeraria para invitar a comer a Matías y poder charlar con él, tal como usted me sugirió. Creía que estaría en su despacho, consultando el ordenador o hablando por teléfono, pero me lo encontré con los pantalones bajados, delante de un ataúd abierto en el que había un cuerpo de mujer. ¿Qué otra cosa podía estar sucediendo?

Hice como que tomaba una nota rápida para ganar tiempo y sopesar si le decía la verdad o me callaba.

—¿Y él? ¿Él qué dijo? —pregunté con un leve balbuceo—. ¿Cómo explicó su conducta?

Rita Sanz se levantó de la butaca y dio unos pasos errabundos por la consulta.

—Dijo que no era lo que parecía.

—Quizá haya una explicación que aclare todo el incidente —insinué.

Y ella me señaló con el dedo.

—Por supuesto que hay una explicación que aclara todo el incidente —repitió, apretando los dientes—. Mi esposo se crio rodeado de cadáveres. Se pasa la vida entre ellos. No tiene amigos ni conocidos. Su vida social está en el más allá. Es evidente que se ha trastornado.

Volvió a sentarse frente a mí.

—No sé si estamos hablando de un delito —dijo, mirándome—. ¿Lo es? ¿Es delito practicar la necrofilia?

Negué sin saberlo, y me prometí a mí mismo consultarlo más tarde.

—¿Quiere denunciarlo?

—No lo sé —respondió, pellizcándose el entrecejo con dos dedos —. Fui a verlo a su despacho porque tenía remordimientos y me daba lástima. Y lo único que he conseguido es que ahora me dé asco. No quiero que me hable. Ni que me mire. Ni que vuelva a tocarme en toda su vida.

Asentí, luego negué y me levanté para asomarme a la ventana. No sabía qué hacer. De nuevo me enfrentaba al principio de confidencialidad del terapeuta. No debía desvelar los secretos e intimidades que escuchaba en mi consulta, pero este caso era diferente, porque las intimidades de Matías Llorente podían resolver el dilema moral de Rita Sanz, en el supuesto de que no lo empeorase.

«¿Qué es peor», anoté más tarde en mi cuaderno, «creer que tu esposo se acuesta con un cadáver o que lo hace con quien podría convertirse en tu consuegra?»

—Creo recordar que me llamó idiota, fantasma y chiflado —dijo Tristán Llorente, refiriéndose a su encuentro con Gracia Pardo en el Hospital Clínico—. Y luego, quizá para que no me lo tomara como algo demasiado personal, añadió que todas las personas que exponen su cuerpo al deterioro físico están mal de la cabeza.

Fue Deli Redondo quien informó a su hija de que Tristán estaba en el hospital.

—Ese chico ha estado boxeando por ti —le dijo, instándola a que le hiciera una visita.

Gracia lanzó un bufido de burla, reprobando la conclusión fantasiosa de su madre, pero al día siguiente, cuando salió del trabajo, se encaminó al Clínico con una prisa mal disimulada, cara de pocos amigos y una caja de bombones envuelta para regalo. Tristán se encontraba dormitando en la cama y la reconoció en sueños, percibiendo su silueta algo borrosa, como si estuviera viendo la pantalla de una televisión mal sintonizada.

No tardó en incorporarse en la cama.

—Te advierto que no tengo recuerdos de mi vida anterior —le dijo con un gesto de pretendida gravedad—, así que tendrás que

recordarme quién eres.

—Muy gracioso.

—Hablo en serio.

—Me dedico a provocar el síndrome de Stendhal —respondió Gracia, aceptando el juego.

Tristán arrugó el entrecejo.

—¿Stendhal?

—Sí, ya sabes, soy la cumbre inasequible de la belleza cuya anatomía debería ser reproducida en forma de muñeca de silicona, además de una presuntuosa consumada y la persona más antipática del planeta.

—No caigo.

—Y, por supuesto, la reencarnación de Maureen O'Sullivan.

Él levantó entonces un dedo para solicitar un poco de tiempo.

—Empiezo a recordar —dijo después de emitir un murmullo travieso—, pero vagamente.

Gracia hizo un esfuerzo por no sonreír. Y Tristán, intentando sobreponerse al maremoto de felicidad que le alborotaba la sangre, le contó lo que había sucedido en el ring.

—Tuve mala suerte —resumió, señalándose la cabeza—. De lo contrario, habría ganado el combate.

Ella cruzó los brazos en señal de impaciencia.

—¿Estás intentando impresionarme? —dijo.

Él abrió los ojos a la evidencia.

—¿No está claro?

—¿Por qué los tíos os creéis que una actividad física violenta e incluso sangrienta, como el boxeo, puede impresionar a las mujeres? ¿Creéis que estamos aún en los tiempos de las cavernas?

Tristán fue a responder, pero ella no se lo permitió.

—Lo que has hecho es propio de un salvaje, y lo que menos me seduce en este mundo es cualquier clase de salvajismo.

Se produjo entonces uno de esos silencios trascendentes que dividen una conversación, una situación o incluso una existencia en dos partes que pueden o no ser irreconciliables. Ambos fueron conscientes de que debían elegir con cuidado sus siguientes palabras.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó él.

Gracia le dio el regalo que todavía llevaba en la mano.

—Supongo que tendremos que recurrir al chocolate —dijo—. No sé si recuerdas su sabor.

El padre de Gracia y Lucas Pardo no había sido mi paciente y, sin embargo, las circunstancias de su muerte me afectaron como si lo hubiera sido. Deli Redondo me contó los continuos altibajos anímicos y cambios de humor que había padecido su esposo, alternando la esperanza con la desesperación, la euforia con la angustia y, lo más doloroso de todo, la voz con el silencio.

—Era como las dos caras que se usan para representar la comedia y la tragedia en los teatros.

No me sorprendió escuchar que la madre de Isidro Pardo ya había sufrido dolencias psíquicas parecidas, aunque nunca fueron diagnosticadas adecuadamente. Los desequilibrios mentales pueden ser hereditarios porque en último término responden a la biología de las neuronas. Y no hay que olvidar que somos inmensas redes neuronales donde acumulamos los recuerdos y la experiencia, junto con las ilusiones y los retos, los miedos y las reservas. La concepción del pasado y el futuro, la línea del tiempo de la vida, no es más que una determinada e irrepetible pauta de conexión bioquímica entre los millones de neuronas que forman esas redes.

—Al principio traté de comprender lo que le sucedía —prosiguió Deli—. Quise ponerme en su lugar y contemplar la corrupción de la realidad, tal como la veía él, pero me fue imposible y terminé rindiéndome.

Asentí con firmeza. Las dolencias psíquicas resultan incomprensibles para quienes no las padecen.

—He estado hablando con mi hija Gracia —añadió Deli—, y creo que tiene razón. Ha llegado la hora de que Lucas sepa la verdad.

Negué interiormente. Si la mayoría de las personas son incapaces de comprender las enfermedades mentales de sus semejantes, cómo iba a hacerlo alguien con un trastorno del espectro autista, considerando que su capacidad de empatía era prácticamente nula.

—De lo contrario —prosiguió Deli—, corremos el riesgo de que continúe formulando preguntas, viviendo en la duda, haciendo suposiciones y no supere nunca lo ocurrido.

—Hay que buscar el modo de decírselo —apunté.

Y, aunque solo fue una idea fugaz y probablemente ridícula, pensé que la persona ideal para hablar con Lucas era el vidente de la televisión.

Lo primero que hizo Tristán Llorente cuando recibió el alta médica del hospital fue visitar a su abuelo en el Pasaje de los Giles. El anciano

andaba afligido por haber incitado a su nieto a practicar un deporte tan violento, pero para su tranquilidad Tristán mostraba un aspecto excelente. Todo se debía, cómo no, a la visita que había recibido de Gracia Pardo y a la conversación que habían mantenido comiendo bombones.

—¿Dijo que lo que habías hecho era propio de un salvaje? —repitió el abuelo cuando Tristán se lo contó—. En ese caso, te felicito.

Tristán creyó que su abuelo no lo había entendido bien.

—Me dijo que no le seducía ningún tipo de salvajismo —insistió.

El abuelo lo miró con ojos severos.

—Te mintió —dijo.

—Abuelo.

—Es pura fachada feminista —recalcó el anciano, acercándose a su nieto—. Te dijo lo que se supone que debe decir una joven de su generación. E hizo bien, no hay problema, pero en su fuero interno ya sabe quién eres de verdad. Sabe que puedes pelear y que, al menos en potencia, eres un salvaje.

Tristán estuvo a punto de echarse a reír, pero su abuelo no había terminado.

—No creas que un salvaje es alguien que va haciendo salvajadas —dijo—. Lo pone bien claro en el diccionario. Salvaje puede significar necio, rudo o cruel, pero cuando se refiere a un animal significa indómito, que no ha sido domesticado. Y ese es el mensaje imprescindible para seducir a una hembra, no importa de qué orden o especie animal.

Tristán parpadeó un par de veces sin comprender.

—Seducir a una mujer es el primer paso hacia la inmortalidad —continuó diciendo el abuelo, tratando de ser más explícito—. No olvides que la humanidad entera se crea en el interior del cuerpo femenino. Ellas son las verdaderas creadoras de los hombres. Son las diosas de la vida. Así que, si quieres que tus genes te sobrevivan, tendrás que aprender a seducirlas, al menos a una, como has empezado a hacer con esa chica.

Tristán abandonó el Pasaje de los Giles sin saber si debía seguir boxeando o no. Tal vez podría hacerlo como un entrenamiento de gimnasio, sin volver a disputar ninguna clase de combate o torneo.

—No quiero que nadie sufra por mi culpa —me confesó—. Ni puedo arriesgarme a que Gracia no quiera volver a verme. Debo ser un canalla civilizado, igual que mi admirado Tarzán, que pasó de ser un hombre mono en la selva a vestir un traje con corbata por las calles de Nueva York, sin dejar de ser un hombre mono.

25

A Deli Redondo le avergonzaba recordar lo que había sucedido en el despacho de Matías Llorente, incapaz de comprender por qué se había prestado a un juego tan siniestro y perverso como hacer el amor en un ataúd.

—Tendría que haberme reído de la ridícula ocurrencia y haberla descartado de inmediato.

Si no lo hizo fue porque se dejó llevar por la euforia desmedida que le provocaba su capacidad de volver loco a un hombre tan serio y circunspecto como Matías Llorente.

—Y porque en el despacho olía a laca y a acetona, que son dos olores que tienen la virtud de embriagarme.

Lo que sí hizo a partir de entonces fue negarse a volver a la habitación de un hotel o un hostal, donde cada vez se sentía más incómoda. En casa de Deli no podían encontrarse porque Lucas pasaba la tarde viendo la televisión. En Sagasta 90 no había garantías de privacidad, considerando que Rita Sanz no tenía horarios. Podía pasarse toda la tarde en casa o fuera, sin aclarar si había estado en el comedor social o en otra parte. También estaba la señora Lola, que entraba y salía cuando le parecía, usando sus llaves. Lo único que les quedaba era el coche fúnebre, donde alguna vez trataron de buscar un acomodo imposible, y el piso vacío del Pasaje de los Giles.

—He traído un edredón y unas zapatillas para no andar con zapatos por el piso —dijo Matías la segunda vez que se vieron allí—. No podemos hacer ruido para evitarnos problemas con mi padre.

Tal como había hecho la vez anterior, Matías visitó previamente al abuelo Cosme para anunciarle que iba a pasar por el piso vacío. De esa manera evitaba suspicacias si el anciano escuchaba algún ruido inevitable. Deli llegó media hora más tarde, cuando Matías ya había ventilado el salón, había colocado una sábana sobre el sofá y había comprobado que todo estaba en orden.

—¿Y si viene alguien? —dijo ella, sentándose en el sofá.

—Solo tenemos llave mi padre, Rita y yo —respondió Matías—, y ella está demasiado ocupada con sus labores de voluntariado para

venir por aquí. Además, he dejado la llave puesta. Estamos solos y nadie puede molestarnos.

—¿Y tu padre?

—No sale de casa.

Deli se preguntó entonces por qué no habían ido antes allí, en lugar de haber peregrinado por tantos hoteles y hostales anónimos, pero no dijo nada. Tampoco mencionó que percibía una presencia incorpórea en el aire, como si el piso no llevara tanto tiempo desocupado como decía Matías. Era una sensación imprecisa que ella misma descartó por neurótica e inoportuna.

Andrés Baena volvió a encerrarse en el armario empotrado del pasillo en cuanto escuchó el sonido de la cerradura. Desde la anterior visita de los amantes furtivos, el armario permanecía siempre abierto para que él pudiera esconderse en el menor tiempo posible. Además de unas mantas, dentro había dejado una almohada, un paquete de galletas, un botellín de agua, una linterna y varias revistas para matar el tiempo. La idea era hacerse invisible e inaudible y olvidarse del mundo hasta que volviera a estar solo. No tenía ningún interés en saber quiénes eran aquellas personas. Rita tampoco le había pedido nada, pero esa segunda vez escuchó al hombre decir que su padre era el vecino de enfrente, delatándose sin querer. Eso hizo que Andrés aguzase el oído, abriendo incluso una rendija de la puerta del armario, aunque no fue capaz de escuchar nada más, salvo jadeos y suspiros de impaciencia y placer.

Esa noche no durmió bien. Pasó mucho rato observando el techo del salón, tumbado en el sofá, consciente de que, pese a sus remilgos y a su miedo de perder el privilegio de dormir a cubierto, tenía que contárselo a Rita. Él estaba allí gracias a ella y le debía algo más que gratitud.

—Lo hizo al día siguiente —me confesó Rita Sanz—. El pobre Andrés estaba visiblemente nervioso, como si fuera culpable de la noticia que iba a darme.

—Comprendo —dije.

—No sé quién puede ser la mujer que estaba con mi esposo —añadió ella, sin que yo se lo preguntara—. Y lo único que me pregunto es si estará viva.

Yo mostré las palmas de las manos para reclamar un poco de cordura, pero ella siguió hablando sin darse por aludida.

—Llegué a preguntarle a Andrés si de verdad había escuchado la

voz de la mujer para descartar que fuera Matías quien estuviera imitando una voz femenina, pero él me aseguró que la mujer hablaba, gemía y suspiraba como un ser vivo.

Definitivamente el caso habría sido más interesante si Matías Llorente, en vez de gerente de una funeraria, hubiera sido un ventrílocuo.

—En la funeraria no trabajan mujeres —afirmó Rita, sin sospechar de nadie en concreto—, así que puede tratarse de una proveedora o una clienta. No lo sé. He pensado en hablar con mi hijo para ver si sabe algo.

—¿Por qué no habla con Matías?

Sus manos borraron mis palabras del aire de la consulta.

—No pienso hablar con ese degenerado —dijo—. Tengo una idea mejor.

Tristán Llorente aprovechó cada oportunidad que tuvo a partir de entonces para recuperar la intimidad perdida con Gracia Pardo.

—¿Echas de menos mis masajes? —le preguntó un día.

Y le recordó cómo eran, unas veces con uñas, otras con yemas, dependiendo de si ella quería relajarse o estimularse. Tristán no solo le acariciaba el cuero cabelludo, los hombros y la espalda, también trazaba dibujos sobre su piel, garabatos, líneas interminables. Y escribía aforismos y poemas con los dedos, sílaba a sílaba, verso a verso, sin olvidar las tildes y los signos de puntuación.

—Alguna vez te hacía cosquillas, ¿te acuerdas? Por ejemplo, cuando remataba una frase con unos puntos suspensivos.

Todo me lo contó sentado en la butaca de los pacientes, frente a mí. Solía venir a la consulta a última hora de la tarde, después del trabajo, siempre vestido con traje y corbata, aparentando más edad de la que tenía.

—Gracia es lo contrario de un cuerpo muerto —me dijo—. Quizá por eso sigo necesitando tocarla, porque paso demasiado tiempo entre ataúdes y cadáveres, en el más allá.

Estuve a punto de lanzar una mano al aire, para indicar lo lejos que debía de estar eso, pero me contuve.

—Por supuesto no me refiero a tocarla con intenciones sexuales ni nada parecido —añadió él—. Hablo de tocarle un brazo o una pierna, un pie o la punta de sus cabellos.

Había desarrollado una dependencia física que le había unido al cuerpo de Gracia, como si entre ellos hubiera un cordón umbilical que

se activara con solo aproximar sus cuerpos.

—Es como un efecto de parabiosis —me explicó—, la técnica de laboratorio que consiste en unir la circulación sanguínea de dos organismos para fortalecer al más débil.

Hice un gesto de afirmación tan bien ejecutado que logró camuflar mi ignorancia.

—Esa es la razón por la que siempre te cogía de la mano cuando caminábamos —le confesó a ella—. Y por eso te rodeaba la cintura cuando nos deteníamos en un semáforo o un escaparate, ponía una pierna a tu lado cuando cenábamos en un restaurante, cruzaba mi pie sobre tu pantorrilla cuando nos tumbábamos frente al mar, dejaba mi mano sobre tu muslo mientras conducía. Necesitaba que mi cuerpo estuviera unido al tuyo, como si fuéramos siameses. Y así, en cuanto te tocaba, el pulso se me aceleraba y la sangre galopaba por mis venas y mis arterias, como un muerto tocando la campanilla para volver a la vida.

Según manifestó, no era posible disgustarse, apenarse o frustrarse cuando su cuerpo estaba en contacto con el de Gracia Pardo.

—No hay sitio para ninguna clase de egoísmo cuando estoy contigo, precisamente por eso, porque no soy yo, no tengo ego, ni mucho menos superego. No existo en solitario. Soy parte de tu organismo, tu piel es la mía, tus venas, tus músculos, todo se une a través del contacto físico. El latido cardiaco se duplica, la respiración se acompasa, tú inspiras, yo espiro, siempre con el mismo aliento compartido.

Gracia no respondía de ninguna manera, ni con el gesto, pero seguía escuchándolo con una atención casi inevitable, como quien asiste a un espectáculo de magia con la única intención de descubrir dónde está el truco.

—A tu lado desarrollo por completo mi identidad personal —continuó diciendo Tristán—. Siempre hago lo que debo, lo correcto, lo adecuado, lo oportuno. Nunca me arrepiento de nada. No me pregunto cómo habría sido mi vida en otras circunstancias de lugar, tiempo o compañía. Junto a ti logro la realización personal que mucha gente busca sin descanso durante toda la vida.

Me miró entonces con párpados cansados.

—Por eso la echo tanto de menos —dijo.

Llamé a Matías Llorente por teléfono en calidad de terapeuta de su esposa para pedirle que hablara con ella lo antes posible.

—Yo no puedo hacerlo —añadí antes de que él reaccionara—. Si le contara lo que usted me ha dicho, estaría contraviniendo mis principios profesionales. Espero que lo entienda.

—Lo entiendo —respondió él, suspirando—, pero ignoro qué quiere que le diga.

—Dígale que no hace el amor con personas muertas.

Se produjo un silencio tan largo que creí que me había colgado.

—¿Me ha oído? —insistí.

Él resopló al otro lado.

—Prefiero que crea que me sorprendió haciendo el amor con un cadáver —dijo con un hilo de voz.

Entonces resoplé yo.

—Matías, por favor.

—Los muertos son anónimos —insistió él—, pero los vivos no. Si le digo que estaba haciendo el amor con una mujer viva, querrá saber quién es.

—No se lo diga.

—Me obligará a hacerlo. Usted no la conoce.

—Pues dígaselo.

—¿Cómo voy a decirle que me acuesto con la madre de la novia de nuestro hijo? Le provocaría un terrible ataque de celos.

—De esta manera le ha provocado un ataque de asco.

Él volvió a enmudecer.

—¿Prefiere el asco a los celos? —le dije.

—No haga preguntas estúpidas —respondió, olvidando sus modales durante un segundo.

—Mi trabajo consiste en hacer preguntas de todo tipo —repliqué muy dignamente.

—Es una situación límite —exclamó él a la defensiva, probablemente haciendo aspavientos con las manos—. No sé lo que prefiero. ¿Qué preferiría usted si estuviera en mi lugar?

—Tampoco lo sé.

—Entonces, ¿por qué me pide que se lo cuente a mi esposa?

—Porque ella es mi paciente y estoy seguro de que esa información le ayudaría a superar el trauma moral por el que está pasando.

Esta vez su resoplido pareció el vendaval que anuncia una tormenta.

—Eso es jugar con ventaja —dijo.

—Si quiere, podemos hablar de lo que es jugar con ventaja de verdad —contesté yo, sin poder evitar un juicio tácito.

Y, entonces sí, me colgó el teléfono.

Deli Redondo acompañó a su hijo a mi consulta pero, tal como le indiqué, se quedó en la sala de espera. Lucas se sentó en la butaca y me miró sin asomo de expresión, como un autómata.

—La vida es una lucha a favor de la perpetuación de la existencia —dijo como si recitara un poema—. Digo lucha porque se combate contra los demás seres vivos en busca de la luz, el oxígeno, el agua, el alimento y el cobijo, dependiendo de las necesidades orgánicas de cada individuo.

Era evidente que ya le habían contado cómo había muerto su padre, de lo contrario no habría preparado un prólogo tan elaborado.

—Morirse es un acto vital —añadió—, pero matarse no.

Y su discurso terminó bruscamente. Lo supe porque comenzó a balancearse en la butaca con las manos dispuestas entre el asiento y su trasero.

—Todo lo que hacen los seres vivos son actos vitales —dije yo, decidido a usar el verbo correspondiente—, incluso suicidarse.

—Solo se suicidan los personajes de ficción —replicó él.

—¿Por qué dices eso?

—Si alguien se suicida, se convierte en el personaje de una novela o una película. El suicidio nos rebaja a la inexistencia de la imaginación.

Lo miré con el entrecejo fruncido antes de seguir hablando.

—¿Crees que tu padre fue un personaje de ficción? —dije.

Él dejó de balancearse un momento.

—Es una deducción lógica —dijo.

Y me obligó a extender una mano para que se explicara.

—Ir contra la lucha a favor de la perpetuación de la existencia no es propio de la realidad —dijo muy despacio—, de modo que quien deja de luchar por la vida real se convierte en un personaje de ficción.

—¿Tú dirías que las enfermedades son reales? —pregunté deprisa, casi interrumpiéndolo.

—Diría que, si tienen una base biológica, sí lo son.

—Tu padre sufría una enfermedad con una base biológica —dije —, que desequilibra el orden mental y convierte la existencia en un castigo insoportable.

De nuevo la mirada del autómata.

—Tu padre es real y luchó firmemente contra esa enfermedad — añadí mostrando el puño de la mano derecha—. Trató de combatirla por todos los medios.

—¿Quiere decir que mi padre luchó contra lo que le impedía luchar por la vida?

—Algo así, sí —respondí un poco aturdido.

Él reflexionó durante unos segundos y dijo:

—En el sur de Inglaterra, cerca de la población de Cerne Abbas, en el condado de Dorset, hay un gigante con el pene en erección fácilmente visible desde Google Maps.

Luego guardó silencio y torció la cabeza.

—¿Y su alma? —preguntó.

Supuse que no se refería al alma del gigante con el pene en erección.

—¿Qué quieres decir? —respondí.

—¿Dónde está el alma de mi padre? —añadió—. ¿Adónde ha ido su alma de ficción?

26

Pese a que sonrió varias veces, Rita Sanz tenía una expresión sombría que le oscurecía medio rostro, como si llevara puesto un tocado o un sombrero de ala ancha en la cabeza. Me sorprendió su actitud porque en la consulta apenas sonreía y supuse que, si lo hizo entonces, fue para reclamar mi benevolencia.

—No es algo de lo que me sienta orgullosa —declaró—, aunque le aseguro que volvería a hacerlo.

Se refería al episodio que había protagonizado junto a Andrés Baena en el piso vacío del Pasaje de los Giles.

—No podía seguir viviendo sin saber con quién estaba viéndose mi esposo, entre otras razones porque todavía me preguntaba si sería un ser vivo o no, así que decidí encerrarme con Andrés en el armario empotrado del pasillo, sentados uno frente al otro, con las piernas alternas, una suya, una mía, para aprovechar el espacio. Así dispuestos, esperamos la llegada de Matías y su acompañante, confiando en que pasaran la tarde juntos. Andrés me había dicho que hacía por lo menos dos días que no iban por allí, así que era muy probable que aparecieran esa tarde.

Hice un gesto de comprensión para que continuara.

—Estábamos a oscuras —prosiguió Rita—, con las espaldas apoyadas en los laterales del armario.

Ella se habría quedado allí para siempre.

—Fue toda una sorpresa —reconoció—. Se supone que debía sentirme humillada y rabiosa, no olvidemos que íbamos a constatar la infidelidad de mi marido, y sin embargo me encontraba risueña y animada.

Le gustaba notar las rodillas de Andrés entre las suyas.

—Por un momento creí que volvíamos a estar en el colegio y había logrado mi sueño de salir con él, con Andrés Baena, el chico más guapo de la clase. Es absurdo. Estaba allí sentada, rejuveneciendo a oscuras, como si el tiempo se hubiera detenido y el mundo entero cupiera en aquel armario.

Según ella, Andrés también debía de sentirse a gusto, porque se

permitió la licencia de hacer una broma.

—Me dijo que aquel armario empotrado era como una máquina del tiempo y que cuando abriéramos las puertas volveríamos a tener dieciocho años y toda la vida por delante.

Rita Sanz ni siquiera tuvo que cerrar los ojos para imaginar cómo sería su vida si pudiera empezar de nuevo. Andrés confesó que jamás volvería a dedicarse al mundo de los negocios.

—Estudiaría unas oposiciones y me haría funcionario —había dicho muy convencido—. Viviría una existencia ordenada y placentera, trabajando de ocho de la mañana a tres de la tarde, sin más ambiciones que salir de la oficina y dedicarme a algo inofensivo.

—Algo inofensivo como qué —le preguntó Rita.

—No sé, la papiroflexia, las maquetas de aviones, la filatelia, la cerámica o el encaje de bolillos.

Y Rita volvió a sonreír, admitiendo igualmente que ella nunca volvería a trabajar en una funeraria.

—Ni por supuesto volvería a casarme con un tipo que se hubiera criado entre cadáveres. Más bien buscaría todo lo contrario.

Y Andrés se preguntó qué podría ser lo contrario de un tipo criado entre cadáveres.

—No sé —respondió Rita—, un ginecólogo o un matrón de los que atienden los partos y ayudan a traer niños al mundo.

—O un profesor de educación infantil —apuntó Andrés.

—O un hombre guapo —propuso ella.

Y tuvo que explicarse, aunque no consideró necesario decirlo todo.

—Lo contrario de la muerte es la belleza —dijo.

No añadió que la belleza provoca el deseo y el deseo es el origen de la vida.

Nada más terminar sus estudios, Gracia Pardo consiguió trabajo en el departamento financiero de una empresa de mensajería de la Ciudad del Transporte, a diez kilómetros de Zaragoza en dirección norte. Allí se ocupaba de la fiscalidad, la imputación de costes y los cierres contables, una labor coordinada y metódica que la ayudó a ordenar igualmente sus emociones, que seguían revueltas a favor y en contra de volver a salir con Tristán Llorente.

En la oficina había gente joven, no tanto como ella, pero lo suficiente para quedar a tomar algo después del trabajo y poder compartir inquietudes y temas de conversación. Los compañeros más

mayores solo hablaban de hipotecas y de asuntos relacionados con niños pequeños. Algunos comenzaban a hablar también de divorcios. Su jefe directo era el *controller* financiero de la compañía, uno de esos jóvenes algo mayor que Gracia, que se sentaba a su lado con cualquier pretexto para enmascarar su más que evidente deseo de estar con ella.

Algunos fines de semana Gracia se veía con Eduardo, que había abandonado temporalmente la práctica del atletismo por culpa de una lesión de rodilla y se dedicaba a la bicicleta de montaña. Muchos domingos por la mañana ella se animaba a acompañarlo y juntos pedaleaban hasta el vedado de Peñaflor o hasta el mirador de Las Planas de Cadrete, para terminar tomando una cerveza bien fría en los alrededores de la plaza de Roma, antes de despedirse hasta el fin de semana siguiente.

Según me contó su madre, Gracia rechazaba cualquier tipo de compromiso emocional, al menos por el momento. Prefería pasar más tiempo con su hermano, que seguía obsesionado con la muerte de su padre y necesitaba compañía para salir de la incertidumbre y conservar la poca paz interior que le quedaba. Cuando estaban en el sofá viendo la televisión, cogidos de la mano, Gracia cerraba los ojos y creía sentir los masajes que Tristán Llorente le daba en cada una de las falanges de sus dedos, una a una, presionando con una delicadeza no exenta de intenciones.

El mismo desamparo sentía mientras compartía alguna tarea con el *controller* financiero en el trabajo o cuando se despedía de Eduardo en la puerta de casa, después de haber metido las bicicletas en su coche. A ambos los miraba a los ojos adoptando una actitud expectante, desafiándolos en silencio a revelar la magia del deseo, como si echara de menos el brillo de ansiedad de unos ojos desesperados por seguir mirándola, solo a ella, con el afán impetuoso y servil de un verdadero feligrés.

Si Matías Llorente y Deli Redondo llevaban varios días sin verse era porque ella no había querido separarse de su hijo Lucas.

—El pobre está sumido en un estado depresivo, cabizbajo y ausente, sin entretenerse con nada, y me necesita más que nunca —decía cuando hablaban por teléfono.

Aquella tarde, Gracia accedió a quedarse con su hermano y Deli pudo acudir al piso vacío, donde Matías la esperaba con una ansiedad sin disimular, víctima de un insoportable síndrome de abstinencia. Tal era así que apenas se saludaron. Todo lo que hicieron fue juntar los

rostros y aspirar el aroma del otro, como hacía *Fiona* cuando se encontraba con un congénere. Necesitaban reconocerse olfativamente antes de tocarse, desnudarse y abrazarse en el sofá de aquel salón incompleto.

Andrés Baena y Rita Sanz escucharon el abrir y cerrar de la puerta desde el interior del armario.

—Ha llegado uno —se dijeron en susurros—. Probablemente Matías.

Luego volvieron a escuchar el sonido de la puerta y tuvieron que abrir el armario para percibir unos siseos, seguidos de unos rumores y algunos golpeteos indistintos. Con la escasa luz que entraba desde el pasillo Andrés vio el rostro compungido de Rita y le ofreció su mano. Ella se la apretó con más fuerza de la esperada. Luego no se escuchó nada y, justo cuando Rita iba a salir de su escondite para desenmascarar a su esposo, volvieron los murmullos, el traqueteo del sofá y otra vez los jadeos.

—Quiero hacer esto sola —dijo Rita para evitar que Andrés la acompañara.

Caminó por el pasillo como si fuera una astronauta recién llegada a la Luna, según dijo textualmente cuando me lo contó.

—Estaba mareada y no sentía el peso de mi cuerpo. En cualquier momento podía caerme de bruces al suelo.

Llegó al salón y accedió al sofá por detrás, desde donde solo se veía el pelo despeinado de Matías.

—Me parecía estar en un lugar extraño —dijo Rita, recordando los detalles—. Y no en la estancia donde había pasado tantas horas con mi familia.

En ese momento, Matías se volvió hacia el pasillo y la vio.

—Por poco no me da un infarto —me confesó él, con una mano en el pecho—. La vi allí, de pie y en silencio, como una aparición fantasmagórica.

—¿Qué haces aquí? —le dijo.

—¿Qué haces tú aquí? —replicó Rita, avanzando para rodear el sofá y ver con quién estaba.

Matías cogió entonces lo primero que encontró, que fue su camisa, y la echó encima de Deli con intención de esconderla de lo evidente. Rita se llevó entonces las manos a la boca para contener un grito de pavor.

Lo que verdaderamente inquietaba a Lucas Pardo era que el alma de

su padre no hubiera abandonado el mundo terrenal.

—He estado investigando en internet —me dijo—. Y he leído que durante siglos los suicidas no pudieron ser enterrados en ningún camposanto.

Fui a recordarle que eso solo respondía a la falta de estudio y comprensión de las enfermedades mentales, pero fue él quien lo mencionó, aunque no con esas palabras.

—Ya sé que la enfermedad mental es una invención contemporánea y que los suicidas se consideran ahora igual de moribundos que los demás moribundos, pero creo que si el vidente al que llamamos no logró contactar con mi padre es porque su alma no ha podido abandonar su cuerpo.

—¿Crees que los videntes contactan con el alma de los muertos? —le pregunté.

Lo dije como si los videntes tuvieran una intención mística, indisoluble de ciertas creencias religiosas, igual que los sacerdotes, lo cual me pareció menos disparatado de lo que suena *a priori*, considerando que ambas profesiones tratan asuntos del más allá.

—¿Con qué van a conectar si no es con el alma? —respondió Lucas—. El cuerpo queda sepultado bajo tierra o quemado y convertido en cenizas. No hay nada más disponible.

Me revolví en mi sillón de pura incomodidad. No sabía cómo decir lo que pensaba.

—Quizá no consigan contactar con los muertos de verdad —dije.

Pero ni Lucas Pardo reaccionó de ninguna manera ni yo me atreví a hablar más claro. De lo contrario, le habría dicho que la labor de los videntes era pura literatura, un simple discurso narrativo basado en la credulidad y la ficción.

Lucas encogió los hombros con naturalidad.

—¿Usted ha visto cómo trabajan los videntes en televisión? —preguntó—. No siempre consiguen contactar con el alma de los muertos, pero cuando lo hacen es de verdad. Los muertos hablan a través de los aparatos de fonación de los videntes, gracias a que estos poseen capacidades extrasensoriales.

Negué imperceptiblemente con la cabeza, pensando en el grado de literalidad con que los autistas se toman el mundo.

—Mi padre no tiene voz —prosiguió él—, lo que significa que tampoco tiene alma. O sí la tiene, pero no ha logrado salir de su ataúd. No ha ido al más allá y por eso el vidente no ha podido contactar con él.

—El alma es un concepto abstracto, Lucas —tuve que decir—. No es algo físico ni material, así que no puede quedarse encerrada en

ninguna parte. No puede ir ni venir. No puede moverse.

Él me miró fijamente con un ojo más abierto que el otro.

—Solo hay una manera de saber quién de los dos tiene razón —dijo.

Luego comenzó a emitir un murmullo agudo, como si se hubiera convertido en un insecto y hubiera comenzado a volar alrededor de la consulta, y finalmente se evadió de la conversación.

—En la selva de Camboya se encuentran las ruinas del monasterio de Ta Prohm —dijo—, que han sido colonizadas por los ficus y los tetrameles, como si fueran monjes vegetales del siglo XII.

Rita Sanz se llevó las manos a la boca para terminar de contarme el episodio del piso vacío.

—No podía creer que mi marido se hubiera llevado un cadáver a nuestro antiguo hogar para practicar la necrofilia en el sofá.

En aquel mismo sofá, Matías y ella habían hecho el amor muchas veces cuando estaban recién casados. Habían conversado, habían tomado café y habían recibido a las visitas. También se habían dormido largas siestas los sábados y los domingos a primera hora de la tarde. Y luego, cuando nació Tristán, habían visto muchas películas de dibujos animados los tres juntos allí sentados.

—Era un ultraje incalificable —concluyó—, además de una depravación y puede que un delito.

—¿Cómo has podido? —le dijo sin atreverse a mirarlo.

Todavía desnudo y de rodillas en el sofá, Matías Llorente debió de quedarse congelado en el espacio y en el tiempo.

—¿Cómo has podido traerla al piso donde creció tu hijo? —añadió Rita, señalando hacia el sofá.

La cabeza de Deli seguía cubierta por la camisa de Matías, de modo que no estaba claro si Rita la había reconocido o no.

—Deli estaba desnuda, por supuesto —me detalló Matías—, pero solo su vientre y sus muslos quedaban a la vista. No era fácil reconocerla.

Matías descartó cualquier posibilidad de excusarse.

—Te ruego que nos perdones —le dijo a Rita, usando un plural no muy elegante—. Has visto algo que no merecías ver.

Y ella reanudó sus lamentos.

—Es algo tan repugnante que no debería verlo ni yo ni nadie —dijo entre dientes—. Voy a llamar a la policía y voy a denunciarte.

Matías se llevó una mano a la frente, sin terminar de comprender

la reacción de su esposa.

—¿Qué tiene que ver la policía en todo esto? —dijo.

—Follar con una muerta es un delito —dijo Rita, retirando la camisa de la cabeza de Deli.

Lo hizo con un gesto decidido, como si diera un certero latigazo, pero todo lo que ocurrió a continuación sucedió a cámara lenta, de nuevo habitando sobre la superficie ingrávida de la Luna. Rita Sanz observó el rostro de Deli Redondo sin decir palabra, enfrentada a lo imposible mientras procesaba las imágenes que iban llegando a su mente. Matías fue quien se llevó esta vez las manos a la boca y Deli, por su parte, permaneció con los ojos cerrados.

—¿Qué has hecho? —exclamó Rita con un hilo de voz, acercándose a Deli para fijarse en su rostro.

Matías alargó las manos por si su esposa tenía la intención de agredirla.

—No he hecho nada —respondió él.

Rita le lanzó una mirada fugaz.

—Dime la verdad. ¿Ya estaba muerta cuando la has traído o has matado a Deli aquí mismo para poder follártela luego?

Matías guardó unos segundos de silencio y me pidió un poco de agua para soportar el dolor y la vergüenza que le provocaba aquel recuerdo. Yo me abstuve de tomar ninguna nota en mi cuaderno, incapaz de comprender la escena en toda su magnitud y desde tantos puntos de vista.

—Mi propia esposa me creía un degenerado y un criminal capaz de matar a un semejante —continuó diciendo Matías—. No sabía qué contestarle y no hizo falta decir nada porque en ese momento Deli abrió los ojos.

Y se incorporó en el sofá.

—No es eso —dijo dos veces—. No estoy muerta. Te lo aseguro. Mira.

Y comenzó a mover los brazos rítmicamente para demostrarlo. Rita estuvo a punto de perder el equilibrio del susto, no tanto por haber sorprendido a la madre de Gracia haciendo el amor con su marido, sino porque hacía un momento la había considerado un cuerpo sin vida y los muertos no hablan. Ni mueven los brazos rítmicamente.

—Di unos pasos hacia atrás y trastabillé —me contó Rita—. Si no me caí al suelo fue porque Andrés, que se había acercado por el pasillo al escuchar los gritos, me sujetó por la espalda.

Rita no fue capaz de decir nada más. Se dirigió a la puerta principal con intención de marcharse, huyendo de la perversión de

aquella escena de vodevil que acababa de presenciar. Y eso que todavía faltaba la intervención de Andrés Baena, que se quedó mirando a Matías y Deli mostrando las palmas de las manos en señal de concordia.

—¿Quién demonios eres tú? —le preguntó Matías—. ¿De dónde has salido?

—No os preocupéis por mí —respondió Andrés, dirigiéndose igualmente hacia la puerta—. Yo sí que estoy muerto.

Deli y Matías se miraron un segundo.

—¿Cómo dices?

—Muerto de verdad —puntualizó Rita, regresando al centro del escenario—. Murió hace unos años en un edificio abandonado no muy lejos de aquí. Si no me creéis, podéis visitar su tumba en el cementerio de Torrero.

Cuarto asalto

27

La noticia llegó a los periódicos y los telediarios como una de esas fatalidades que nunca llegan a suceder. Un virus altamente transmisible amenazaba con confinar una ciudad entera en el Lejano Oriente, como ya había sucedido anteriormente con otros virus parecidos. No había de qué preocuparse. El Lejano Oriente se llama así por algo. Y pese a ello, algunos de mis pacientes, especialmente los que sufrían algún trastorno obsesivo compulsivo, comenzaron a multiplicar sus tics, sus bucles de conducta y sus rituales de evitación como una manifestación de inquietud. Puedo dar fe de ello releyendo las notas que tomé durante aquellos primeros días de 2020.

Las noticias de desastres y catástrofes son capaces de provocar síntomas psicosomáticos en los pacientes más susceptibles. Y en los malos tiempos la susceptibilidad de la población aumenta considerablemente, razón por la cual las autoridades sanitarias miden sus palabras, cuidan sus gestos y rebajan las expectativas más amenazantes. De lo contrario, las consecuencias de la catástrofe sucederían antes que la propia catástrofe.

Hay una frase de Michel de Montaigne que resume este dilema a la perfección: «Mi vida ha estado llena de terribles desgracias, la mayoría de las cuales nunca llegaron a suceder».

Muchos de mis pacientes podrían corroborar esta frase y buena parte de mi trabajo se ha centrado en convencerlos de que la existencia sucede exclusivamente en el presente, de modo que anticipar problemas del futuro es una forma de arruinar la existencia, lo mismo que revivir traumas del pasado.

En términos literarios podríamos decir que el presente es la realidad y tanto el pasado como el futuro pertenecen al ámbito de la ficción, uno porque solo puede recordarse y otro porque solo puede imaginarse. La memoria y la imaginación pertenecen al ámbito de la ficción. No son reales ni pueden serlo porque la realidad solo dura un instante que se repite conforme avanza el tiempo, sin dejar de ser un instante, siempre igual de distinto. Vivir en un trauma no superado o en un miedo anticipado implica convertirse en un personaje de ficción.

Cuando veo a un nuevo paciente en mi consulta, me pregunto si es una persona de verdad o el personaje de una novela. Y muchas veces, cuando me miro al espejo, me lo pregunto a mí mismo.

Rita Sanz encargó a una empresa de mudanzas el traslado de buena parte de sus enseres personales y algunos muebles desde el ático de Sagasta 90 al piso vacío del Pasaje de los Giles. De nada sirvió la buena voluntad de Matías Llorente, que estuvo dispuesto a marcharse de casa, ya fuera a vivir con su padre, a la habitación de un hotel o incluso a la funeraria, si hubiese sido necesario, según dijo textualmente. Rita no quería seguir viviendo allí. Necesitaba cambiar el escenario de su vida.

El propio Matías vino a pedirme que intercediera por él ante su esposa.

—Dígale que no tiene por qué marcharse de casa —me suplicó. Y luego hizo un juego de palabras—: Aunque no me sienta en absoluto culpable, todo lo que ha sucedido es por mi culpa.

Yo me negué a intervenir.

—Soy un terapeuta —dije con una mezcla de arrogancia y modestia—, no un intermediario.

En realidad un terapeuta no es otra cosa que un intermediario, pero Matías Llorente aceptó mi respuesta con resignación, cabeceando sin ángulo fijo, como si le faltara una parte del cuello y estuviera a punto de descoyuntarse. En cambio, cuando volví a verla, Rita Sanz me dio una impresión de solidez hasta entonces inédita, quizá porque vino a confesarme que se sentía libre por primera vez en su vida.

—A mis años —recalcó sin citar su edad—. Casi no puedo creerlo.

Inspiró y suspiró antes de proseguir.

—Durante los años que viví con mi madre tuve que rendirle cuentas de adónde iba y con quién —dijo—. Luego me casé, fui madre yo también y tuve que cuidar de mi hijo y de mi suegro, mientras convivía con un hombre sin emociones. Y ahora, por fin, siento que voy a vivir donde, como y con quien realmente quiero hacerlo.

Hizo las gestiones necesarias para contratar la luz eléctrica y el gas. Mandó limpiar el 1.°B a fondo, arreglar algunos desperfectos y dar una mano de pintura. Y llenó el piso con los enseres de la mudanza, a los que añadió otros que compró deprisa y corriendo.

—Sin perder tiempo —dijo, imitándose con vehemencia—. Esto, eso y aquello.

En apenas unos días el piso recuperó la esencia de un hogar, con

botes de especias en la cocina, cortinas en el salón, una cama con cojines en el dormitorio, cepillos de dientes en el baño y macetas en los balcones. Andrés le prestaba su ayuda sin hacer preguntas, agradecido por esas nuevas comodidades y también algo abrumado por la presencia de Rita, que parecía multiplicada por diez, como si se hubiera convertido en varias mujeres a la vez.

—No quiero volver a recordar lo que vi aquella tarde —dijo ella, cuando se lo pregunté—. Matías y Deli desnudos en nuestro viejo sofá. ¿Qué fue aquello? ¿Una broma? ¿Un chiste? ¿Una prueba del destino?

La escena le pareció tan irreal que a veces creía haberla soñado.

—Menos mal que Andrés estaba presente para confirmar lo que pasó, de lo contrario dudaría de mi cordura.

Matías Llorente se encontraba igual de perplejo, tal como me confesó.

—No entiendo lo que pasó —dijo, alzando las cejas—. De pronto, apareció un tipo detrás de mi esposa. No lo había visto en mi vida. Era alto y tenía un aire ancestral, como si fuera un viajero del tiempo. ¿Usted sabe quién es? ¿Le ha hablado Rita de él?

Tuve que hacerle comprender que no podía responder a eso.

—Salió de la nada y, cuando le preguntamos, dijo que era un muerto —insistió él.

Y me obligó a decir una obviedad.

—Los muertos no hablan.

Tristán Llorente vivió momentos de plenitud durante aquellos días de incertidumbre colectiva.

—El mundo entero pende de un hilo. Hay declarada una pandemia mundial de consecuencias impredecibles y yo no me he sentido mejor en toda mi vida —confesó sin asomo de culpabilidad.

Trabajaba más que nunca, tomando además decisiones estratégicas para el negocio porque su padre seguía ausente de la vida terrenal. Había encargado un pedido extra de ataúdes de todos los tipos, de madera de pino, de cedro, de chopo, de cerezo y hasta de nogal. Quería tener suficiente stock por si la situación empeoraba y los entierros se multiplicaban. Después del trabajo iba al gimnasio para hacer ejercicios de cardio, un poco de saco y unos minutos de cuadrilátero con su entrenador. Por último, si Gracia no había quedado con nadie y no tenía otros planes, pasaba a recogerla y daban un paseo. Cuando finalmente regresaba a casa, se dejaba caer en la cama completamente agotado, sin poder evitar la sensación de que

dormir era una pérdida de tiempo.

—Una pérdida de tiempo necesaria —matizó—, y también peligrosa.

No me quedó más remedio que preguntarle por qué decía eso.

—Los sueños siempre me han dado miedo —respondió—. No sé cómo explicarlo. Me atemoriza que mi mente tenga experiencias vitales sin mi consentimiento expreso. Estoy acostumbrado a controlar mis actos y aprecio mucho mi voluntad y mi conciencia.

Lo miré sin decir nada, sabiendo que de una manera u otra iba a introducir a Gracia Pardo en su discurso.

—Una vez soñé que me convertía en otra persona y luego, al despertar, tuve que convencerme de que seguía siendo yo —añadió, creyendo que debía ser más explícito—. ¿Hay algo peor que eso? Los sueños son capaces de convertirnos en unos desconocidos. Sin embargo, cuando dormía abrazado a Gracia, yo boca arriba, ella boca abajo con la cabeza apoyada en mi pecho y mi nariz sumergida en la fragancia de sus cabellos, todo era distinto. Ya no me atemorizaban los sueños porque ella estaba conmigo, a este lado de la vida, sujetándome a la realidad con su portentosa presencia. No podía pasarme nada malo.

Era evidente que me encontraba ante un hombre profundamente trastornado, lo cual no me sorprendió. En algunos individuos especialmente sensibles, la pasión y el enamoramiento causan un estado de enajenación mental que interfiere con su visión de la realidad, creando un mundo alternativo donde todo se idealiza, incluyendo por supuesto el objeto del amor. Gracia Pardo siempre sería un ideal de mujer para él, lo que implicaría que jamás dejaría de admirarla. Ella podría cambiar de algún modo en la vida real, quién sabe si perdiendo parte de sus encantos al envejecer, pero Tristán Llorente nunca se daría cuenta de nada y seguiría adorándola como un ídolo, salvo si yo lograba sanarlo de aquel trastorno obsesivo compulsivo que él llamaba amor.

Después de la escena del piso vacío, que ella me definió textualmente como una mezcla entre una telenovela y una comedia de situación, Deli Redondo pasó unos días tratando de recuperar su vida anterior, esa rutina casi olvidada que la llevaba y la traía de casa a la peluquería, pasando por el parque de Las Delicias en compañía de *Fiona*. Matías Llorente le había contagiado su vehemencia y sus ganas de disfrutar de la vida, de eso no cabía duda, pero había sido a costa

de desordenar toda su existencia.

—A menudo puse en duda la veracidad de nuestra relación —admitió—, y más de una tarde estuve a punto de decirle a Matías que iba a ser la última vez que estaríamos juntos.

Luego, ¿qué pasaba? ¿Por qué dejaba que las cosas siguieran como estaban? ¿Por qué no se lo decía? No lo sabía ni ella. Simplemente se dejaba abrazar por él y se rendía a la evidencia de las sensaciones corporales en un ejercicio de hedonismo irresistible, como si no pudiera ir en contra de un placer tan intenso y un sosiego tan duradero.

—Matías me llama todos los días para pedirme disculpas —prosiguió diciendo—, como si él fuera culpable de algo.

Deli consideraba que lo sucedido era inevitable.

—Tarde o temprano alguien podía vernos entrar juntos en un hotel o en el piso vacío de Matías. Confieso que, alguna vez, cuando abría el buzón de mi casa, temía encontrar una misiva anónima con unas fotos y una propuesta de chantaje o algo así.

Lo que nunca imaginó es lo que terminó sucediendo.

—La realidad supera siempre a la imaginación —declaró—. ¿Quién iba a pensar que Rita estaría escondida en aquel piso vacío, esperando a que Matías llegase allí con su amante?

Negó con las manos, como si quisiera borrar los recuerdos de su memoria, y me miró fijamente.

—Hay algo que no entiendo —confesó—. Y es algo importante.

—Dígame —respondí, dispuesto a no decir absolutamente nada.

—Rita pensó que yo estaba muerta, como si Matías fuera capaz de hacer el amor con un cadáver.

Alcé los hombros despacio, dando a entender que fue una simple reacción de sorpresa, pero ella continuó preguntando.

—¿Quién en su sano juicio cree que su marido es capaz de tener sexo con una mujer muerta?

En sus ojos vi que no era una pregunta retórica. Me lo estaba preguntando de verdad.

—No puedo pronunciarme —dije después de carraspear un par de veces—. Usted sabe que Rita Sanz es mi paciente.

Ella asintió mientras juntaba las palmas de las manos.

—¿Y Matías Llorente? —preguntó—. ¿También es su paciente?

—A veces hablo con él —respondí, negando con la cabeza, a punto de levantarme y salir corriendo de mi propia consulta—, pero lo hago en calidad de esposo de Rita.

Ella suspiró con rotundidad.

—En ese caso, dígame. ¿Cree usted que sería capaz de hacer el

amor con una mujer muerta?

Rita Sanz nunca se había sentido tan autosuficiente. Era capaz de tomar cualquier decisión y llevarla a cabo sin tener que consultar con nadie ni dar explicaciones, como una monarca sin más consejeros que el capricho, la extravagancia y quién sabe si la sed de venganza. Entre otras muchas cosas, decidió comprar una cama de matrimonio para amueblar el dormitorio principal del piso vacío, lo cual desconcertó a Andrés Baena, que no sabía dónde tendría que dormir él.

—Puse una cama grande y cómoda precisamente porque quería dormir con Andrés —declaró ella con franqueza.

Por supuesto lo hizo sin pedir su opinión, simplemente dejando extendido sobre la cama un pijama nuevo que le había comprado.

—Si no te importa —le dijo—, prefiero dormir en este lado, junto a la ventana.

Andrés la miró en silencio elevando la vista muy despacio, como si estuviera observándola desde un escondite, a salvo de la realidad.

—No dijo nada —me contó Rita—. Se puso el pijama nuevo y se acostó en su lado de la cama con el máximo cuidado para no rozarme.

Era un recuerdo amable y así lo reflejaba el tono de voz de Rita.

—Supongo que estaría preguntándose si debía besarme, abrazarme o incluso hacerme el amor. Quizá esperaba algún movimiento por mi parte, pero yo me limité a desearle buenas noches y apagar la luz.

Tardaron mucho rato en dormirse. Estaban tensos y expectantes. Y no se atrevían a moverse.

—Si nos dábamos la vuelta a la vez, corríamos el riesgo de quedar enfrentados en la cama, cara a cara, o peor aún, darnos la espalda, lo cual habría hecho más incómoda la situación, así que estuvimos más de una hora tratando de dormir boca arriba.

Finalmente se durmieron, ella antes que él, aunque se despertaron varias veces entre sueño y sueño.

—Fue todo al revés —confesó Rita—. Cuando me despertaba y encontraba el cuerpo de Andrés a mi lado, creía que estaba soñando.

Era el sueño de su vida.

—Uno de ellos —matizó con una breve sonrisa—. Uno de esos sueños recurrentes a los que nos aferramos cuando las cosas se tuercen. Dormir junto a Andrés Baena, escuchar su respiración, sentir su aliento y percibir ese aroma corporal tan suyo.

Cerró los ojos un momento, mientras yo me preguntaba por qué

me estaba contando todo eso.

—Cuando me desperté por la mañana, él seguía tumbado junto a mí, con las manos en la nuca.

Según parece, tampoco fue necesario decir nada en ese momento.

—Simplemente me di la vuelta sin abrir los ojos, como si quisiera lanzarme al vacío de las sábanas para aterrizar sobre su pecho.

Y lo que ella creía que iba a quedar forzado o inoportuno, resultó un gesto de lo más natural.

—¿Qué hay más natural que abrazar a la persona junto a la que has estado durmiendo toda la noche?

Rita Sanz no fue capaz de abrir los ojos, ni antes ni después del primer beso.

—Quería vivir en la oscuridad de los deseos íntimos —dijo en un susurro.

Y prolongar el momento eternamente, como si el universo entero cupiera en una cama de matrimonio cuando la persona que hay a tu lado es el hombre de tus sueños.

28

El abuelo Cosme comenzó a escuchar la radio por las mañanas, inquieto ante las noticias de la pandemia que amenazaba al mundo, asunto que ocupaba ya buena parte de los boletines informativos en todas las emisoras. La culpa fue de Tristán Llorente, que seguía visitándolo regularmente para llevarle noticias del presente.

—Parece un cuento de terror o una película de las que emiten por las tardes en la televisión —dijo el abuelo—. Un virus que mata a los ancianos y apenas daña a los niños. No puede ser real. Es pura ficción.

Cosme Llorente nunca había tenido dificultades para asumir el concepto de la muerte. La consideraba el último acto natural de la vida, y se veía, una vez muerto, como un recuerdo amable en boca de sus allegados reunidos junto a su féretro de madera de cedro para relatar sus mejores anécdotas y recordar sus opiniones cósmicas sobre la existencia, una vez disculpadas sus manías y algunas de sus rarezas. Eso no era lo que le preocupaba.

—Lo que me preocupa es cómo será el momento justo de la muerte —le confesó un día a su nieto—. ¿Cómo será el último estertor que me conduzca al otro barrio?

Tristán no supo si su abuelo hablaba figuradamente.

—¿Me ahogaré? —prosiguió el anciano, confirmando que no lo estaba haciendo—. ¿Sentiré algún dolor concreto, una punzada en el corazón tal vez, un sofoco, un mareo, unos temblores? ¿Estaré solo? ¿Tendré frío o calor? ¿Seré consciente de que me estoy muriendo? Y, si es así, ¿lo aceptaré o me rebelaré? ¿Me iré de este mundo con una mueca de resignación o con una de rabia?

Y luego añadió lo más importante:

—¿Tendré miedo? —dijo—. A lo largo de mi vida profesional, he escuchado a mucha gente hablar de la muerte como si fuera una liberación orgánica, argumentando a favor de la naturaleza, que en su eterna sabiduría hace deseable ese último momento de la existencia, pero yo me pregunto: ¿quién lo sabe? ¿Quién lo dice? ¿Hay alguien que haya muerto y resucitado para hacer este tipo de revelaciones o todo es fruto de la literatura?

—Necesitarías hablar con un muerto —le recomendó Tristán sin dejar claro si lo decía en serio o en broma.

Y el abuelo Cosme lo miró con la cabeza a medio torcer.

—Hay videntes y médiums hasta en los canales de televisión —añadió su nieto.

—No creo en la vida eterna —respondió el anciano—. No soy un hombre religioso. Tampoco creo en el alma, solo en el cuerpo. Y te aseguro que sé muy bien lo que le sucede a un cuerpo muerto. Lo he visto con mis propios ojos muchas veces. Y es algo que tú también tendrás que ver cuando, por la razón que sea, tengas que exhumar un cadáver. Si hay gente que sigue creyendo en la inmortalidad del espíritu es porque no ha visto el proceso de degradación orgánica que sufre un cuerpo muerto.

Tristán se vio arrinconado y comprendió que estaba boxeando contra un contrincante de otra categoría.

—La inmortalidad del alma es una abstracción filosófica —añadió el abuelo—, una entelequia. La única inmortalidad argumentable es de orden molecular. Cuando yo muera, las moléculas que componen mi cuerpo volverán a formar parte del aire, y de la tierra de la que proceden, gracias a la acción de los insectos necrófagos, necrófilos y saprófagos, lo que significa que las partes que componen mi todo son inmortales pero yo no lo soy, quizá porque no soy un todo. Solo soy las partes que componen algo que no existe.

Cuando Rita Sanz se lo contó, sentados ambos en la terraza de Sagasta 90, Tristán Llorente no pudo creerlo.

—¿Que te vas a separar de quién? —preguntó torpemente.

Y luego, cuando ella añadió que se iba a vivir al piso vacío del Pasaje de los Giles, Tristán siguió mostrando su incredulidad.

—¿Que te vas a vivir dónde?

A lo que siguió un «que te vas a vivir con quién» cuando Rita le confesó que viviría con un antiguo compañero del colegio al que estaba prestando su ayuda. Fue una reacción involuntaria y refleja que demostraba la incapacidad de Tristán para procesar toda la información recibida, sirva de prueba que miraba a derecha e izquierda como quien se siente víctima de un engaño y busca una cámara oculta o algo sospechoso.

—Pero ¿qué demonios ha pasado? —consiguió decir, por fin, con algo de sentido.

Y el rostro descompuesto por la incertidumbre.

—Tendría que haberlo visto —exclamó Rita Sanz en mi consulta —. Parecía a punto de echarse a llorar, él, que jamás ha llorado, ni siquiera cuando era un niño. Me causó tanta sorpresa que preferí no desvelar la identidad de la amante de su padre.

Simplemente le dijo que su padre había tenido una aventura con una mujer.

—Estuve a punto de decir «con una mujer viva» —recalcó—, pero me contuve a tiempo.

Al contrario de lo que ella creía, Tristán pareció aliviado al saber que el mundo se había puesto patas arriba por un motivo concreto.

—Nada me causa tanto pavor como el azar de la realidad —me aclaró él mismo—. Cuando los hechos pasan por una razón, la que sea, se reivindican y justifican de alguna manera. Si mis padres se hubieran separado sin motivos, simplemente agotados de su convivencia, me habría quedado muy preocupado. Pero si había otra persona por medio, todo cobraba un sentido determinado.

Asintió como si se diera la razón, pero luego se incorporó en el asiento para desdecirse.

—Mejor dicho, todo no —añadió—. Hay algo que no tiene ni pies ni cabeza y es el antiguo compañero de colegio de mi madre que vive en nuestra antigua casa.

—¿Qué pasa con él?

—Le pregunté a mi madre de dónde había salido y se limitó a decir que se habían reencontrado en el comedor social.

Era evidente que Rita no había añadido ningún detalle más, pensando acertadamente que Tristán lo consideraría otro voluntario como ella. La inercia del pensamiento nos hace sacar nuestras propias conclusiones. Nadie en su sano juicio habría pensado que un compañero del colegio de su madre acudía al comedor social porque no tenía otro medio de alimentarse.

Cité a Tristán Llorente en una cafetería que había cerca de la consulta para dejar claro que no deseaba verlo en calidad de paciente.

—Necesito saber cuáles son los requisitos necesarios para exhumar un cadáver —le dije cuando nos sirvieron dos cafés con leche.

Él dudó unos segundos, tratando de adivinar mis intenciones.

—Depende de varias cosas —respondió—. Si han transcurrido los años de la concesión del nicho o la tumba, no hay problema en exhumar los restos de un cadáver para quemarlos o depositarlos en la

fosa común.

—¿Y si no?

—Tiene que haber una razón justificada —dijo Tristán.

Me di cuenta de que no podía seguir hablando sin desvelar la identidad del cadáver que pretendía exhumar. Él reaccionó a la defensiva en cuanto escuchó el nombre de Isidro Pardo. Yo le resumí el caso de Lucas, su búsqueda incansable del alma de los difuntos y el estado de ánimo en que había quedado después de haberlo intentado, advirtiéndole de la confidencialidad de dicha información.

—¿Pretende usted que Lucas vea el interior del ataúd de su padre? —preguntó Tristán con cara de susto.

Yo asentí con la taza de café en los labios.

—Sé que parece una locura —dije—, pero me gustaría intentarlo.

—¿Ha visto alguna vez el estado en que queda un cadáver después de unos cuantos años?

Tuve que responder que no.

—No será una visión fácil de asimilar —dijo él.

—La mente de Lucas funciona de una manera especial.

—¿Cómo de especial?

—No tiene imaginación ni margen para asimilar las creencias o la fantasía. Solo es capaz de creer en lo que ve, lo que escucha y lo que percibe con el resto de los sentidos.

Tristán torció la boca.

—¿Y la madre de Lucas está de acuerdo con todo esto?

—Ella confía en mí —respondí, poniéndome una mano en el pecho—. Y espero que acepte mi decisión final.

Tristán se sujetó la barbilla con una mano. Era casi seguro que pensaba en Gracia Pardo, preguntándose si la posibilidad de ayudar a su hermano a encontrar el alma de su padre podría beneficiarle o perjudicarle en su tenaz empeño de recuperarla.

En su siguiente visita, Rita Sanz me confirmó que se encontraba tan mejorada de ánimo que pronto dejaría de necesitar mi ayuda.

—Creo que soy feliz —declaró sin rodeos—. Es la primera vez en mi vida que puedo decir una cosa así. Ya ve, tan solo cuatro palabras. Nada más. Y no las había pronunciado nunca.

Cada noche se dormía en brazos de Andrés Baena, aunque antes de hacerlo pasaba unos minutos con los ojos abiertos, sintiendo el tacto de sus manos y escuchando el rumor cadencioso de su respiración. Si se despertaba a media noche, le complacía encontrar el

cuerpo de Andrés tendido junto a ella, vestido solo con el pantalón del pijama, para poder colocar la cabeza entre el pelambre mullido de su pecho y volver a dormirse. Muchas mañanas, sin prisas y sin necesidad de pronunciar palabra, hacían el amor antes de levantarse. Luego se duchaban y desayunaban juntos escuchando las noticias en la radio, como si llevaran treinta años casados.

—No quiero engañarme —añadió, negando con la mirada—. Sé que Andrés no está enamorado de mí y no me importa. La cuestión fundamental es que me necesita. Mucho más que yo a él. ¿Qué importa si es por una razón sentimental o por otra cosa?

Mostré mi asombro ante un discurso tan tergiversado y ella se incorporó para acercarse a mí.

—Hace muchos años, cuando era una jovencita no muy agraciada físicamente, estuve enamorada de él sin tener la más remota esperanza de que me prestara atención —dijo, controlando el movimiento de su labio inferior, que amenazaba con doblarse de pura rabia—. No sé si puede hacerse a la idea de lo que eso significa.

Dije que sí.

—Ahora vivo con él, bajo el mismo techo, en la misma casa. Comemos juntos en la misma mesa, vemos la televisión, comentamos las noticias del día y dormimos cada noche en la misma cama, muchas veces abrazados. Puede que todo sea una fantasía del destino, que ha dispuesto las circunstancias con su capricho característico, pero es una fantasía que está sucediendo de verdad.

Esperó unos segundos mientras yo tomaba una nota rápida en mi cuaderno y concluyó su alegato.

—Por una vez en la vida —dijo mostrando un dedo—, uno de mis sueños se está convirtiendo en realidad. Y no voy a permitir que nada lo estropee. No voy a despertarme. He decidido divorciarme de Matías. Ya he hablado con una abogada y hemos quedado esta misma semana para acelerar los trámites necesarios. No hay tiempo que perder.

Andrés Baena se vio con Quimi en su banco habitual de la plaza de los Sitios para ponerse al día de los acontecimientos de la calle, donde la situación sanitaria comenzaba a generar muchas incertidumbres.

—En el comedor social dicen que van a seguir dando comidas, si es necesario envasadas individualmente —le contó Quimi, ofreciéndole el periódico del día anterior—. Pero hay gente que ha comenzado a almacenar paquetes de galletas, latas y frascos de

conserva en lugares secretos, como hacen las ardillas, los ratones y otros roedores.

—¿No has pensado en volver a casa? —le preguntó Andrés.

Quimi lo miró con ojos estrábicos.

—¿A qué casa?

—Si te pones enfermo, tus hermanos cuidarán de ti —respondió Andrés.

—¿Y si te pones enfermo tú?

Andrés todavía no le había dicho adónde se había ido a vivir ni con quién.

—No te preocupes —respondió escuetamente—. Hay alguien que cuidará de mí.

Y su voz estuvo a punto de quebrarse al pronunciar esa frase, como le contó más tarde a Rita Sanz.

—¿Quién cuidará de tu hija? —preguntó Quimi, señalando el banco donde se había sentado Sandra.

Andrés pensó entonces en Isabel y se tranquilizó dando por hecho que la una cuidaría de la otra si caían enfermas o que incluso el actual marido de Isabel podría cuidar de ambas llegado el caso, una vez descartada la idea delirante de que él pudiera hacer nada por ellas.

Luego preguntó por el Tamagochi.

—Está fatal —respondió Quimi con un pulgar señalando al suelo —. Yo creía que no pasaba de este invierno y ya casi es primavera, pero le quedan pocas fuerzas. Si se contagia del virus, es hombre muerto.

—¿Y los demás?

—Todos muertos también, pero de miedo.

Pese a disponer de unas comodidades impensables en la calle, Andrés seguía echando de menos a sus antiguos compañeros. Había desarrollado un sentimiento de adhesión al grupo perfectamente explicable desde un punto de vista antropológico. Nada une tanto al ser humano como dormir junto a otros semejantes en busca de protección frente a enemigos y predadores.

Antes de despedirse, Andrés le dio a Quimi un trozo de papel doblado por la mitad.

—No puedo llevarte al lugar donde vivo —le dijo—, entre otras razones porque no es mi casa, pero si te encuentras mal, llámame.

—¿Tienes móvil?

—Es el móvil de una amiga.

—¿La que cuidará de ti si enfermas? —dijo Quimi con media sonrisa—. No me digas que te has emparejado.

—Yo no —respondió Andrés muy serio—, pero ella sí. Y eso es lo

que importa.

Deli Redondo decidió preguntarle a Matías Llorente por qué su esposa había creído que estaba haciendo el amor con una mujer muerta.

—No podía seguir viviendo con la duda —me confesó—, así que aproveché la siguiente vez que hablamos por teléfono para resolverla.

Como es natural, Matías no esperaba una pregunta de esa naturaleza.

—Ya me has oído —insistió Deli—. Lo lógico es hacer el amor con una mujer viva.

Él trató de concentrarse para evitar balbuceos y vacilaciones que pudieran inculparlo.

—No sé qué insinúas —respondió, hablando muy despacio—, pero te aseguro que nunca he hecho nada parecido.

—Entonces, ¿por qué lo creyó Rita?

Matías no se sentía con ánimo de resumirle a Deli el historial de su vida sexual, mencionando las dificultades que siempre había tenido para excitarse ante el cuerpo desnudo de su esposa. No podía desvelar semejantes intimidades, y menos por teléfono.

—Rita cree que paso demasiado tiempo entre los muertos —dijo, suspirando audiblemente—. Y puede que tenga razón, porque ella misma, muchas veces, se comporta como un cadáver.

Y siguió hablando de la vida y de la muerte como circunstancias de alguna manera compatibles.

—Muchos seres vivos han muerto sin darse cuenta, dejándose llevar por la apatía o el desánimo, mientras que algunos cadáveres, por el contrario, conservan todavía un sesgo de vida en el volumen del cabello, en la blancura del cutis o en la disposición de las manos sobre el regazo.

Según él, la vida no era un concepto absoluto, sino graduable, como la intensidad de la luz, la temperatura o el dolor. Por eso había personas que rezumaban vida, otras disponían de la cantidad justa para la supervivencia y otras parecían muertos vivientes.

Y, por supuesto, al margen de todas estas clasificaciones, estaba ella.

—Tú no solo estás viva, Deli —le había dicho Matías—, sino que eres una fuente inagotable de vida y energía, que se recicla y regenera constantemente al contacto con el agua.

Nunca antes había escuchado a nadie comparar a una mujer con una central hidroeléctrica.

29

El abuelo Cosme pasaba todo el día con el traje y la corbata puestos, consciente de que podía morir en cualquier momento. Cuando sentía un mareo, por leve que fuera, o le fallaban las fuerzas, se dirigía al dormitorio, se acostaba en el ataúd y tomaba firmemente la campanilla de plata con su mano derecha. Si nada más sucedía, dejaba que transcurrieran unos minutos, se aseguraba de que continuaba con vida y volvía al salón a escuchar las noticias de la radio.

—La muerte se acerca —le anunció solemnemente a su nuera—. Hay varios millones de italianos confinados en la región de Lombardía. La epidemia no tardará en llegar a nuestro país y los ancianos seremos los primeros en caer.

Rita Sanz no quiso tranquilizar al anciano ni le restó importancia a su discurso apocalíptico, creyendo que era más seguro tomar conciencia de la cruda realidad que ignorarla. En realidad, no había pasado por casa del abuelo para hablar de la pandemia, sino para darle la noticia.

—Siento comunicarle que su hijo y yo vamos a separarnos —le dijo.

El abuelo se llevó la mano al pecho en un gesto de alivio.

—Por un momento creía que ibas a decirme que os habíais contagiado del jodido virus —respondió.

Rita agradeció la broma, aunque su suegro no tardó en cambiar de registro.

—¿Por qué no ha venido mi hijo a comunicármelo en persona?

—Quería ser yo quien le diera la noticia —dijo Rita.

El abuelo la señaló con un dedo y ella asintió con firmeza.

—Fue usted quien me seleccionó como nuera —le recordó—, no Matías.

El abuelo volvió entonces el dedo para señalarse a sí mismo.

—Matías solo se dejó llevar —dijo Rita—. Aceptó mi presencia como compañera de trabajo y luego como esposa, pero no me eligió él. Fue usted. Por eso estoy aquí.

El abuelo se ajustó el nudo de la corbata para disimular su

turbación. No era el momento de negar la evidencia.

—¿Qué ha pasado? —se limitó a preguntar.

—Matías ha elegido por fin a la mujer de su vida. Y lo ha hecho sin consultarle a usted.

—¿Puedo preguntar quién es?

Rita hizo una larga inspiración antes de contestar.

—La madre de Gracia Pardo —dijo—, la amiga de Tristán.

El abuelo arrugó tanto el entrecejo que pareció una caricatura de sí mismo.

—¿Lo sabe mi nieto?

—He tardado en decírselo —respondió Rita—, pero al final he tenido que hacerlo.

—¿Y cómo está?

—Muy confundido.

Hubo un silencio exento de gestos y aspavientos.

—¿Qué pensáis hacer? —preguntó el abuelo.

—Matías no sé —respondió Rita—. Yo me he venido a vivir al 1.°B.

El anciano señaló al frente con la barbilla.

—Sí, ahí mismo —confirmó ella, por supuesto sin mencionar la presencia de Andrés Baena—. Volvemos a ser vecinos.

—¿Hasta dónde puede llegar el poder y la determinación de los genes en la conducta de los seres vivos? ¿Lo sabe usted?

Tristán Llorente me hizo la pregunta en cuanto se sentó en la butaca de los pacientes.

—No puedo creer que sea una simple casualidad que yo esté enamorado de Gracia y mi padre de la madre de Gracia —continuó argumentando—. Las casualidades existen, no lo niego, pero son mucho menos probables de lo que creemos, especialmente en cuestiones genéticas, así que tiene que haber otra explicación.

Decidí responderle usando un argumento con datos y cifras para impresionarlo.

—Es imposible determinar algo así hablando del comportamiento humano —afirmé—. El cerebro humano contiene más de cincuenta mil millones de neuronas y cada una de ellas es capaz de establecer hasta diez mil conexiones sinápticas para relacionarse con las demás, de manera que en cada milímetro cúbico de corteza cerebral se producen alrededor de mil millones de sinapsis.

Hice una pausa antes de concluir.

—Hablar de las emociones humanas en términos bioquímicos es un ejercicio de cálculo a escala astronómica.

Y, tal como esperaba, Tristán Llorente se dejó seducir por la aparente complejidad de mis números.

—¿Por qué te molesta que tu padre se haya enamorado de la madre de Gracia? —le pregunté.

—¿Por qué me molesta? —repitió él indignado—. No sé qué posibilidades tengo de que Gracia vuelva conmigo, pero creo que serán mucho menores si resulta que vamos a ser medio hermanos.

No supe si expresar mi disconformidad o esbozar una sonrisa.

—Tu relación con Gracia es anterior a la de Deli y Matías —dije, decantándome por la primera opción—. Entre vosotros hay vivencias y lazos de afecto que no tienen nada que ver con vuestros padres.

—¿Y si mi amor por Gracia ha sido impuesto de alguna manera por mi condición genética? —preguntó él, entrando en un terreno a medio camino entre la especulación científica, la filosofía y la comedia de enredo.

—¿Sería menos válido? —respondí.

Él se quedó pensativo durante unos segundos.

—¿Lo sería? —dijo, devolviéndome la pregunta.

Estuve a punto de responderle que había agencias de contactos que basaban sus conexiones entre parejas en el estudio del ADN que extraían de las bocas de sus clientes, pero preferí no alargar la conversación.

—Todo cuanto somos está condicionado por nuestro material genético —acabé diciendo—, aunque solo sea parcialmente. Pero también hay muchos otros factores culturales y ambientales que influyen en nuestras reacciones y decisiones vitales.

Tristán Llorente no estaba dispuesto a consentir que sus sentimientos hacia Gracia Pardo estuvieran provocados por otra cosa que no fuera la espontaneidad y el libre albedrío, sin condicionantes ni imposiciones de ningún orden. Quizá por eso se levantó de la butaca y me miró muy serio.

—Renuncio a mi herencia genética —dijo con despecho, como si estuviera en una notaría, un juzgado o un bufete de abogados.

No le dije que solo un 0,1 por ciento de la secuencia del ADN marca la diferencia entre unos seres humanos y otros, de modo que podía renunciar a su herencia genética y seguiría siendo un 99,9 por ciento igual a sí mismo.

Rita Sanz deseaba que las autoridades sanitarias decretasen un confinamiento obligatorio y masivo, como sucedía ya en otras partes del mundo, que para ella significaría una agradable estancia de vacaciones en un balneario urbano de paz y quietud, en la mejor compañía posible.

—Estaría con el hombre de mis sueños y cerca del abuelo Cosme, al que quiero como a un padre —me dijo.

Durante esos días Andrés y Rita se dedicaron a acondicionar la galería que daba al patio interior, tirando trastos que había allí almacenados, pintando los barrotes de la barandilla, comprando una mesa y unas sillas de aluminio y forrando el suelo de césped artificial.

—Siempre quise arreglar esa galería para poder salir a tomar el aire, pero nunca había encontrado la motivación para hacerlo.

Por las tardes, mientras Andrés preparaba la cena, Rita cruzaba el rellano para visitar al abuelo.

—Normalmente le llevaba una fiambrera con un guiso de carne o de pescado, unas croquetas o media tortilla de patatas.

El anciano la retenía en casa un poco más de lo necesario.

—Era normal —comentó Rita—. Todo el mundo necesita compañía cuando se siente solo y asustado. Alguna noche me quedé a cenar con él para jugar después una partida de cartas.

A ella le gustaba demorarse allí, en casa del abuelo, sabiendo que Andrés se encontraba al otro lado del rellano.

—Soy consciente de que está conmigo porque no puede ir a ninguna otra parte —reconoció, una vez más—, pero la idea de que me espere en mi propia casa me rejuvenece y me seduce hasta lo inimaginable.

Con su hijo Tristán hablaba por teléfono un par de veces a la semana, siempre con prisas, suspiros de impaciencia y respuestas cortas.

—No tenía tiempo para atenderme porque en la funeraria había mucho trabajo —me resumió, disculpándolo—. Se estaban preparando para lo peor.

Con Matías no deseaba tener ningún trato, salvo el que pudiese establecerse a través de la abogada que había elegido para tramitar el divorcio.

—Yo viviría con Andrés el resto de mis días, por supuesto —añadió Rita—, aunque es posible que él se canse de mí y se vaya a otra parte. Ignoro lo que pasará después de la pandemia, pero estoy segura de que nunca volveré a vivir con Matías Llorente.

Creí mi obligación recordarle que una infidelidad matrimonial era más fácil de disculpar que el acto de necrofilia que en un principio

había supuesto, pero ella no estuvo de acuerdo.

—Sería más fácil si no conociera a la persona con la que Matías me ha sido infiel —dijo—, pero es que resulta que podría convertirse en mi consuegra. Y eso no tiene disculpa posible.

En su siguiente visita, Lucas Pardo acudió a la consulta acompañado por su madre.

—Estoy muy preocupada —dijo Deli, mientras él esperaba en la salita.

Por un momento creí que iba a hablarme de su relación con Matías Llorente o, peor aún, con Rita Sanz.

—Apenas come y apenas duerme —añadió, mirando hacia la salita—. No ve la televisión ni consulta sus mapas por internet. No sé qué le pasa. He llegado a creer que estaba enfermo y le he mandado hacer unos análisis de sangre.

No contravine ningún principio profesional poniéndola al corriente de la situación.

—Lucas no está enfermo —dije—. Simplemente, tiene una duda moral.

—¿Qué duda moral?

—Cree que el alma de su padre no ha abandonado este mundo.

Deli elevó los pómulos para mostrar su sorpresa.

—Según su forma de razonar —le expliqué—, el vidente de la televisión no logró contactar con su padre porque su alma no está en el cielo. Y eso es así porque no murió en un accidente de tráfico.

Dije eso y mostré la palma de mi mano izquierda para hacerle saber que no estaba juzgándola.

—Quiere abrir su ataúd para comprobar si su alma sigue ahí —añadí—, prisionera de la oscuridad, sin haber podido ascender a los cielos.

Deli dio un respingo de sorpresa.

—¿Está intentando decirme que no le va a quitar esa idea descabellada de la cabeza?

No advirtió que había hecho un gracioso juego de palabras.

—Eso depende de usted —respondí.

Y ella me señaló con un dedo.

—¿No cree que la visión de un cadáver descompuesto puede traumatizarlo?

Traté de modular la voz para que resultase lo más afectuosa posible.

—He considerado ese riesgo, por supuesto, pero no debemos olvidar lo difícil que resulta tratar con alguien que no comprende las metáforas del alma o del cielo. A Lucas no se le pueden poner ejemplos ni contarle cuentos o fábulas. La única forma de comunicación posible es la expresa y evidente.

Ella torció la cabeza, dejando que su melena se posara sobre su hombro derecho. Comprendía lo que le decía pero no podía permitirse el lujo de creerlo.

—Podríamos considerarlo una terapia de choque —añadí para concretar mi proposición, elevándola al rango de lo nombrable.

Deli Redondo se levantó entonces de la butaca, sin ninguna intención de marcharse. Dio una vuelta por la consulta, se pasó una mano por la melena y volvió a sentarse.

—Mi esposo murió mucho antes de suicidarse —dijo en un susurro—. Por eso, cuando me llamaron para decirme que lo habían encontrado muerto, no supe cómo reaccionar. No me entristecí ni me asusté ni nada por el estilo, seguramente porque desde hacía tiempo lo consideraba un cadáver y ya había superado su muerte. Lo único que me preocupó fue cómo decírselo a Lucas.

Inspiró hondo antes de proseguir.

—Más tarde llegaron los inevitables remordimientos. Empecé a pensar que igual no había hecho todo lo necesario para ayudar a Isidro. No sé. Tal vez debería haber sido más cariñosa con él. O menos. Quizá no supe comprender sus ausencias y le exigí más de lo que podía darnos a mí y a nuestros hijos.

Hice un gesto de simpatía con los hombros.

—Y finalmente llegaron tiempos de paz, en los que Isidro se convirtió en un recuerdo cada vez más lejano y amable, una vez que la memoria desechó los malos momentos, como por fortuna sucede cuando pensamos en nuestros muertos.

Fui a decir que esa capacidad selectiva de nuestra memoria no tiene nada que ver con la fortuna, pero preferí dejarla continuar.

—Y ahora, de pronto, aparece Matías —dijo, juntando ambas manos en actitud casi religiosa—, ya ve, un hombre que peina, maquilla y viste a los muertos. Y que, sin embargo, me mira con ojos llenos de vida y una firme intención de agradarme, agasajarme y casi diría que adorarme.

Se llevó las manos a la boca y guardó silencio.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —le pregunté.

—Porque durante años he vivido en la paz de los recuerdos lejanos y ahora todo se ha vuelto a revolucionar en mi cabeza. Matías es lo contrario que Isidro. A su lado me siento contagiada por un fervor casi religioso, más viva que antes, más viva que nunca. Y por las noches sueño que amanece antes de lo normal y me despierto porque solo tengo ganas de estar despierta para que Matías siga adorándome.

Elevó la mirada hasta encontrar mis ojos.

—Y, pese a todo, tengo miedo —confesó.

—¿A qué?

—A que Matías se muera —respondió asintiendo—. O a morirme yo.

Asentí yo también, suponiendo que la única opción válida sería que se murieran los dos a la vez.

—La vida es más valiosa cuando se comparten los sentimientos —añadió ella—, pero hay que pagar un precio por ello. Y es el miedo a perderla.

30

La humanidad entera se enfrentó a lo que podríamos considerar una guerra mundial, solo que no peleamos entre nosotros, los humanos, enfrentados en bandos con enseñas, ideas políticas e idiomas distintos, ni lo hicimos contra una invasión alienígena procedente del espacio exterior, como siempre sospechamos que sucedería. Nuestro enemigo no era un ser vivo en toda la extensión del término, sino un virus microscópico que colonizó el mundo poco a poco, empezando por nuestros sistemas respiratorios.

Como en cualquier conflicto bélico, los boletines de noticias se convirtieron en partes de guerra informando sobre el número de contagiados, ingresados en hospitales y muertos que se registraban cada día, todo difundido por internet, las redes sociales y los canales de radio y televisión, cuyo seguimiento se convirtió en un ritual de carácter solemne, como meditar, rezar o ir a misa. Durante esos días la información fue una doctrina sagrada, y los políticos y los periodistas se convirtieron en los chamanes de una religión de cifras, estadísticas y acontecimientos. Daban ganas de ver la televisión de rodillas, después de mojarse las manos en gel hidroalcohólico, que desde entonces es el agua bendita del siglo XXI.

Nunca antes habíamos compartido un nivel semejante de conciencia de especie, en el que no había razas, clases sociales, nacionalidades, idiomas, ni diferencias políticas o culturales. Todos fuimos *Homo sapiens* en peligro de extinción y aprendimos que nada une tanto como el miedo. Desarrollamos a la vez patrones de actitud colectivista e individualista. Las necesidades colectivas estaban por encima de cualquier individualismo, pero el virus iba colonizando el mundo individuo a individuo, de modo que fuimos colectivistas en la distancia, preservando nuestro espacio íntimo, sin coincidir entre nosotros para no hablarnos a la cara, no tocarnos y por supuesto no besarnos ni abrazarnos, porque cuanto más nos besáramos y abrazáramos, más posibilidades había de transmisión vírica y más lejos estábamos de ganar la guerra. Decidimos dar una tregua a las manifestaciones emocionales para convertirnos en seres asépticos que

se saludaban con los codos y los puños, sin abrir la mano para nada, ni siquiera para dar una palmada de cariño.

Confiábamos en nuestras posibilidades de victoria aunque ignorábamos cuánto tiempo tendríamos que seguir combatiendo. Lo único evidente era que toda esa estrategia defensiva, basada en la frialdad emocional, la asepsia y la soledad, iba a obligarnos a mantener el contacto a través de las videollamadas y las videoconferencias. Casi sin darnos cuenta logramos la teletransportación humana con la que soñábamos cuando éramos niños. Nada menos. Solo que entonces creíamos que en el futuro nos desintegraríamos molecularmente para viajar a otro lugar del planeta donde volver a reintegrar nuestros cuerpos. Nunca imaginamos que la teletransportación significaría el reencuentro en un espacio digital común a través de una pequeña cámara y una línea telefónica, sin que ninguna molécula debiera cambiar de estado.

Algunas personas tuvieron que convivir con quien estaban a punto de divorciarse y, por el contrario, hubo parejas que iniciaron su convivencia para pasar el confinamiento juntos. La mayoría de las familias occidentales compartieron su vida en el salón de casa, el papá reunido por videoconferencia, la mamá terminando un proyecto en su ordenador, los niños conectados con su profesor de sociales, la abuela saludando a sus primas por una videollamada y el perro dormitando junto a la puerta, feliz de tener a todo el rebaño reunido.

Algunas noches, cuando Gracia Pardo sacaba a *Fiona* a la calle para dar el último paseo del día, se encontraba el coche fúnebre de Tristán Llorente aparcado en doble fila frente a su portal.

—Parece que estés esperando a que se muera algún vecino —le dijo ella la primera vez.

Y él estiró los labios un segundo para encajar la broma sin ninguna intención de sonreír.

—Vengo directamente del tanatorio y necesito estirar las piernas.

Fiona lo recibía con un caracoleo de alegría y los tres juntos daban la vuelta a la manzana, comentando las últimas noticias de la situación sanitaria entre el pavor y la sorpresa, sin renunciar a la curiosidad y el detalle, como si en el fondo todo fuera una oportunidad para romper con la rutina, replantearse la vida y empezar de nuevo.

—Siento que estoy viviendo un momento histórico que algún día se estudiará en los colegios y las universidades y caerá en los

exámenes del futuro, igual que la Revolución francesa, la Segunda Guerra Mundial o la perestroika.

Una de aquellas noches Tristán aparcó detrás de otro coche fúnebre, igualmente estacionado en doble fila.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a su padre.

Matías Llorente acababa de salir del portal.

—He venido a ver a Deli —respondió con naturalidad—. ¿Y tú?

—He venido a ver a Gracia.

—Si me lo hubieras dicho, podríamos haber venido en un solo coche.

Pese a llevar trabajando en la funeraria desde primera hora de la mañana, Tristán no había escuchado nada tan grotesco en todo el día.

—No quiero venir contigo a casa de Gracia.

Matías se acercó a su hijo para hablarle en voz baja.

—Sé que no apruebas mi relación con Deli —le dijo—, pero te recuerdo que tu madre y yo ya no estamos juntos.

Tristán apretó sus puños antes de responder.

—Mi madre no tiene nada que ver en esto —declaró—. El problema es que Deli es la madre de Gracia.

—Sea la madre de quien sea —contestó su padre con determinación—, amo a esa mujer.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Es la verdad —dijo Matías, abriendo los brazos—. La adoro. Siento por ella algo que nunca había sentido por nadie, ni siquiera por tu madre.

—Te agradezco la aclaración.

—Quizá sea algo que solo puede sentirse por una persona concreta, una, una sola. Y cuesta una vida entera dar con ella, en el supuesto de que se encuentre.

Ambos se miraron un momento, sorprendidos de hablar en esos términos, a medio camino entre la emoción, la extravagancia y el apocalipsis.

—No espero que me comprendas —añadió Matías, abriendo la puerta de su coche.

Tristán esperó a que su padre se marchara y comenzó a negar repetidamente, con tanta furia que su cuello parecía de goma, resistiéndose a admitir que él podía comprender mejor que nadie lo que acababa de escuchar.

Andrés Baena creyó que Rita Sanz lo había conducido a la plaza de los

Sitios para dar su paseo matutino e incluso para saludar a Quimi, si es que lo encontraban sentado en su banco habitual al sol del mediodía. Tampoco podía descartar la posibilidad de que Rita quisiera presentarle a algún miembro de su familia o de su círculo de amistades, lo cual explicaría el rato que había pasado cortándole el pelo y arreglándole la barba antes de salir de casa.

—Me tratas como si fuera una muñeca —había dicho él a modo de falsa protesta.

Y ella había sonreído sin decir nada, seguramente porque Andrés tenía razón. A Rita le encantaba cortarle el pelo y peinarlo, afeitarlo, limpiarle la cara de espinillas y aplicarle crema hidratante, comprarle ropa y sentarse para ver cómo le quedaba mientras se la probaba. Desde que vivía en el 1.°B, Andrés había ganado el peso que le faltaba, recobrando además su porte habitual, sin esa joroba que llevaba en lo alto de la espalda cuando se encontraron en el comedor social. Su piel se había ido recuperando de la penuria de vivir y dormir en la calle y sus ojos se habían asomado otra vez al rostro, regresando de las profundidades del cráneo, de donde parecía imposible rescatarlos. Poco a poco estaba convirtiéndose en el hombre que habría sido sin el concurso de la mala suerte en su vida.

—¿Adónde vamos?

Andrés se sorprendió cuando Rita se dirigió hacia la calle Costa.

—He quedado con mi abogada —respondió ella, abriendo el portal donde trabajaba Sandra.

Él se quedó paralizado y mudo, tratando de comprender la situación mientras sus ojos se retraían y la joroba amenazaba con encorvarlo otra vez.

—No puedo acompañarte —dijo cuando por fin reaccionó—. Sandra podría reconocerme.

Rita fue a responder que, pese a todo lo que había ganado física y estéticamente hablando, seguía resultando irreconocible, pero prefirió no ofenderlo. Se limitó a tirar de él, sujetándolo por un brazo, igual que habría hecho con un perrito perezoso que se negara a seguir caminando.

—No tendrás que decir nada —dijo para tranquilizarlo.

Sandra Baena los recibió en la sala de reuniones del bufete, después de hacerlos esperar unos minutos. Cuando se encontraron, Andrés le dio la mano mirando al suelo, actuando con una prudencia que la abogada interpretó como un signo de timidez.

—La mano de mi hija sigue siendo pequeña pero firme —le confesaría más tarde a Rita, sorprendido por encontrar tanta fuerza en algo tan delicado.

Su tacto le trajo recuerdos del pasado, que se sumaron al pasmo de sentirla tan cercana y acabaron con la poca entereza que le quedaba. Rita lo presentó como Román Díaz.

—Es un amigo —añadió, mirando a Sandra—. Espero que no le moleste que me acompañe.

Sandra y su padre intercambiaron una mirada que fue de cortesía solo para ella.

—No me tratéis de usted, por favor —les pidió Sandra—. Y decidme por qué habéis insistido en que fuera yo quien os atendiera.

Rita asintió sin decir nada.

—Me lo ha comunicado nuestra recepcionista —añadió Sandra, para justificar su curiosidad.

Andrés escuchó entonces algo que no esperaba.

—Fui compañera de clase de tu padre —dijo Rita con una escueta sonrisa—. Coincidimos en el último curso del bachillerato y nos hicimos amigos. Siento mucho lo que le pasó.

Sandra le devolvió la sonrisa.

—Lo echo mucho de menos —dijo.

Y Andrés fue incapaz de levantar la vista de la mesa.

—No sé muy bien por qué —terminó de decir Rita—, pero quería conocerte personalmente. Espero que no te importe.

—En absoluto —respondió Sandra—. Otro día quedamos fuera del despacho y me cuentas cosas sobre mi padre. Aquí no me gusta tratar temas personales.

—Cuando quieras.

—No me dio tiempo de conocerlo en profundidad y me gusta hablar con la gente que lo trató —dijo Sandra, abriendo su portátil para comenzar a trabajar—. Suelo quedar con sus antiguos socios, que son clientes del bufete, con uno de sus primos y con el que fue su abogado.

Andrés estuvo a punto de levantar la cabeza para preguntar por Isabel.

—¿Y tu madre? —habría dicho—. ¿No te habla nunca de él?

La mente de Tristán Llorente había entrado en un bucle emocional y genealógico aparentemente irresoluble.

—Lo que nos puede suceder es ridículo —le dijo a Gracia una de aquellas noches que paseaban con *Fiona* alrededor de la manzana.

—¿Ridículo?

—Si retomásemos nuestra relación sentimental a la vez que

nuestros padres, formaríamos una familia digna de protagonizar una comedia de televisión.

Tristán hablaba haciendo aspavientos con las manos, como si tratase de explicarse con mímica.

—Tu madre sería mi suegra y mi madrastra —añadió, traduciendo los gestos—. Tu hermano Lucas sería mi hermanastro y mi cuñado. Mi padre sería también mi suegro, además de tu padrastro.

En aquel momento ella sonrió y alzó las cejas para mostrar el alcance de su escepticismo. O al menos así lo entendió Tristán.

—Tú misma serías mi pareja y mi hermanastra. Y la nuestra sería una relación incestuosa en la que nuestros hijos serían a la vez hermanos y primos.

Supuse que a esas alturas Gracia Pardo ya habría comenzado a divertirse.

—Viviríamos el más apasionado de los incestos —continuó diciendo Tristán—, lo que nos convertiría en unos proscritos señalados por la sociedad.

Creí llegado el momento de levantar una mano para detener el ímpetu de su narración.

—Y Gracia —le pregunté—, ¿qué dijo entonces?

Él puso los ojos en blanco.

—Se quedó muy confundida.

—Si le dijiste todo eso, no me extraña.

Incapaz de permanecer inmóvil ni un segundo más, Tristán se levantó de la butaca.

—No sé cómo tuve la ocurrencia de invitar a la madre de Gracia a la casa del *cap* —murmuró en actitud de derrota, a punto de darle una patada a la butaca—. Es la decisión más estúpida que he tomado en toda mi vida. Nada habría sucedido si no lo hubiera hecho. Ni mi padre se habría enamorado de Deli ni Gracia me habría dejado.

—No te tortures pensando en eso —intervine, templando el aire de la consulta con las manos—. Sin ese fin de semana en la playa, es probable que tu relación con Gracia hubiera seguido adelante.

—Seguro que sí.

—Quizá hubierais hecho planes de boda y, antes o después, tu padre y la madre de Gracia habrían llegado a conocerse igualmente.

Tristán Llorente se volvió hacia mí con una ceja levantada.

—¿Qué quiere decir? —dijo.

—Que a veces lo que sucede es inevitable, no importa lo que hagamos a favor o en contra de que suceda.

Me miró entonces sin ocultar su suspicacia.

—¿Cree usted en la predestinación? —me preguntó.

—¿Tú no?

Él volvió a sentarse en la butaca.

—Si creyera en esas cosas, no estaría sentado delante de usted —respondió—. Me limitaría a llamar por teléfono a los programas de videntes y echadores de cartas que salen por televisión.

Rita Sanz vio en los ojos de Sandra Baena la misma viveza que tenía su padre cuarenta años atrás.

—Andrés se llevó una impresión tan honda —dijo refiriéndose al encuentro en el bufete—, que no pronunció una sola palabra hasta la noche, cuando después de cenar salimos a la galería para respirar un poco de aire fresco.

—¿Qué dijo?

—Le preocupaba que ella lo hubiera reconocido, pero yo me apresuré a tranquilizarlo. No se veían desde hacía muchos años y Sandra lo daba por muerto. Aunque hubiera advertido algún parecido, habría creído que se trataba de una simple coincidencia.

Andrés continuaba en estado de *shock* emocional.

—Creí que nunca más iba a poder estar a su lado —le dijo a Rita en voz baja—, que no iba a poder mirarla a los ojos ni hablar con ella.

Rita confesó que había pensado en su hija desde que supo que el bufete donde trabajaba se dedicaba a la tramitación de divorcios y separaciones matrimoniales.

—Es muy guapa —reconoció él, asintiendo.

—Se parece a ti.

Andrés se volvió hacia Rita con una mueca de amargura, creyendo que hablaba en broma.

—Lo digo en serio —repuso ella—. Me ha recordado a ti cuando eras joven.

Él extravió la mirada en el patio de luces.

—El tiempo se ha llevado todo lo bueno que había en mí —dijo.

Ella se levantó para agacharse junto a él.

—No digas eso —le dijo poniendo una mano entre las suyas—. El tiempo se lleva algunas cosas, es cierto, pero no todas. Y además lo hace poco a poco. No es un ladrón de grandes golpes, sino un ratero de los que sisan por la calle.

Andrés asintió con los labios, haciendo un esfuerzo por sonreír.

—Me siento como un espectro que ha vuelto a la vida para ver cómo sería el mundo sin él.

—¿Por qué dices eso?

—Porque, aunque vuelva a ver a Sandra, no podré decirle quién soy hasta el año 2030.

Rita no comprendió.

—Ese año prescriben las últimas causas judiciales en las que estoy imputado, lo que significa que entonces y solo entonces podré volver a ser Andrés Baena. No le deberé nada a la justicia. Y podré presentarme por fin delante de mi hija.

La mano de Rita acarició el antebrazo de Andrés.

—¿Qué le dirás? —preguntó ella.

—Que por fin he resucitado.

31

Durante aquellos días el abuelo Cosme volvió a ver los noticiarios de la televisión.

—La historia contemporánea sucede en formato audiovisual, tanto en las retransmisiones en directo, como en los telediarios y los programas de opinión —le dijo a Tristán para argumentar su decisión —. Y esto es así desde que se instauró la televisión en España.

Y a continuación enumeró los grandes momentos de la historia que había seguido en directo, como si hubiera estado presente en los lugares donde acontecieron, aunque los recordara con alguna interferencia y en blanco y negro, igual que las películas antiguas.

—La llegada del hombre a la Luna, el entierro de Franco, la proclamación del rey Juan Carlos —dijo.

Y luego, ya en color, el golpe de Estado de 1981, el accidente del *Challenger*, la caída del Muro de Berlín, la guerra del Golfo, el atentado contra las Torres Gemelas, el nombramiento de Obama como presidente de los Estados Unidos, además de todo tipo de eventos deportivos, desde torneos de tenis hasta juegos olímpicos, pasando por mundiales de fútbol y de rugby, combates de boxeo y corridas de toros.

—En los siglos precedentes la historia era algo que sucedía *a posteriori*, una vez que los historiadores analizaban los hechos, los ordenaban y les ponían nombres, pero la televisión lo cambió todo y desde mediados del siglo XX la historia sucede en directo y puede seguirse cómodamente desde el salón de casa.

Tristán Llorente no se atrevió a nombrar la difusión de los acontecimientos todavía más inmediata que permiten las redes sociales, asunto del que su abuelo no sabía prácticamente nada.

—Pero tú no habías dejado de interesarte por el presente —le recordó—. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—La pandemia es un acontecimiento mundial de orden histórico —sentenció el abuelo, asintiendo—. Se va a retransmitir por televisión con todo lujo de detalles y no me lo quiero perder.

Tristán se preguntó si su abuelo sentiría algo más que curiosidad.

—¿Tienes miedo?

—¿Me lo preguntas porque el virus se está cebando con los ancianos como yo?

—No lo sé —admitió Tristán con sinceridad—. Supongo que sí.

—Creo que estoy en plena edad de riesgo —respondió el abuelo Cosme—, pero no solo para contagiarme del coronavirus, sino para sufrir cualquier otra dolencia o afección. Por eso no me quito nunca el traje y la corbata.

En vista del confinamiento domiciliario que se avecinaba, Rita Sanz encargó un pedido de supervivencia en el supermercado. Había prácticamente de todo, desde alimentos frescos hasta frascos de conservas, leche, arroz, harina y aceite, pasando por productos de limpieza y aseo, sin olvidar unas cuantas latas de cerveza y unas botellas de vino.

—Lo suficiente para aguantar todo un invierno nuclear —sentenció Andrés Baena, mientras lo colocaba todo entre la cocina y el baño.

Parte del pedido estaba destinado al abuelo Cosme, que lo recibió sin manifestar ninguna sorpresa.

—La situación sanitaria se va a complicar —dijo Rita.

El abuelo señaló la televisión, que seguía encendida, para hacerle saber que estaba al corriente de todo.

—Usted no tiene que preocuparse de nada —añadió ella—. Yo le traeré la comida y pasaré a verlo todos los días.

—No tienes ninguna obligación de hacerlo —repuso el abuelo—. El que tiene que preocuparse por mí es mi hijo.

Rita chasqueó la lengua antes de responder.

—Su hijo y su nieto se pasan todo el día en la funeraria, trabajando más que nunca —dijo—. No se puede contar con ellos para nada.

Los hombros del abuelo expresaron su resignación.

—Puedes quedarte a vivir aquí, si quieres —le propuso a Rita—. Así nos haremos compañía mutuamente.

Ella estuvo a punto de confesar que no vivía sola, pero no supo cómo hacerlo. Podría haber dicho que vivía con un antiguo amigo del colegio, con un vagabundo que había recogido en el comedor social o con el hombre que había cambiado su vida.

—Todo habría sido igual de exagerado e igual de cierto —me explicó—, así que al final no dije nada.

El Tamagochi no murió por culpa del coronavirus, pero en la rampa de la calle Albareda quedó un rastro de miedo inevitable en aquellas circunstancias, especialmente entre quienes lo habían cuidado durante los últimos días. Nadie quería contagiarse de una enfermedad de la que apenas se sabía nada. Algunos se marcharon a otros dormideros de la ciudad para evitarse problemas. Otros aprovecharon los huecos para dormir bajo techo, anteponiendo la necesidad al miedo.

Andrés Baena se enteró de lo ocurrido porque Quimi llamó al teléfono de Rita Sanz.

—Me pediste que te llamara a este número —le dijo.

Y le contó cómo había sido la última noche del Tamagochi, muriéndose tan poco a poco que parecía hacerlo a cámara lenta, y cómo se lo habían llevado los bomberos por la mañana.

—El pobre estaba ya muy quemado —añadió con su particular sentido del humor.

Esa noche se había organizado una concentración de vagabundos a las puertas del tanatorio municipal.

—Para rendirle el homenaje callejero que se merece —informó Quimi—. O eso es lo que me han dicho.

Para un tipo como él nada tenía importancia ni dejaba de tenerla. Las cosas sucedían sin ninguna intención, tan aleatoriamente que no era posible buscarles un sentido determinado. Resultaba evidente que el Tamagochi había dado cobijo a muchos vagabundos, creando a su alrededor un cordón de seguridad en el que no había que dar explicaciones a nadie, ni siquiera a la policía. Y en la calle, como en todas partes, hay códigos de moral inquebrantables.

—No sé si debo ir o no.

Andrés Baena estuvo todo el día reflexionando.

—Su ausencia en la concentración habría significado una traición a la memoria de los años pasados en la calle —me contó Rita Sanz—. Llevaba ya algún tiempo viviendo a mi lado con todas las comodidades posibles. Quizá por eso mismo quería expresar la gratitud que le debía al Tamagochi.

Ella decidió acompañarlo, más por satisfacer su curiosidad que por servirle de alguna ayuda. Fue una reunión de silencios y distancias, porque el miedo al contagio seguía presente. Casi nadie reconoció a Andrés.

—Y eso que se vistió con la ropa más lúgubre que encontró en el armario, pero nadie se acercó a saludarlo ni él tuvo intención de hablar con nadie. Era como si cada uno de los presentes rindiera por su cuenta un homenaje individual.

Al día siguiente ambos asistieron al entierro.

—Tuve que llamar a Matías para que me informara sobre dónde y en qué condiciones se iba a celebrar el funeral —siguió contándome Rita—. Aparte de los operarios municipales, solo estábamos nosotros y Quimi.

Me miró un segundo.

—De algo tenía que servir haber estado casada durante más de veinte años con el propietario de una funeraria —dijo.

Esa noche, cuando regresaron a casa, Andrés Baena dejó de ser Román Díaz para siempre y recuperó su identidad personal, aunque legalmente no pudiera hacerlo hasta dentro de unos años.

—Creo que necesitaba que sucediera algo significativo para volver a ser él mismo —me confirmó Rita—, un punto de inflexión que marcara un antes y un después en su existencia.

A ella le habría gustado ser ese punto de inflexión, pero Andrés necesitaba algo más trascendente y decisivo.

—Y no hay nada más trascendente que la muerte.

Sucedió a última hora del día, cuando el sol ya se había puesto y el cielo comenzaba a colorearse antes de desaparecer. Tristán Llorente y Lucas Pardo pasaron a recogerme por la consulta en el coche fúnebre y me hicieron sentarme entre ellos dos, en un habitáculo lo suficientemente ancho como para albergar tres asientos en fila.

—Un coche fúnebre es intocable —respondió Tristán cuando expresé mis temores a ser detenido por la policía o la guardia civil—. No solo no nos detendrán sino que, llegado el caso, nos escoltarán hasta nuestro destino.

Deli Redondo había declinado la invitación de asistir al acto, si es que puede llamarse así la exhumación de un cadáver.

—Confío en usted —me había dicho finalmente por teléfono.

Lucas iba mirando por la ventanilla con la boca entreabierta, ajeno a todo lo que no fuera el paisaje urbano en movimiento. Por enésima vez me pregunté si lo que estábamos haciendo formaba parte de una terapia de choque o era una inmoralidad profesional que me acompañaría para siempre. Quizá solo era la demostración de mi incapacidad para afrontar el caso de Lucas Pardo de otra manera. Lo único que me tranquilizaba era la actitud de Tristán Llorente, que hablaba con toda naturalidad de la exhumación.

—No tendremos mucho tiempo —nos explicó—. Será quitar la lápida, romper el muro, sacar el ataúd y echarle un vistazo rápido. Espero que sea suficiente.

Dijo esto último señalando con la barbilla a su derecha para referirse a Lucas. Yo asentí entre nuevos y más inquietantes remordimientos, aunque apenas tuve tiempo de exponerlos en mi mente porque el coche fúnebre se había detenido ya frente a un bloque de nichos, donde dos operarios nos esperaban.

—Son de toda confianza —dijo Tristán.

No había nadie más alrededor, salvo otros coches fúnebres que iban y venían en silencio, igual que sombras nocturnas. Me situé junto a Lucas sin intención de tocarlo, solo para que percibiese la cercanía de mi presencia. Todo sucedió con la naturalidad que había anticipado Tristán Llorente, como si la realidad se hubiera convertido en una película de suspense. En apenas diez minutos nos encontramos ante el ataúd de Isidro Pardo dispuesto en el suelo, cubierto de moho y telarañas, con una grieta en uno de los costados que arqueaba la tapa, como si alguien hubiera intentado abrirla antes que nosotros.

—La humedad —comentó Tristán, leyéndome el pensamiento.

Y dio la orden para que los operarios abrieran la tapa del ataúd y se apartasen para dejarnos mirar. Lucas reaccionó antes que yo y se acercó a mirar el interior del ataúd con una curiosidad limpia de prejuicios. Yo lo hice con remilgos, agradeciendo llevar la nariz y la boca cubiertas por una mascarilla. Y los ojos parapetados tras las gafas.

—Hay que darse prisa —dijo Tristán para alentarnos.

Me sorprendió que estuviera tan oscuro. No parecía un ataúd de apenas unos centímetros de alto sino un abismo insondable en el que no parecía haber nada. Después de unos segundos distinguí por fin unos zapatos arrugados por el tiempo, unos pantalones, una chaqueta y una masa ósea con la forma característica de un cráneo humano partido por la mitad.

Deli Redondo se confinó en su piso de Duquesa Villahermosa junto a sus dos hijos y su perrita, sin ánimo de volver al trabajo hasta que la situación se aclarase. Como la mayoría de los establecimientos de la ciudad, la peluquería permanecería cerrada con un cartel en la puerta durante más de dos meses.

Los tres se hacían compañía y se turnaban para pasear a *Fiona*.

—Normalmente yo la sacaba a primera hora de la mañana —me contó Deli—, Lucas al mediodía y Gracia por la noche, después de cenar, así nos daba el aire a los tres. Quiero decir, a los cuatro.

Lucas no entendía lo que estaba pasando, pero le gustaba estar en

casa con su madre y su hermana. Y encontrar tan poca gente por la calle.

—No es verano —le dijo a su madre—, pero es como si todo el mundo se hubiera marchado de vacaciones a la playa.

Su gusto por la cartografía digital lo llevó a explorar los planetas y satélites disponibles en Google Maps Space y se pasó todo el confinamiento en la superficie de Marte, Venus y Ceres, memorizando el nombre de lugares inaccesibles como la planicie Rusalka, el monte Alba o el cráter Occator, con sus características áreas brillantes. Gracia teletrabajaba desde su habitación con su ordenador portátil y su teléfono móvil. Apenas salía un rato para comer, se echaba una siesta en el sofá junto a Lucas y volvía al dormitorio para seguir trabajando el resto de la tarde.

Deli Redondo y Matías Llorente se veían a última hora del día, cuando él salía de la funeraria.

—No sé cómo serían estos días sin Matías —me confesó Deli.

La miré para que se explicara.

—Hay una luz especial en su mirada —añadió—. Sus ojos parecen dos focos iluminando el escenario de un gran teatro.

A veces, él llevaba puesta la mascarilla y ella no le veía la boca. Quizá por esos sus ojos resultaban más expresivos que nunca.

—Deseo que sus ojos sigan mirándome —terminó diciendo—. No sé cómo explicarlo. Yo podría quedarme ciega pero él no. Él tiene que seguir ahí, delante de mí, mirándome. En estos días de desesperanza y oscuridad, los ojos de Matías son la única luz que nunca se apaga, como si procediera de una fuente de energía interna, cercana y aparentemente inagotable.

Nunca antes había escuchado a nadie comparar a un hombre con una central geotérmica.

Tristán Llorente vino a verme por última vez.

—El trabajo nos desborda en la funeraria —me explicó—. Hemos tenido que aumentar la plantilla porque atendemos tres y cuatro entierros a la vez. Incluso hemos reutilizado un viejo coche fúnebre que ya estaba amortizado y guardábamos en el garaje.

Me confesó que tenía miedo.

—En una funeraria está la verdad de las cosas —añadió con su solemnidad habitual—. Los telediarios pueden decir lo que quieran, igual que los políticos y los organismos internacionales. La gente ignora cuál es la realidad, pero nosotros estamos enterrando al triple

de personas que antes de la pandemia, algunos días el cuádruple. Y eso son datos objetivos.

Asentí mientras él se cambiaba de postura.

—Quizá por eso mismo, he decidido declarar mis sentimientos a Gracia Pardo y pedirle que se case conmigo —dijo con pretendida ingenuidad, como si no hubiera estado declarándose desde que la conoció.

—¿Justo ahora?

Lo dije porque me sorprendió que hubiera tomado semejante decisión en un momento tan delicado.

—Es en los tiempos difíciles cuando la verdad importa más que nada en el mundo.

—¿La verdad? —repetí extrañado, creyendo que la salud o la seguridad podrían ser valores más importantes.

—La verdad de lo que es real, sí —insistió él.

Y expuso su teoría de que la realidad era siempre verdad y los subterfugios para ocultarla, deformarla o travestirla eran solo mentiras de ficción.

—Lo que nos cuentan por televisión es un cuento de algoritmos, promesas y medias verdades sin fundamento. Nadie sabe lo que va a pasar. Nadie en absoluto. La verdad es escurridiza y muy pocas veces estamos seguros de conocerla.

Según él, la verdad era una revelación que podía suceder una sola vez en la vida.

—Todo a mi alrededor es un argumento de ficción —añadió Tristán—. Algunos días parezco un personaje de película protagonizando un *thriller* de suspense. La única verdad que poseo es mi adoración por Gracia y no es el momento de guardar silencio, porque el silencio es el campo de cultivo de la imaginación. Y todo lo que imaginamos es mentira.

32

Nunca olvidaré la extrañeza que me causó caminar durante aquellos días por las calles vacías de Zaragoza con la impresión de estar soñando o protagonizando una distopía del futuro. No había apenas tráfico, más allá de algún autobús urbano casi vacío o un taxi errabundo volviendo a su garaje. También circulaban ambulancias en silencio y coches fúnebres con ataúdes en su interior. Nadie paseaba ni conversaba. Las tiendas, las oficinas y los bancos estaban cerrados, igual que las cafeterías y los restaurantes. No había actividad ni ruidos, a excepción del trino de los pájaros. Y uno se preguntaba si los pájaros cantaban todos los días, aunque no los escuchásemos, o si estaban cantando precisamente porque no había tráfico ni ruidos. Y así podíamos escucharlos.

Tristán Llorente me explicó una vez que un cementerio era precisamente eso: una ciudad vacía.

—Una ciudad con sus bloques de viviendas, sus calles, sus aceras, sus farolas y sus jardines, solo que todo el mundo está confinado en su ataúd, nadie sale a la calle, nadie habla y solo se escucha el trino de los pájaros.

Comenzamos a vivir así, sin apenas salir de nuestras casas, en un cementerio urbano, cada uno en su sitio, encerrados, sepultados detrás de las puertas y las ventanas, muertos del miedo que provoca la incertidumbre. No sabíamos cuánto iba a durar aquella situación ni cómo iba a resolverse. Ni siquiera estábamos seguros de cómo había empezado. Salíamos a comprar al supermercado con mascarillas hechas por nosotros mismos con retales de tela y, al volver a casa, había quien limpiaba los envases de la leche, los yogures y los paquetes de arroz con un desinfectante, como si el virus fuera un polvo omnipresente capaz de adherirse a cualquier superficie.

Sufrimos un trastorno obsesivo compulsivo generalizado. Comenzamos a lavarnos las manos a todas horas, limpiábamos las suelas de los zapatos antes de entrar en casa, lavábamos la ropa con agua muy caliente, compramos desinfectantes especializados en virus y bacterias que jamás habíamos necesitado y llevábamos un frasco de

gel hidroalcohólico en el bolsillo.

El cuerpo humano se convirtió en un contenedor orgánico de virus y bacterias. La vida fue una enfermedad contagiosa. El único organismo seguro era un cadáver, y ni siquiera eso, porque el virus podía permanecer activo en él durante un tiempo indeterminado.

Quimi fue uno de los vagabundos que no regresó a la rampa de la calle Albareda cuando el Tamagochi murió. Sin su presencia al fondo, no se sentía seguro entre los demás durmientes, menos aún sin contar con la compañía de Román.

—Pasé dos noches en el cuartel de Pontoneros, pero la policía rondaba por allí cada mañana y cada tarde.

Los trapicheos de Quimi se habían terminado por el momento.

—No tengo proveedores ni clientes —declaró con un gesto de derrota—. He descartado la idea de acudir a mi familia, así que no me queda otra que seguir yendo al comedor social o pedir ayuda a algún amigo.

La siguiente cuestión era determinar si le quedaba algún amigo.

—¿Somos amigos? —le preguntó a Román.

No le importó que Rita estuviera presente en la conversación.

—Lo somos —confirmó Andrés, asintiendo.

Quimi esbozó entonces una sonrisa nerviosa que dejó al descubierto su maltrecha dentadura.

—No quiero ser una molestia —dijo agradecido—. Solo serían unos días.

Andrés Baena y Rita Sanz salieron a la galería para hablar en privado. Quimi los había seguido el día del entierro del Tamagochi, por eso sabía dónde vivían y había podido presentarse en su casa aquella mañana.

—Es un desequilibrado mental y se mete de todo —dijo Andrés—, pero lo conozco desde hace años y es buen chico.

—Ha dicho que tiene familia, ¿no?

Rita no quería que nadie adulterase la intimidad doméstica que compartía con Andrés.

—Sus hermanos le ayudan de vez en cuando —respondió este—, pero no se llevan bien.

No dijo nada más para no forzar la situación de ninguna manera. La dueña del piso era Rita y a ella le correspondía aceptar o no la idea de acoger a Quimi durante unos días.

—No sé qué decir —reconoció ella—. ¿Qué harías tú si estuvieras

en mi lugar?

Andrés comenzó a negar con las manos.

—No lo sé, te lo aseguro —respondió con sinceridad—, pero los años que he pasado en la calle me han enseñado una de las verdades de la vida.

Ella lo miró a la expectativa.

—Si puedes ayudar a alguien que está en peores condiciones que tú —recitó Andrés—, tienes la obligación de hacerlo.

Matías Llorente pasaba algunas noches con Deli Redondo en el piso de Duquesa Villahermosa. Llegaba tarde, lo suficiente para que Lucas ya se hubiera acostado, y se marchaba a trabajar temprano, antes del amanecer. De esa manera, Deli no tenía que dar explicaciones en casa.

—Al menos, no todavía.

Matías vivía de día entre los muertos y de noche entre los vivos, con la sensación vertiginosa de haberle dado la vuelta a su existencia. No echaba de menos a su esposa ni le importaba lo más mínimo que se hubiera ido a vivir al Pasaje de los Giles sola o con el tipo que apareció detrás de ella la tarde que se descubrió todo.

—Lo único que me importaba era que se hiciera de noche cuanto antes y que amaneciera lo más tarde posible —le confesaría más tarde a su hijo Tristán—. Me sentía como un esquimal viviendo en el Polo Norte en la temporada invernal, cuando apenas se ve la luz del sol. El resto del día actuaba como un autómata, sin pensar ni sentir, siguiendo el protocolo laboral aprendido con los años.

Matías se movía por la ciudad con plena libertad gracias a que conducía un coche fúnebre. Iba a ver al abuelo Cosme una vez por semana, aunque trataba de estar con él lo menos posible y nunca se quitaba la mascarilla en su presencia.

—Era una simple visita de cortesía, porque ya sabía que mi padre estaba bien atendido por Rita.

La situación cambió cuando Matías dio positivo en coronavirus, contagió a Deli y de rebote también a Lucas. Ninguno de los tres tuvo síntomas de gravedad, salvo una tos seca seguida de un carraspeo intermitente, que en el caso de Lucas se alargó durante unas cuantas semanas. Gracia fue la única que no se contagió, seguramente por pasar tantas horas teletrabajando desde su habitación.

—Si sigues viviendo en tu casa acabarás contagiada —le advirtió Tristán.

—¿Dónde quieres que viva? —repuso ella.

Estaban en el portal de su casa. Tristán señaló con un dedo hacia la calle Santander, por donde se llegaba al centro de la ciudad.

—En mi casa hay sitio de sobra —dijo.

Ella lo examinó de arriba abajo, sopesando sus verdaderas intenciones.

—Me he quedado solo —añadió él con una mueca de resignación —. Mi madre vive en nuestra antigua casa y mi padre vive en la tuya.

Gracia negó con labios apretados.

—No puedo dejarlos solos —dijo, refiriéndose a su madre y su hermano.

—Podemos hacer la compra y dejársela en el rellano —propuso Tristán—. Es lo que hace todo el mundo.

—Alguien tendrá que pasear a *Fiona*.

—Lo haremos nosotros. Tráela contigo.

Gracia se agachó para acariciar a la perrita.

—No sé hasta qué punto estás siendo amable o estás aprovechándote de la situación para que vivamos juntos.

Tristán se agachó a su lado.

—No quiero engañarte —le dijo—. Estoy haciendo las dos cosas.

Y en cuanto ambos se levantaron, se declaró.

—Cuando estoy ante el cuerpo de un hombre muerto, me acuerdo de ti y pienso en la desgracia del difunto, que ha perdido para siempre la facultad de admirar la armonía de tus rasgos y sentir la dicha que provoca tu presencia —comenzó a decir Tristán—. Porque tú, Gracia, eres lo contrario de la enfermedad y la muerte. Generas y contagias la vida con mayúsculas y serías capaz de devolver la salud a un moribundo, lo que me hace pensar que quizá ese difunto seguiría vivo si te hubiera conocido a tiempo, quién sabe hasta dónde puede llegar el poder de tu belleza inmarcesible.

—¿Inmarcesible? —se extrañó ella al escuchar un adjetivo tan poco frecuente.

Tristán mantuvo el tipo sin hacer aclaraciones innecesarias.

—La situación actual me está afectando profundamente.

—¿No me digas?

—Cuando me vence el desánimo y no tengo ganas de sonreír ni de ser amable con la gente, cuando solo quiero estar rodeado de muertos con el rostro inalterable porque solo tienen una emoción que transmitir, que es la nostalgia de la vida, es cuando pienso en ti con todas mis fuerzas, cerrando incluso los ojos para reproducir en mi

imaginación tu geometría de llanuras, altiplanos y curvas perfectas de distintos ángulos, radios y puntos de fuga. Poco a poco percibo que los músculos del rostro se van relajando y la mandíbula se suelta, como le ocurría al inolvidable Daffy Duck, creado en 1937 por Tex Avery y Bob Clampett para Looney Tunes. Y el ánimo se serena, el ruido se apaga, la luz comienza a entrar por mis ojos y sale por mi sonrisa, porque pensar en ti me devuelve las ganas de vivir, aunque pase la mayor parte del tiempo enterrando a los muertos.

—¿Qué pretendes decirme? —lo interrumpió ella.

—Que tu cuerpo, querida Gracia, es el templo de la única religión que conozco y que, por tanto, me postro ante ti como un peregrino que ha caminado durante meses, desafiando a la fatiga, a la climatología y quizá a la desorientación espacial, en busca de la indulgencia plenaria.

—¿Qué te propones? ¿Rezarme una oración o algo así?

Tristán le cogió una mano.

—Quiero mezclar mis cromosomas con los tuyos, como haría el mismo doctor Victor Frankenstein en su siniestro laboratorio de Ingolstadt —le dijo—, y obtener así monstruitos que reproduzcan la tersura de tu piel y la fuerza de mis puños, tu encanto al sonreír y ese gesto que hago yo con las cejas cuando algo me sorprende, el rizo de tu cabello y el parpadeo intermitente de mis ojos, tu capacidad analítica y mi paciencia, el vello incoloro de tus piernas y un corazón atropellado como el mío. Quiero que convirtamos el ático de Sagasta 90 en el hogar que nunca ha sido, alimentando a los monstruitos en la cocina, jugando con ellos en el salón en invierno y en la terraza en verano, y acostándolos luego en sus dormitorios decorados con osos, ardillas y ratones.

—Y algún dinosaurio, ¿no?

—A última hora del día, nosotros dos saldremos a la terraza para observar el cielo estrellado de la ciudad. Y por un momento nos sentiremos solos en el mundo, como si estuviéramos montados en un cohete espacial. Seremos dos cosmonautas rumbo al abismo de los cielos. Seremos Jane y Tarzán viviendo en el árbol más alto de la selva.

Ella lo miró entonces ladeando la cabeza.

—No sé qué clase de propuesta estás tratando de hacerme —dijo sin permitirse sonreír—, pero creo que no había escuchado nada tan machista en toda mi vida.

Tristán siguió manteniendo el tipo.

—No te he hecho ninguna propuesta todavía, más allá de manifestar mi deseo de procrear contigo, apelando a tu capacidad

física para engendrar y parir crías de *Homo sapiens* en las que perpetuar mi identidad genética para volverme inmortal.

—¿Quieres volverte inmortal?

—¿Para qué iba a ser si no un feligrés del templo de tu cuerpo? —respondió él, asintiendo—. Como el practicante de cualquier religión o disciplina espiritual que se precie, aspiro a la inmortalidad y la vida eterna, por supuesto que sí.

—Eso —señaló ella—, además de un ejercicio de egoísmo, es mucho más machista que una propuesta de matrimonio.

—Puede ser —aceptó Tristán—. Yo no pienso hacer otra cosa que besar con devoción cada centímetro cuadrado de tu cuerpo antes de inseminarte. El resto del proceso biológico tendrás que hacerlo tú sola. La inmortalidad es un ejercicio de machismo en estado puro.

33

La última vez que hablé con Rita Sanz fue a través de una videoconferencia que ella misma propuso hacer para despedirnos. Me dio las gracias por mi ayuda y, con un discurso algo retórico y atropellado, me confirmó que no solo había superado sus traumas del pasado sino que había alcanzado la plenitud personal viviendo con Andrés Baena en su piso del Pasaje de los Giles. El abuelo Cosme tenía razón cuando años atrás había asegurado que un piso tan amplio y céntrico podía hacer muy feliz a una pareja de enamorados, aunque la única enamorada fuera ella.

Para ser exactos, Rita compartía el piso con Andrés Baena y con Joaquín Álvarez, más conocido como Quimi, formando un núcleo familiar en el que cada uno interpretaba el papel que le correspondía, uno el padre, otra la madre y el tercero un descendiente algo crecido e inmaduro que se resiste a abandonar el nido. A Quimi le gustaba levantarse temprano, muchas veces el primero, y pasaba la mayor parte del día leyendo los ejemplares de *Selecciones del Reader's Digest* que había en el salón. Según confesó más tarde, nunca había leído nada tan interesante y variado. El hábito de la lectura y la imposibilidad de deambular por las calles de Zaragoza lo rehabilitaron a la fuerza, que es la única forma de aspirar a lo imposible. Se vio obligado a dejar las drogas ilegales y solo consumía las medicinas que le seguían proporcionando sus hermanos, mayoritariamente tranquilizantes y psicotrópicos para que pudiera comportarse con «cierta normalidad no exenta de alguna trastada», como él mismo reconocía.

Rita y Andrés desayunaban cada mañana en la galería acristalada, escuchando el quehacer de los demás vecinos, que iban y venían de una habitación a otra de sus casas, teletrabajando, *teleasistiendo* a clase o a una reunión y quién sabe si *teleexistiendo* detrás de sus ventanas y sus galerías. A media mañana Rita se marchaba al comedor del Carmen, que seguía en activo y requería su colaboración presencial, mientras Andrés arreglaba la casa y preparaba la comida. Más tarde comían los tres juntos en el salón con cierta ceremonia, sentados a la

mesa con mantel de hilo, cubertería de alpaca y servilletas bordadas con las iniciales de Rita Sanz. Solían abrir una botella de vino para disfrutar de la comida sin prisas, subrayando las particularidades de los platos, hablando de sus ingredientes y sus propiedades nutritivas. Luego tomaban café y alargaban la sobremesa comentando las noticias del día, sin olvidar ciertas anécdotas de los tiempos pasados para ponerse al corriente de sus respectivas biografías.

Quimi se sinceró ante aquellos padres adoptivos como si estuviera en la consulta de un terapeuta, y les contó detalles de su enfermedad mental que no había revelado jamás, como la primera vez que vio visiones o escuchó voces, la primera vez que perdió el control de su voluntad y lo difícil que le resultó aceptar la gravedad de su enfermedad, después de haberse pasado media vida creyendo que las desgracias solo les sucedían a los demás.

Andrés le pidió que dejara de llamarlo Román y le contó quién era en realidad y por qué había tenido que cambiar su identidad. Quimi reconoció que había oído distintas especulaciones sobre su pasado en la rampa de la calle Albareda y en los demás corrillos de la ciudad, aunque ninguna se había acercado ni de lejos a la realidad. Ninguno de los dos se contagió del coronavirus, ni siquiera cuando Rita dio positivo y tuvo que pasar varios días aislada en el dormitorio, con dolores musculares y un poco de fiebre. Andrés le entraba la comida y la cena en una bandeja y pasaba con ella unos minutos, guardando la distancia de seguridad salvo cuando le daba un masaje en la espalda o en los pies. Luego preparaba algo de comer para el abuelo Cosme, lo dejaba en una fiambrera ante la puerta del 1.°A, llamaba al timbre y volvía al piso de enfrente a toda prisa para no ser descubierto. El abuelo ya sabía que Rita estaba enferma y había asumido que pasaría unos días sin recibir visitas. Lo que nadie supo nunca es si el anciano acostumbraba a curiosear por la mirilla de la puerta cuando escuchaba movimiento en el rellano, así que es imposible saber si alguna vez vio a Andrés Baena llevarle la comida o no.

Deli Redondo y Lucas Pardo pasaron la mayor parte del confinamiento en la casa del *cap*, una iniciativa que surgió durante los primeros días de la cuarentena que debieron guardar cuando se contagiaron del virus. Sin poder salir a la calle a tomar el aire, Lucas comenzó a desequilibrarse, se volvió apático, perdió el apetito y durmió a trompicones entre sombrías pesadillas. Ni siquiera estaba *Fiona* para

hacerle compañía por las tardes, cuando se sentaba en el sofá a ver la televisión. Deli estaba tan preocupada por él que propuso a Matías cargar el coche fúnebre con todo lo necesario y terminar de pasar la cuarentena en la casa del *cap*, donde Lucas podría disfrutar del aire libre y el sol del jardín.

Matías pasó las semanas siguientes recorriendo la AP-2 en ambos sentidos, hacia Zaragoza y hacia Salou, conduciendo siempre de cara o de espaldas al sol en el horizonte, como si se desplazara hacia el pasado o hacia el futuro, según la teoría espacio-temporal de Quimi. El exceso de trabajo le impedía dejar a su hijo Tristán al frente del negocio, de modo que salía de Salou el lunes a primera hora de la mañana para pasar cuatro días en Zaragoza sin dejar de trabajar salvo para hacer alguna visita a su padre. Todas las noches hablaba por teléfono con Deli, a veces en modo videollamada para que Lucas también pudiera participar en la conversación.

Ella pasaba buena parte del día tumbada al sol, dejándose llevar por la fragancia de los pinos y la respiración audible del mar, como si estuviera disfrutando de unas buenas vacaciones. A Lucas no le gustaban las tumbonas ni las hamacas porque le impedían consultar la pantalla del ordenador. Prefería sentarse junto a su madre en un sillón de mimbre, con el ordenador sobre las piernas para poder recorrer en Google Maps los casi cuatro mil kilómetros de la célebre Ruta 66, que fue lo que se propuso hacer durante aquellos días de asueto, saliendo de Chicago con destino al muelle de Santa Mónica, en California, después de atravesar más de la mitad del territorio estadounidense de este a oeste.

Los jueves por la tarde Matías se sentía el único habitante del planeta Tierra mientras viajaba de vuelta a Salou, atravesando la estepa de los Monegros, desierta y muda, sin más tráfico que algún camión y algún coche patrulla de la guardia civil que jamás se interpuso en su camino. Según declararía más adelante, los jueves se despertaba antes de hora, presintiendo el reencuentro con Deli, aquejado de una energía revitalizante que contrastaba con el estado de alarma, la situación sanitaria y la pesadumbre de los entierros a los que asistía.

Aquellos viajes en solitario hacia el Mediterráneo fueron inolvidables, quién sabe si mejores incluso que el tiempo que pasaba con Deli y Lucas, si consideramos que no hay nada comparable a una promesa de felicidad, que es más deforme e indefinida y sin embargo mucho más perceptible que la propia felicidad.

Lucas Pardo dejó de pensar en el alma de su padre, una vez verificado con sus propios ojos que había logrado abandonar su cuerpo y no se encontraba aprisionada en el ataúd, como había llegado a creer en sus peores augurios. Para mi propia tranquilidad, todo salió según lo previsto. La exhumación del cadáver de Isidro Pardo fue una acertada terapia de choque para Lucas, aunque las conclusiones que sacó no fueron exactamente las que yo esperaba.

Lo cité en mi consulta al día siguiente por si la visión del cadáver de su padre le había ocasionado algún perjuicio, pero nada más ver cómo se sentaba en la butaca supe que se había serenado. No tenía la mirada perdida ni el gesto lánguido. Más bien al contrario, me miraba directamente a los ojos y tenía un amago de entereza en los labios.

—Sé dónde está y qué es el alma humana —declaró con una solemnidad que me pareció ensayada.

Lo miré sin sonreír, atento a sus palabras.

—Te escucho —dije.

—El alma de una persona es su cuerpo —respondió asintiendo.

—¿Su cuerpo?

—Su cuerpo, sí —repitió—, excluyendo el esqueleto. Me refiero a la carne, las piernas, los brazos, el torso, todos los músculos del cuerpo y también los tendones, la sangre, los ojos, la boca, el rostro entero y por supuesto la piel con sus curvas, sus rectas y sus cavidades cóncavas y convexas. Todo lo orgánico y corporal, todo menos los huesos.

Según Lucas, el alma rodeaba al esqueleto para dotar a cada ser humano de una forma y un volumen determinados y característicos, siempre considerando las leyes de la genética, de lo que podía deducirse que el alma de cada individuo era hereditaria y estaba compuesta por fragmentos del alma de sus progenitores.

—Por eso el alma es inmortal —concluyó, dejando que el aplomo de sus labios se convirtiera en un amago de sonrisa—, porque viaja a través del tiempo, eternamente reconstruida de rasgo en rasgo, de cuerpo en cuerpo y de generación en generación según el dictado de los genes y sus leyes de recombinación.

Siguió argumentando que el esqueleto humano era lo único que quedaba en este mundo, motivo por el cual los difuntos se representan siempre con huesos y calaveras. Y recordó un disfraz de difunto que llevó una vez en una fiesta de Halloween, compuesto por un mono de tela negra sobre la que estaban serigrafiados los huesos del esqueleto humano en material fosforescente.

No tuve la menor intención de hacerle saber que, con el tiempo, los huesos del esqueleto también desaparecen del interior del ataúd.

¿Qué habría conseguido con eso, aparte de desequilibrar la línea de flotación de su impecable razonamiento? Para Lucas, la migración del alma solo podía ser creíble si una parte del binomio cuerpo-alma, la que fuera, quedaba a este lado de la existencia.

Su mirada había comenzado a desenfocarse.

—Tengo que irme —dijo levantándose—. Me dispongo a visitar la población estadounidense de Centralia, en el estado de Pensilvania, una ciudad fantasma que ya no existe a la que se llega por una carretera cubierta por grafitis de todos los colores, visibles desde el cielo.

Rita Sanz siguió tramitando su divorcio con la ayuda de Sandra Baena, con quien comenzó a reunirse por videoconferencia para poder compartir distintos documentos y hojas de cálculo. Andrés Baena se colocaba en un lateral de la mesa para estar presente en las reuniones sin ser registrado por la cámara del ordenador y sin decir una palabra. A él no le incumbían el reparto de bienes y los trámites de los que hablaban Rita y Sandra, él solo quería ver a su hija y escuchar su voz, no importaba si a veces se entrecortaba por la conexión. Por eso Rita ampliaba su rostro en la pantalla y grabó todas las sesiones que compartieron.

Matías Llorente también contaba con el asesoramiento de un abogado para tramitar el divorcio, aunque no estaba especialmente interesado en defender su patrimonio, más allá de conservar la casa del *cap*. Esa fue su única condición. Tanto el piso de Sagasta 90 como el del Pasaje de los Giles podían pasar directamente a manos de Rita o de Tristán, le daba lo mismo. No tenía deudas y la Funeraria Llorente ganaba más dinero que nunca. A esas alturas de su vida, a Matías solo le importaba el tiempo que pasaba en compañía de Deli Redondo donde fuera, en la costa o tierra adentro, ajeno por completo a la incertidumbre que generaba la pandemia, sus consecuencias socioeconómicas y cualquier clase de apocalipsis planetario.

Cuando en el mes de junio terminó el confinamiento obligatorio, Rita y Sandra quedaron en verse una tarde para firmar el principio de acuerdo que iban a enviar al abogado de Matías. El bufete de Sandra todavía permanecía cerrado al público, con todos sus empleados teletrabajando, así que, sin hoteles ni restaurantes donde poder citarse, Rita la invitó a comer en su casa.

Quimi entraba y salía libremente del 1.°B a cualquier hora del día, pero todas las noches regresaba a tiempo de dormir en el sofá.

Cualquier cosa antes que volver a hacerlo en la rampa de Albareda o en el cuartel abandonado de Pontoneros. El día de la comida con la abogada se ausentó desde el punto de la mañana sin decir una palabra, comprendiendo que su presencia suscitaría comentarios, preguntas y suposiciones incómodas.

Andrés fue el encargado de preparar la comida, en aquella ocasión una crema de espárragos trigueros, una merluza rellena de gambas y un postre especial, todo acompañado de un vino rosado muy seco, sin concesiones a los toques frutales. Pasó la mañana azorado y nervioso, suponiendo que iba a hacer un viaje en el tiempo, no sabía si hacia el pasado o hacia el futuro. Se sentía incapaz de centrarse temporalmente. Suerte que estuvo ocupado en la cocina, de lo contrario no habría sabido qué hacer con el tiempo. No podía creer que fuera a sentarse a la mesa con su hija, compartiendo una comida que había preparado él mismo, como en los viejos tiempos, aunque su hija ya no fuera la adolescente que él recordaba sino una mujer que había madurado y veía el mundo con los ojos de un adulto. Era sin duda una escena del futuro que había imaginado muchas veces en el pasado y que iba a suceder ese mismo día, en la simultaneidad del presente.

Sandra Baena se sintió magnetizada por la silenciosa presencia de Andrés sin entender por qué, tal vez porque sencillamente le pareció un hombre atractivo. Rita fue quien llevó el peso de la conversación durante la comida, pero Sandra se las arregló para mirarlo de soslayo varias veces, hasta que llegó el postre y vio la bandeja con el flan de chocolate blanco con galletas y sirope de fresa. Entonces no pudo apartar los ojos de él, de Andrés, como si supiera, sin poder creerlo, que estaba mirando a su padre.

Gracia Pardo también teletrabajaba desde Sagasta 90, siempre que podía en la terraza, colocando un fondo virtual en la pantalla antes de cada reunión para que nadie supiera dónde se encontraba. *Fiona* se tumbaba a sus pies, disfrutando del primer sol de la mañana o de la última sombra de la tarde. Tristán se marchaba temprano a la funeraria, pero volvía a casa a tiempo de comer con ellas dos. Luego regresaba al trabajo, aunque algunos días se desviaba primero hacia el Pasaje de los Giles para saludar a su abuelo y a su madre. A última hora de la tarde daba un paseo con *Fiona* por el parque Pignatelli y cenaba después con Gracia en la terraza, con la correspondiente botella de vino blanco dispuesta en su cubitera de acero inoxidable,

disfrutando de aquella primavera inolvidable de entierros vacíos, calles desiertas y cielos más estrellados que nunca.

Mantuve una última entrevista con él por videoconferencia en la que repitió sin saberlo el mismo discurso que su madre. Se sentía pletórico, liberado y completamente recuperado de sus altibajos emocionales. Tanto era así que, según dijo, tenía que hacer verdaderos esfuerzos para mantener el gesto grave y las manos quietas en los entierros a los que asistía. De lo contrario, habría comenzado a aplaudir y habría parecido un irreverente, un trastornado o un demente.

Gracia Pardo volvió a convertirse en la emperatriz de la belleza y el buen gusto, dejándose sorprender a diario por las muestras de afecto del único y singular súbdito de su reino. Cada mañana encontraba bajo el almohadón de la cama una flor perfectamente planchada. Podía ser una dimorfoteca, un pensamiento aterciopelado, una margarita amarilla, una portulaca todavía cerrada o cualquiera de las flores que había en la terraza en aquella época del año. Bajo la servilleta del desayuno siempre se escondía un chicle, un caramelo, un bombón o una piruleta de fresa. En la etiqueta de la botella de vino, un mensaje manuscrito. En el ordenador, un correo electrónico de buenos días o de buenas noches. En el mueble del baño, una goma de fantasía para el pelo, una diadema, un pintalabios o un bote de perfume. En la puerta del frigorífico, una foto de Maureen O'Sullivan y Johnny Weissmüller, caracterizados como Tarzán y Jane.

Durante meses, Gracia Pardo había dudado entre aceptar o no el papel protagonista de una historia de amor entregado y halagador, a la vez que obsesivo, posesivo y a veces cargante. Si finalmente accedió a interpretarlo fue porque durante ese tiempo de deliberación sufrió un síndrome agudo de abstinencia, con reacciones orgánicas y psicológicas, echando de menos las atenciones, las miradas y las caricias recibidas previamente, lo que demuestra que no es nada fácil dejar de ser el centro del universo cuando se ha tenido la fortuna o la desgracia de serlo alguna vez. El deseo y la admiración que despertaba en Tristán Llorente eran razones suficientes para satisfacer ese conjunto de predisposiciones cognitivas sobre uno mismo que llamamos amor propio, lo cual redundaba finalmente en su ego femenino. Y un ego complacido, como sabe cualquier terapeuta, es la garantía de salud mental que precede a cualquier estado emocional de felicidad.

Tristán Llorente seguía siendo incapaz de comprender ni asumir la realidad sin la presencia de Gracia, como si de otro modo la existencia fuera algo inventado o imaginado y, por tanto, inexistente.

Una noche, abrazados los dos en la cama con la luz apagada, Tristán le habló de la muerte, expresando su deseo de morir antes que ella. No para evitar quedarse solo en el mundo, sino para poder morir en sus brazos, a salvo de cualquier penuria, y esperarla luego en el mismo ataúd en el que ella debería ser enterrada cuando llegara su hora. De ese modo sus almas orgánicas y corporales se irían corrompiendo juntas con el paso del tiempo, tendón a tendón, músculo a músculo, miembro a miembro, dejando atrás un par de esqueletos abrazados para el resto de la eternidad.

Cosme Llorente se levantó uno de esos días con el rostro ligeramente asimétrico. Aunque sus ojos parecían iguales, tuvo que ponerse las gafas para comprobar ante el espejo que tenía uno medio abierto y el otro medio cerrado. Se sintió un extraño irreconocible, tanto en el espejo del baño como en el del dormitorio. No tardó en cambiarse de camisa y volver a ponerse el traje, con la corbata bien anudada, para tumbarse inmediatamente en el ataúd con la campanilla en una mano y el miedo atenazando todo el cuerpo.

Rita Sanz pasó a verlo a media tarde y lo encontró dormido en el ataúd, tan pálido y rígido que tuvo que agacharse y tomarle el pulso para asegurarse de que todavía seguía con vida. Era evidente que algo iba mal porque el abuelo solía encontrarse más activo que nunca a esas horas del día, seguramente porque esperaba su visita, así que Rita volvió a casa con prisas para llamar a una ambulancia y avisar a Matías.

Alertado por todo ello, Andrés Baena salió al rellano de la escalera y vio que la puerta del 1.°A seguía abierta. Sin pensarlo dos veces, decidió pasar a ver al abuelo, ignorando si lo hacía guiado por la curiosidad o la compasión. Lo cierto es que llegó al dormitorio y se agachó junto al anciano justo cuando este entreabría los ojos un segundo para mirarlo fijamente.

No fue una mirada interrogativa sino afirmativa. El abuelo había recibido la última revelación del ser humano y acababa de comprender que, lejos de tener dificultades para despertarse, lo que sucedía era que estaba perdiendo el control del organismo y solo le quedaba la conciencia necesaria para asumir el final de su vida. Siempre había temido morirse solo, así que agradeció la presencia a su lado de un rostro que no se molestó en reconocer. Podía ser un enfermero, un médico o su ángel de la guarda, daba igual, la cuestión era que estaba acompañado por un semejante.

Andrés Baena actuó con la misma delicadeza que solía emplear con el Tamagochi, prestando su compañía sin decir una palabra, pero apretando la mano del anciano como si pudiera retenerlo a este lado de la existencia. El abuelo Cosme agradeció el gesto y tuvo la intención de sonreír, aunque no recordó cómo se hacía, y en el intento de estirar la boca sintió un vacío en el estómago y luego un frío que le recorrió el gaznate. Y su cuerpo empezó a implosionar muy despacio, comenzando a precipitarse por el vacío del estómago, después de trazar un círculo a su alrededor, como quien saluda al público haciendo una reverencia de despedida. Entonces se acordó de su madre, vio sus ojos oscuros y sus mejillas sonrosadas, porque al morir uno se acuerda de la persona que lo trajo al mundo, como si quisiera despedirse de la vida volviendo al principio.

Después se soltó de la mano de Andrés y parpadeó una sola vez para que sus ojos quedaran abiertos sin mirar a ninguna parte, en perfecta simetría, justo después de dar el último aliento.

El entierro de Cosme Llorente tuvo lugar al día siguiente en el ambiente de recogimiento y concisión que caracterizó la mayor parte de los funerales que se organizaron durante los meses que duró la pandemia. Solo los más allegados podían acudir al tanatorio respetando los cupos y aforos establecidos por las autoridades, por supuesto guardando la distancia de seguridad y llevando una mascarilla, que en estas ocasiones solía ser negra.

Allí estaban todos ellos, mis queridos pacientes congregados alrededor de la muerte, contando incluso con la presencia de la señora Lola, a la que reconocí por descarte, y con la única excepción de Lucas Pardo, que se había quedado en casa con *Fiona*. Matías Llorente llevaba el mismo traje oscuro que de costumbre, el uniforme de todos los días. Me pareció que estaba elegante y sobrio a la vez, debatiéndose entre el papel de apenado hijo y el de enterrador que debe cumplir con su labor, atento a todo, especialmente a los ruidos, por si se escuchaba en algún momento el sonido de una campanilla. También Tristán Llorente iba vestido con traje y corbata de trabajo, pero sus ojos enrojecidos y su boca contraída delataban su estado de ánimo, mucho menos aséptico que el de su padre.

Después de un escueto servicio religioso, un coche fúnebre trasladó el ataúd del abuelo Cosme a la parte vieja del cementerio de Torrero, donde se encontraba la tumba de la abuela Francisca, cuya lápida de piedra ya había sido retirada. El sacerdote rezó un salmo y

todos los presentes ocuparon su lugar alrededor de la tumba mientras los operarios bajaban el ataúd con la ayuda de unas cinchas y una pericia bien coordinada.

Junto a Matías Llorente reconocí a Deli Redondo, luciendo un bronceado uniforme que le daba un toque inevitablemente juvenil y acentuaba el parecido físico con su hija. Y quién sabe si con la mismísima Maureen O'Sullivan. Al otro lado estaba Rita Sanz junto a Andrés Baena, tan cerca el uno del otro que varias veces me pareció que se cogían de la mano, allí mismo, delante de todos, en un acto de reivindicación y afrenta a lo establecido. A los pies de la tumba se encontraba Tristán Llorente con la mirada anclada en el suelo, ajeno a cualquier obligación profesional, prometiendo en silencio a su abuelo que seguiría peleando en el ring de la existencia para continuar siendo un canalla. Gracia Pardo estaba a su lado. No se habían cogido de la mano ni del brazo, pero se encontraban lo suficientemente cerca como para que sus brazos se rozaran, logrando así el efecto de parabiosis que Tristán necesitaba en ese momento para mantener un mínimo de entereza.

Me quedé observándolos desde la distancia. Era la escena final de una novela de misterio con todos los sospechosos reunidos alrededor de la víctima, porque inconscientemente uno de ellos había llevado el virus a casa del abuelo Cosme, quién sabe si el mismo que me contagió a mí. Los miré como si no quisiera olvidarlos nunca, una vez asumido que ninguno de ellos iba a volver por mi consulta. El confinamiento provocado por la pandemia había resuelto sus traumas, miedos e inseguridades mucho mejor que cualquiera de mis sesiones de relajación o mis rutinas terapéuticas.

Entonces pensé que no sería fácil volver a reunirlos a todos en un mismo lugar, al ser tantos y estar tan aislados unos de otros, pero una vez más me equivoqué, porque eso es lo que sucedió meses después, aunque ya no tuve la oportunidad de verlo. Fue el día de mi entierro, después de que el virus me provocara una neumonía bilateral que se fue complicando con algunas dolencias previas hasta causarme un vacío interior por el que abandonar este mundo, haciendo previamente una reverencia de despedida, no sin antes acordarme de mi madre, volver a ver sus preciosos ojos verdes, parpadear una sola vez y dar el último aliento de mi vida.

Últimos títulos
Colección Andanzas

980. El huerto de Emerson
Luis Landero

981. Una mala noche la tiene cualquiera
Eduardo Mendicutti

982. Un mundo sin orillas
Hélène Gaudy

983. Independencia
Terra Alta II
Javier Cercas

984. El castigo
Guillem Sala

985. Peregrinas
Joaquín Berges

986. Músika
Javier Azpeitia

987. Amigos para siempre
Daniel Ruiz

988. Bajo la sombra de los lobos
Alvydas Šlepikas

989. Los invisibles
Lucía Puenzo

990. Sangre a borbotones
Rafael Reig

991. Las primas
Aurora Venturini

992. Antigua sangre
John Connolly

993. Un día cualquiera en Nueva York
Fran Lebowitz

994. Mar abierto
Benjamin Myers

995. Los vencejos
Fernando Aramburu

996. Hervaciana
Gonzalo Hidalgo Bayal

997. Turbulencias
David Szalay

998. Volver a casa
Ayşegül Savaş

999. Leña menuda
XVII Premio TQE de Novela
Marta Barrio

1000. Primera persona del singular
Haruki Murakami

1001. Nunca fuimos más felices
Carlos Marzal

1002. Los rostros de la salsa
Leonardo Padura

1003. Nosotras ya no estaremos
Lola Mascarell

1004. Infierno, Purgatorio, Paraíso
Jordi Ibáñez Fanés

1005. Perros mirando al cielo

Eugenio Fuentes

1006. Nosotros, los Caserta
Aurora Venturini

1007. Una historia ridícula
Luis Landero

1008. La memoria del alambre
Bárbara Blasco

1009. Luna llena
Aki Shimazaki

1010. Soy una tonta por quererte
Camila Sosa Villada

1011. Los secundarios
Isabel Bono

1012. Lejos
Rosa Ribas

1013. Planta noble
Simonetta Agnello Hornby

1014. Cuarentena
Petros Márkaris

1015. La fórmula preferida del profesor
Yoko Ogawa

1016. Yvo y Jorge
Patrick Rotman

1017. Fugaz
Leila Sucari

1018. El río de cenizas
Rafael Reig

1019. En lo más profundo del sur
John Connolly

1020. Mentideros de la memoria
Gonzalo Celorio

1021. El legado
Asako Serizawa

1022. Vengo de ese miedo
Miguel Ángel Oeste

1023. Todo va a mejorar
Almudena Grandes

1024. Mira a esa chica
XVIII Premio TQE de Novela
Cristina Araújo Gámir

1025. Spinoza en el Parque México
Enrique Krauze

1026. Cómo conocí al sembrador de árboles
Abilio Estévez

1027. La columna
Adrien Bosc

1028. Hotel Chile
Luis Sepúlveda

1029. De tigres y gacelas
Ginés Sánchez

1030. Cielo sucio
Edgardo Cozarinsky

1031. Hijos de la fábula
Fernando Aramburu

1032. Una salida honrosa
Éric Vuillard

1033. El rumor y los insectos
Ignacio Ferrando

1034. No callar

Javier Cercas

1035. Cuando nadie nos nombre
Luciana Sousa

1036. Descampados
Manuel Calderón

1037. Escuela de escritura
Mercedes Abad

1038. Ganas de vivir
Joaquín Berges

Ganas de vivir
Joaquín Berges

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Ilustración de la portada: © George Marks / Getty Images

© Joaquín Berges, 2023

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2023

ISBN: 978-84-1107-298-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!